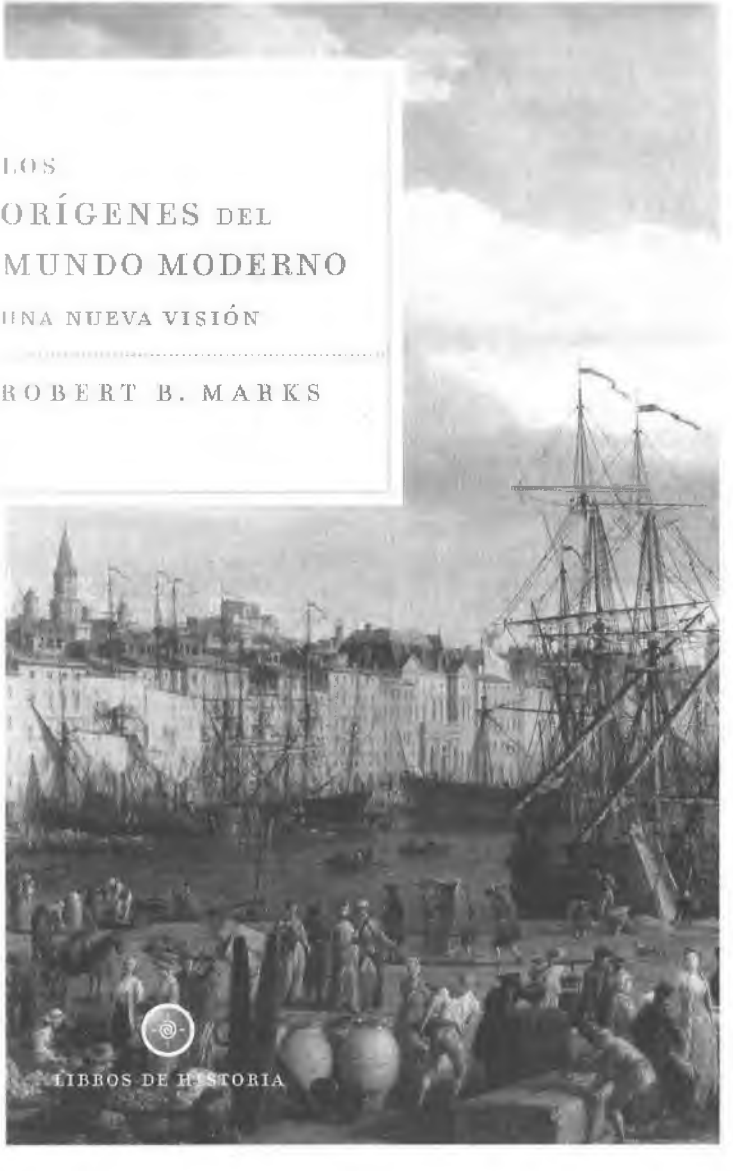
LOS ORÍGENES DEL MUNDO MODERNO

UNA NUEVA VISIÓN

ROBERT B. MARKS



LIBROS DE HISTORIA

ROBERT B. MARKS

LOS ORÍGENES DEL MUNDO MODERNO

UNA NUEVA VISIÓN

Traducción castellana de
Joan Lluís Riera

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *The Origins of the Modern World*
Fate and Fortune in the Rise of the West

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: Cleo de Claude Joseph Vernet
Realización: Àtona, SL

© First Published in the United States by Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, USA.
Reprinted by permission. All rights reserved.
© 2007 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-8432-930-5
e-mail: editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
Depósito legal: M. 31.158-2007
Impreso en España
2007. – BROSMAC, S. L., Polígono Industrial 3, calle C, Móstoles (Madrid)

AGRADECIMIENTOS

Como suele ocurrir en todas las empresas intelectuales, he contraído una deuda de gratitud con quienes inspiraron, criticaron y apoyaron este libro. Sin el trabajo eruditamente crítico de Kenneth Pomeranz, Andre Gunder Frank, Dennis O. Flynn, y Arturo Giraldez, así como sus comentarios sobre mi obra, este libro no hubiera sido posible. Perdimos a un gran pensador con la muerte reciente de Gunder Frank; será recordado.

Para pensar a fondo en la historia del siglo XX he contado con la ayuda de mis estudiantes de historia de Whittier College. Sobre todo me ayudaron a abordar la idea, básica en el capítulo 6, que contempla al siglo XX como un momento de ruptura respecto del pasado, hipótesis con la que no todos están de acuerdo. Josh Batts en particular fue un crítico audaz que también leyó y comentó todo el libro y me ayudó a preparar materiales de estudio para los alumnos.

En Rowman & Littlefield, los editores originales de esta obra, me ha apoyado con fuerza su directora editorial, Susan McEachern, quien ha sido también una maravillosa editora que me ha ayudado a clarificar mi prosa y mi pensamiento. Janice Braunstein ha sabido llevar la producción del libro, y Mark Selden contribuyó

enormemente a su conceptualización y a mantenerme en contacto con la crítica.

La ayuda más importante, sin embargo, la debo a mi esposa, Joyce P. Kaufman, también autora e intelectual (ha escrito sobre política exterior americana, sobre la OTAN, en torno a la mujer y sobre temas de género). Ella ha leído y criticado muchos borradores de esta obra, y sin su apoyo no podría haberla acabado.

Gracias a todos.

PREFACIO

12 de julio de 2006; norte de Israel, sur de Líbano. Tras construir un túnel en la frontera en el norte de Israel y sur de Líbano, miembros de una unidad de Hezbollah entraron en un puesto militar israelí, mataron a tres soldados y secuestraron a dos más. Israel tildó la acción de «acto de guerra», hizo responsable de la misma al estado de Líbano, y atacó las posiciones de Hezbollah pero también otras sospechosas de ser de Hezbollah en territorio libanés. Las tropas terrestres israelíes cruzaron pronto la frontera y avanzaron casi veinte millas hacia el norte, hacia el Río Litani, topando con unidades de Hezbollah a lo largo del camino y precipitando una grave crisis internacional. Más de mil ciudadanos libaneses e israelíes murieron como resultado de los mutuos ataques terrestres y de misiles.

Cuando la edición original, inglesa, de esta obra, acudía a las prensas (octubre de 2006), se clamaba por un alto el fuego, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptaba una resolución para acabar la contienda y situaba una fuerza pacificadora de Naciones Unidas en el sur de Líbano.

Al margen de cómo acabe resolviéndose, esta crisis pone de relieve algunos de los aspectos más interesantes e importantes del mundo moderno, en particular nos dice algo sobre el sistema de los

estados soberanos que afecta virtualmente a todos en el mundo. Hezbollah, ciertamente, no es un estado soberano como puedan serlo Israel o Líbano, sino una organización islámica chií (establecida a principios de 1980 con fuerte financiamiento de Irán) con secciones sociales, políticas y militares que operan en Líbano. Dos de sus miembros, incluso, han sido elegidos para formar parte del gabinete de gobierno libanés. Pero fue esta organización, y no el estado libanés, quien cruzó hacia territorio israelí.

Al margen de la crisis internacional que precipitó, Hezbollah acepta la legitimidad del estado libanés, y ha indicado que podría aceptar poner su ala militar bajo control del ejército de este país, o que por lo menos permitiría al ejército de Líbano que ocupara y patrullara la franja de veinte millas libanesas en la frontera con Israel. En su mayor parte, Hezbollah parece aceptar los principios del sistema de estados-nación. Lo mismo hacen Fatah y Hamas, los dos grandes partidos políticos palestinos, ambos inmersos en la tarea de establecer un estado soberano en Palestina. Hasta aquí, pues, las agendas de Hezbollah, Fatah y Hamas confluyen con las del mundo moderno.

Por el contrario, al-Qaeda rechaza la idea de un mundo islámico dirigido por estados soberanos y en su lugar imagina un califato panarábico que recuerde al mundo islámico en la época de su gloria, en los siglos VIII y IX. Semejante visión anacrónica tiene pocas visos de éxito si tenemos en cuenta las estructuras y el poder del mundo moderno. Sin embargo, sus miembros y acciones son bastante peligrosos para ese mundo, y en particular para los poderes que aparecen como «guías» en el camino que sigue el mundo moderno a principios del siglo XXI, esto es, especialmente, Estados Unidos y sus aliados.

Algunos han interpretado los ataques de al-Qaeda y, más recientemente, el conflicto entre Hezbollah e Israel como escaramuzas en lo que sería una «explosión de civilizaciones» entre el islam y Occidente. Sin embargo, ¿es éste el mejor modo de entender lo que ocu-

no en nuestro mundo? Como dejaré claro a lo largo de este libro, no creo que sea así. La razón de ello es que los elementos fundamentales del mundo moderno no son «civilizaciones», sino naciones-estado y capitalismo global. No cabe duda de que el moderno Occidente (que incluye Estados Unidos) ha obtenido un enorme beneficio de un mundo organizado en torno a las naciones-estado y el capitalismo industrial, pero no así otros (incluidos muchos países del mundo islámico).

El tema principal de esta obra gira en torno a cómo y por qué el mundo se ha organizado como lo ha hecho: no se tratan solamente los conflictos de Oriente Medio en sí, sino los orígenes y la historia del mundo moderno. ¿Cómo llegó nuestro mundo —el mundo moderno— a ser como es? Por «moderno» entiendo un mundo estructurado por un capitalismo industrial cada vez más globalizado y políticamente ligado a las naciones-estado. Ese mundo difiere dramáticamente de los imperios agrarios que habían dirigido el mundo en los milenios precedentes. Hasta tiempos muy recientes, la respuesta a la cuestión de los orígenes del mundo moderno ha girado en torno a lo que ocurrió en Europa, en una línea histórica centrada en «el ascenso de Occidente».

Durante gran parte del siglo pasado, los historiadores en Europa y en Estados Unidos han adscrito típicamente «el ascenso de Occidente» a varios modos en los que los europeos eran superiores al resto del mundo, ya sea a causa de una mejor genética, un clima más favorable, unas tradiciones históricas clásicas, una herencia religiosa protestante, unos patrones de matrimonio, una economía de mercado, o un papel limitado del estado, entre otras razones. Sin embargo, estas explicaciones han llegado a ser más y más insostenibles durante las pasadas dos décadas a medida que los historiadores de otras partes del mundo, en particular de los países asiáticos (China, Japón e India especialmente) han demostrado que los rasgos característi-

cos que una vez se pensaron únicos de la Europa Occidental se hallaban también en Asia, y quizá, incluso, de forma más destacada: desde por lo menos 1400 hasta 1800, Asia fue la parte económicamente más avanzada del mundo.

De este modo, si «el ascenso de Occidente» no puede ser atribuido a la superioridad geográfica, cultural, económica o política de Europa, ¿qué es lo que lo explica?

Una de las ideas esenciales de este libro es que el mundo moderno es históricamente *contingente*. La razón por la que este concepto resulta importante es porque rebate la idea de que el mundo moderno y su creación y dominio por parte del los europeos occidentales (y de sus parientes americanos) era *inevitable*. Veámoslo de otro modo: si nos retrotraemos a 1400, parece extremadamente improbable que la historia del mundo siguiera el mismo camino otra vez —el presente es uno entre un vasto número de desarrollos que podrían haber surgido de formas distintas—. Por tanto, si lo que ocurrió —el dominio occidental— no era inevitable ¿cómo y por qué ocurrió? El tema central de este libro es que surgió sujeto a lo que ocurrió en otras partes del mundo —en particular Asia y el Nuevo Mundo— y a cierta cantidad de suerte. Destino y suerte en muchas partes del mundo, no sólo en Europa, deben incluirse en nuestro entendimiento del ascenso de Occidente. Ésa es la historia que cuenta esta obra.

Introducción

¿EL ASCENSO DE OCCIDENTE?

20-22 de julio de 2001; Génova, Italia. Los líderes de los países más industrializados del mundo, conocidos como Grupo de los Siete o G7, se reúnen en esta ciudad costera italiana para hablar de la economía mundial. El G7 declara que «el crecimiento económico sostenido en todo el mundo requiere un renovado compromiso con el comercio libre [global] ... Abrir los mercados globalmente y fortalecer la Organización Mundial del Comercio (OMC) como cimiento del comercio multilateral es ... un imperativo económico».[1] Aquella reunión del G7, como antes la cumbre de la OMC en Seattle en 1999, atrae a miles de personas que se oponen a la reunión y a sus objetivos. Durante aquellos tres días de julio llegan a Génova cien mil personas para protestar contra la «globalización», la mayoría para celebrar una contracumbre paralela a fin de poner de manifiesto las desigualdades de la economía global; sin embargo, miles de personas también participan en manifestaciones, un número considerable destroza comercios y participa en altercados con la policía, cientos son arrestadas y una muere.

Comienzo esta breve historia de los orígenes del mundo moderno con un acontecimiento reciente porque las cumbres del G7, que se vienen celebrando desde hace veinticinco años y seguirán cele-

brándose en el futuro inmediato, revelan mucho sobre la naturaleza del mundo en que vivimos y plantean cuestiones históricas muy interesantes acerca de cómo ha llegado a ser el mundo como es en la actualidad. Fijémonos primero en la descripción del G7 como «países más industrializados». Esta afirmación apunta al hecho de que en la actualidad el mundo está compuesto por unidades políticas soberanas a las que llamamos «países» y que los que forman el G7 están industrializados. De hecho, en los países del G7 se concentran dos terceras partes de toda la producción económica y la riqueza del mundo, lo que implica que el resto del mundo es más pobre y menos o nada industrializado. Así pues, el mundo se divide entre unas partes que están industrializadas y otras que no lo están o intentan estarlo.

Cuando se sitúa en un contexto histórico amplio, el hecho de que exista el G7 resulta en extremo interesante y suscita profundas cuestiones. Hace tan sólo doscientos años eran otros dos países, India y China, los que concentraban dos tercios de la producción económica mundial: ni siquiera eran países europeos. En el transcurso de apenas doscientos años el mundo ha presenciado una gran vuelta de tornas: mientras que entonces eran los asiáticos quienes tenían en sus manos las mejores cartas económicas, ahora son los países occidentales y Japón. La primera pregunta se centra en cómo se produjo este cambio. ¿Cómo llegaron a definir nuestro mundo la industria y los países de tipo europeo, los que llamamos naciones-estado, en lugar de los imperios agrarios muy desarrollados como China e India?

En segundo lugar, entre las cuestiones que discutir por el G7 se encontraba la de qué hacer, si es que había que hacer algo, con la creciente brecha que se abría entre los países más ricos y los más pobres, estos últimos sobre todo de Asia, África y América Latina. Como la industria, las naciones-estado y el dominio occidental, esta brecha también se ha abierto durante los últimos doscientos años. Cómo y por qué grandes regiones del mundo se ven condenadas a

una creciente pobreza es otra de las importantes cuestiones que se discuten aquí, al igual que la cuestión de si algunas partes del mundo se han hecho ricas a expensas del empobrecimiento de otras.

En tercer lugar, la industria ha dado tanto poder a los países del G7 que sus líderes se reúnen para decidir las reglas de la economía mundial. Ésta es, por supuesto, una de las causas principales de las protestas contra el G7, la OMC y otros organismos financieros (como el Fondo Monetario Internacional, FMI). En realidad, lo que los manifestantes preguntaban era: «¿Por qué decidís las reglas?», y exigían algún otro tipo de acuerdos globales.[2] Pero la realidad es que son los líderes del mundo industrializado quienes marcan las reglas, un poder que ejercen en parte para asegurarse de que el mundo industrializado mantenga en el futuro su riqueza y poder. Aunque este poder se ejerce sobre todo por medio del comercio global y de instituciones financieras como la OMC y el FMI, está respaldado por un considerable poder militar que es utilizado a veces de forma unilateral por países del G7 (por ejemplo, Estados Unidos) y por alianzas como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Una vez situado en su contexto histórico global, este poder cobra un extraordinario interés, ya que no hace tanto tiempo que está en manos de los occidentales.

Así pues, para poder comprender nuestro mundo no basta con entender de qué modo las naciones-estado (los «países» de la declaración del G7) y la industria han llegado a configurar el mundo moderno; también es necesario comprender cómo y por qué la forma europea de organizar el mundo ha llegado a dominar el planeta. No faltan explicaciones, pero durante los últimos dos siglos, la explicación predominante en Occidente (incluido Estados Unidos) ha sido el «ascenso de Occidente». Como veremos, la investigación más reciente ha demostrado que esa explicación ha dejado de ser convincente, pero como probablemente sea la más familiar para la mayoría de los lectores, dedicaré algún tiempo a examinarla y a señalar sus defectos.

El ascenso de Occidente

El concepto del «ascenso de Occidente» proporciona a un tiempo una argumentación y un relato histórico que pretende explicar no sólo el mundo moderno, sino también por qué está definido fundamentalmente por rasgos europeos. La idea subyacente es bastante simple y comenzó a configurarse poco después de la conquista de América por los españoles, durante el Renacimiento italiano del siglo XVI. A los europeos les asombraba que apenas unos centenares de conquistadores españoles lograran vencer a civilizaciones americanas muy extensas y ricas, sobre todo la azteca y la inca. Al desconocer la teoría patogénica de las enfermedades y la causa de la «gran mortandad» de México, donde más del noventa por ciento de la población de la región central, entonces treinta millones, sucumbió a enfermedades europeas como la viruela y la gripe, los europeos en un principio atribuyeron su superioridad a la religión cristiana. Más tarde, durante la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, la atribuyeron a la herencia griega de pensamiento secular, racionalista y científico.

Esta argumentación histórica continúa a finales del siglo XVIII, cuando la revolución industrial y la Revolución francesa de 1789 refuerzan en las mentes europeas la conciencia de que los europeos eran diferentes del resto del mundo y «progresaban» con rapidez, mientras el resto del mundo parecía quedar estancado; la conciencia de que, de algún modo, los europeos eran excepcionales, incluso mejores, que el resto. Los historiadores europeos del siglo XIX, conmovidos por lo que muchos consideraban el atractivo universal de los ideales de la Revolución francesa (*égalité, liberté, fraternité*), dirigieron su mirada a los griegos clásicos, a sus instituciones, como la democracia y la república, y a su tendencia racionalista a buscar una explicación científica, ya no religiosa, del mundo. En este primer relato del «ascenso de Occidente», la historia es un poco como una carrera de relevos en la cual las ideas de la democracia que surgen en Grecia pasan a los romanos, a quienes se les

cae el testigo (la caída del Imperio romano seguida de la oscura Alta Edad Media), hasta que el cristianismo entra en la pista, recoge el testigo y corre con él, creando un cultura propiamente europea en la época feudal. La antigua herencia de la Grecia clásica es redescubierta durante el Renacimiento, elaborada durante la Ilustración y realizada con las revoluciones francesa y americana y con el «ascenso de Occidente».

Si durante el siglo XVIII, Occidente «ascendía», durante el siglo XIX llegaba a la cima. Mientras daba comienzo la revolución industrial, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, los economistas británicos clásicos (Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo) hilaban otra hebra que habría de tejerse en la historia del ascenso de Occidente: las ideas del desarrollo capitalista como «progreso», de Occidente como «progresista» y de Asia (y, en consecuencia, también África y América Latina) como «atrasada» y «despótica». No cabe duda de que las comparaciones entre las virtudes de Occidente y los defectos de Oriente se remontan a los griegos, pero a los europeos del siglo XVIII les había impresionado profundamente la riqueza y gobernanza de los países asiáticos, sobre todo de China. A medida que se aceleraba el ritmo del cambio económico en la Europa del siglo XIX, en un momento en que la mayor parte de Asia experimentaba un declive interno, analistas como Smith y Malthus comenzaban a retornar a una visión de Occidente como una región dinámica, progresista, libre y con la mirada puesta en el futuro, y a Asia como una región estancada, atrasada y despótica.

Incluso Karl Marx y Friedrich Engels, los críticos más duros del nuevo orden mundial capitalista, creían que el expansionismo europeo del siglo XIX llevaba el «progreso» al resto del mundo. Así lo dejaron escrito en *El manifiesto comunista*, publicado en 1848:

> Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía [europea] arrastra a la corriente de la civilización a todas

> las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.[3]

Más importante para las conceptualizaciones occidentales de su propia historia, sin embargo, ha sido Max Weber, un sociólogo alemán que escribió hacia finales del siglo XIX. Si bien Weber compartía con Marx la fascinación por explicar cómo y por qué el capitalismo se desarrolló en Europa y sólo en Europa, no coincidía con Marx en su explicación. En lugar de centrarse, como había hecho Marx, en explicaciones «materialistas», Weber creía que ciertos valores de la cultura europea, en particular el racionalismo y la ética del trabajo, que asociaba al protestantismo, habían sido cruciales para el ascenso del capitalismo. Pero en lugar de fundamentar sus ideas sobre el ascenso de Occidente únicamente en estudios sobre Occidente, Weber investigó las sociedades china e india, las comparó con Europa y concluyó que, al menos esas dos sociedades, pero en consecuencia todas las otras sociedades no europeas, carecían de los valores culturales necesarios para el capitalismo. Weber pensaba que aun así podían «modernizarse», pero sólo por medio de un doloroso proceso de cambio cultural que las llevara a derribar los «obstáculos» culturales que se oponen a su desarrollo capitalista.

La «brecha» y sus explicaciones

Así pues, desde mediados del siglo XIX los teóricos sociales han sido conscientes de la existencia de una brecha creciente entre los países industrializados y el resto del mundo. Al creer que los europeos occidentales, y sólo ellos, habían descifrado el secreto de la

modernización,[4] y que otros podían aprenderlo, los seguidores de Smith, Marx y Weber en el siglo XX propusieron una teoría «difusionista» del desarrollo de la historia mundial. Los europeos fueron los primeros en hacerse ricos gracias a la industrialización, Japón y otros pocos países aprendieron de los europeos y se han puesto a su altura y, con el tiempo, todo el mundo acabará aprendiendo el secreto: basta con que identifiquen y eliminen las instituciones locales y los rasgos culturales que les impiden modernizarse.

Vistas con la perspectiva del siglo XXI, estas ideas parecen poco convincentes, sobre todo ante la evidencia de que la brecha entre las partes más ricas y las más pobres del planeta no ha hecho sino crecer en lugar de estrecharse, como la teoría «difusionista» pretende hacernos creer. Pero no deja de ser importante el hecho de que estos teóricos europeos de los siglos XVIII y XIX, es decir, Smith, Malthus, Ricardo, Marx y Weber, aceptaran la idea del excepcionalismo europeo y que, como el primero de sus fines intelectuales, intentaran explicarlo. Fueron estos hombres quienes fundaron la teoría social moderna y, en el siglo XX, prácticamente todas las ciencias sociales, en particular la sociología y la economía, han incorporado la idea del excepcionalismo europeo en sus presupuestos básicos. Al tiempo que a lo largo del siglo XX, los historiadores intentaban hacerse más «científicos», adoptando y adaptando las nuevas ideas de esta ciencia social a la investigación histórica, quedaron también cautivados por la búsqueda de los orígenes y causas del excepcionalismo europeo. Pero, como veremos, los europeos no eran excepcionales y uno de los aspectos más importantes de la historia del mundo hasta principios del siglo XIX es el alto grado en que Asia y Europa eran comparables. Pese a todo ello, la búsqueda de respuestas a «por qué» los europeos se percibían a sí mismos como excepcionales y, en último término, superiores, prosigue aún hoy entre los historiadores, aunque ya sean muchos los que piensan que ésa es la pregunta equivocada.

Superada la segunda guerra mundial, esta búsqueda ha producido un impresionante cuerpo de investigación académica que pretende

dar con la clave de lo que un historiador económico ha denominado «el milagro europeo».[5] Estos estudiosos parten de lo que consideran el hecho del ascenso de Occidente, pero proponen diversas soluciones a las preguntas sobre cuándo y por qué comenzó el «ascenso» o el «milagro». Trataremos primero de la cuestión del «cuándo», ya que en muchos aspectos es pertinente para la discusión del «por qué».

Adam Smith consideraba que 1492 y 1498 (los viajes de Colón a América y de Vasco da Gama alrededor de África hasta la India, respectivamente) correspondían a los eventos más significativos de la historia. En palabras de Smith en *La riqueza de las naciones* (1776): «El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza son los dos acontecimientos más grandiosos registrados en la historia de la humanidad». También Marx creía que estas dos fechas eran cruciales, al igual que muchos estudiosos del siglo XX de tradición marxista, que han apuntado al posterior colonialismo europeo y a la esclavitud y la explotación de las colonias de América y Asia como las principales explicaciones del ascenso de Occidente. Muchos otros estudiosos no marxistas han rebatido la idea de que el ascenso de Europa fuera el resultado de la explotación de otros pueblos,[6] un hecho inoportuno y molesto de ser cierto, y han dirigido en cambio su mirada a aquellos aspectos de la cultura europea que preceden al colonialismo europeo que se inicia con la conquista del Nuevo Mundo por los españoles.

Para evitar el posible bochorno de atribuir el ascenso de Occidente a sus aventuras coloniales y no a sus virtudes inherentes, gran parte de la producción académica sobre los orígenes del ascenso de Occidente ha ido mucho más atrás en la historia europea, remontándose en algunos casos hasta la Edad Media, a los siglos XI y XII, e incluso, más atrás, hasta los griegos clásicos, en busca de factores que pudieran atribuirse de manera exclusiva al excepcional desarrollo de Europa. Entre los identificados, además de los valores culturales discutidos por Weber, se incluyen factores ambientales (los climas templados promueven el trabajo o los suelos pobres estimulan la in-

novación agrícola), tecnológicos (arados, estribos, gafas para leer), político-militares (feudalismo que conduce a las monarquías absolutas y luego a las naciones-estado, así como la evolución de la tecnología de la guerra), demográficos (las familias pequeñas fomentan la acumulación de capital) o, según varios historiadores, combinaciones de todos o varios de estos factores.[7]

La implicación de toda esta erudición académica es que Europa poseía características únicas que le permitieron, a ella y sólo a ella, ser la primera en modernizarse y, por tanto, le conferían la autoridad moral y el poder para difundir la «modernidad» hasta todos los rincones del planeta donde «obstáculos» culturales, políticos o económicos impedían que ese desarrollo se produjera de manera autóctona. Por consiguiente, este relato histórico pretende explicar, justificar y defender el ascenso de Occidente hasta el dominio global. Lo descaminado de esta teoría quedará más claro a lo largo de este libro a medida que se revele la superioridad industrial de gran parte de Asia sobre Europa, al menos antes de 1750.

Antes de ocuparnos de la cuestión de la importancia de todo esto, permítaseme decir unas pocas palabras sobre las unidades geográficas utilizadas en este libro. En el párrafo anterior hago una comparación entre «Asia» y «Europa» que implica, de un lado, que estas unidades son comparables y, de otro, que poseen algún tipo de unidad que las distingue entre sí y de otras. Este supuesto es problemático, especialmente para el caso de Asia, a causa de la inmensa variedad de sociedades que incluye, desde China y Japón en el Asia oriental hasta el Asia musulmana en el oeste (Oriente Medio). Incluso Europa tiene poca coherencia, pues abarca todas las tierras que se extienden desde Portugal hasta Rusia. Además, hasta muy tarde en nuestra historia (al menos hasta 1850, aproximadamente), Asia contenía unas dos terceras partes de la población mundial y era mayor que Europa prácticamente en todos los aspectos. En este sentido, Asia y Europa no son comparables. Más aún, uno de los temas más importantes en que insisto en este libro es que para comprender los orí-

genes del mundo moderno es necesario adoptar un punto de vista global, primero de cómo se interrelacionaba el vasto continente de Eurasia, vinculado a África, y luego, a partir de 1500, de cómo encaja en esta historia el Nuevo Mundo. Por último, incluso los términos geográficos «China», «India» e «Inglaterra» o «Francia» cuentan con una enorme variedad en sus mismos territorios: distintos pueblos, muchos lenguajes o dialectos y grandes diferencias de riqueza y poder. Así pues, aunque utilizaré estos términos geográficos para comenzar a situar la historia, el lector debe ser consciente de que las generalizaciones basadas en grandes unidades geográficas no serán ciertas en todo momento ni para todo lugar dentro de las unidades mencionadas y que, en realidad, lo realmente comparable se producía en ciertas *partes* de China, determinadas *partes* de Inglaterra o de los Países Bajos y *partes* concretas de India.

Los lectores deben estar preguntándose qué importancia tiene la cuestión del ascenso de Occidente. ¿Por qué estudiar siquiera la historia? La respuesta breve es que la comprensión de nuestro pasado, de quiénes somos, de dónde venimos y por qué estamos aquí, configura nuestras definiciones de quiénes somos en el presente, tiene consecuencias reales y cabe aplicar dicho conocimiento histórico a nuestras acciones o a las acciones llevadas a cabo en nuestro nombre para conformar el futuro. Las ideas desarrolladas por el relato histórico del ascenso de Occidente para explicar la naturaleza del mundo en que vivimos y, sobre todo, los valores del capitalismo de mercado y de las instituciones democráticas, se consideran nacidas únicamente en la civilización occidental pero de aplicabilidad universal, «buenas» no sólo para Occidente, sino para todo el mundo. Siguiendo este presupuesto, la solución a todos los problemas del mundo actual, al menos al decir de los líderes políticos de Estados Unidos y Europa (por ejemplo, el G7), pasa por la adopción del libre mercado.[8] Así, a Rusia, tras la caída de la Unión Soviética, a los líderes comunistas de China, a los líderes de México, Nigeria e Indonesia, los líderes occidentales les han señalado que la respuesta a todos sus

problemas era «más democracia y libre mercado». La idea es que las instituciones y los valores que supuestamente impulsaron el ascenso de Occidente son universales y pueden o, de hecho, deben ser adoptados en todo el mundo. Ése es, sin duda, su proyecto político. Pero ¿y si esta manera de ver la construcción del mundo moderno, el ascenso de Occidente y la expansión de su sistema gracias a su supuesta superioridad cultural respecto al resto del mundo es errónea? Ésa es la posibilidad planteada por una nueva línea de investigación académica, especialmente durante las dos últimas décadas.

Ya no todos los historiadores ven el mundo como una simple continuación de unas tendencias universales y necesarias que se iniciaron en Europa hace siglos. Lo que muchos ven en su lugar es un mundo en que la población, la industria y la productividad agrícola estaban centradas en Asia hasta 1750 o 1800. El mundo europeo del capitalismo y las naciones-estado es bastante reciente y supone un cambio (quién sabe durante cuánto tiempo) de unas tendencias históricas de larga extensión temporal que favorecían a Asia. Quizá los europeos hayan pintado un cuadro del ascenso de Occidente por encima del original, pero comienzan a asomarse de nuevo las pautas de fuerza y vitalidad económica de Asia. Los artistas denominan *pentimento* a la conservación de una pintura original, o parte de ella, debajo de una pintura posterior. Como este libro intenta demostrar, a medida que miremos el mundo y su pasado a través de una nueva luz, las imágenes pintadas en nuestra mente por el ascenso de Occidente irán revelando por debajo otra pintura bastante distinta. Para verla, tendremos que despojarnos de nuestra perspectiva eurocéntrica.[9]

EUROCENTRISMO

Un crítico ha dicho que la idea de que «Occidente posee alguna ventaja histórica única, alguna cualidad especial, sea de raza, cultura, ambiente, mentalidad o espíritu, que ha proporcionado a esta co-

munidad humana una superioridad permanente sobre todas las otras comunidades» es un mito, el mito del eurocentrismo.[10] Otro ha visto en el eurocentrismo una ideología, una distorsión de la verdad, utilizada por Occidente para enmascarar su dominio global,[11] y aun otro lo considera un «modelo teórico», una explicación entre otras de cómo funciona el mundo.[12] En esta sección examinaremos los diversos aspectos de aquello que los críticos llaman «eurocentrismo»: primero, qué es; segundo, hasta qué punto puede considerarse un error, un mito, una ideología, una teoría o una narración maestra.

La esencia del eurocentrismo, de acuerdo con los críticos, no es tanto que analice la historia desde un punto de vista europeo (ésa es la parte de «centrismo»), como que esa visión etnocéntrica del mundo no sea simplemente una entre tantas otras. Una perspectiva simplemente etnocéntrica reconoce que existen en el mundo muchos pueblos y culturas distintos, pero que el de uno es mejor *porque* nace del pueblo y la cultura de uno: son nuestros, son mejores y... no son vuestros. El eurocentrismo también hace hincapié en la superioridad de la cultura occidental, en que todo lo bueno, progresista e innovador comienza únicamente en Europa, pero además considera que ese paquete es de aplicación universal: no es peculiar y limitado a Europa, sino que se ha extendido a todo el planeta durante el siglo XX.

Yendo algo más al fondo de la cuestión, algunos críticos sostienen que la visión eurocéntrica del mundo ve en Europa el único agente activo de la historia del mundo, su único «manantial». Europa actúa; el resto del mundo responde. Europa es activa; el resto del mundo, pasivo. Europa hace la historia; el resto del mundo no tiene historia hasta que entra en contacto con Europa. Europa es el centro y el resto del mundo, su periferia. Sólo los europeos son capaces de iniciar cambios y promover la modernización; el resto del mundo es incapaz.

A un nivel todavía más profundo, de acuerdo con los críticos, el eurocentrismo no es simplemente una creencia en la superioridad

pasada o presente de Europa, sino «una cuestión ... de conocimiento académico»[13] (es decir, un «hecho» comprobado). No es un «sesgo», sino una manera de determinar qué es cierto y qué falso. En este sentido, el eurocentrismo es una forma de conocer y fijar los criterios para juzgar cuáles son «los hechos». Es, por tanto, un *paradigma*, un conjunto de presupuestos sobre cómo funciona el mundo que suscita preguntas que pueden responderse entonces buscando «los hechos».[14]

Por último, las ideas eurocéntricas sobre el mundo y sobre cómo llegó a ser tal como es están profundamente arraigadas entre los estadounidenses. De hecho, la historia de Estados Unidos se presenta a menudo como la cima, la mejor y más pura expresión de la civilización occidental. La historia europea e incluso la historia del mundo suelen presentarse desde un punto de vista eurocéntrico, sean o no los estudiantes o los profesores conscientes de ello. En su mayor parte, se supone que es «cierta». La situación se parece a aquella a la que se enfrentaba Keanu Reeves en la película *The Matrix* o Jim Carrey en *El show de Truman*. Quienes se encuentran dentro carecen de medios independientes para saber si están dentro de la matriz o de un escenario de televisión, a no ser que en algún momento consigan verlo desde fuera. No basta con obtener más hechos, puesto que todos los hechos obtenidos en el interior tienden a confirmar la realidad, la verdad de la matriz en la que uno se encuentra. Quizá algunos hechos no encajen, pero se descartan o se ignoran por anómalos, por accidentes, si se prefiere. Lo mismo puede decirse del eurocentrismo. Si las ideas eurocéntricas, si el ascenso de Occidente, son erróneos, ¿cómo podríamos saberlo? El modo de averiguarlo consiste en salir de esa forma de explicar cómo el mundo llegó a ser como es y pensar en otras formas de entender los grandes cambios que han configurado nuestro mundo.

Los lectores quizá perciban aquí una paradoja. De un lado, he comenzado por señalar que algunas de las características fundamentales del mundo moderno tienen su origen en Europa y que creo

que un enfoque histórico puede explicar cómo y por qué la industria, las naciones-estado y la brecha entre los ricos y los pobres definen nuestro mundo. Por otro lado, acabo de rechazar las explicaciones eurocéntricas al uso sobre el origen del mundo moderno. ¿Cómo puede existir una explicación no eurocéntrica de un mundo que tiene características europeas? En pocas palabras, podemos alcanzar dicha explicación si ampliamos nuestro relato histórico para incluir en él partes del mundo que hasta ahora habían quedado excluidas o pasadas por alto: podemos comenzar y acabar el relato histórico en otro lugar.[15] Cuando así procedamos, veremos que sólo un relato histórico nuevo y global, uno que no esté centrado en Europa, puede explicar los orígenes del mundo moderno.

Relatos y narraciones históricas

Para los historiadores, construir una narración —una historia con un principio, un desarrollo y un final— es esencial para saber qué es lo que conocemos y determinar lo que es cierto sobre el pasado.[16] El ascenso de Occidente es un relato histórico, una narración eurocéntrica que proporciona los criterios para seleccionar qué es relevante y qué no para esa historia. Pero como el ascenso de Occidente configura todas las otras formas de conocimiento histórico académico mencionadas anteriormente, constituye algo más que simplemente otro relato u otra narración: se trata de una «narración maestra», «un gran esquema para organizar cómo se interpreta y se describe la historia», «relatos que rastrean los orígenes», en las palabras de los historiadores Appleby, Hunt y Jacob.[17]

Por consiguiente, la única manera de averiguar si el ascenso de Occidente es un relato erróneo consiste en construir una narración alternativa de cómo ha llegado el mundo a ser lo que hoy es: tenemos que salir fuera de la matriz del ascenso de Occidente. Al hacerlo, conseguiremos tres cosas. En primer lugar, obtendremos una

manera imparcial de decidir qué partes del paradigma del ascenso de Occidente debemos conservar, si es que hay que conservar alguna, y qué partes debemos rechazar. En segundo lugar, los lectores aprenderán a examinar de manera crítica sus propias suposiciones sobre cómo funciona el mundo. Y, en tercer lugar, nos plantearemos la cuestión más general de cómo sabemos lo que sabemos sobre el mundo y su historia. Eso es lo que nos proponemos en esta breve historia. En el resto de esta introducción, esbozaré los elementos de esa narración alternativa.

Para ello necesito primero introducir tres conceptos adicionales: contingencia histórica, accidente y coyuntura. Comenzaremos con la idea de *contingencia*. Una de las implicaciones más poderosas del relato histórico del ascenso de Occidente, aunque rara vez se haga explícita, es que el mundo ha evolucionado de la única manera posible. Lo que esta interpretación implica es que, gracias a las ventajas históricas de que han disfrutado los europeos, posiblemente desde la caída del Imperio romano o incluso antes, desde los griegos, o gracias a la genética de los europeos, el ascenso de Occidente era *inevitable*. Aun topando con algunos contratiempos, avanzando a trancas y barrancas, tarde o temprano tenía que ascender por encima del resto del mundo.

Aunque vayamos a ocuparnos del dominio político, económico y militar de Europa y sus vástagos (por ejemplo, Estados Unidos) durante los últimos doscientos años, no hay razón para creer que ese dominio haya sido inevitable o que haya de perpetuarse en el futuro. De hecho, sólo parece inevitable porque el relato histórico se ha centrado en Europa. En cuanto se adopta una perspectiva más amplia y global, el dominio de Occidente no sólo se produce más tarde en el tiempo, probablemente hacia 1750-1800 o incluso a principios del siglo XIX, sino que además resulta claro que fue un desarrollo *contingente*, es decir, vinculado a otros desarrollos que se produjeron de manera independiente en otros lugares del mundo.

Más importante aún es el hecho de que el motor económico que impulsaba el comercio global, y con él los intercambios de ideas, de

nuevos cultivos y de bienes manufacturados, se encontraba en Asia. Probablemente ya en 1000 el crecimiento económico y demográfico en China estimulaba todo el continente euroasiático; hacia 1400 se produjo otra oleada que duró aproximadamente hasta 1800. Asia aumentó enormemente la demanda de plata para sostener el crecimiento de las economías de China e India, así como se constituyó en la mayor fuente mundial de bienes manufacturados (especialmente tejidos y porcelana) y especias. También cobran una gran importancia en nuestra narración los inicios del islam y la expansión de los imperios islámicos del siglo VII al XVII, hacia el oeste por el Mediterráneo y hacia el este por el océano Índico hasta Indonesia. Mientras Asia atraía la atención y el interés de comerciantes de todos los puntos de Asia, el imperio islámico bloqueaba el acceso directo de Europa a las riquezas de Asia, lo que estimuló a los europeos el deseo de encontrar nuevas rutas por mar hasta el océano Índico y China.

Ni siquiera el «descubrimiento» de América por Colón, ni la navegación de Vasco da Gama alrededor de África para llegar al océano Índico, habrían supuesto mucho para la fortuna de Europa de no ser porque ésta encontró en el Nuevo Mundo cantidades ingentes de plata con la que comprar bienes procedentes de Asia y porque así dispuso de una provisión de esclavos africanos para trabajar en las plantaciones del Nuevo Mundo después de que las enfermedades europeas mataran a la mayoría de la población nativa americana. Como veremos, la creación en unas pocas regiones avanzadas de Europa de las instituciones y fuentes de riqueza y poder que les permitieron establecer su dominio sobre el resto del mundo, fue *contingente* a éstos y otros desarrollos.

Aún en 1750, cuando algunas partes de Europa se acercaban a los niveles de desarrollo alcanzados en ciertas zonas clave de Asia, todas aquellas regiones más desarrolladas de Eurasia, es decir, de Europa y Asia, comenzaron a topar con límites ambientales al crecimiento, con la excepción de Inglaterra, donde los depósitos de

carbón de fácil acceso permitieron a los británicos escapar a aquellos límites gracias a una industrialización basada en la fuerza del vapor. A principios del siglo XIX esta nueva fuente de energía se aplicó a la tecnología militar y fue entonces, y sólo entonces, cuando la balanza se inclinó contra los asiáticos y cuando los europeos, dirigidos al principio por los británicos, comenzaron a alcanzar un claro dominio global. Lo esencial aquí es que el ascenso de Occidente no fue inevitable, sino que fue, en gran medida, contingente. El mundo en que vivimos podría haber sido diferente; a no ser que uno acepte la narración del ascenso de Occidente, no hay nada en el pasado que determine que el mundo terminara siendo dominado por las instituciones occidentales.

Además, si el ascenso de Occidente no fue inevitable sino contingente, el futuro también es contingente y, por eso, tiene importancia nuestra visión del pasado. Si nada hubiera podido cambiar el resultado de la historia, nada de lo que pudiéramos hacer *ahora* podría cambiar nuestro futuro: salvo que algún grave accidente de la historia nos empujara en otra dirección, quedaríamos atrapados en una elaboración y una prolongación de lo que ya existe en el presente. En cambio, si la historia (y nuestra visión de la historia) es contingente, nuestras acciones aquí y ahora pueden cambiar el mundo. Ya no estamos atrapados, sino que nosotros (y con ello me refiero a todos los pueblos del mundo, y no sólo a los norteamericanos o los occidentales) somos agentes de cambio. Si el pasado pudo ser diferente, también puede serlo el futuro. No obstante, conviene señalar que el hecho de que el dominio europeo del mundo durante los últimos doscientos años fuera «contingente» no significa que fuera un accidente, puesto que existieron causas que explican ese desarrollo, tal como explicaremos a lo largo de este libro.[18]

Esto no significa que no se produzcan *accidentes* históricos, pues en efecto se producen. Ofreceré dos ejemplos que se comentarán más adelante. En las sociedades agrícolas, predominantes en la mayor parte del mundo hasta hace muy poco tiempo, los cambios

climáticos podían tener un gran impacto sobre las cosechas y no sólo durante un año sino durante décadas. Las condiciones más favorables producían cosechas más abundantes y, en consecuencia, se abarataba el precio de los alimentos para todo el mundo y se estimulaba el crecimiento de la economía. Las malas condiciones, como las que se produjeron en gran parte del mundo durante la «pequeña Edad de Hielo» del siglo XVII, podían someter a una gran presión a economías enteras. Aunque desde luego los cambios climáticos tienen sus causas, desde el punto de vista de la historia humana son accidentes en el doble sentido de que son impredecibles y escapan al control humano.

Hay otro «accidente» que es importante para la historia del carbón y su relación con la industrialización. Los yacimientos de carbón se asentaron hace cientos de millones de años y su situación en relación con los lugares habitados es totalmente accidental. Algunos depósitos de carbón resultaron estar cerca de donde se necesitaban y se sabía cómo utilizarlos, mientras que otros se encontraban lejos y, por tanto, no podían utilizarse. Ni los holandeses ni los chinos, por ejemplo, que tenían tanto la capacidad como la necesidad de desarrollar una industria del carbón para suministrar la energía necesaria para su crecimiento económico, disponían de depósitos de carbón cerca de las áreas donde los necesitaban. Ésta es una de las razones por las que su crecimiento económico se frenó durante el siglo XVIII, mientras que el crecimiento de Gran Bretaña, que por casualidad estaba justo sobre depósitos de carbón enormes, cercanos y de fácil extracción, se aceleró. Así pues, aunque la distribución de los depósitos de carbón fuera accidental con respecto a la historia humana, sin duda ha tenido un efecto drástico sobre qué países se industrializaron y cuáles no.

Por último, tenemos el concepto de *coyuntura*. Se dice que una situación es coyuntural cuando varios desarrollos independientes convergen de tal manera que al interaccionar entre ellos producen un momento histórico único. Para el tema que nos concierne, una

forma de pensar en la coyuntura consiste en considerar el mundo como si comprendiera varias regiones más o menos independientes entre sí, cada una con su propia historia. En China, por ejemplo, la decisión adoptada a principios del siglo XV por el gobierno de utilizar la plata como base de su sistema monetario surgió de las circunstancias particulares de la historia china, pero esa decisión tuvo un impacto global durante los siglos XVI y XVII, época en que los europeos descubrieron grandes cantidades de plata en el Nuevo Mundo y pudieron hacer frente a la demanda de plata cada vez mayor de China. La consecuencia fue que la plata fluyó hacia China (e India), y las sedas, especias y porcelanas de Asia fluyeron hacia Europa y el Nuevo Mundo, dando así origen a la primera era de globalización. He aquí una coyuntura: acontecimientos que ocurren en distintas partes del mundo por razones relacionadas con circunstancias locales adquieren una importancia global.

Las coyunturas también pueden producirse dentro de una región determinada cuando varios desarrollos independientes alcanzan un punto crítico e interaccionan entre sí. Por ejemplo, el desarrollo de las naciones-estado como forma dominante de organización política en Europa se produjo por razones bastante independientes de las que condujeron a la industrialización. Sin embargo, cuando ambos procesos convergieron durante el siglo XIX, la coyuntura permitió que se desarrollara una poderosa fuerza global cuando ambos procesos proporcionaron la base para el dominio militar.

La atención que prestamos a la contingencia, el accidente y la coyuntura implica que nuestra explicación de los principales desarrollos que llevaron a la formación del mundo moderno considera causas diversas y no una sola. Las explicaciones monocausales son demasiado simples para explicar la complejidad de los pueblos, las sociedades y los cambios históricos. No debemos buscar «la» causa de la revolución industrial, pues no la encontraremos. Lo que sí hallaremos es un conjunto de factores que, en gran medida, explican la revolución industrial. Digo «en gran medida» porque tenemos

que dejar abierta la posibilidad de que, conforme vayamos aprendiendo o vaya cambiando nuestra perspectiva, encontremos deficiencias en la explicación que aquí se presenta.

Así pues, la narración relatada en este libro sobre la formación del mundo moderno, del mundo del capitalismo industrial, de un sistema de naciones-estado, de guerras entre estados y de una creciente brecha entre los más ricos y los más pobres, tendrá en cuenta las contingencias, los accidentes y las coyunturas. El mundo podría haber sido un lugar muy distinto. Hasta hace unos doscientos años, la mejor forma que habían encontrado los pueblos para organizarse y promover su crecimiento se basaba en grandes imperios agrarios en Asia, África, Oriente Medio y América. De no haber sido por una serie de contingencias, accidentes y coyunturas, todavía estaríamos viviendo en un mundo dominado por imperios agrarios.

Además de una trama o una línea argumental, una narración también tiene un principio, un desarrollo y un final, cuya elección puede afectar de manera significativa a la historia que se cuenta. He decidido dar comienzo a esta historia sobre la formación del mundo moderno alrededor de 1400. La razón es que esa fecha es anterior a la circunnavegación del globo a mediados del siglo XVI y, por tanto, nos permite examinar el mundo y su dinámica antes de que el mundo pudiera estar conectado de una forma verdaderamente global. El desarrollo de nuestra historia se centra en los inicios de la revolución industrial en 1750-1800 y en una explicación de por qué los eventos más decisivos se produjeron primero en Gran Bretaña y no en otro lugar del mundo. En la primera edición de este libro, la historia finalizaba alrededor de 1900 porque fue entonces cuando el capitalismo industrial y las naciones-estado alcanzaron una madurez y una dimensión realmente globales. Esta edición extiende el relato hasta finales del siglo XX.

Esta narración de la historia del mundo también intenta ser una *narración no eurocéntrica*, es decir, intenta ofrecer una alternativa al relato histórico desarrollado en torno a la actual narración maestra del

ascenso de Occidente, pero ¿qué importancia tiene eso? ¿Por qué debería importarnos construir una narración nueva, no eurocéntrica, de la formación del mundo moderno? Esta pregunta puede responderse a distintos niveles. En primer lugar, aunque la historia global del ascenso de Occidente pueda resultar engañosa o errónea en su fundamento, algunas de sus partes pueden ser correctas. Por ejemplo, una de las explicaciones recientes más enérgicas a la pregunta de qué causó «el milagro europeo» hace referencia a las familias y al número de hijos por familia. El argumento consiste más o menos en el siguiente razonamiento: tras la Peste Negra de mediados del siglo XIV, diversas presiones económicas y ambientales llevaron a que las familias europeas se casaran tarde y, en consecuencia, se redujo el número de hijos, lo que supuso que las familias campesinas pudieran comenzar a acumular capital, situación que habría llevado a Europa a una «revolución industriosa». «Al retrasar el matrimonio —según explica una historia reciente—, los campesinos europeos iniciaron un camino que habría que separarlos del resto de los habitantes del mundo.»[19]

Aunque pueda ser cierto que los campesinos de Europa occidental se comportaran así, librándose de unas «pautas de conducta instintivas» (es decir, una natalidad no controlada) que supuestamente condenaron a otros pueblos a la sobrepoblación y la pobreza, los campesinos europeos no fueron los únicos que siguieron este comportamiento. Un estudio reciente sobre China demuestra que también allí las familias rurales y, probablemente durante mucho más tiempo, limitaban su tamaño, aunque los métodos utilizados fueran diferentes.[20] Ya en esta cuestión, al menos, se ha eliminado uno de los pilares que sostenían la afirmación del carácter único de los europeos y de las razones de su «ascenso». De hecho, los historiadores han demostrado recientemente que prácticamente todos los factores que sus defensores habían identificado con el «milagro europeo» pueden encontrarse también en otras partes del mundo,[21] es decir, que no eran únicos de Europa y que, por tanto, *no* pueden invocarse para explicar el ascenso de Occidente.

Esta narración tampoco es eurocéntrica en el sentido de que en buena medida se ocupará de mostrar de qué manera otras partes del mundo eran más avanzadas o semejantes en su desarrollo a las regiones más desarrolladas de Europa durante muchos siglos, al menos hasta alrededor de 1800. No me habría sido posible escribir este libro sin la gran cantidad de estudios de historia publicados en inglés sobre Asia, África y América Latina que me facilitaron la base para una narración no eurocéntrica. Por tanto, somos afortunados porque nuestra comprensión del mundo ya no depende del accidente de que la mayor parte de los textos escritos durante los últimos doscientos años se ha escrito por y sobre europeos que indagaban en su propia historia. En palabras de un crítico, hasta hace poco los historiadores eran como el borracho que busca las llaves de su coche bajo una farola: cuando un policía le pregunta por qué las busca allí, les responde: «Porque aquí es donde está la luz». Por fortuna, en los últimos tiempos, los historiadores han comenzado a arrojar mucha luz sobre otras partes del mundo y ya no tenemos que movernos a tientas en la oscuridad. Ahora sabemos lo bastante sobre el resto del mundo como para cuestionarnos la narración maestra del ascenso de Occidente y comenzar a construir otra narración, esta vez no eurocéntrica.

Si el concepto del ascenso de Occidente no puede explicar de manera adecuada por qué Occidente y sus instituciones llegaron a convertirse en la fuerza dominante en el mundo durante los últimos doscientos años y, menos aún, el ascenso sostenido de Asia oriental durante las cuatro últimas décadas,[22] seguir usándolo no hace más que perpetuar una mitología. Algunas mitologías son inocuas, al menos cuando se reconocen como tales, como cuando nos dejamos cautivar por las historias de la Grecia clásica o las leyendas de los nativos americanos sobre las constelaciones, pero cuando una mitología perpetúa la idea de que cierto grupo de personas es superior, lo ha sido durante siglos o milenios, y que todos los otros son, por tanto, inferiores de diversas maneras, como se deriva de la idea del

ascenso de Occidente, la mitología resulta perniciosa para otros y debe ser abandonada.

Los elementos de una narración no eurocéntrica

En primer lugar, en lugar de países o incluso regiones concretas (por ejemplo, «Europa», «Asia oriental»),[23] debemos tomar como unidad de análisis el mundo entero. Tendremos oportunidad de discutir sobre los desarrollos que se han producido en determinadas naciones e imperios, pero siempre dentro de un contexto global. Por ejemplo, veremos que si bien la revolución industrial comenzó en Gran Bretaña (e, incluso allí, sólo en una parte), no fue a causa del coraje, la inventiva o la política inglesa, sino más bien gracias a desarrollos globales en los que participaron India, China y la colonias del Nuevo Mundo. Dicho de otro modo, la revolución industrial fue históricamente contingente a fuerzas globales.

No obstante, adoptar una perspectiva global no implica que el mundo haya estado siempre interconectado y que poseyera un único centro a partir del cual el desarrollo y el progreso se extendieran hacia regiones menos desarrolladas. Al contrario, tiene mucho más sentido concebir el mundo de 1400 compuesto de varios sistemas regionales, es decir, como un sistema «policéntrico»,[24] donde cada centro constaba de núcleos densamente poblados e industrialmente avanzados que recibían suministros de su periferia. Aunque el comercio y los intercambios culturales hacían que la mayoría de las regiones del mundo interactuaran o se superpusieran en los márgenes (con la excepción de los sistemas regionales de América, que interactuaban entre sí pero no con Eurasia-África antes de 1492), lo que ocurría en cada una de las regiones era el resultado sobre todo de la dinámica específica de aquel lugar.

Los presupuestos de que el mundo en 1400 era policéntrico y que grandes zonas de Eurasia tenían, a grandes rasgos, niveles de

desarrollo comparables, nos ayuda a comprender de qué manera se formó un mundo mucho más integrado y cómo y por qué fueron los occidentales quienes llegaron a dominarlo. Lo que implica el modelo eurocéntrico es que el desarrollo y el progreso tuvieron su origen en Europa, desde donde se extendieron hasta abarcar el resto del mundo: los europeos actuaron y el resto del mundo era pasivo o estaba estancado (hasta que tuvo que reaccionar ante Europa).[25]

En esta narración, en cambio, veremos que China e India, en particular, desempeñaron papeles significativos y que no es posible entender cómo y por qué el mundo llegó a ser como es sin entender los desarrollos que tuvieron lugar en Asia. Veremos cómo y por qué China demandó tanta plata que la hizo llegar de todo el mundo a cambio de inundar los mercados mundiales de manufacturas chinas. También investigaremos otros bienes y su oferta y demanda globales, en concreto el azúcar, los esclavos (por desgracia, los seres humanos también eran bienes comerciales) y los tejidos de algodón, todos ellos producidos primero (y de manera más eficiente) en zonas del mundo distintas de Europa.

En este libro se hace hincapié en las contingencias y las coyunturas históricas, en China e India, en la plata, el azúcar, los esclavos y el algodón, para desarrollar una perspectiva no eurocéntrica de cómo el mundo ha llegado a ser como es.

Capítulo 1

LOS MUNDOS DE LAS MATERIAS Y DEL COMERCIO HACIA 1400

Nacemos y crecemos en circunstancias que ni elegimos ni creamos. El mundo al que nos enfrentamos está compuesto por grandes *estructuras* sociales, políticas y culturales que cambian con mucha lentitud y muy raramente a consecuencia de la acción consciente de una única persona, sino más bien como resultado de grandes procesos que apenas son detectables, por movimientos sociales prolongados y de gran envergadura o, como veremos, durante coyunturas históricas.

Por tanto, para comprender los grandes cambios que acompañaron a los orígenes del mundo moderno, conviene que comencemos analizando algunas de las estructuras dentro de las cuales la gente nacía, vivía y moría en 1400. Naturalmente, no es posible examinar todas las facetas de la vida de la gente de aquella época, así que tendremos que ser bastante selectivos (pues, según lo prometido, esta historia será «breve»). He decidido insistir en dos de los principales aspectos estructurales del mundo en 1400: en primer lugar, las condiciones materiales y naturales en que vivía casi toda la gente en un mundo mayoritariamente agrícola o lo que podríamos denominar «el antiguo régimen biológico» y, en segundo lugar, las redes comer-

ciales que conectaban a la mayor parte del Viejo Mundo. Así pues, este capítulo introduce dos tipos de mundos, el material, en el cual la mayoría de la gente vivía una vida bastante limitada, y el comercial, que ponía en contacto cada vez mayor a diversas partes del mundo. Para ilustrar de qué modo se relacionaban estos dos mundos, el capítulo concluye con un examen de las causas y consecuencias de la Peste Negra de mediados del siglo XIV, una de las mayores catástrofes sufridas por la humanidad en Europa occidental y Asia oriental.

Este capítulo también introduce algunos conceptos clave que se utilizarán en el resto del libro. En su mayor parte se centra en el mundo material y, en particular, en el volumen de la población humana y en las condiciones económicas, sociales y ambientales en las que vivía la mayoría de la gente. Los conceptos que se manejarán a lo largo de este capítulo incluyen el ascenso de la *civilización* y la *revolución agrícola* y las relaciones entre los pueblos, las *ciudades* y las zonas rurales, entre las *élites gobernantes* y el *campesinado*, entre civilizaciones asentadas y poblaciones *nómadas* y entre las personas y su *medio ambiente*. Tomadas de manera conjunta, estas relaciones constituyen el *antiguo régimen biológico*, cuyo funcionamiento se examinará en el contexto de la Peste Negra de mediados del siglo XIV.

También examinaremos el *sistema mundial* tal como existía alrededor de 1400. En la actualidad se debate la *globalización* de manera encendida (y se convocan manifestaciones en su contra). En este contexto, crean que su impacto en conjunto es beneficioso o pernicioso, muchas personas consideran que la globalización es un fenómeno nuevo, pero si hay algo que espero que los lectores de este libro concluyan, es que la «globalización» no es en absoluto un fenómeno novedoso, pues hace mucho tiempo que se viene desarrollando. Entre los términos clave que manejaremos en este capítulo destacan la cualidad de *policéntrico* (para describir un sistema con muchos centros) y los conceptos *núcleo* y *periferia*, aplicables tanto a un mundo policéntrico como a un mundo con un único centro.

Uno de los aspectos más importantes del siglo XV es que la mayo-

ría de sus habitantes, con independencia de donde vivían, de su civilización e incluso de sus diversas costumbres, compartían un mundo material muy parecido. Las razón de ello es que las personas tenían que alimentarse y, desde la revolución agrícola que tuvo lugar hace entre cinco mil y ocho mil años, la principal manera de obtener el alimento ha sido mediante la agricultura. Aunque es importante determinar si el principal cultivo era trigo, centeno o arroz, lo esencial es que todos los campesinos se enfrentaban a retos parecidos en sus relaciones con la naturaleza, con las élites gobernantes y con los otros campesinos. Por ello, buena parte de este capítulo se ocupa de las estructuras sociales, económicas y políticas básicas para entender el mundo desde aproximadamente 1400 hasta 1800. Los siguientes capítulos se ocuparán de relatar lo que ocurrió después de 1400; en éste, marcamos una línea de referencia de la vida material de 1400 a fin de poder compararla y evaluar los cambios posteriores.

El antiguo régimen biológico

El número de habitantes de la Tierra es un indicador importante del éxito relativo con que los seres humanos han creado las condiciones materiales en las que sus poblaciones pueden aumentar o disminuir. Por supuesto, existen enormes variaciones en la dinámica de las poblaciones en el tiempo y el espacio —y aquí consideraremos algunas de ellas—, pero en nuestra primera aproximación comenzaremos con simples totales globales.

El peso de los números

Examinaremos primero el peso de los números[1] de manera global. En la actualidad, nuestro planeta alberga unos seis mil millones de habitantes. Hace seiscientos años, en 1400, la población era tan

sólo un seis por ciento de esa cifra, aproximadamente trescientos cincuenta millones de personas, algo más de la población actual de Estados Unidos, que alcanza los doscientos ochenta millones. En 1800, la población ya se había doblado, pues llegó de setecientos veinte a setecientos cincuenta millones de personas.[2] Además, durante los cuatrocientos años que van de 1400 a 1800, hasta un ochenta por ciento de esa población era campesina: vivía de la tierra y era productora directa de alimentos para su propio consumo y para el resto de la población. El mundo era sobre todo rural y la disponibilidad de tierra para producir alimentos constituía el límite del número total de personas que podían vivir en un momento dado. Durante la mayor parte de este período, la población aumentó y disminuyó en grandes oleadas que duraban siglos, con una tendencia de ligero aumento a muy largo plazo y disminuciones rápidas y abruptas. En términos muy generales, podemos distinguir tres grandes oleadas de aumento y disminución de la población durante los últimos mil años. Comenzando hacia 900-1000 (probablemente de manera simultánea en China y Europa), la población aumentó hasta aproximadamente el año 1300 y, a consecuencia de la Peste Negra, se desplomó aproximadamente en 1350. Otro período de aumento comenzó hacia 1400 y duró hasta mediados del siglo XVII, cuando se produjo un descenso de la población. El tercer avance comenzó alrededor del año 1700 y todavía no ha parado, aunque los demógrafos creen que lo hará aproximadamente en 2100.

Cambio climático

Hoy parece claro que el cambio climático ha sido una causa general de los aumentos de la población en el mundo durante los tiempos premodernos. Espoleados por el interés que durante los últimos veinte años ha despertado el actual problema del calentamiento global, historiadores y meteorólogos han reconstruido los climas del

pasado y, en efecto, ha encontrado cambios significativos en la temperatura y las precipitaciones.[3] Las relaciones entre el cambio climático y la dinámica de la población humana son complejas, pero el principal vínculo, especialmente en un mundo en que del ochenta al noventa por ciento de la población vivía de la tierra, deriva de la producción de alimentos. Las variaciones en la temperatura, la radiación y las precipitaciones afectan a todo lo que crece, sean árboles, trigo o arroz. Las buenas condiciones climáticas mejoraban la producción, mientras que las malas cosechas auguraban desastres, de manera que las tendencias de enfriamiento a largo plazo podían reducir gravemente el suministro de alimentos y con ello la capacidad de la sociedad para sustentar una determinada población, lo que ocasionaba una disminución en el número de habitantes. Por otro lado, las condiciones generales de calentamiento permitían cosechas más abundantes y el crecimiento de la población humana.[4] No obstante, como veremos, los cambios climáticos no son tan importantes para explicar el crecimiento de la población a partir de 1700, cuando los recursos del Nuevo Mundo y la industrialización comenzaron a aliviar los antiguos límites al crecimiento de la población.

Densidad de población y civilización

Los trescientos cincuenta millones de personas que vivían en 1400 no se distribuían de manera uniforme por la faz de la Tierra, sino que se concentraban en unas pocas bolsas de una densidad mucho mayor. De hecho, de los ciento cincuenta millones de kilómetros cuadrados de superficie que hay en la Tierra, la mayoría de la población humana vive en apenas el siete por ciento, unos once millones de kilómetros cuadrados. La razón, naturalmente, es que esas tierras son las más adecuadas para la agricultura, mientras que el resto son zonas pantanosas, estepas, desiertos o regiones glaciares.

Además, las regiones de la Tierra densamente pobladas pertenecían a tan sólo quince civilizaciones altamente desarrolladas, de las cuales las más importantes eran, de este a oeste, Japón, Corea, China, Indonesia, Indochina, India, Asia occidental islámica, Europa (tanto mediterránea como occidental) y las civilizaciones azteca e inca. Puede sorprender que la práctica totalidad de los trescientos cincuenta millones de personas que vivían en 1400 pertenecieran a un puñado de civilizaciones que ocupaban una proporción muy pequeña de la superficie de la Tierra, pero más sorprendente aún es el hecho de que eso mismo sea todavía cierto: el setenta por ciento de los seis mil millones de habitantes del mundo viven en aquellos mismos once millones de kilómetros cuadrados.[5]

Las mayores concentraciones de población se encontraban, como todavía hoy en su mayoría, en el continente euroasiático: China en el este, Europa en el oeste e India en el sur. Además, las poblaciones de China y Europa han sido más o menos equiparables durante largos períodos de la historia. Tan grandes eran esas tres poblaciones en relación con el resto del mundo que sólo China representaba del veinticinco al cuarenta por ciento de la población mundial (el último de estos porcentajes lo alcanzó en el siglo XVIII), Europa representaba un veinticinco por ciento e India aproximadamente un veinte por ciento. Dicho de otro modo, estos tres centros comprendían aproximadamente un setenta por ciento de la población mundial en 1400, que aumentó hasta un ochenta por ciento en 1800. Estas sorprendentes cifras ayudan mucho a explicar por qué lo que ocurrió en China, India y Europa desempeña un papel tan importante en este libro.

Las quince civilizaciones más densamente pobladas y desarrolladas compartían varias características, de las cuales la más importante era la relación entre quienes vivían en las zonas rurales y producían los alimentos y quienes vivían en las ciudades y consumían los excedentes de aquella producción. Las élites de las ciudades habían ideado diferentes sistemas para asegurarse de que los alimen-

tos producidos en las zonas rurales llegaran a las ciudades. Esta relación extractiva entre ciudades y zonas rurales tiene una larga historia que se remonta al Neolítico, cuando se produjo la revolución agrícola, hacia 5000-8000 a.C.

La revolución agrícola

Hace unos diez mil años, en esa parte del mundo que recibe el apropiado nombre de «Creciente Fértil» (el actual Irak), los seres humanos aprendieron a cultivar sus propios alimentos y a criar sus propios animales, consiguiendo así aumentar la cantidad de comida disponible. Este cambio de una sociedad de cazadores y recolectores a una sociedad agrícola y sedentaria se produjo a lo largo de un período muy dilatado y de manera independiente en al menos cuatro partes del mundo: hace unos diez mil años en el Creciente Fértil, a lo largo de los ríos Tigris y Éufrates; en el norte de China hace unos nueve mil quinientos años; hace unos cinco mil quinientos años en lo que hoy es México en Mesoamérica, y hace unos cuatro mil quinientos años en lo que hoy es la parte oriental de Estados Unidos. También puede haberse producido de manera independiente en varias partes de África y Nueva Guinea, pero no en todos los lugares, pues las praderas y estepas adecuadas para el pasto mantuvieron ese carácter hasta bien entrado el siglo XX.[6]

Aunque algunos críticos han puesto reparos en la utilización del término «revolución» en este contexto argumentando que el desarrollo de la agricultura no fue repentino sino que se produjo a lo largo de mucho tiempo en las áreas donde comenzó,[7] nadie discute que supuso un cambio revolucionario en la forma de vivir, relacionarse con sus semejantes y morir, ya que los avances en la agricultura hicieron posible la obtención de una cantidad de alimentos cada vez mayor que aquella que los productores directos podían consumir en un año, es decir, la obtención de un «excedente agríco-

la», lo que permitió que surgieran grupos sociales que no tenían que producir su propio alimento: sacerdotes, gobernantes, guerreros y grupos de asaltantes o invasores foráneos, normalmente nómadas. La existencia de este excedente agrícola significaba que otros podían tomarlo, por la fuerza si era necesario o, lo que era más habitual, en forma de impuestos. En cualquier caso, en la sociedad se abrió un gran cisma entre los campesinos y la élite no productora de gobernantes: el trabajo de los campesinos era producir los alimentos y el excedente, el papel de los sacerdotes era explicar cómo y por qué se había originado el mundo y la función de los gobernantes era proteger el excedente de los invasores foráneos.

La revolución agrícola también dio origen a dos características adicionales y definitorias de la «civilización»: las ciudades y la escritura. Como los sacerdotes y los gobernantes no tenían que producir sus propios alimentos, podían vivir separados de los campesinos, en sus propios recintos, por así decirlo. Los gobernantes también atraían a su alrededor a los artesanos pues necesitaban que éstos hicieran ropa, produjeran armas y construyeran edificios, lo que dio origen a las grandes concentraciones de personas que llamamos «ciudades». Desde ellas, la élite podía gobernar sus tierras. Para ello tenía que mantener un registro del número de campesinos, de la cantidad de alimentos que producían y, sobre todo, de la cantidad que debían a los gobernantes en forma de impuestos, para cuyo fin desarrollaron sistemas de contabilidad y escritura. Además de mantener la contabilidad de la población y de los impuestos, la escritura también resultaba útil a los sacerdotes para anotar sus propios relatos sobre nuestros orígenes, para elaborar calendarios con fines agrícolas y rituales y para predecir el futuro.

En general, el conjunto formado por una ciudad y su región agrícola circundante no era autosuficiente, de manera que sus habitantes comenzaron a comerciar con otras ciudades o con poblaciones nómadas u otros pastores para obtener materias primas (por ejemplo, metales como el cobre y el estaño para producir bronce o, más tarde,

mineral de hierro) o animales (sobre todo, caballos). Si los bienes requeridos también eran estratégicos, es decir, relacionados con las fuentes militares del poder, las élites gobernantes tendían a desconfiar del comercio y preferían asegurarse el suministro de las materias estratégicas controlando la región que las producía y, si era necesario, por la fuerza. Esta dinámica dio origen, con el tiempo, a los imperios, unidades políticas extensas gobernadas y controladas por una única élite de gobernantes en los que la población sometida cedía su excedente agrícola a dicha élite de gobernantes y terratenientes, normalmente en forma de impuestos o arriendos.

Pueblos y ciudades en 1400

Aunque la mayor parte de la población mundial vivía en las zonas rurales, dado que existían pueblos y ciudades de diversos tamaños y funciones, podemos utilizar su número y tamaño como un indicador aproximado de la riqueza de una sociedad (o, dicho de otro modo, de la capacidad del campesinado para producir suficiente excedente como para sostener a quienes no producían sus propios alimentos). La lista de las 25 ciudades más grandes del mundo en 1400 apenas sorprende, pues la mayoría de ellas siguen siendo grandes ciudades en la actualidad, pero hay que tener en cuenta que las poblaciones urbanas más grandes del mundo en 1400 no albergaban mucho más del uno por ciento de la población mundial.[8] Lo que quizá sí resulte sorprendente es que nueve de las ciudades más grandes del mundo, entre ellas la mayor de todas, Nankín, estaban en China. La segunda ciudad más grande estaba en el sur de India (Vijayanagar) y la tercera era El Cairo. Sólo con la cuarta ciudad más grande (París) llegamos a Europa, que tenía cinco de las 25 ciudades más grandes. Otras de las grandes ciudades eran: Constantinopla en el Mediterráneo; Samarcanda, enlace en Asia central que abría las rutas comerciales entre Oriente y Occidente a lo largo

de Eurasia; Bagdad, que también era una importante ciudad comercial, y Fez, en Marruecos, que desempeñaba un destacado papel en las rutas comerciales de África.

Naturalmente, estas grandes ciudades de 1400 (que variaban en tamaño de ochenta mil habitantes a unos quinientos mil como máximo) representaban poco más del uno por ciento de la población mundial, mientras que aproximadamente el nueve por ciento, unos treinta millones de personas, vivía en ciudades y pueblos de cinco mil a setenta y cinco mil habitantes. Como es lógico, la mayoría de éstas también se encontraban en Asia, sobre todo en China, Japón e India. En Europa, en cambio, con apenas veinte mil habitantes, la ciudad más grande de Alemania era Colonia. Así pues, la riqueza del mundo en 1400, medida por el número y tamaño de las ciudades, estaba concentrada en Asia.

Para los habitantes de las zonas rurales, los grandes pueblos y ciudades eran lugares en cierto modo mágicos donde personas de una gran riqueza comían exquisiteces con que los campesinos sólo podían soñar y vestían con una finura que ponía de manifiesto lo burdo de sus vestimentas, sin que la mayor parte de dicha élite desempeñara ningún trabajo visible. Naturalmente, los impuestos, diezmos y arriendos que pagaban los campesinos sustentaban estas ciudades y ellos lo sabían. También lo sabían las poblaciones nómadas, que si bien veían con desconfianza las ciudades y la cultura productiva de esas civilizaciones, no dejaban de sentir una cierta envidia hacia ellas y disponían de la capacidad militar para atacarlas cuando les fuera necesario.

Nómadas

Las sociedades agrarias ocupaban las mejores tierras agrícolas en todo el continente eurasiático. Las grandes praderas de la estepa que atraviesa el continente de este a oeste, así como los desiertos y

las regiones pantanosas, aunque no eran adecuados para la agricultura por tener demasiada agua o carecer de ella, no estaban deshabitados. En concreto, en la estepa, vivían grupos de personas que obtenían su sustento de la tierra por medio de la caza, de la recolección y siguiendo sus rebaños.[9] La forma de vida de estos nómadas consistía en desplazarse a caballo, guiando sus rebaños de caballos, ovejas, vacas y cabras allá donde se encontraran los mejores pastos; pero los nómadas no eran del todo autosuficientes, pues necesitaban cosas que las ciudades producían, por ejemplo sal, útiles de cocina, tejidos y otros bienes manufacturados, que obtenían a cambio de caballos, carne, miel y otros productos muy apreciados por los habitantes de las ciudades. Así pues, civilizaciones y nómadas vivían en todo el continente euroasiático en una suerte de asociación, de dependencia mutua.

Las relaciones entre estos dos grupos solían ser pacíficas, pero los nómadas podían constituirse en temibles fuerzas de ataque. Como cazadores, eran expertos con el caballo y el arco. Y cuando los cambios climáticos secaban sus tierras de pastoreo y amenazaban sus fuentes de alimento, no tenían inconveniente alguno en asaltar las reservas de alimentos de las civilizaciones, ya fueran ciudades o imperios. Naturalmente, las élites gobernantes de las civilizaciones contaban con ejércitos y tenían el deber de proteger sus reservas de alimentos de los asaltos de los nómadas. Para quienes vivían en los centros de la civilización, los nómadas eran el reverso de lo civilizado, pues no vivían en ciudades y eran brutos, incultos y, probablemente, también supersticiosos. En pocas palabras, eran «bárbaros». Y cuando una civilización, por la razón que fuera, se debilitaba, se podía convertir en víctima no sólo del ataque de algún pueblo nómada, sino de la invasión, la destrucción o la conquista, como todos sabemos. Entre los ejemplos más notables destacan las caídas del Imperio romano y del imperio chino de la dinastía Han (300-600, que no trataremos en este libro) y, como veremos más adelante, las invasiones mongoles de China y Europa en el siglo

XIII. Cuando los centros de la «civilización» se debilitaban, a veces sus gobernantes se servían de guerreros nómadas en sus ejércitos de frontera, pero así todavía se debilitaba más la civilización, pues la abría a la conquista desde dentro por parte de nómadas que habían adoptado parcialmente elementos de dicha civilización.

Los nómadas no eran la única amenaza para las civilizaciones. En los bosques, los pantanos, los montes y las montañas había otros grupos que, a diferencia de los nómadas, eran bastante autosuficientes y podían obtener todo lo que necesitaban de su entorno. Aun así, en algunas ocasiones entraron en contacto con las fuerzas de la civilización, sobre todo durante períodos de crecimiento de la población, cuando los campesinos o el imperio buscaban nuevas tierras para sus nuevos habitantes. Los chinos, por ejemplo, tenían una larga historia de contacto con esos pueblos e incluso llegaron a clasificarlos en dos grupos: los «cocidos», dispuestos a aceptar algunas de las cosas que conlleva la civilización, y los «crudos», que no estaban dispuestos a aceptar nada.[10]

La vida salvaje

Aunque la mayor parte de la población mundial vivía en unas pocas islas de civilización muy desarrolladas, las grandes extensiones de tierra que se extendían entre ellas estaban habitadas por pueblos que tenían otro tipo de organización, pero formados por seres humanos al fin y al cabo. De hecho, hacia 1400 los seres humanos ya habían migrado hacia o a través de prácticamente todos los lugares del globo. Como es natural, los cazadores y nómadas que habitaban en las vastas extensiones fuera de las civilizaciones densamente pobladas eran muy pocos y muy dispersos y dejaban mucho espacio para especies salvajes de todo tipo. Tres ejemplos bastarán.

Los lobos eran comunes en casi toda Europa, como atestiguan los *Cuentos de hadas* de los hermanos Grimm. Por desgracia, cuan-

do las poblaciones disminuían o cuando un invierno crudo convertía en bienes muy preciados los pocos alimentos disponibles tanto para los seres humanos como para los lobos, las manadas de estos últimos podían entrar, y entraron, en las ciudades, como ocurrió en París en 1420, en 1438 e incluso ya en el siglo XVIII, momento en que los franceses organizaron una campaña para aniquilar la especie «tal como habían hecho en Inglaterra seiscientos años antes», según explica un escrito de la época de 1779.[11] En China, los tigres habitaron en algún momento en casi toda la región y periódicamente atacaban pueblos y ciudades, llevándose lo mismo lechones que bebés cuando los seres humanos perturbaban su ecosistema al talar los bosques que les proporcionaban sus presas preferidas, ciervos y jabalíes. Los tigres llegaron a ser tan abundantes en Manchuria que en las expediciones de caza del emperador se podían matar sesenta en un solo día, además de un millar de ciervos; los casos de ataques registrados en pueblos del sur de China continuaron hasta el siglo XIX.[12] La mayor abundancia natural, sin embargo, se encontraba en el Nuevo Mundo, especialmente en América del Norte, donde los primeros europeos que pisaron aquellas tierras describieron cantidades y tamaños «fabulosos» de peces, aves, ciervos, osos y árboles.[13]

Así pues, desde 1400 a 1750, cuando la población humana aumentó de trescientos cincuenta a setecientos veinte millones, aún había mucho espacio para todo tipo de vida salvaje. Pese a ello, la relación entre las dos poblaciones era claramente inversa. Cuantos más humanos, menos vida salvaje, especialmente cuando los habitantes de las «civilizaciones» se aficionaron a las pieles (en China, Europa y América del Norte) o a las aves y los peces exóticos. Las grandes expediciones de caza para matar ballenas, tigres, bisontes, castores, palomas, tiburones, zorros y tantos otros animales por su piel, su carne o diversas partes de su cuerpo comenzaron entonces y se han prolongado hasta nuestros días, excepto para aquellas especies que ya se han extinguido o, en algunos lugares del mundo, protegido.

La expansión de la población humana sobre la tierra significaba

menos territorio y, por tanto, menos hábitat disponible para otras especies. Aunque dependemos de nuestro entorno para sobrevivir, nuestra especie ha estado dispuesta a sacrificar otras a cambio de su *Lebensraum*.[14] A veces la extinción llegó como un disparo de rifle, cuando se eliminaba una especie sin alterar el resto del entorno físico, como en el caso de la eliminación de los lobos en Inglaterra, Francia y Wisconsin, o de los bisontes de las Grandes Llanuras, que dejaron los bosques o las llanuras intactos, empobrecidos, pero intactos. En otras ocasiones, el final de una especie acaeció como un holocausto cuando los pueblos, al extenderse, talaban y quemaban ecosistemas enteros para convertirlos en tierras agrícolas, como ocurrió con el tigre en el sur de China. No obstante, con cada uno de los grandes declives de la población humana, a mediados del siglo XIV y más tarde a mediados del siglo XVII, los animales salvajes volvían a asentarse y extenderse, pero desde mediados del siglo XVIII, la población mundial ha aumentado de forma continua y acelerada, de manera que la vida salvaje se ve cada vez más amenazada.

Crecimiento de la población y tierras

Tanto el crecimiento como el descenso de la población comportaban ciertos beneficios y ciertas dificultades para la sociedad. De un lado, como con cualquier organismo vivo, un aumento del número de seres humanos señala nuestro éxito a la hora de obtener más energía de los ecosistemas en forma de alimento. Mayor población y mayor densidad hicieron que fuera posible la existencia de las civilizaciones, las ciudades, la educación y el comercio, así como una conciencia cada vez mayor y una mayor comprensión del mundo de los seres humanos y del mundo natural. Por tanto, el crecimiento de la población puede venir acompañado de mejores condiciones y mejor calidad de vida para la mayoría de las personas, al menos hasta cierto punto, hasta que se alcanzan los límites de dis-

ponibilidad de tierras y de capacidad de alimentar a la creciente población. En estos casos, la población puede sobrepasar la capacidad que tiene la tierra para alimentarlos, lo que conduce a un deterioro de las condiciones de vida y a una mayor morbilidad por hambre o enfermedad. A medida que la población desciende, se restablece el equilibrio entre el número de personas que alimentar y la cantidad de tierras disponibles para alimentarlas.

Una población en fase de crecimiento requiere suministros de alimento y energía adicionales para sustentarla y, con la tecnología agrícola disponible en 1800, esos aumentos sólo podían proceder de tres fuentes: la roturación de más tierras para cultivo, el incremento del trabajo sobre una parcela de tierra (lo que exige seleccionar una semilla de mejor calidad) o el aumento de la cantidad de agua o de abono. En China, de 1400 a 1800, por ejemplo, la población casi se cuadruplicó, pues pasó de ochenta y cinco millones a entre trescientos veinte y trescientos cincuenta millones, un crecimiento que se sostuvo casi a partes iguales aumentando la superficie de cultivo y labrando y abonando de manera más intensa las tierras ya cultivadas.[15]

Naturalmente, roturar nuevas tierras implicaba la migración a nuevos territorios, con la consiguiente lucha con otras especies salvajes que a veces llegaban a expulsarlas, pero también con los pueblos «incivilizados» de las montañas, los montes y los bosques. Algunas migraciones fueron más fáciles que otras, especialmente cuando las nuevas tierras albergaban poca población, dispersa y con escasa capacidad de defensa o cuando las personas que migraban lo hacían respaldadas por el poder militar de su imperio (como ocurría en China). Algunas regiones, sin embargo, quedaban fuera de los límites a todos los efectos; los europeos, por ejemplo, no podían mirar demasiado lejos hacia oriente porque aquellas tierras ya estaban ocupadas por varios pueblos nómadas fuertes: turcos, tártaros y mongoles, todos lo cuales producían escalofríos a la mayoría de europeos y asiáticos.

En resumen, prácticamente la totalidad de los trescientos cincuenta millones de personas que vivían en 1400 era población rural que producía alimentos y materias primas para las industrias de manufactura; producción con la que se sustentaban tanto a sí mismos como a una pequeña élite gobernante que se llevaba una parte de la cosecha en forma de impuestos (para el estado) y de arriendos (para los terratenientes). Las familias campesinas a menudo hilaban y tejían telas para su propio uso o para venderlas en mercados locales a cambio de bienes que no podían producir, aunque en algunas ocasiones sus tejidos entraban en circuitos comerciales de muy larga distancia, como veremos enseguida. Si las condiciones climáticas eran buenas y producían cosechas abundantes, las familias campesinas podían pensar en aumentar su tamaño,[16] especialmente si había tierras disponibles en la vecindad o si su gobierno favorecía la migración a gran distancia protegiéndolos de los lobos, los tigres o de los invasores nómadas. Si la población crecía demasiado o demasiado rápido, superando la capacidad de la tierra para sustentarla, unas cuantas malas cosechas podían provocar hambrunas y aumentar la facilidad de contraer enfermedades epidémicas, como ocurrió a principios del siglo XIV y ocurriría de nuevo a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII.

Las enfermedades epidémicas, el hambre, la guerra y otros desastres mantenían la esperanza de vida muy por debajo de la actual. En muchas de las regiones más ricas y avanzadas del mundo premoderno, desde China y Japón en Asia oriental hasta Inglaterra y Alemania en Europa, la esperanza de vida al nacer era de treinta a cuarenta años,[17] aproximadamente la mitad de la actual en casi todo el mundo desarrollado. Naturalmente, esa baja esperanza de vida se debía en gran parte a la alta mortalidad infantil: las mujeres tenían muchos hijos, pero podían considerarse afortunadas si la mitad sobrevivían y superaban los quince años. Una vez vencido el peligro de muerte por enfermedades de la infancia, la mayoría podía esperar vivir hasta los sesenta o setenta años, siempre y cuando las condiciones de la agricultura fueran buenas.

Hambre

La escasez de alimentos, el hambre y la muerte formaban realmente parte de la vida de la mayoría de las personas que vivían en 1400. Sería fácil atribuir esos desastres únicamente a «causas naturales», pero en aquel período entre el ochenta y el noventa por ciento de la población mundial estaba compuesto por un amplio campesinado, poblaciones rurales que producían los alimentos y las materias primas industriales para la sociedad y que estaban obligadas a ceder cada año una parte de su cosecha a los agentes del estado en forma de impuestos y, salvo que pertenecieran a la pequeña minoría afortunada que poseía sus propias tierras, a los terratenientes en forma de arriendos o trabajando para ellos.[18] En buena parte de las regiones de mayor densidad geográfica de Eurasia (es decir, China, Europa e India), las familias campesinas tenían que ceder hasta la mitad de su cosecha al estado y los terratenientes.[19]

Cuando los tiempos eran buenos o iban mejorando, las familias campesinas podían arreglárselas para llegar al final del año habiendo satisfecho sus propias necesidades de subsistencia y cumpliendo sus obligaciones con los recaudadores de impuestos y los cobradores de arriendos, además de producir un excedente que podían vender en el mercado, pero ¿y si las cosechas eran malas? Un «buen» gobierno o un «buen» terrateniente se daría cuenta de que tomar la parte que acostumbraba a tomar suponía empujar a la familia campesina por debajo de su *nivel de subsistencia*, lo que terminaría reduciendo o anulando los impuestos y los arriendos de ese año; pero si el gobierno o los terratenientes no querían o no podían hacerlo —por ejemplo porque ellos mismos habían contraído deudas con otros—, seguían exprimiendo a los campesinos. De hecho, los terratenientes japoneses del siglo VIII decían que los campesinos eran como semillas de sésamo: cuanto más se exprimían, más daban.

Por tanto, en las sociedades campesinas el hambre era un fenómeno «natural» tanto como «social».[20] Y es importante entender

esto porque es especialmente en este contexto donde los campesinos desarrollaron sus propios conceptos sobre sus derechos en la sociedad y las condiciones en que podían exigirlos. Así pues, el mundo agrario que hemos venido considerando no lo habían hecho las élites gobernantes, sino que era el resultado de las interacciones, los entendimientos y los acuerdos (tanto explícitos como implícitos) entre agentes del estado, terratenientes y productores campesinos.[21]

Revueltas campesinas

Que los campesinos soportaran las circunstancias que podían causar hambrunas o que, por el contrario, se sublevaran contra ellas dependía en gran medida de dos factores. En primer lugar, por muy enfurecidos que estuvieran por el trato cruel que recibían, que incluso podía atentar contra su propia vida, del estado o los terratenientes, si el gobierno o el señor tenían una fuerza militar suficiente y estaban dispuestos a utilizarla (y los campesinos intuían cuándo era así), no tenían más elección que resistir o escapar. El segundo factor tiene que ver con la cohesión de las comunidades campesinas: aun cuando el uso de la fuerza no les impidiera actuar, si la comunidad campesina no tenía capacidad para la acción colectiva, podía resignarse a sufrir en silencio e incluso a morir durante un largo invierno.[22]

Ambas condiciones se dieron en tantos momentos y lugares como para que las revueltas campesinas y otras formas de resistencia al orden establecido formaran parte de la dinámica del antiguo régimen. Por ejemplo, de 1590 a 1871 hubo en Japón más de tres mil casos de revueltas campesinas, que variaban desde la quema de graneros hasta el alzamiento en armas. China tuvo menos revueltas campesinas, pero a mayor escala, especialmente a mediados del siglo XVII y durante la colosal rebelión taiping de mediados del siglo XIX. Rusia también experimentó grandes revueltas campesinas, en-

tre las que cabe destacar el gran levantamiento de Pugachov en el siglo XVIII, y Francia, en cierto modo, es el escenario clásico de las revueltas campesinas, sobre todo las que acompañaron a la Revolución francesa de 1789. Inglaterra, Alemania e Italia también tienen su propia historia de rebeliones. Allí donde los campesinos estaban bajo el yugo de las élites gobernantes, encontraban la manera de resistir o de rebelarse, aunque esos actos pocas veces tuvieran como resultado un cambio importante en el funcionamiento de la sociedad.

Enfermedades epidémicas

Entre el ochenta y el noventa por ciento de la población mundial era campesina y, ya fuera en China, en India, en diversas regiones de Europa o también en Mesoamérica, ella era la que sustentaba las élites que se dedicaban al gobierno, las guerras, la religión y el comercio. En palabras de un historiador, el campesinado hacía posible que diversas formas de «macroparásitos» humanos vivieran a su costa. Pero además, toda la población estaba sujeta a enfermedades epidémicas transmitidas por microparásitos (por ejemplo, la bacteria causante de la Peste Negra, los virus de la viruela y la gripe, las bacterias del dengue y la disentería y todos los otros gérmenes patógenos que provocaban enfermedades que ya no podemos identificar porque han mutado o ya han desaparecido).[23]

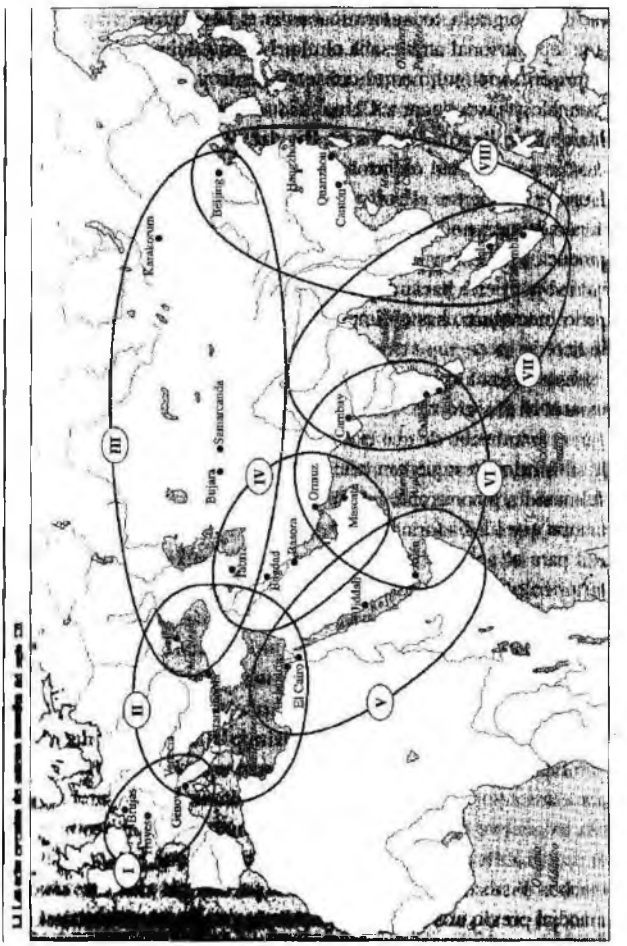
No cabe duda de que las personas ricas de las ciudades o del campo tenían más recursos para evitar la muerte causada por enfermedades epidémicas que los campesinos o los pobres de los pueblos y las aldeas, pero las epidemias podían afectar, y afectaron, a poblaciones enteras. Las enfermedades epidémicas también se desplazaban por el mundo. Al principio lo hacían despacio a causa de la propia lentitud del comercio y de los contactos entre los centros de civilización, como ocurrió en el período inmediatamente poste-

rior a la caída del Imperio romano y del imperio chino de la dinastía Han, cuando la viruela y el sarampión se extendieron desde su lugar de origen en Europa hasta China, pero en el mundo del siglo XIII, mejor conectado por las rutas del comercio a larga distancia, una epidemia podía desplazarse mucho más rápido de un extremo al otro del continente eurasiático. Así pasó con la Peste Negra, que se extendió de China a Europa en cuestión de años y, una vez en Europa, se propagó casi por todo el continente en sólo tres años, desde finales de 1347 a 1350. Para entender cómo y por qué pudo desplazarse la Peste Negra con tanta rapidez de China a Europa y después extenderse en la misma Europa, necesitamos conocer las redes comerciales que vinculaban entre sí muchas partes de Eurasia y hacían posible que los bienes, las ideas y los gérmenes se desplazasen de un extremo al otro del continente.

El mundo[24] y su sistema comercial hacia 1400

Durante el siglo XIV, el Viejo Mundo, es decir, el continente eurasiático y África, se encontraba conectado por ocho zonas comerciales agrupadas en tres grandes subsistemas.[25] El subsistema de Asia oriental conectaba China y las islas de las especias de la región ecuatorial del sudeste asiático con India; el subsistema de Oriente Medio y Mongolia vinculaba el continente eurasiático desde el Mediterráneo oriental hasta Asia central e India, y el subsistema europeo, que tenía su centro en las ferias de Champaña en Francia y en las rutas comerciales de las ciudades-estado italianas de Génova y Venecia, conectaba Europa con Oriente Medio y el océano Índico. Además, estos subsistemas se superponían parcialmente: así, el norte y oeste de África estaban conectados con los subsistemas de Europa y Oriente Medio, y África oriental con el subsistema del océano Índico. (Véase el mapa 1.1.)

Dado que estos tres subsistemas se relacionaban por medio de tres rutas comerciales principales, cabe hablar de un sistema co-


I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Brujas
Hoyes
Génova
Venecia
Bujara
Samarcanda
Karakorum
Beijing
Hangzhou
Quanzhou
Cantón
Cambay
Ormuz
Mascate
Basora
Bagdad
Bosra
El Cairo
Jeddah

mercial integrado: todas terminaban en el Mediterráneo oriental. La ruta septentrional atravesaba el mar Negro y luego transcurría por el imperio mongol, con el consentimiento y la protección de los mongoles, hasta llegar a China. Y fue a través de esta ruta como Marco Polo llegó a China a finales del siglo XIII. Una ruta central pasaba por Bagdad (controlada desde 1258 por los mongoles) y luego se dirigía por el golfo Pérsico hasta el océano Índico, permitiendo de este modo a los comerciantes acceder a las especias y los productos del este y sudeste asiático. Por último, una ruta meridional iba por tierra hacia el sur desde El Cairo, controlado por el imperio mameluco, hasta el mar Rojo y, desde allí, hasta el océano Índico.

Este sistema comercial, que vinculaba la mayor parte de Afroeurasia en el siglo XIII, es notable por varias razones. En primer lugar, el solo hecho de que existiera resulta sorprendente para aquellos historiadores que han centrado su atención en una u otra parte del mundo, por ejemplo en China, India o Francia. No hace tanto tiempo que los historiadores ejercían su oficio tomando como unidad para el análisis las actuales naciones-estado (y su desarrollo histórico), en lugar de adoptar un enfoque más global. Incluso los historiadores pioneros de una perspectiva más global sobre el período que se extiende desde 1500 y que inventaron el término «sistema mundial» argüían que el sistema mundial sólo llegó a conformarse de verdad después de los viajes de Colón y de Vasco da Gama, considerando que antes el paisaje global estaba dominado por imperios con poco o ningún contacto entre ellos.[26] De acuerdo con estos autores, aunque entre aquellos imperios existiera comercio, en general éste estaba limitado a bienes preciosos destinados a la pequeña élite de gobernantes. El hecho de que en la actualidad muchos historiadores reconozcan la existencia de este sistema mundial previo nos lleva a preguntarnos por su relación con el que se desarrolló después de 1500: ¿fue éste una creación totalmente nueva o surgió de los elementos del sistema que lo precedió? Perso-

nalmente, me inclino por la última de estas interpretaciones, como quedará claro en el siguiente capítulo.[27]

La otra característica notable del sistema mundial del siglo XIII es que funcionaba sin que hubiera una fuerza central de control o dominio. Para quienes creen que el sistema mundial moderno se desarrolló bajo el dominio de un único estado o grupo de estados, la idea de que un sistema pueda funcionar sin un centro que lo controle es un tanto novedosa.[28] Desde luego, detrás de cada uno de los circuitos comerciales había un grupo predominante —los italianos en el sistema europeo, los árabes en el circuito de Oriente Medio y los chinos en el circuito de Asia oriental—, pero ninguno de esos grupos controlaba todo el sistema, de manera que no se servían de la fuerza para mantener el flujo de bienes, si bien los gobernantes ofrecieron protección a los comerciantes, las caravanas o los barcos en distintos lugares. De hecho, la mayoría de los gobernantes reconocía el valor del comercio, sobre todo cuando podían gravarlo y, por consiguiente, lo estimulaban y protegían: no querían matar la gallina de los huevos de oro intentando tomar por la fuerza los bienes de los comerciantes de otra parte del mundo.

El mundo del siglo XIV era, pues, policéntrico: contenía varios sistemas regionales, cada uno con un «núcleo» rico y densamente poblado rodeado por una periferia que proporcionaba materias primas industriales y productos agrícolas a dichos núcleos, débilmente conectados casi todos ellos a través de redes comerciales. Además, como veremos, el mundo siguió siendo policéntrico hasta hace relativamente poco tiempo: fue alrededor de 1800, cuando los europeos dispusieron de los elementos necesarios para colonizar la mayor parte del planeta, donde impusieron un sistema global con un núcleo muy desarrollado y una periferia subdesarrollada, pero incluso entonces algunas regiones, sobre todo zonas de Asia oriental, resistieron una plena colonización. La importancia de concebir un mundo como un sistema policéntrico en lugar de un sistema dominado por un único centro resultará más clara a medida que avan-

cemos en este relato. Baste con decir aquí que una concepción policéntrica del mundo nos hará receptivos a las voces y acciones procedentes de diversas partes del mundo y no sólo de Europa. Es, en suma, una parte crucial de una narración no eurocéntrica de la historia del mundo.

Por último, el sistema afroeurasiático de alrededor de 1300 puede denominarse «sistema mundial» no porque se extendiera literalmente por todo el globo, sino porque era mayor que cualquiera de las partes.[29] De hecho, a todos los efectos se trataba de un sistema mundial, pues participaban en él todas aquellas partes del mundo donde la gente comerciaba y, por tanto, sabía algo, por poco que fuera, de los demás. Como es obvio, América y los imperios que surgieron allí de manera independiente, así como Australia y las islas del Pacífico todavía no estaban conectados con el sistema comercial afroeurasiático.

El método que he utilizado para describir el mundo, centrándome en los vínculos entre los diversos sistemas regionales, pone el énfasis en el papel que en el establecimiento de esos vínculos desempeñaron el comercio y los mercaderes. No cabe ninguna duda de que el papel de los mercaderes y del comercio fue importante para la creación del sistema mundial. Tal como mostraré con mayor detalle en el siguiente capítulo, el comercio no sólo permitió que distintas partes del mundo vendieran lo mejor que producían o recolectaban, sino que además los comerciantes sirvieron de conducto para el intercambio cultural y tecnológico. Mientras sus camellos o sus barcos transportaban sus bienes, los mercantes trasladaban ideas, libros y maneras de hacer las cosas. Además, las enfermedades epidémicas, la muerte, los soldados y la guerra también seguían las rutas del comercio, como veremos al examinar el horror de la Peste Negra que asoló el mundo a mediados del siglo XIV, tras la cual la mayor parte de los eurasiáticos compartieron unas mismas enfermedades.

La Peste Negra: una coyuntura a mediados del siglo XIV

En la historia mundial, la segunda mitad del siglo XIV vivió un período de grave crisis.[30] En parte, esa crisis se desencadenó hacia 1350 con la caída del imperio mongol, que hasta entonces había mantenido unida a una gran parte de Asia, y a su vez tuvo mucho que ver con los estragos que causó la Peste Negra, una virulenta enfermedad epidémica conocida también como peste bubónica que acabó con la vida de decenas de millones de personas a mediados del siglo XIV. Las razones que explican por qué se dio la Peste Negra en aquel momento y del modo que lo hizo son complejas, como también son complejas sus consecuencias, pero podemos comenzar a comprenderlas si aplicamos el instrumento conceptual de «coyuntura» que hemos presentado en la introducción.

La peste bubónica es causada por un bacilo, es decir, una bacteria patógena (*Pasteurella pestis*), que era endémico de ciertos roedores subterráneos del suroeste de China. Dicha bacteria se desarrolla entre los roedores sin transmitirse a los seres humanos, salvo a través de picaduras de pulga, caso en que el bacilo podía acabar en pocos días con la vida de su huésped humano. Quienes vivían cerca de roedores infectados se protegían sirviéndose de leyendas que les ordenaban mantenerse a una distancia segura de los roedores portadores de pulgas y de la bacteria de la peste, pero los extranjeros o los recién llegados a una región infectada desconocían el peligro: así sucedió en el suroeste de China en la década de 1330. Al parecer, las tropas mongolas en campaña en aquella región llevaron pulgas o un roedor infectado hasta regiones más pobladas de China y desataron una epidemia en 1331 que, de acuerdo con fuentes chinas, en algunos lugares mató a dos tercios de la población.

La plaga habría quedado como un misterio restringido a China y no se habría convertido en un episodio decisivo de la historia mundial si no se hubieran dado otros factores independientes. En primer lugar, en Europa habitaba entre los seres humanos una población de

roedores que sirvió de huésped y, por distintas razones, así ocurrió: la rata negra (*Rattus rattus*) se había instalado en los desvanes y tejados de las casas. En segundo lugar, la población europea había aumentado de manera considerable desde aproximadamente el año 1000 y la escasez de tierras y de leña comenzó a notarse hacia 1300. Entonces, el clima empeoró, los inviernos se hicieron más largos y crudos y las épocas de cultivo más cortas, de manera que la población sufrió una grave presión. Tales circunstancias sólo podían augurar para Europa algún desastre: la peste o cualquier otra calamidad, quizá no en el mismo tiempo o lugar, pero la bomba estaba preparada y bastaba una chispa para detonarla. Esa chispa fue la peste, que se extendió con gran rapidez a causa de tres factores adicionales.

En primer lugar, el imperio mongol, que se extendió por casi todo el continente eurasiático, disponía de un sistema de comunicaciones que contaba con una ruta septentrional que atravesaba la vasta estepa, donde la ausencia de árboles les permitía llevar mensajes con gran rapidez a lomos de sus caballos. Además, el ecosistema estepario albergaba cierto roedor que vivía en enormes «ciudades» subterráneas y que era sensible al bacilo de la peste. Al poco tiempo de estallar la peste en 1331 en China, los jinetes mongoles que se dirigían hacia el oeste debieron de transmitir la peste a los roedores de la estepa, extendiéndola de este modo por Eurasia.

En segundo lugar, los europeos habían desarrollado una red regional de comercio vinculada a las actividades de los comerciantes italianos de las ciudades-estado de Génova y Venecia. Aun así, la peste podría no haber llegado a Europa de no haber sido por una tercera circunstancia. La ciudad comercial de Caffa, a las orillas del mar Negro, servía de enlace entre las rutas comerciales que atravesaban Eurasia: era el extremo occidental de las caravanas procedentes de China y el extremo oriental de las rutas comerciales de los barcos venecianos y genoveses, algunos de los cuales al parecer habían fondeado en Caffa en diciembre de 1346. En aquel momento, Caffa es-

taba siendo sitiada por las fuerzas de un príncipe mongol y quizá la ciudad hubiese caído de no ser porque entre las tropas mongolas se desató una epidemia de peste que mató a la mayoría de los soldados, lo que forzó al príncipe a retirarse. La peste se podría haber quedado allí, pero algunas pulgas o ratas o algunos marineros infectados subieron a barcos italianos. Cuando éstos arribaron a Italia en diciembre de 1346, con ellos llegó la peste, que se extendió rápidamente a otras ciudades a través de las rutas comerciales, sobre todo a través de las rutas marinas. Así, ya no eran sólo las ratas negras que vivían en las casas europeas las que podían transmitir la peste a los seres humanos sino que las personas infectadas también podían contagiarla al toser. La peste causó estragos en toda Europa. En 1350 ya había llegado a Suecia y aquel mismo invierno alcanzó Moscú.

Como las hambrunas, la peste tampoco fue un fenómeno puramente «natural»: para que tuviera un impacto tan grande sobre el mundo y su historia fue necesaria la confluencia de una serie de circunstancias. La población de Europa cayó de ochenta a sesenta millones en unos pocos años, mientras que en China la peste, aliada con guerras civiles en las décadas de 1350 y 1360, hizo que la población pasara de ciento veinte millones en 1200 a tan sólo ochenta y cinco millones en 1393. Y, aunque existan pocos documentos para confirmarlo, hay indicios de que la peste también diezmó el mundo islámico, la India y los pueblos nómadas mongoles de la estepa.[31]

El número de muertos fue muy elevado y dejó un recuerdo permanente en quienes sobrevivieron, pero pese al horror de los cadáveres apilados en las calles de los pueblos, carreteados hasta las fosas o incinerados en balsas que abandonaban en el mar, quienes vivieron cincuenta años más tarde, en 1400, dispondrían de más y mejores tierras, de más leña y más recursos de todo tipo, aunque el ritmo del comercio entre las distintas regiones del sistema comercial global se había moderado de forma notable. Así pues, la historia de la Peste Negra del siglo XIV no sólo ilustra el impacto de las enfermedades epidémicas en la población y en el curso de la historia del mundo,

sino que también demuestra que ya en aquellos tiempos existían conexiones entre regiones, en este caso Europa y Asia oriental. Por las rutas comerciales no circulaban únicamente los bienes, las personas y las ideas: también circulaban terribles enfermedades.

Conclusión: el antiguo régimen biológico

Este juego malabar por el que las personas se defendían, si no perecían, de macro y microparásitos —élites que vivían a costa de los campesinos, civilizaciones que rechazaban o sucumbían a invasores nómadas y gérmenes que se multiplicaban igual en el cuerpo de nómadas y ciudadanos hasta matarlos— es lo que ha dado en llamarse «antiguo régimen biológico» o «viejo régimen biológico».[32] En este mundo, que corresponde no sólo a 1400, sino también a miles de años antes y a cientos de años después, hasta bien entrado el siglo XIX (como veremos en el capítulo 5), las poblaciones vivían en estrecho contacto con su entorno y tenían que ser muy conscientes de las oportunidades y los límites que éste ofrecía o imponía a sus actividades. En consecuencia, salvo en unos pocos casos,[33] la población no aumentó ni tanto ni tan rápido como para amenazar las bases ambientales de la sociedad o hasta que desarrollos posteriores desmantelaran el antiguo régimen biológico y ofrecieran nuevas posibilidades, pero de esa historia nos ocuparemos más adelante.

La agricultura no sólo suministraba los alimentos para toda la sociedad, sino también la mayor parte de las materias primas a las industrias existentes, sobre todo de tejidos. En China reinaban la seda y el algodón; en India, el algodón y la seda, y en el noroeste de Europa, la lana. Todas estas materias primas procedían de las granjas. El combustible para procesar esas materias y para calentarse también procedía de los bosques. El antiguo régimen biológico era, en este sentido, orgánico, pues dependía de la energía solar para el crecimiento de los cultivos destinados a alimento y de los bosques

destinados a combustible. Por consiguiente, el antiguo régimen biológico limitaba el abanico de posibilidades de las personas y de su historia porque prácticamente todas las actividades humanas se sustentaban en fuentes de energía renovables que año tras año reavivaba el sol.

Todos los seres vivos necesitan alimentos que les proporcionan energía para vivir y su necesidad es creciente si se debe sustentar el aumento demográfico. La agricultura permitía aprovechar unos procesos naturales y canalizar esa energía hacia la población. En el antiguo régimen biológico, la agricultura era el principal medio por el cual los humanos alteraban su entorno, transformando un tipo de ecosistema (por ejemplo, un bosque o una pradera) en otro (cultivos de trigo o centeno, arrozales, estanques para peces o encañizadas para anguilas) que les permitiera encauzar de manera más eficiente la energía de los alimentos hacia las personas. Por tanto, el volumen de la población humana estaba limitado por la cantidad de tierra disponible y por la habilidad de las personas para utilizar la energía obtenida de esas tierras para alcanzar sus propósitos.

Como sostienen algunos historiadores, es posible que la población del Viejo Mundo ya topara con los límites ecológicos hacia 1300. En cualquier caso, la Peste Negra redujo de manera drástica la población global, sobre todo en China y en Europa. A partir de entonces, desde aproximadamente 1400, la población mundial aumentó de nuevo y, como veremos, trescientos cincuenta años después alcanzaba una vez más algunos de los límites impuestos por el antiguo régimen biológico. En efecto, hacia 1750 el total de la población había alcanzado aproximadamente los setecientos cincuenta millones de habitantes, el doble del máximo medieval, que fue de trescientos sesenta millones en el año 1300.

Para mantener al doble de personas que en el pasado, algo tenía que cambiar en las relaciones entre los seres humanos y la disponibilidad de tierras o la eficacia de su modo de cultivarlas. De un lado, los europeos se encontrarían con todo un nuevo mundo, Amé-

rica, y lo poblarían. Aunque en 1400 este Nuevo Mundo ya estaba bastante poblado por indígenas americanos, que también trabajaban las tierras disponibles, se produjo un intercambio biológico a gran escala que alteró de manera radical esas relaciones y convirtió América en un continente relativamente despoblado hacia 1600. Examinaremos esa historia en el capítulo 3. Por otro lado, se restablecieron las relaciones comerciales globales, lo que permitió un notable aumento de la producción y la productividad totales, puesto que la especialización permitía que los pueblos asentados en una zona perteneciente a una red comercial regional produjeran bienes para los que su ambiente era especialmente apropiado, con los cuales podían comerciar en los mercados con muchos otros que hacían lo mismo. La expansión de la especialización de los mercados permitió que las economías de todo el mundo produjeran más que nunca hasta entonces, pero sin salirse de los límites del antiguo régimen biológico. De qué manera se restablecieron esas redes globales es, en parte, la historia de la que se ocupa el siguiente capítulo.

Capítulo 2

LOS COMIENZOS EN CHINA

Los historiadores coinciden en afirmar que los viajes de Cristóbal Colón a través del Atlántico en 1492 y de Vasco da Gama alrededor del cabo de Buena Esperanza hasta el océano Índico en 1498 son acontecimientos destacados para el nacimiento del mundo moderno. Y, sin duda así es, pero no coinciden a la hora de valorar cuán importantes fueron: ¿representaron el inicio de una nueva era?, ¿produjeron realmente cambios tan generalizados? Las interpretaciones eurocéntricas tienden a considerarlos uno de los pasos más decisivos del proceso hacia el inevitable ascenso de Occidente, pero otros historiadores, entre los que me incluyo, creen que es preciso situar aquellos viajes de descubrimiento en un contexto global más amplio, en el contexto de la verdadera estructura de riqueza y poder en el mundo de principios del siglo XVI. Desde esta perspectiva, el océano Índico puede verse como la principal encrucijada para el intercambio global de bienes, ideas y cultura. En este lugar de encuentro los principales actores eran China, India y Oriente Próximo y Medio, mientras que Europa era un actor marginal, de la periferia, que intentaba desesperadamente acceder a las fuentes de riqueza generadas en Asia. Así que, por esa razón, en este capítulo nuestro relato comienza en Asia, con China.

China

Cuando en 1398 murió el emperador que fundó la dinastía Ming (1368-1644), no le sucedió ninguno de sus hijos sino su nieto. El emperador quería que le sucediera su hijo mayor para así establecer un principio firme de primogenitura a fin de perpetuar su dinastía, pero su primogénito murió y el emperador designó como sucesor al primogénito de aquél. Esta decisión no sentó nada bien al quinto hijo del emperador, el príncipe de Yan, un hombre con una imponente trayectoria militar que esperó sólo dieciocho meses tras la muerte de su padre para intentar derrocar a su sobrino, entonces emperador. En una guerra civil que se prolongó desde finales de 1399 hasta mediados de 1402, el príncipe de Yan acabó con las fuerzas militares de su sobrino y se hizo con el trono, pero no sin sentir cierta inseguridad, pues corrían rumores de que el sobrino había logrado escapar al infierno que había reducido su palacio a cenizas.

Como nuevo emperador, el príncipe de Yan se propuso extender el poder y la influencia de China en todas direcciones. En un intento por desplazar a los antiguos gobernantes de China tan al interior de la estepa que ya nunca más representaran una amenaza para su imperio, emprendió campañas en el norte y noroeste contra los mongoles. Como parte de esta política, trasladó la capital desde Nanjing («capital del sur»), a orillas del río Yangtzé, hasta Beijing («capital del norte»), a menos de ciento cincuenta kilómetros de la Gran Muralla y de la última defensa contra las invasiones mongolas. Envió embajadores al interior de Asia central para asegurarse de que los gobernantes de aquellas tierras reconocieran la preeminencia de China. También intervino en los asuntos de Vietnam con la esperanza no ya de poner en el trono a gobernantes afines a China, sino de anexionar Annam, como entonces se llamaba el norte de Vietnam, al imperio chino. Y, en una de las mayores aventuras de la historia del mundo, envió grandes expediciones marítimas al océano Índico.

Los viajes de Zheng He (1405-1433)

En otoño de 1405, la mayor flota de buques que el mundo había visto jamás —no hubo una flota siquiera comparable en quinientos años— se reunió en la desembocadura del río Yangtzé, en la costa oriental de China.[1] Más de trescientos barcos tripulados por veintisiete mil marineros esperaban a que comenzaran a soplar desde el noroeste los indefectibles monzones del invierno para poder zarpar hacia el sur en dirección a Indonesia y luego al oeste, a través del estrecho de Malaca, hasta el océano Índico, donde habían designado Calicut, una importante ciudad comercial de la costa occidental de India, como su destino final.

Bajo el mando del almirante Zheng He, esta armada tenía tres objetivos primordiales. En primer lugar, el emperador había ordenado la búsqueda de su sobrino, el emperador al que había depuesto y que, según se rumoreaba, había logrado escapar. En segundo lugar, el emperador, hombre de amplias miras, deseaba «enseñar su bandera» e impresionar a todos los países de aquella parte del mundo. Seguro de que China era la civilización más rica y poderosa del mundo, quería demostrarlo. Por último, el emperador quería estimular el comercio marítimo.

En este aspecto, el emperador se parecía a los emperadores de anteriores dinastías, sobre todo a los de las dinastías Tang (618-907) y Song (960-1279), e incluso a los odiados mongoles que habían gobernado China bajo la dinastía Yuan (1279-1368), quienes, conscientes de la riqueza que podía generar tanto para la sociedad como para el estado, habían alentado el comercio marítimo. Su padre y su sobrino, sin embargo, habían deseado una China que celebrara y retornara a sus raíces agrarias con la filosofía incondicionalmente conservadora y cerrada en sí misma de Confucio.[2]

Pero cuando el emperador tomó, literalmente, el trono, China estaba atravesando algunas dificultades económicas. No cabe duda de que la política de su padre, cuyo fundamento era «la agricultura

es la base», había tenido cierto éxito, pues los campesinos habían roturado nuevas tierras para cultivar alimentos para sí mismos y para sostener el imperio. Pero el sistema monetario de China, basado en papel moneda, se había derrumbado con la caída de los mongoles. Al principio, el gobierno Ming (como se denominaba la nueva dinastía) se limitó a emitir grandes cantidades de papel moneda, decisión que hizo subir la inflación y provocó en consecuencia la pérdida de la confianza en la moneda. Al poco tiempo, el gobierno decidió abandonar el papel moneda, lo que dejó un enorme vacío monetario que era preciso cubrir de algún modo.

Al principio se utilizaron monedas de cobre de dinastías anteriores, pero con el tiempo el régimen volvió a abrir las minas de plata y permitió el uso de lingotes de plata sin acuñar para saldar transacciones comerciales privadas. La producción de plata en la propia China no bastaba para cubrir sus necesidades, de manera que comenzó a importar dicho metal de Japón. Con el tiempo, en algunas partes del imperio llegó a haber en circulación una cantidad de plata suficiente para que el gobierno decidiera conmutar el pago de los impuestos en especies (grano, seda, etcétera) por el pago en plata y, en consecuencia, la demanda china de este metal precioso creció de una manera ingente. Volveremos a ocuparnos de esta parte de la historia en el siguiente capítulo. De momento, baste con saber que la caída del imperio mongol a mediados del siglo XIV tuvo como consecuencias que se cortaran las rutas terrestres que enlazaban el este y el oeste de Eurasia y que el emperador reconociera que una política exterior enérgica podía beneficiar a China, haciendo retroceder a los mongoles en el norte y buscando oportunidades en lo que los chinos denominaban «océano occidental», es decir, el océano Índico.

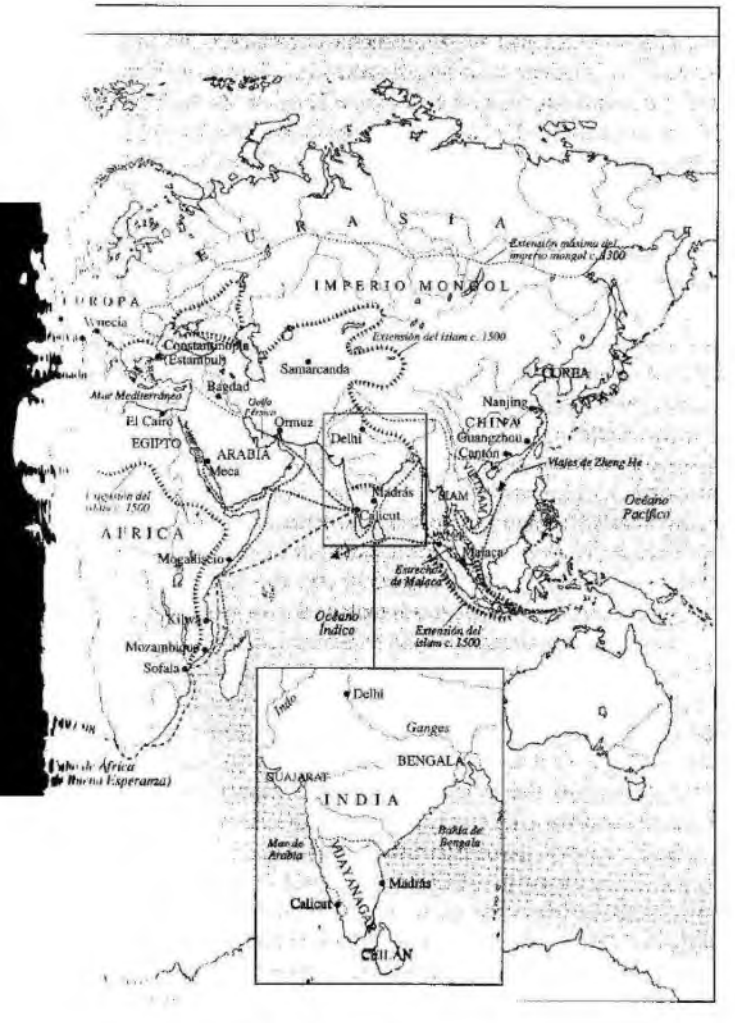
Durante la preparación para estos viajes, China pasó por una «fiebre de construcción naval». Entre 1404 y 1407, se construyeron 1.681 buques, de los cuales los mayores, los gigantescos «barcos del tesoro» del almirante Zheng He, contaban con nueve mástiles y medían unos ciento veinte metros de eslora por cincuenta metros de manga, unas di-

mensiones comparables a las de un campo de fútbol. Otros navíos de la flota, de tamaños y funciones diversas, transportaban caballos, mercancías, suministros, depósitos de agua e infantes de marina; algunos eran buques de guerra erizados de cañones y cohetes. En la construcción de dicha flota necesitaron tanta madera que buena parte de la costa quedó deforestada y tuvieron que arrastrar troncos por el río Yangtzé hasta los astilleros desde más de mil kilómetros de distancia.

El día que la primera armada se reunió bajo el mando del almirante Zheng He aquel otoño de 1405, la escena debió de ser impresionante: cientos de navíos bien calafateados, pintados de vivos colores y desplegando el velamen de seda roja. En total, los chinos emprendieron siete viajes de dos años (tenían que esperar a los vientos favorables para volver a China) entre 1405 y 1433. Durante ese período, los navíos chinos navegaron hasta Mozambique, en la costa oriental de África, hasta el golfo Pérsico, al otro lado del océano Índico, y por las islas de las especias del sureste asiático. Navegaron en sus enormes embarcaciones por aguas ignotas hasta puertos desconocidos, comerciaron con los gobernantes locales, recogieron curiosidades como gemas poco comunes e incluso una jirafa, y en casos contados intervinieron en los asuntos locales para imponer gobernadores más afines a China. (Véase el mapa 2.1.)

En el cuarto viaje (1413-1415), cuyo destino era la ciudad portuaria árabe de Ormuz y el golfo Pérsico, el almirante subió a bordo a Ma Huan, un chino musulmán versado en árabe y en chino clásico. Ser chino y musulmán no era insólito: el propio almirante Zheng He era musulmán y el nombre de su padre, Hajji, hace pensar que había peregrinado a La Meca. En todos los viajes anteriores había habido pilotos que hablaban árabe, pues ésa era la lengua común del comercio y la navegación que se desarrollaban en el océano Índico, desde África oriental hasta las islas de las especias. Para el cuarto viaje, que al parecer tenía el objetivo concreto de establecer relaciones diplomáticas con el mundo islámico, el almirante Zheng He y su emperador contaron con su propio intérprete, Ma

2.1 El mundo en torno a 1400-1500
AMÉRICA DEL NORTE
Océano Pacífico
IMPERIO AZTECA
Colón 1492
La Española
Mar Caribe
AMÉRICA DEL SUR
Cuzco
Potosí
MESOAMÉRICA
IMPERIO AZTECA
Cempoala (Veracruz)
Mar Caribe
Tenochtitlán
Océano Pacífico


EUROPA
Venecia
Constantinopla
Estambul
Mar Mediterráneo
El Cairo
EGIPTO
ARABIA
Meca
AFRICA
Mogadiscio
Kilwa
Mozambique
Sofala
Cabo de África
(Buena Esperanza)
EURASIA
IMPERIO MONGOL
Extensión máxima del imperio mongol c. 1300
Extensión del islam c. 1500
Samarcanda
Bagdad
Golfo Pérsico
Ormuz
Delhi
Madrás
Calicut
RUSIA
Nanjing
CHINA
Guangzhou
Cantón
Viajes de Zheng He
ISLAM
HINDUISMO
BUDISMO
Océano Pacífico
Malaca
Estrecho de Malaca
Océano Índico
Extensión del islam c. 1500
Delhi
Indo
Ganges
BENGALA
GUJARAT
INDIA
Mar de Arabia
Bahía de Bengala
MALABAR
Madrás
Calicut
CEILÁN

Huan,[3] gracias a cuya tarea lograron regresar a la capital china con embajadores de un gran número de tierras musulmanas, incluidas las de África oriental; asimismo, durante el séptimo viaje (1431-1433), mientras estaban en el mar Rojo, el almirante Zheng He entabló relaciones con el sultán de Egipto, quien le permitió hacer escala en el puerto de Jiddah, a tan sólo unos pocos días de viaje de La Meca, en la península arábiga. En el viaje de vuelta, China estableció relaciones formales con veinte reinos más.

Para 1435 parecía asegurada una clara presencia china en aguas del océano Índico y quedaba abierta una ruta marítima que enlazaba las partes más orientales y occidentales del continente eurasiático con rutas comerciales de India y África, dejando buena parte del comercio marítimo mundial bajo la atenta mirada de los chinos, si no bajo su control. Sorprendentemente, sin embargo, el séptimo viaje fue el último, después del cual el poder marítimo de los chinos decayó de manera tan rápida y total que para 1500 no sólo no quedaban buques de guerra chinos en el océano Índico, sino que la armada china había dejado de existir en las aguas costeras de la propia China.[4] Por fortuna para los comerciantes chinos, el océano Índico solía ser un lugar pacífico para los negocios, de manera que pudieron seguir comerciando tras la retirada de su armada.

Como veremos enseguida, el hecho de que China retirara la armada más poderosa de la tierra de sus patrullas periódicas por el océano Índico resultó ser de inmensa importancia para el curso de la historia del mundo. Pero primero debemos preguntarnos por qué abandonó la corte china este océano. La respuesta breve es que las luchas políticas en China, que ya hacía algún tiempo habían dividido la corte imperial entre quienes querían que los viajes continuasen y quienes deseaban que China destinara sus recursos a afrontar la mayor amenaza que representaban los mongoles en el norte, acabaron, a la muerte del emperador en 1435, por resolverse a favor de los últimos. Desde ese momento, el estado chino abandonó los mares, se centró en la búsqueda de una solución al problema de cómo una

sociedad agraria podía alimentar a una creciente población y consideró que los nómadas que rondaban por las estepas del norte eran su mayor enemigo. La reconstrucción y el alargamiento de la Gran Muralla adquirió mayor importancia para los gobernantes chinos que proseguir los caros viajes de los «barcos del tesoro».[5] El abandono de la flota no significó, sin embargo, que los viajes comerciales chinos también acabaran, más bien al contrario, pues el océano Índico era la mayor encrucijada del mundo para el comercio.

India y el océano Índico

La ruta comercial terrestre de los mongoles que enlazaba el este y el oeste del continente eurasiático no era la única ruta comercial, ni siquiera la más importante. Aunque el derrumbe del imperio mongol y los estragos causados por la Peste Negra formaran parte de una crisis más generalizada que a mediados del siglo XIV afectó a gran parte de Eurasia, no hay indicios de que se produjera una disminución notable del ritmo del comercio en el océano Índico. De hecho, éste había sido, y seguiría siendo, no sólo un enlace de crucial importancia en el sistema comercial global, sino también una fuente de gran riqueza y acceso a lujos, especias y bienes manufacturados para todos aquellos que lograsen llevar a sus mercaderías, sus bienes o sus barcos hasta las principales ciudades comerciales del océano Índico. Los chinos no se equivocaron cuando valoraron la importancia del océano Índico y decidieron llevar allí su flota.

De hecho, las expediciones chinas sólo fueron un episodio más en la larga historia del océano Índico, que comenzó en 650 con la expansión del mundo islámico y el gobierno de la dinastía Tang en China, y terminó alrededor de 1750 con la colonización británica de India en vísperas de la revolución industrial.[6] Durante esos mil cien años, el océano Índico fue posiblemente el principal punto de intercambio comercial y el principal generador de riqueza derivada del

comercio de todo el mundo. Para nuestros fines, podemos dividir su historia en tres períodos.

De 650 a 1000, en sus viajes, los comerciantes y marinos árabes cargaron no sólo con bienes sino también con ideas desde el Oriente Próximo islámico hasta el sureste asiático y China, e igual carga trasladaron en sus viajes de vuelta a Oriente Próximo. Los comerciantes árabes difundieron su lengua y la religión islámica por toda la región, desde África oriental hasta Indonesia, de manera que todos los viajeros que transitaban esas regiones contaron con una lengua y una cultura comunes. En el siglo IX, por ejemplo, más de cien mil árabes, persas y judíos habían fijado su residencia en la ciudad de Guandong (Cantón), en el sur de China, y la mezquita islámica que allí erigieron servía de faro para los navíos que entraban en el puerto. En el segundo período, que comienza alrededor del año 1000 y se prolonga hasta 1500, los mercaderes chinos comprendieron los beneficios de participar en el comercio y, con o sin el apoyo de su gobierno, navegaron hacia el océano Índico para competir con los árabes.

La entrada de los chinos en el océano Índico dividió los intercambios mercantiles que allí tenían lugar en tres circuitos comerciales que se solapaban y que venían determinados sobre todo por las pautas de los monzones y, por ende, por las posibilidades de navegación. Los comerciantes árabes seguían siendo importantes en toda la región, pero no eran los únicos que surcaban las aguas del océano Índico. Eran especialmente activos en la zona occidental, desde África oriental hasta el mar Rojo, el golfo Pérsico y la costa occidental de India, aunque también participaban en este circuito los comerciantes indios. El sistema central, desde Ceilán hasta la bahía de Bengala y el sureste asiático, estaba dominado por mercaderes indios, aunque también eran activos los árabes y otros musulmanes. Los chinos dominaban el circuito del mar de China meridional, que se extendía desde China hasta Indonesia y el estrecho de Malaca.

En estas tres zonas surgieron grandes ciudades comerciales para gestionar el comercio. En el circuito occidental, los puertos de

Adén, Ormuz, Cambay, Calicut, Mogadiscio y Kilwa (los dos últimos en la costa oriental de África) eran los más importantes. Enlazando los circuitos medio y oriental se situaba Malaca, un puerto comercial que surgió en un estrecho de gran valor estratégico donde cambiaban de dirección los vientos del monzón, por lo que servía de oportuno lugar de escala para los navegantes antes de iniciar el siguiente trayecto de su viaje.[7] De ningún otro modo puede explicarse la aparición de esta ciudad, y no pasaron por alto su importancia económica y estratégica ni los chinos a principios del siglo xv ni, un siglo más tarde, los portugueses. (Véase el mapa 2.1.)

Durante los dos primeros períodos, de 650 a 1500, el comercio en el océano Índico aparentemente se regulaba por sí mismo. Ningún poder político dominó ni intentó dominar el comercio que enlazaba esas tres zonas, respeto que incluso mantuvo el almirante chino Zheng He, puesto que los comerciantes árabes e indios siguieron con sus actividades sin ser obstaculizados por los chinos o excluidos en favor de los mercaderes chinos. Otra característica notable de aquel comercio es que se realizaba prácticamente sin necesidad de recurrir al uso de la fuerza. Los *dhows* africanos (barcas tradicionales), los juncos chinos, los navíos mercantes indios y los árabes navegaban sin escolta naval desde sus tierras de origen. Ninguno de los grandes puertos comerciales (Adén, Ormuz, Calicut, Puri, Aceh o Malaca) estaba amurallado o fortificado. Al parecer, en esta extensa red comercial reinaba la presunción de que la fuerza de las armas no era necesaria para proteger las cargas o forzar los acuerdos.

Todo esto cambió durante el tercer período, de 1500 a 1750, cuando primero los portugueses y más tarde los holandeses, los ingleses y los franceses, introdujeron «el comercio armado» en el océano Índico, obligando a quienes ya estaban allí a armarse también para defenderse o, en caso contrario, a pagar a los intrusos su protección (abordaremos esta cuestión con más detenimiento al final de este capítulo). Los europeos trataron de participar en el enorme y lucrativo comercio del océano Índico, controlar por la fuerza las rutas

de transporte y las ciudades portuarias y monopolizar, cuando pudieran, el comercio de los bienes más apreciados en Europa.[8] Pese a la actitud violenta de los europeos en el comercio del océano Índico, su enormidad impidió que lo controlaran hasta que el advenimiento de los barcos de vapor, a finales del siglo XIX, les permitió comerciar a mejor precio que los barcos árabes, indios o chinos.

Eran cuatro los centros de civilización y poder económico que impulsaban el comercio en el océano Índico: el Oriente Próximo y Medio islámico, la India hindú, China y, por último, Indonesia y las islas de las especias. A Malaca los chinos transportaban bienes manufacturados —sobre todo seda, porcelana y objetos de hierro y cobre— y a cambio se llevaban a China especias, otros comestibles, perlas, materiales de algodón y plata. Los indios llegaban cargados de tejidos de algodón y volvían con especias. A Oriente Medio y África oriental, la India exportaba tejidos de algodón, algunos de los cuales acababan en África occidental, y otros bienes manufacturados. De África y de los árabes, los indios recibían aceite de palma, cacao, frutos secos molidos y metales preciosos. En general, los productos agrícolas y otras materias primas o productos primarios del océano, los bosques o las minas, incluidos la plata y el oro, fluían hacia China e India, mientras que estas dos zonas exportaban bienes manufacturados, sobre todo tejidos (de algodón en India y de seda en China).

Los motores que impulsaban este inmenso comercio global eran principalmente China e India. En el siglo XV, en palabras de un historiador:

> China era todavía el mayor poder económico de la Tierra. Tenía una población probablemente superior a cien millones, un sector agrícola de prodigiosa productividad, una red comercial muy extensa y sofisticada e industrias artesanales superiores en prácticamente cualquier aspecto a todo lo que se conocía en otras partes de Eurasia. Tras una visita al gran centro político y comercial de Asia central que era Samarcanda a principios del siglo XV, un diplomático europeo describió los bienes chinos que allí encontró como «los

> más ricos y preciosos de todos [cuantos se importaban a la ciudad] ... pues los artesanos [de China] tienen la reputación de ser más habilidosos que los de cualquier otra nación».[9]

En tanto que gran imperio agrario, China producía la mayor parte de lo que necesitaba, pero tenía que comprar caballos, algunas materias primas, piedras preciosas y plata. Sus gobernantes consideraban que el comercio exterior era útil porque aportaba riqueza al estado y satisfacía la demanda interna de pimienta negra (que se había convertido en parte integral de la gastronomía china) u otros alimentos exóticos como nidos de pájaro y babosas de mar. Los gobernantes del imperio chino reconocían los beneficios de estas importaciones, pero también temían los peligros que podían entrañar las relaciones entre los chinos y los mercaderes extranjeros y, por esa razón, durante casi todo el tiempo China controló el comercio exterior por medio de sus sistema de tributos comerciales a monopolios oficiales, obteniendo de paso sustanciosos réditos para las arcas del imperio. No obstante, desde principios del siglo XV, la nueva y creciente demanda de plata en China, necesaria para mantener en marcha su economía interior, dejó de poder satisfacerse con la producción propia. China tuvo que obtenerla del comercio exterior, primero sobre todo de Japón pero, a partir del siglo XVI, cada vez más de los europeos, cuestión que examinaremos en el siguiente capítulo.

India tenía tres grandes centros de manufactura de tejidos: Gujerat en la costa oeste, Madrás en el sur y Bengala en el este. El algodón se hilaba y tejía en casas artesanales con materias que les proporcionaban los mercaderes, quienes después recogían los hilos y las telas para teñirlos antes de llevarlos al mercado. La mayor parte de estas telas de algodón satisfacían la demanda interna de India, pero también se producía una cantidad considerable para la exportación. De ésta, como hemos visto, una parte se destinaba a África o a China, aunque los tejidos indios llegaban incluso a Polonia y el Mediterráneo. Para satisfacer la demanda interior y la exterior, los

indios habían creado todo un sistema integral de manufactura textil que iba desde el cultivo del algodón hasta el acabado de las telas. Por otro lado, quienes participaban en la industria textil dependían del mercado para obtener sus alimentos, lo que contribuía a una mayor comercialización de la economía india y a aumentar la producción y la productividad. Igual que ocurría en China, la economía india estaba muy desarrollada y era fuente de bienes manufacturados selectos pero importantes para el Viejo Mundo.

Sin embargo, a diferencia de China, en esta época India no era un imperio unificado; de hecho, tenía una historia de uniones y desuniones políticas impuestas por conquistadores foráneos. Aunque debido a su geografía India parezca un «lugar» en un mapa, no constituyó una verdadera unión política hasta mediados del siglo XVI y aun entonces sólo de manera provisional, puesto que se desmembró de nuevo a mediados del siglo XVIII. El centro de la civilización india estaba en el norte, en particular en el valle del río Indo, una región rica en agricultura pero abierta a la conquista por la facilidad con que los invasores podían entrar por el paso de Jyber. Los hunos fueron los primeros que la invadieron en el siglo VI, dejando a su paso numerosos estados débiles y enfrentados.

En el siglo VIII, los árabes que difundían la fe islámica invadieron también el norte de India y volvieron a hacerlo a finales del siglo X. A finales del siglo XII, el norte de India fue invadido una vez más, en esta ocasión por musulmanes turcos que constituyeron allí un nuevo reino, el sultanato de Delhi, que duró dos siglos. De este modo, el islam conseguía una plaza fuerte en el noroeste de India, en el lugar que hoy ocupa Pakistán, donde construyeron mezquitas doquiera que llegara el poder del sultán. El sultanato de Delhi duró hasta 1398, cuando Tīmūr Lang, el Cojo, también llamado Tamerlán invadió y asoló el norte de India y saqueó Delhi. El sur de la India nunca fue fácil de conquistar; poseía su propia lengua (el tamil) y su propia historia política. Pese a la desunión política, las ideas religiosas hindúes se extendieron hacia el sur durante los siglos VII

y VIII, y los líderes políticos pronto descubrieron que el hinduismo les resultaba útil para gobernar. Por tanto, India no sólo estaba políticamente dividida, sino que además se había abierto una enorme brecha religiosa entre musulmanes e hindúes.

Como los gobernantes de la mayoría de los estados indios apoyaban el comercio, la desunión política y religiosa no representó un obstáculo para la actividad económica, pues como ya hemos visto la envergadura de los intercambios comerciales era enorme cuando el almirante chino Zheng He comenzó a visitar los puertos indios a principios del siglo XV. Los mercaderes musulmanes, que hablaban árabe, podían comerciar fácilmente en el interior de los límites de una esfera lingüística que se extendía desde África oriental, pasando por el mar Rojo y el golfo Pérsico, hasta Aceh y Malaca, ambos con gobernadores que se habían convertido al islamismo en el siglo XIII. Hasta el momento, los musulmanes han desempeñado un papel importante en nuestra historia: ya ha llegado el momento de examinar la cuestión del origen del islam y de su expansión hasta tierras tan lejanas de su lugar de origen en la península arábiga.

Dar al-Islam, LA «MORADA DEL ISLAM»

En 1325, a sus veintiún años, un joven musulmán llamado Ibn Batuta partió de su casa en Tánger, en la costa norte de África, en peregrinación (*hajj*) a la ciudad santa de La Meca. Viajó por tierra hasta El Cairo y visitó Damasco y Medina antes de llegar a La Meca en octubre de 1326. En lugar de volver a su casa, Ibn Batuta decidió ir a ver más mundo y se embarcó en un viaje de veintinueve años y más de cien mil kilómetros (casi tres veces la distancia alrededor del mundo). Viajó a Irak, Persia y hacia el sur por la costa oriental de África, atravesó Anatolia (Turquía) y Asia central, cruzó el océano Índico haciendo escala en las islas de Ceilán y en Maldivas, visitó el norte, el sur de India y probablemente China meri-

dional, antes de regresar al norte de África y, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, alcanzar la ciudad de Granada para luego dirigirse de nuevo al sur y cruzar el desierto del Sahara hasta el reino de Malí en la costa occidental de África.[10]

Asombrosos se miren por donde se miren, la importancia que tienen para nosotros los viajes de Ibn Batuta es que todos los lugares que visitó a mediados del siglo XIV eran *dar al-Islam*, «la morada del islam», lugares del mundo donde se practicaba el islam y las personas cultas hablaban (o escribían) en árabe, la lengua del Quran (Corán). Allí donde iba, Ibn Batuta encontraba rasgos culturales y lingüísticos que le resultaban familiares, como le ocurriría en la actualidad a un estadounidense que viajase por Europa occidental. Aunque la parte de *dar al-Islam* que visitó es enorme, no alcanzó a ver todos sus extremos, pues el islam se había extendido también hasta partes de Indonesia y del sudeste de Asia. Un hecho fundamental del siglo XV, pues, es la expansión del mundo islámico y lo que ello significó para el funcionamiento del mundo. (Véase el mapa 2.1.)

El islam surgió en el mundo como un estallido a principios del siglo VII y, en el transcurso del siglo siguiente a la muerte del profeta Mahoma (en 632), los ejércitos musulmanes unificaron la península arábiga, tomaron la mayor parte de Persia, toda Mesopotamia y toda Palestina (incluido Jerusalén), así como Egipto y el norte de África. Aunque prácticamente todas las otras fuerzas políticas del continente eurasiático se habían debilitado gravemente antes de la llegada de los musulmanes, el imperio bizantino en el oeste (la cristiandad ortodoxa oriental, con su capital en Constantinopla) y China en el este todavía tenían el poder necesario para frenar el avance de los musulmanes. No obstante, la caballería musulmana consolidó el control del norte de África y luego tomó la mayor parte de la península ibérica en tan sólo siete años antes de verse rechazada por los franceses; al mismo tiempo, avanzaba hacia el norte en la India. Para el año 750, en medio del continente eurasiático había surgido un enorme imperio islámico.

La expansión del islam tuvo profundas consecuencias para el curso de la historia del mundo. En primer lugar, creó un espacio con un lenguaje y unas costumbres comunes que ocupaba la mayor parte del Viejo Mundo donde podían desarrollarse el comercio, las ideas y la cultura. Por fortuna para el resto, el mundo islámico amaba los libros y las bibliotecas —desde el siglo VIII al siglo XV las mayores del mundo se encontraban en tierras islámicas, entre ellas la de Alejandría, en Egipto, que quizá sea la más famosa—. En estas bibliotecas no se guardaban sólo los tesoros del mundo islámico, sino también los clásicos de la antigua Grecia y Roma. En segundo lugar, la expansión de los imperios islámicos por el mar Mediterráneo seccionó durante siglos la conexión entre Europa y el océano Índico, el dinámico centro del comercio mundial. Llegó a decirse que mientras los musulmanes dominaran el Mediterráneo, los europeos «no podrían poner en él ni una tabla».* En este sentido, el crecimiento del mundo islámico contribuyó al debilitamiento del comercio en Europa y a lo que los propios europeos han descrito como su «Edad Oscura».

Sin embargo, el control político central del imperio islámico comenzó pronto a disgregarse, numerosas zonas afirmaron su independencia y una dinastía islámica nueva y más estable, la dinastía abasí, pasó a gobernar el núcleo de los territorios islámicos desde su capital, Bagdad, reivindicando la autoridad central de dar al-Islam. Con todo, las áreas que se liberaron de este control central siguieron siendo musulmanas, como es el caso del emirato de Córdoba en la península ibérica. Pero en 1258, un ejército mongol tomó y destruyó Bagdad y mató a los últimos califas abasíes, acción que alteró gravemente todo el mundo islámico. De la confusión resultante surgieron tres imperios islámicos nuevos: primero el otomano, que heredó la mayor parte de los territorios occidentales del mundo islámico, y después, a principios del siglo XVI, el safávida, que fijó

* La expresión se debe a Ibn Jaldún (1332-1406), el más célebre de los historiadores medievales islámicos. (*N. del t.*)

su gobierno en Persia, y el mongol, que conquistó la mayor parte de la India.

El imperio otomano tuvo su origen a finales del siglo XIII cuando los nómadas turcos, dirigidos por el *bey* (jefe) Osmán, de quien se deriva el término «otomano», comenzaron a consolidar su poder sobre la península de Anatolia (la actual Turquía) y más tarde, durante el siglo XIV, cuando los sucesores de Osmán construyeron una imponente maquinaria militar con la ayuda de la nueva tecnología de la pólvora y un ejército de esclavos jenízaros que logró expulsar de Egipto a los mamelucos. Espoleados por el deseo de ser *ghazi* (guerreros musulmanes de la fe), los otomanos atacaron con vehemencia las tierras cristianas de los Balcanes, que entonces formaban parte del imperio bizantino, tomando Serbia en 1389 y alcanzando el Danubio hacia 1400.

La conquista más deseada, sin embargo, era la ciudad de Constantinopla, la capital del imperio bizantino en el extremo más oriental de la cristiandad, si bien no era católica romana sino ortodoxa. Constantinopla estaba situada en el estrecho del Bósforo y controlaba el comercio en el Mediterráneo oriental y el mar Negro. Durante siglos, la Iglesia ortodoxa y el imperio bizantino habían frenado el avance de los otomanos y del islam hacia Occidente, pero a mediados del siglo XV las fuerzas otomanas sitiaron Constantinopla y, cuando ésta cayó en 1453, la convirtieron en su capital, con el nombre de Estambul, y transformaron la catedral de Santa Sofía en una mezquita. Desde allí, los otomanos completaron su conquista de los Balcanes hasta Grecia y Albania, tomaron la isla de Creta, ocuparon puertos genoveses del mar Negro y planearon conquistar Roma.

La caída de Constantinopla en 1453 fue un duro golpe para la Europa cristiana. La plaza más oriental de la cristiandad en el Mediterráneo, Constantinopla, había servido de punto de partida para algunas de las cruzadas en Oriente y representaba las esperanzas de muchos cristianos de recuperar Palestina y Jerusalén. Su caída bajo dominio otomano sirvió de sobria advertencia de que las fuerzas del islam no

estaban agotadas y de que los europeos podían quedar en una situación todavía más marginal. Los otomanos bloquearon el acceso de Europa al Mediterráneo oriental y, por consiguiente, a los circuitos comerciales de China y del océano Índico, forzando así a los europeos a buscar rutas alternativas para acceder a las riquezas de Asia.

África

Los viajes de Ibn Batuta ejemplifican la extensión y el poder de los imperios islámicos en los inicios del mundo moderno, que alcanzaban incluso a África. En efecto, tanto el norte de África como el África subsahariana y oriental formaban parte de *dar al-Islam*. Durante sus viajes por África, Ibn Batuta no visitó simplemente lugares de «la morada del Islam» sino civilizaciones muy desarrolladas que contaban con una agricultura productiva, ciudades, clases gobernantes y súbditos, sistemas regionales de comercio y una avanzada industria minera, sobre todo del hierro. Hacia el año 500, el complejo social, económico y cultural característico de los pueblos con una civilización bien desarrollada se había extendido por todo el continente africano y pronto surgieron grandes imperios, el mayor de los cuales era Ghana, en África oriental. Sito en el lugar de encuentro de tres ecosistemas distintos (la sabana, la selva tropical y el desierto del Sahara), desde allí cabía explotar los productos de todos ellos y, cuando llegaron los musulmanes al norte de África, de inmediato cayeron en la cuenta de su formidable situación estratégica. Tras la explosión del islam por el Mediterráneo durante el siglo VII, todos los imperios africanos que comerciaban con el norte a través del Sahara se fueron convirtiendo al islamismo entre los siglos X y XII.[11]

Tras la conversión al islamismo de los reyes de Ghana, éstos continuaron la expansión de su dominio. El reino de Ghana producía algo de oro, pero la demanda de este metal precioso por parte de los musulmanes resultó ser tan importante, y los bienes con que co-

merciaban (telas de India, caballos, cuentas, espejos y, sobre todo, sal, que no se producía en su región), tan preciados, que encontraron la suficiente demanda en África oriental como para que el oro comenzara a fluir hacia la capital de Ghana, Koumbi Saleh, alimentando todavía más un comercio que ya entonces era próspero.

Aún más extenso que Ghana fue el imperio de Mali que vino a reemplazarlo. Desde el siglo XIII hasta principios del siglo XV, Mali controló y gravó con aranceles prácticamente todo el comercio que se desarrollaba en África oriental, considerable en esa época. Enormes caravanas de hasta veinticinco mil camellos y varios kilómetros de longitud cruzaban el desierto cargando oro y esclavos de África para traer de vuelta a Mali tejidos indios de algodón (y otros bienes). No sólo prosperó la capital de Mali, Niani, sino todas sus ciudades. El comercio convirtió Tombuctú en un gran centro que atrajo a estudiosos, arquitectos, poetas y astrónomos hasta su universidad, y numerosos teólogos musulmanes se acercaron a alguna de las más de cien escuelas establecidas para el estudio del Quran.

La cima de la riqueza e influencia de Mali se produjo durante el reinado de Mansa Musa (1312-1337), un musulmán que hizo la peregrinación a La Meca en 1324-1325 con un séquito tan grande y tal cantidad de oro que se cuenta que durante su estancia en El Cairo regaló tanto a cuantos conoció que el valor del oro cayó un veinticinco por ciento. La mayor parte del oro de África llegaba primero a El Cairo, el gran puerto comercial que enlazaba Asia con el Mediterráneo y el norte de Europa, y desde allí, a través del comercio, llegaba a India y a las ciudades-estado de Venecia y Génova, desde donde partía hacia el resto de Europa occidental. Durante los siglos XIV y XV, el acceso al oro africano era esencial para los europeos: al parecer de un estudioso, era «vital para la monetización de la economía mediterránea y para mantener su balanza de pagos [con India]».[12]

La otra vía que seguía el islam por África era la constituida por las rutas de comercio marítimo que partían de El Cairo y discurrían

hacia el sur por el mar Rojo siguiendo la costa oriental de África hasta las ciudades comerciales de Mogadiscio, Malindi, Mombasa, Kilwa y Sofala. Ya en tiempos de griegos y romanos, los barcos hacían escala en los puertos de África oriental, de modo que la llegada de comerciantes musulmanes no representó un gran cambio, salvo por el hecho de que además de bienes, también trasladaban el islam, así que de manera gradual los pueblos de África oriental se convirtieron a esta fe. Estas ciudades, sin embargo, eran tan cosmopolitas, pues contaban con comerciantes procedentes del interior de África, árabes, persas, comerciantes del sur de Asia, malayos de Indonesia e incluso chinos (algunos de los cuales quizá se quedaron tras la partida de los barcos del almirante Zheng He), que los matrimonios mixtos eran comunes, lo que dio origen en esta costa a una nueva cultura y lenguaje, el swahili, un dialecto con una fuerte influencia árabe. Al igual que África occidental, África oriental era una fuente importante de productos primarios para la economía mundial, sobre todo de marfil, pieles de animales, oro y esclavos.

Sin embargo, la existencia de grandes imperios en África no debe ocultar el hecho de que en la mayor parte de este continente el poder político estaba muy fragmentado, con cientos de «miniestados», territorios con menos de mil kilómetros cuadrados y apenas entre tres mil y cinco mil habitantes, sólo en África occidental. Los estados de tamaño mediano quizá fueran unas diez veces más grandes, pero eran menos numerosos. Aunque se producían muchos enfrentamientos armados entre estados africanos, e incluso en sus propios territorios, en las sociedades de los estados guerreros no existía una gran presión por la expansión territorial. La razón de ello, según el historiador John Thornton, es que la tierra no se consideraba una propiedad privada y no constituía la base de la riqueza en la sociedad africana.[13] En marcado contraste con China, India o Europa, en África la fuente de riqueza era el control de las fuerzas de trabajo. Y es en este contexto donde debe situarse la institución de la esclavitud en África.

La esclavitud

Prácticamente todas las sociedades que hemos ido estudiando se servían de esclavos, desde Europa y los imperios islámicos hasta China e India. Por regla general, los esclavos se utilizaban como sirvientes en las casas de los ricos y poderosos, y la condición de esclavo no tenía nada que ver con el color de la piel. De hecho, Europa oriental era una de las principales fuentes de esclavos, especialmente las áreas situadas alrededor del mar Negro habitadas por el pueblo eslavo, de donde proviene la palabra esclavo. Una de las principales «mercancías» con que comerciaban los venecianos con el imperio mameluco de Egipto eran precisamente estos «eslavos», que vendían a cambio de especias y oro en los mercados de El Cairo. En suma, existía un mercado mundial de esclavos que tanto los comerciantes europeos como los musulmanes estaban más que dispuestos a abastecer.

También los africanos tenían esclavos. Como las tierras no eran de propiedad privada y, por tanto, no eran una fuente de riqueza y poder, la élite africana (sobre todo los jefes políticos y los comerciantes) tenían en propiedad las fuerzas de trabajo, es decir, los esclavos. Fue la falta de propiedad privada de las tierras lo que hizo que la esclavitud fuera omnipresente en África. Los esclavos se utilizaban como sirvientes en las casas, como agricultores, como soldados en los ejércitos de diversos estados y como mano de obra para las actividades comerciales, pero no necesariamente se les encomendaban los trabajos más duros o más denigrantes de la sociedad; en general, eran considerados «hijos permanentes», pero una propiedad, al fin y al cabo, que podían heredar los verdaderos hijos. Existía, por tanto, un enorme mercado autóctono de esclavos en el interior de África, muchos de ellos capturados durante las guerras entre estados.[14] Según estimaciones de los estudiosos del tema, en el período que va de 750 a 1500 se esclavizaron anualmente hasta diez mil africanos y el total al cabo de esos setecientos cincuenta

anos podría rondar la cifra de cinco a diez millones.[15] Como es natural, una parte importante de la historia de la esclavitud en África está relacionada con la trata de esclavos que Europa mantuvo a través del Atlántico con América, tema que retomaremos en el siguiente capítulo.

Aunque son muchos los aspectos interesantes e importantes de la historia de África, para nuestro propósito son dos los más destacables. En primer lugar, los pueblos africanos habían construido imperios grandes y prósperos, extensas redes comerciales internas y una agricultura y una industria productivas, sobre todo de minería y refinería, mucho antes de que los europeos entraran en escena en el siglo XV. En segundo lugar, África ya formaba parte integral del sistema mundial: suministraba oro y esclavos y, a cambio, compraba bienes manufacturados, en su mayoría de procedencia asiática, por ejemplo tejidos de algodón de vivos colores procedentes de la India y porcelanas de China. Y aunque, a diferencia de India y China, África no era uno de los motores que impulsaban la economía global, tampoco lo era Europa.

EUROPA Y LA ÉPICA DE LA PÓLVORA

Si bien he manejado los términos «Europa» y «China» como si se tratara de dos unidades comparables, políticamente eran muy dispares. Durante la mayor parte de su larga historia imperial, China fue un vasto imperio gobernado por un solo soberano, tan grande en dimensiones como Estados Unidos en la actualidad y con una población en 1400 de ochenta y cinco a cien millones de personas. «Europa», por otro lado, no es más que un término útil para designar la península más occidental del continente eurasiático. Aunque he usado «Europa» como si fuese una unidad, lo cierto es que en 1400 Europa estaba dividida en centenares de unidades políticas, desde las ciudades-estado (como Venecia o Génova), a los princi-

pados, los obispados, los ducados, los reinos e incluso un califato musulmán en la península ibérica, todos ellos recelosos de sus vecinos, con quienes entraron en guerra en algún momento, y todos tratando de erigir ejércitos y fuerzas navales para su propia protección, cuando no para ganar algo a expensas de otro.

Este sistema de soberanía fragmentada era un legado de la desintegración del Imperio romano a finales del siglo VI y de la expansión del islam durante el siglo VIII. Tras la caída de Roma y la pérdida del acceso al comercio en el Mediterráneo, la mayor parte de lo que hoy llamamos Europa había retrocedido a un sistema proteccionista y rural, con una nobleza que residía en castillos para protegerse de invasores y maleantes y recaudaba tributos de un campesinado atado a la tierra. La fuerza militar era útil para protegerse de los extranjeros, de otros nobles que no fueran de confianza, de subordinados que desearan el poder, de siervos que se rebelaran, y, en las cruzadas, contra los «infieles», es decir, los musulmanes que habían tomado la Tierra Santa. En este mundo, mantener un trozo de tierra (y la producción agrícola de sus siervos) era el principal objetivo, y un castillo, el mejor medio de protección.

Cuando las armas más letales de los europeos medievales eran espadas, cuchillos, lanzas, picas, arcos y ballestas, los castillos de piedra construidos en la cima de una colina sobre un fértil valle fluvial bastaban para proteger las tierras. Hacia el siglo XI, la eficacia de estas estructuras en esencia defensivas llevó a su proliferación por toda Europa occidental. Durante los tres siglos siguientes, derrotar al enemigo significaba tomar su castillo, una hazaña que por lo general requería sitiarlo durante mucho tiempo. Las incipientes y escasas ciudades también se amurallaron para protegerse —las más célebres están en el norte y en el centro de Italia—.

Guerras, castillos y ciudades fortificadas, ésta era la situación cuando a finales del siglo XIV se introdujo una nueva tecnología militar: los cañones que lanzaban proyectiles con pólvora.[16] No está claro en qué momento comenzaron los europeos a disponer de ca-

ñones para las guerras, pero sí sabemos de qué modo llegaron allí. Los mongoles no sólo transmitieron a Europa la Peste Negra en 1347, sino que en algún momento del siglo anterior les enseñaron el funcionamiento de dicha pieza de artillería, como dejaron constancia las representaciones pictóricas de cañones ya en 1327.

Los cañones y la pólvora habían sido inventados por los chinos en un proceso armamentístico que comenzó hacia 1000 d.C., cuando las fuentes históricas chinas hablan ya de «lanzas de fuego» y otras armas, entre ellas bombas, lanzadoras de cohetes, lanzallamas, minas y humo tóxico. Por desgracia para los chinos, los mongoles adquirieron también esta nueva tecnología y la mejoraron con el desarrollo de unos cañones primitivos llamados «bombardas» que más tarde usaron contra las ciudades chinas durante su última campaña de conquista, a finales del siglo XIII. Los mongoles también utilizaron estos artefactos en sus ataques a los europeos en el siglo XIII, cuando algún europeo espabilado (o atemorizado) robó o compró la tecnología a los mongoles.

Las bombardas no eran demasiado eficaces en el lanzamiento de proyectiles a gran distancia pues carecían de una mínima precisión: de hecho, al principio sólo se utilizaban para ahuyentar a los caballos. Pero los europeos pronto las mejoraron: en primer lugar trabajaron el proyectil, que pasó de ser una piedra redondeada a una pieza de hierro colado; en segundo lugar, los europeos tuvieron la suerte de contar en sus reinos con artífices expertos en fabricar grandes campanas de hierro fundido y, como la tecnología para fabricar cañones era en esencia la misma, los campaneros se pusieron manos a la obra a fin de construir cañones más fuertes, más pequeños y ligeros y, por tanto, más fáciles de trasladar.[17] En el contexto de una Europa plagada de guerras entre gobernantes, esta nueva tecnología militar estaba destinada a ser de gran utilidad.

De 1000 a 1500, la principal actividad de los estados europeos era la guerra: prepararse para ella, financiarla y recuperarse de ella. Esta circunstancia, junto al hecho de que las contiendas fueron cada

vez más costosas por introducir cañones y otras armas de fuego, empujó a los estados europeos a adoptar una forma común: un estado territorial que generase suficiente riqueza en los pueblos y ciudades y una población lo bastante grande como para sustentar los ejércitos. Durante algún tiempo, los estados pequeños pero ricos, como Holanda, podían contratar a mercenarios, mientras que los grandes pero pobres, como Polonia, podían reclutar siervos a la fuerza para sus ejércitos. Pero en términos generales los estados que más éxito tuvieron en aquella Europa en guerra eran los que disponían tanto de riqueza urbana para pagar las guerras como de hombres jóvenes para luchar en ellas. Quienes poseían riqueza y hombres podían afirmar la soberanía en sus territorios y luego, por la fuerza si era necesario, convertir a otros en sus súbditos. En el siglo XV el poder político, y no sólo el de los gobernantes europeos, se consolidaba al paso que marcaba el estallido de los cañones.

En 1453 los turcos otomanos usaron cañones para tomar Constantinopla y, ese mismo año, el rey de Francia utilizó cañones para expulsar a los ingleses después de arrasar sus fortificaciones y hacerlos retroceder hasta cruzar el canal de la Mancha, poniendo fin de este modo a la guerra de los Cien Años. Para 1453, los cañones habían demostrado su valor ante los gobernantes de los cientos de entidades políticas de variado tamaño que se extendían por toda Europa. Unas cuantas décadas más tarde, en España, los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, utilizaron un tren de asedio con ciento ochenta cañones para expulsar a los musulmanes de Granada, la última plaza musulmana en la península ibérica.

Como Europa estaba tan fragmentada políticamente, ningún gobernante podía conseguir o mantener el monopolio de estas nuevas armas con el fin de utilizarlas para construir su propio imperio en Europa, si bien hubo un breve episodio a finales del siglo XV en que pudo haber sucedido de no haber sido por el ingenio de los italianos para la defensa. Los reyes franceses utilizaron su nuevo poder militar para consolidar su dominio de Borgoña y, más tarde, de Bretaña,

antes de decidirse en 1494 a extender su territorio invadiendo Italia. Hacía tiempo que las ciudades-estado italianas estaban en guerra unas contra otras y, cuando Florencia atacó Pisa en 1500 con los nuevos cañones, descubrieron que tras las fortificaciones de piedra había otro muro, que en realidad era una berma, hecho de tierra blanda extraída al cavar una trinchera. Las balas de cañón golpeaban contra esa tierra sin producir mayores daños y de esa manera las fortificaciones de Pisa resistieron. Pronto se difundió por toda Europa la noticia de esta nueva maniobra defensiva y de nuevo los asedios fueron la estrategia principal de las guerras europeas.[18] Ni los reyes franceses, ni el emperador del Sacro Imperio Romano, ni Isabel y Fernando disponían ya del poder militar necesario para arrasar todos los territorios pequeños y lograr reunificar Europa en un imperio, aunque no dejaría de intentarse una vez más, como veremos, en un futuro no muy distante.

El comercio armado en el Mediterráneo

La razón de todas estas guerras era conseguir, mantener e incrementar la riqueza y el poder. Aunque estos conceptos hayan significado cosas distintas en distintos tiempos y lugares, el caso es que la mayoría de los gobernantes, y no sólo ellos, hallaban satisfacción en la acumulación de riqueza. El problema de los europeos del siglo XV era que la parte que ocupaban en el mundo era relativamente pobre. Sin duda, un gobernante podía conquistar la tierra de un vecino, pero esa tierra y ese pueblo solían ser tan pobres como los suyos. La tierra estaba escasamente poblada, la mayoría de su extensión estaba dedicada a pastos y a la cría de caballos que los campesinos usaban para tirar del arado en suelos difíciles de cultivar. Entre los numerosos problemas del campesinado europeo destacaba la falta de forraje para alimentar a todos sus animales durante el invierno, por lo que cada año tenían que sacrificar a algunas de sus bestias de tiro.

Y para impedir que toda esa carne se pudriera, los europeos tuvieron que idear un sistema de conservación, de manera que la sal y, sobre todo, la pimienta fueron fundamentales para ello. La sal podía obtenerse en su propia región o en regiones cercanas, pero la pimienta procedía de Asia y era extraordinariamente cara. En general, los europeos tenían poco que vender a cambio de la pimienta.

No obstante, los europeos luchaban constantemente por el acceso a las especias de Asia, sobre todo las ciudades-estado de Génova y Venecia, ambas puertos mediterráneos. Durante siglos, Venecia y Génova habían competido por acceder a los bienes asiáticos que podían venderse en Europa. La competencia no era sólo económica, sino también militar. Como se atacaban mutuamente y, además, tenían que defenderse de los «piratas» del norte de África, ambos bandos comenzaron a armar navíos de guerra para proteger a sus barcos mercantes, que comenzaron a zarpar de los puertos en convoys, en lugar de hacerlo por separado. El gobierno de cada ciudad proporcionaba la protección, que se pagaba mediante la creación de una deuda pública. Además, se esperaba que todos los marineros supieran luchar. El comercio en el Mediterráneo era, pues, un comercio armado.

Durante los siglos XIII y XIV una serie de acontecimientos permitieron a Venecia imponerse ante su rival, de manera que en 1400 podía garantizar a sus mercaderes lo que a todos los efectos era un monopolio en el acceso a las especias y tejidos de Asia.[19] La victoria veneciana y el uso de la fuerza militar no sólo mantenía alejados del Mediterráneo a los genoveses sino también a otros europeos, pero los europeos con tradición marinera llevaban tiempo soñando con una ruta directa a Asia que les permitiera flanquear a los musulmanes y evitar el monopolio veneciano de las especias. Durante algún tiempo los mongoles habían mantenido abierta una ruta por tierra (la que permitió a Marco Polo llegar a China), pero ésta se acabó al derrumbarse el imperio mongol a finales del siglo XIV. En el siglo XV sólo existía una ruta a Asia para los europeos: la conexión veneciana a través de Egipto.

Los portugueses y la exploración del Atlántico

Así pues, el mundo islámico bloqueaba el acceso de los europeos a las especias y bienes manufacturados de Asia si no era con la colaboración de los venecianos asentados en Egipto. Con el fin de encontrar una ruta por mar alternativa hacia Asia que evitara estos obstáculos, los marineros portugueses de la costa atlántica de Europa, conscientes de que las fuerzas navales musulmanas todavía patrullaban el estrecho de Gibraltar, comenzaron a buscar el modo de explorar el sur bajo el patrocinio de Enrique de Avis, más conocido como Enrique el Navegante. También eran conocedores de la creencia árabe según la cual en el extremo sur de África existía un cabo que al doblarse se abría al océano Índico. Estaban decididos a encontrar esa ruta, no sólo para establecer comercio directo con Asia y de este modo competir con los venecianos y los egipcios, sino también para flanquear a los musulmanes y continuar así la obra de los cruzados de expulsar a los musulmanes del Mediterráneo y de Tierra Santa.

En 1415, Enrique el Navegante emprendió su búsqueda atacando las posiciones musulmanas y, a partir de entonces, todos los años envió navíos a explorar la costa africana. En 1460, cuando Enrique murió, las naves portuguesas habían alcanzado Sierra Leona, cerca del ecuador, y habían establecido relaciones comerciales con los africanos. Los portugueses compraban en África oro y esclavos que obtenían a cambio de tejidos de algodón y armas de fuego, pero su principal objetivo seguía siendo llegar a Asia a través del océano Índico y con ese fin siguieron explorando hacia el sur hasta que por fin, en 1488, Bartolomeu Dias alcanzó y dobló el cabo de Buena Esperanza. Como ya casi tenían en sus manos la recompensa, cuando un marinero genovés llamado Cristóbal Colón se dirigió a la Corona portuguesa con su idea de alcanzar Asia navegando hacia el oeste a través del Atlántico, rechazaron su petición de ayuda. Como todos sabemos, los reyes españoles Isabel y

Fernando le encomendaron a Colón esa misión. Cuando la noticia del éxito de Colón llegó a España y Portugal en 1493, los portugueses redoblaron sus esfuerzos para dar la vuelta al cabo y, en 1497, enviaron una nueva misión bajo el mando de Vasco da Gama. (Véase el mapa 2.1.)

Cuando Enrique el Navegante comenzó sus viajes en 1415, el almirante Zheng He ya había establecido el dominio chino por todo el océano Índico. Si los chinos hubieran decidido doblar el cabo de Buena Esperanza y dirigirse al norte siguiendo la costa africana, hazaña que sin duda podrían haber logrado ya que disponían de la tecnología y de la habilidad de manejarse en los difíciles vientos de la costa de África occidental, se habrían encontrado con los portugueses en la década de 1420, cuando éstos se dirigían hacia el sur a lo largo de la costa africana, pero resulta difícil imaginar que aquellos portugueses hubieran representado una verdadera amenaza para la flota china. Por tanto, podrían haber sido los chinos, y no los portugueses, quienes establecieran una ruta marítima directa entre Asia y Europa y cosecharan los beneficios de ese comercio, manteniendo a los europeos en sus tierras. Pero, como se sabe, los chinos decidieron llamar a su flota de vuelta a casa, dejando atrás un océano Índico abierto y pacífico. En lugar de encontrarse con una formidable fuerza naval china que los hubiera forzado a retirarse sin demasiada dificultad, en 1498 los portugueses entraron en un océano sorprendentemente libre de fuerzas navales y de ciudades y puertos protegidos por murallas o bastiones.

Comercio armado en el océano Índico

Tras doblar el cabo de Buena Esperanza en 1498 y después de hacer llevar a bordo a un piloto que hablaba árabe, Vasco da Gama zarpó hacia Calicut, en la costa occidental de India (el mismo destino, como se recordará, del almirante Zheng He), y el 18 de mayo

echó el ancla. Tras regresar a Lisboa, en 1499, la Corona portuguesa sabía que había dado los primeros pasos para acceder a las riquezas de Asia y enseguida envió una nueva expedición, esta vez bajo el mando de Pedro Álvares Cabral. Armado con cañones y con la orden de expulsar a los musulmanes de Calicut, Cabral bombardeó durante dos días esa ciudad y los buques árabes que allí habían fondeado. Más tarde, en 1502-1503, según nos cuentan los cronistas árabes, «los navíos de los [portugueses] aparecieron en el mar en ruta hacia India, Ormuz y esos lugares. Tomaron unos siete navíos y mataron a quienes estaban a bordo e hicieron algunos prisioneros. Ésa fue su primera acción. Dios los maldiga».[20]

Los portugueses habían introducido el comercio armado en el océano Índico y, en palabras de un historiador, «pusieron fin de forma abrupta al sistema de navegación oceánica pacífica tan característico de la región».[21] En 1515 los portugueses habían tomado por la fuerza varias ciudades comerciales, entre ellas Malaca y Ormuz. Para consolidar su dominio del océano Índico, habían derrotado a una flota combinada de barcos indios y egipcios que intentaban romper el bloqueo portugués del mar Rojo. Aunque no fueran muy numerosos y de ningún modo pudieran controlar muchas tierras, podían hacerse, y así lo hicieron, con las rutas marítimas, primero por la fuerza y luego implantando un sistema de chantaje por el que vendían a los comerciantes indios protección a cambio del derecho de paso. Los portugueses utilizaron la fuerza para ocupar una posición destacada en el océano Índico, aunque nunca lograron controlar o monopolizar el comercio que allí se desarrollaba.

Después de tomar Malaca, los portugueses se dirigieron hacia el mar de China meridional, discutieron con los chinos para conseguir los derechos de comercio en Guangdong (Cantón) y finalmente consiguieron una concesión territorial en Macao, en el extremo meridional de China. Los portugueses se dedicaron a comerciar con los japoneses, sacando buen partido de la prohibición del comercio entre China y Japón: llevaban plata y oro de Japón a China y retor-

naban con seda. Animados por la división del mundo en dos mitades, española y portuguesa, proclamada por el papa en 1494, durante la mayor parte del siglo XVI los portugueses dirigieron el cotarro en el océano Índico, si bien su objetivo de conseguir el monopolio del comercio de especias con Europa les resultó esquivo.[22]

Una vez hubieron advertido los efectos del estilo europeo de comercio armado, algunos gobernadores asiáticos de ciudades comerciales costeras respondieron a la amenaza amurallando sus territorios y comprando sus propios cañones y otras piezas de artillería. Así hicieron, en particular, los gobernadores musulmanes de las islas de las especias, sobre todo los de Aceh, en el extremo norte de Sumatra. En esta ciudad, a principios del siglo XVI, el gobernador islámico se hizo con una fenomenal armada con el doble fin de burlar el bloqueo portugués y de capturar sus navíos y armas. Más tarde, también en el siglo XVI y por medio de sus contactos con el imperio otomano, Aceh importó varias piezas de artillería grandes y bien construidas que bastaban no sólo para defenderse de los portugueses, sino también para amenazar a Malaca, entonces controlada por los portugueses. El comercio armado que impusieron los portugueses alteró sustancialmente el océano Índico, pero *dar al-Islam* seguía marcando los límites de acción de los europeos en el mundo.

Conclusión

En el siglo XV, con la excepción de América, la parte más meridional de África y la mayor parte de Oceanía, las sociedades del mundo mantenían enlaces e interacciones amplias y sistemáticas forjadas por el comercio. Este temprano sistema mundial fue posible gracias a tres factores.[23] Algunas partes del mundo, en particular China e India, gozaban de una *ventaja tecnológica* sobre el resto que les permitía producir bienes industriales mejores y más baratos que nadie en ningún lugar, especialmente seda y porcelana en

China y tejidos de algodón en India. En segundo lugar, *factores climáticos y geográficos* limitaban ciertos productos naturales a uno o unos pocos lugares de la Tierra —así, las especias del archipiélago indonesio, el marfil de África, ciertos tipos de incienso de Oriente Medio, el oro de África y la plata de Japón—. Por último, *los gustos de los consumidores y las convenciones sociales* configuraban la demanda de artículos de lujo (por ejemplo, seda, especias, perlas y gemas, etcétera), de bienes comerciales dirigidos a un mercado cada vez más amplio, como los tejidos de algodón, y de metales preciosos como base de un sistema monetario (por ejemplo, plata en China). Los vínculos comerciales entre las diversas partes del mundo fueron el resultado de la compleja interacción entre estos tres factores.

Además, los vínculos que existían, especialmente en el océano Índico, eran en su mayoría pacíficos y de mutuo acuerdo. Ninguna parte del mundo intentó tomar o imponer el control sobre el sistema entero, aunque la expansión del islam en los siglos VII y VIII tuvo como resultado la conversión de un número ingente de personas a esa fe. Los viajes del almirante Zheng He durante el siglo XV extendieron la influencia china a buena parte del océano Índico. El mundo era policéntrico: estaba constituido por tres regiones principales centradas en China, India y el mundo islámico, y el resto estaba conectado con uno o más de esos núcleos.

La mayor parte de las sociedades podían participar en este sistema mundial produciendo y comerciando con algo que otros deseaban. Los europeos, sin embargo, estaban en desventaja porque poco podían ofrecer al resto del mundo, salvo lana y, a África, armas de fuego. A grandes rasgos, lo que sí poseían los europeos eran formas peculiares de comercio armado que permitieron primero a los portugueses y, como veremos en el siguiente capítulo, más tarde a los holandeses, los ingleses y los franceses introducirse a la fuerza en el pacífico comercio del océano Índico. Al encontrar una ruta alrededor del cabo de África y a través del Atlántico, los europeos se

habían convertido en auténticos marineros de alta mar; es decir, podían navegar en aguas abiertas, sin atisbar la costa, habilidad que les dio una ventaja importante en el océano Índico. ¡Ah!, y desde luego los europeos fueron a tropezar con grandes reservas y minas de plata en América, lo que les permitió, en palabras de un estudioso, «comprar un billete para el tren asiático».[24] De qué manera ocurrió todo esto es la historia que se relata en el siguiente capítulo.

Capítulo 3

IMPERIOS, ESTADOS Y EL NUEVO MUNDO, 1500-1775

De 1500 a 1775, muchas de las formas en que hasta entonces se organizaba el mundo comenzaron a cambiar. El primer cambio, y el más importante, fue que la mayor parte del mundo estableció contactos y relaciones regulares de una naturaleza distinta a los conocidos hasta entonces. Mientras que antes había habido varios «mundos» en el mundo —el chino, el del océano Índico, el mediterráneo y el americano, todavía desconocido para los europeos, los asiáticos y los africanos—, después de 1500 dos nuevos vínculos convirtieron el planeta entero en un solo mundo por primera vez en la historia. El viaje de Cristóbal Colón en 1492 abrió las puertas al Nuevo Mundo y estableció nuevas relaciones entre América, Europa y África, pero también hubo una ruta menos conocida por el Pacífico que enlazaba el Nuevo Mundo con China desde que los españoles fundaron una colonia en Filipinas en 1571. Estos nuevos vínculos condujeron al intercambio de bienes, ideas, gérmenes, alimentos y personas en todo el mundo, en un proceso que creó un Nuevo Mundo dinámico pero también muy peculiar, bastante diferente del Antiguo (es decir, Afroeurasia). Cabe pensar en estos desarrollos del siglo XVI como la «primera globalización».

Un segundo proceso, también de gran calado, fue el continuo crecimiento y la vitalidad de los imperios en Eurasia. En el siglo XVI, los imperios siguieron siendo la forma política más común de control de grandes territorios. De todas las diversas formas de sistemas políticos y económicos que los seres humanos habían experimentado para obtener el sustento de la tierra y aumentar sus poblaciones, el de mayor éxito era, con mucho, el imperio. Tanto que merece la pena reflexionar la razón por la que no vivimos hoy en un imperio en lugar de hacerlo en naciones-estado. La respuesta es que en Europa occidental se desarrolló un nuevo sistema de estados. Por supuesto, el control ejercido por los españoles en gran parte del Nuevo Mundo les proporcionó al principio los recursos necesarios para intentar establecer un imperio, pero ese intento topó con una fuerte resistencia en otros estados europeos, lo que no sólo acabó con las perspectivas de un imperio en Europa, sino que también sirvió de punto de partida para un nuevo orden político internacional.

El tercero de los grandes procesos se refiere al crecimiento de un sistema de estados soberanos en Europa y al vínculo entre ese proceso y la guerra. En comparación con los imperios asiáticos, los estados europeos dan la impresión de ser sistemas pequeños y frágiles incapaces de competir con los grandes imperios. Sus gobernantes eran tan pobres que constantemente tenían que pedir préstamos para mantener sus ejércitos. Los estados eran tan pequeños que no contaban en el interior de sus fronteras con todos los recursos necesarios para su propia defensa, y si los españoles hubieran logrado establecer un imperio de Europa y eliminar las guerras entre estados, quizá los estados europeos independientes no habrían llegado a desarrollarse. Tal como fueron las cosas, las guerras que sostenían entre sí los estados europeos favorecieron una forma particular de estado que se desarrolló en Inglaterra y Francia durante los siglos XVI y XVII, aunque condujo al enfrentamiento de estos dos estados durante buena parte del siglo XVIII.

Hacia finales del siglo XVIII, Inglaterra ascendería a la cima del sistema de estados europeos. En Asia, la dinámica de los imperios de India y China conduciría al debilitamiento de India y al fortalecimiento de China. Desde una perspectiva global, podemos decir que a finales del siglo XVIII se enfrentaban dos mundos de organización muy distinta: el sistema mundial asiático oriental, centrado en China, y el sistema mundial euroamericano, centrado en Inglaterra.[1] El hecho de que durante el siglo XIX la balanza de poder se inclinara a favor de Inglaterra es parte de la historia que se relata en los capítulos 4 y 5, pero antes examinaremos los tres procesos que hemos presentado más arriba.

Conquistadores y constructores de imperios

Después de 1500, en Eurasia se produjo la expansión drástica de cinco imperios en un proceso que redibujó los límites políticos del continente y que puso fin al papel que desempeñaban los guerreros nómadas: China en el este, Rusia en el centro, la India mogol en el sur, el Irán safávida en el suroeste y el imperio otomano en el oeste. Aunque no todos se expandieron al mismo tiempo ni con el mismo ritmo y más de uno experimentó importantes retrocesos en algún que otro momento, el empuje expansivo de estos imperios fue tan grande que hacia 1775 prácticamente toda Eurasia, con la salvedad de las regiones más occidentales de Europa, se encontraba bajo el control de alguno de ellos.

Rusia y China

Los dos casos más drásticos de expansión imperial fueron Rusia y China: Rusia cuadruplicó y casi quintuplicó su tamaño de 1500 a 1800 y China dobló y casi triplicó su tamaño. Rusia se expandió

desde el principado de Moscú, que en 1300 era poco más que un fuerte militar (un *kremlin*) rodeado por unos cuantos miles de kilómetros cuadrados de bosque con alguna que otra granja: en los siguientes ciento cincuenta años, los gobernantes moscovitas aumentaron su territorio mediante la conquista de otros principados de habla rusa. La expansión más drástica se produjo durante el siglo XVI cuando el gobernante moscovita Iván I («el Terrible», reinó de 1682 a1725) y Catalina la Grande (reinó de 1762 a1796) extendieron las fronteras rusas hacia el oeste, tomando las naciones bálticas, partiendo Polonia y aplastando la resistencia al gobierno ruso en Ucrania y Crimea.

China era el imperio de más larga tradición de todo el mundo, con dos mil años de historia que comenzaron hacia 200 a.C. y se prolongaron hasta principios del siglo XX. Aunque experimentó períodos significativos de desintegración y conquista por fuerzas foráneas, las tradiciones y técnicas del gobierno imperial perduraron. En 1500, China había estado gobernada por la dinastía Ming desde 1368. Conquistada a mediados del siglo XVII por los manchúes del noreste, la nueva dinastía Qing pronto inició una serie de campañas militares, sobre todo bajo el liderazgo del emperador Qianlong (reinó de 1736 a1795), quien en sus campañas por el noroeste y el oeste derrotó a los pueblos no chinos, en particular los musulmanes uigur y los tibetanos, a los que incorporó a su imperio junto con sus tierras. Al finalizar sus campañas militares durante la década de 1770, el imperio chino había doblado su tamaño al anexionarse los pueblos tibetano, mongol y otros, aunque los nuevos territorios eran regiones poco pobladas de estepa, semidesierto y montaña.

China era el centro de un «sistema tributario de comercio» que incluía la mayor parte de Asia oriental y algunas regiones vecinas que no estaban formalmente anexionadas a su imperio. Hacia el norte, oeste y suroeste, pueblos sin estado de diversas etnias pagaban tributos, literal y figuradamente, al emperador de China enviando misiones periódicas a Beijing, la capital. Los gobernantes

chinos también consideraban obligados tributarios algunos estados vecinos, como Vietnam, Corea, Java e incluso Japón, de los que también esperaban recibir misiones de tributo. Las misiones de tributo no sólo reconocían la posición dominante de China en Asia oriental, sino que proporcionaban lucrativas oportunidades comerciales tanto oficiales como privadas que enlazaban China con los estados tributarios, de manera que China ejercía una notable influencia, directa e indirecta, sobre un territorio que superaba los límites territoriales de su gobierno y que incluía la mayor parte del sudeste asiático en el sistema tributario de comercio de Asia oriental.[2]

La expansión mogol, safávida y otomana

Los imperios mogol, safávida y otomano, que en conjunto ocupaban las regiones del sur y suroeste del continente Eurasiático, compartían muchas semejanzas. En primer lugar, todos tenían dinastías gobernantes turcas. En su origen, los turcos habían sido uno de los pueblos nómadas de Asia central, pero desarrollaron suficiente poder militar para conquistar regiones agrícolas de mayor densidad de población en el norte de India, la península de Persia y la meseta de Anatolia. Como ya he comentado los orígenes del imperio otomano en el capítulo anterior; baste con decir aquí que tras conquistar Constantinopla en 1453, los otomanos continuaron la expansión de su imperio por todo el Mediterráneo: Grecia y los Balcanes en la costa norte, Siria, Líbano y Palestina en el levante y toda la costa sur desde Egipto hasta Argelia. De modo parecido, a principios del siglo XVI, los líderes de las bandas turcas conquistaron Persia, donde constituyeron la dinastía safávida, e India, donde constituyeron la dinastía mogol.

En segundo lugar, las tres dinastías abrazaban alguna de las ramas del islam. Los otomanos eran acérrimos creyentes suníes, los safávidas eran chiíes y los mogoles («mongol» en persa), al menos

al principio, eran bastante tolerantes no sólo con las diversas ramas del islam, sino también con las prácticas y creencias hindúes. Estos tres imperios eran, por tanto, estados sucesores del primer gran imperio islámico que surgió en el siglo VIII. Pese a ello, las diferencias doctrinales entre los otomanos sunníes y los safávidas chiíes eran tan grandes que se enfrentaron militarmente, primero en la batalla de Chaldirán en 1514 y más tarde de manera intermitente durante los doscientos años siguientes.

En tercer lugar, estos imperios islámicos tenían estructuras políticas y económicas parecidas. Los conquistadores establecieron dinastías en las que sus hijos ascendían al trono tras su muerte de modo muy parecido a como ocurría en China. Igualmente, los estados sucesores islámicos gobernaban sus territorios por medio de una burocracia de oficiales, situados por todo el dominio, que respondían directamente al emperador. Todos estos imperios dependían de economías agrícolas productivas que dejaban un excedente que los gobernantes podían explotar mediante gravámenes a los campesinos o a los grandes terratenientes.

La dinámica de los imperios

Aunque todos estos imperios tuvieron que hacer frente a dificultades, sobre todo las surgidas de lo que los historiadores denominan «la crisis de mediados del siglo XVII»,[3] el hecho es que, pese a sus altibajos, durante el período de 1500 a 1775 fueron formas prósperas y en expansión de organizar la economía política de vastos territorios. Demostraron poder movilizar recursos bajo su control para aumentar y extender el poder de la dinastía gobernante hacia nuevas áreas. Así, hacia 1700 la mayor parte del continente eurasiático se encontraba bajo el control de algún tipo de imperio. Es irónico que, pese a que todos estos imperios, salvo el ruso, habían sido establecidos por conquistadores procedentes de la estepa, pusieran fin a cual-

quier nueva amenaza a su existencia por parte de los nómadas dominando al resto. Aunque incluso entrado el siglo XIX los pueblos nómadas y otros pueblos podían «sublevarse» y perturbar de forma notable el orden del imperio, el poder de los grandes estados centrales superaba ya el poder de los nómadas. Así pues, una de las dinámicas anteriores de los imperios, las invasiones nómadas que causaban tensiones o incluso caídas de gobierno, había llegado a su fin.[4]

Sin embargo, otras dinámicas internas y peculiares de cada imperio siguieron provocando períodos de auge y de declive. En India, el punto álgido del poder mogol se alcanzó con el gobierno de Aurangzeb (m. 1707). Poco después de su muerte, varios príncipes indios retaron al poder mogol y afirmaron con éxito su independencia, fragmentando el poder político y dejando abiertas brechas por las que los europeos pudieron entrar en India, como veremos en el siguiente capítulo. El poder de China durante el siglo XVIII parecía estar bastante afianzado, aunque visto con la perspectiva del tiempo sabemos que la corrupción en los niveles más altos comenzaba a debilitar la voluntad política y que el crecimiento de la población, unido a dificultades económicas, alimentaron una gran revuelta a finales de siglo. Los costes para sofocar la rebelión del Loto Blanco hicieron que salieran a la superficie otros problemas a principios del siglo XIX.

En la mayor parte del territorio del continente eurasiático, los imperios florecieron desde el siglo XVI al siglo XIX. Aunque cada uno de ellos tenía su propia historia y cultura, compartían algunas características. La principal es que los imperios eran sistemas políticos que controlaban grandes territorios sobre los que proclamaba la soberanía una única persona (normalmente llamada «emperador»). Los imperios demostraron ser bastante eficaces en el gobierno de sus pueblos, por lo que no debe sorprender que se desarrollaran y utilizaran también en otros lugares del mundo, sobre todo en África occidental y en la América precolombina, y que incluso los europeos, como veremos, acariciaran sueños de un imperio unifica-

do. En el capítulo 2 he comentado los imperios de África occidental; aquí introduciré América y Europa en el relato.

América

Antes de la llegada de los europeos, tanto América del Norte como América del Sur estaban habitados por pueblos que habían construido diversos tipos de sistemas sociales y económicos, que iban desde sociedades de cazadores-recolectores hasta sociedades agrarias muy desarrolladas,[5] durante los siglos que siguieron a las primeras migraciones al continente americano alrededor de 15.000 a.C.[6] No debe sorprender, por tanto, que estos pueblos también crearan la forma más alta de organización política del antiguo régimen biológico: el imperio. Para nuestra historia, dos son los imperios importantes: el imperio azteca en México central y el imperio inca de las montañas de lo que hoy es Perú y Chile. (Véase el mapa 2.1.)

Los aztecas

El valle central de México siempre había sustentado grandes civilizaciones, comenzando con los olmecas hacia 1500 a.C. En la península de Yucatán, los mayas habían construido una magnífica civilización con ciudades, grandes pirámides y una agricultura muy productiva que alcanzó su punto álgido alrededor de 600-900 d.C.; después el estado maya se disgregó en numerosas entidades de menor tamaño. Hacia 1100 d.C., el valle de México estaba dominado por los toltecas, cuya capital era Tula, en el extremo septentrional del valle. Gracias a sus buenas tierras y al agua que recibían regularmente de los ríos alimentados por el deshielo de las montañas circundantes, el valle de México sustentaba una rica agricultura y atraía pueblos desde todos los puntos de América del Norte.

Entre los pueblos que emigraron al valle de México hacia 1350 destaca el pueblo mexica, también conocido como azteca.[7] Habien-

do llegado tarde, con una civilización de logros cuestionables y dudosa competencia agrícola, los mexicas fueron relegados a las peores tierras, a un lago y un cenagal, y se les consideró subordinados. Tras cometer el error de sacrificar a la hija de uno de sus superiores, los mexicas fueron exiliados a algunas islas del lago Texcoco. Mediante la extracción del cieno fértil del fondo del lago que después disponían sobre unos cuerpos flotantes llamados *chinampas*, los mexicas construyeron poco a poco una isla en medio del lago Texcoco sobre la que con el tiempo apareció su ciudad, Tenochtitlán, en el lugar de lo que hoy es Ciudad de México. Gracias al hecho de ser intrusos y verse forzados a defenderse a sí mismos, los mexicas se convirtieron en excelentes guerreros que en ocasiones trabajaron para otros, pero que al mismo tiempo construyeron sus propias defensas y organizaron sus sistemas de poder.

Hacia 1400, el valle de México estaba salpicado de numerosas ciudades-estado guerreras. Los actores principales eran sólo tres o cuatro; los mexicas se mantuvieron como mercenarios y actores secundarios hasta 1428, cuando acordaron una triple alianza con otros dos grupos. Los mexicas fueron entonces lo bastante poderosos como para comenzar a conquistar y someter a sus vecinos, a los que exigieron que les enviaran tributos a su capital, Tenochtitlán. Dos gobernadores mexicas de mediados del siglo XV, Izcoatl (1428-1440) y Moctezuma I (1440-1469), dirigieron la alianza, que llegó a controlar todo el valle de México y otras tierras colindantes. En el momento álgido de su poder, a principios del siglo XVI, el imperio gobernaba unos 489 territorios sometidos con un total de unos veinticinco millones de habitantes, todos los cuales debían pagar tributos a los mexicas en Tenochtitlán.

De este modo, los gobernantes mexicas hicieron acopio de una considerable riqueza procedente de sus estados tributarios. A Tenochtitlán llegaban alimentos, joyas, pieles, caucho, piedras preciosas, oro y plata, no porque los pueblos conquistados desearan enviar esos artículos, sino por el temor de ser castigados si no lo hacían.

Los mexicas no gobernaban su imperio sirviéndose de un aparato burocrático o mediante la asimilación de los pueblos, sino por medio del terror: al menor signo de resistencia, se lanzaban a la guerra y se hacían con prisioneros para sacrificarlos a sus dioses.[8] Los mexicas construyeron un gran imperio basado en la recolección de tributos de sus súbditos, en guerras periódicas y en el sacrificio diario de cientos si no miles de cautivos. Tenochtitlán quizá fuera una ciudad de una excepcional riqueza, pero los cimientos de su imperio no eran sólidos, pues descansaban en el miedo que los mexicas inspiraban en sus súbditos.

Los incas

Lo mismo podría decirse del imperio que construyeron en América los incas. A diferencia de los mexicas y los mayas, los incas no desarrollaron un lenguaje escrito, de modo que casi todo lo que sabemos sobre ellos se lo debemos a los relatos recopilados a principios del siglo XVI por los conquistadores europeos. Aun así, la historia es impresionante. Tras asentarse en las tierras altas de Perú, alrededor del lago Titicaca, a mediados del siglo XIII, los incas (nombre que originariamente hacía referencia al título de su emperador, pero que más tarde los europeos utilizaron para referirse al propio pueblo) lanzaron campañas militares durante el siglo XV que culminaron con la creación de un enorme imperio que se extendía a lo largo de unos cuatro mil kilómetros desde la actual Quito, en el norte, hasta Santiago, en el sur.

A diferencia de los mexicas, los incas asimilaron de manera consciente en su cultura a los pueblos conquistados: los forzaron a adoptar un lenguaje común (el quechua) y los gobernaron de manera directa mediante administradores. Además de ser en extremo «longitudinal», pues ocupaba la mayor parte de las tierras altas de la vertiente pacífica de América del Sur, el imperio inca también era «vertical». Las montañas peruanas superaban los cuatro mil metros de altitud, algunas de sus ciudades estaban situadas a unos

tres mil metros y había pueblos incas dispersos por todas las montañas y los valles. Además de suponer un reto para su gobierno, la verticalidad también era un reto para el cultivo de alimentos: dada la enorme diferencia de altura de cada uno de los seis ecosistemas, en cada lugar había que cultivar plantas distintas. Para asegurar la unidad de tan insólito imperio, los incas pavimentaron con piedras talladas algunos caminos de las montañas con el objeto de facilitar el paso de los mensajeros imperiales y los ejércitos.

Es sorprendente que, dadas las dimensiones del imperio, los incas no dispusieran de un verdadero sistema de escritura y que, en su lugar, desarrollaran un ingenioso sistema de cuerdas con nudos y colores que permitían a los gobernantes mantener un registro de datos vitales (población, tributos, servicios de trabajo adeudados al gobierno) para mantener la unidad del imperio. Los desplazamientos entre pueblos estaban prohibidos y la ausencia de dinero y de comercio limitaba el desarrollo de la propiedad privada y la riqueza. No obstante, el imperio era rico, pues gobernaba a dieciséis millones de personas.

Al igual que en el imperio mexica, también en el imperio inca se fueron acumulando tensiones a medida que se extendía. Los incas creían que su gobernante descendía del dios Sol; para que estuviera contento tras su muerte y los cultivos prosperaran, el gobernante era momificado a fin de poder sacarlo en todas las ocasiones y decisiones importantes, manteniendo así un vínculo con el dios Sol. Además, los descendientes directos del jefe momificado recibían todas sus tierras y posesiones para poder sustentar esta actividad. Por consiguiente, cada nuevo gobernante inca llegaba al trono sin tierras y tenía que conquistar nuevos territorios y pueblos, lo que sin duda contribuía a la dinámica de expansión imperial inca. Cuando esa expansión comenzó a frenarse, bien por falta de tierras disponibles para ser conquistadas, bien porque los ejércitos incas sufrían derrotas —como ocurrió cuando bajaron por la vertiente oriental de los Andes hasta la selva amazónica, de donde fueron ex-

pulsados—, las tensiones dentro de la familia real fueron acrecentándose y terminaron estallando a la muerte de un emperador inca en 1525, debido a una crisis sucesoria entre dos medio hermanos.

En 1500, tanto el imperio azteca como el inca estaban bien asentados y eran bastante poderosos, aunque ambos tenían debilidades. Los aztecas habían construido un imperio basado en la recaudación por la fuerza de los excedentes del pueblo al que sometían, mientras que los incas tenían un sistema que requería una continua expansión a fin de que cada nuevo gobernante consiguiera tierras para sostener a su familia. Entonces, la llegada de los españoles, primero Colón en 1492, pero sobre todo Hernán Cortés en 1519 y Francisco Pizarro en 1531, lo cambiaron todo.

La conquista de América y el imperio español

En 1500, Tenochtitlán, la capital del imperio azteca, tenía una población de doscientos cincuenta mil habitantes, lo que la convertía en una de las mayores ciudades del mundo. Podía alardear de tener pirámides, jardines botánicos, canales, zoológicos, un sistema de alcantarillado y calles que diariamente limpiaba una cuadrilla de un millar de hombres. Los guerreros aztecas infundían terror en los pueblos que conquistaban a fin de asegurar de este modo la entrada continua de alimentos y otros bienes en la capital. Sin embargo, este imperio grande, complejo y poderoso se derrumbó ante tan sólo seiscientos «conquistadores» españoles comandados por Hernán Cortés; un «ejército» menor incluso, al mando de Francisco Pizarro, conquistó el imperio inca en la década en 1530. ¿Cómo pudo ocurrir algo así?

En 1519, después de arribar a la costa de México cerca de lo que más tarde sería la ciudad de Veracruz, Hernán Cortés oyó que existían ingentes cantidades de oro en las tierras del interior y que varios pueblos conquistados por los aztecas estaban dispuestos a ayu-

darlo proporcionándole información, alimentos, canoas y guerreros. El emperador azteca, Moctezuma II, al principio creyó que Cortés era un dios que volvía a la Tierra y, con la esperanza de que se marcharan, le envío regalos de oro para apaciguar a los españoles, pero, en palabras de Cortés, «tenemos en el corazón una enfermedad que sólo el oro puede curar», y así comenzó la expedición por tierra hasta Tenochtitlán.

Aprovechándose del odio que albergaban los pueblos conquistados hacia los aztecas, Cortés aceptó su ayuda para llegar a Tenochtitlán y luchar contra los aztecas. Aunque éstos eran guerreros feroces que habían desarrollado muchos instrumentos de guerra eficaces en el valle de México, los españoles gozaban de una enorme ventaja tecnológica. Los españoles tenían espadas y armaduras de hierro, los aztecas, armas de bronce y armaduras de tela; los españoles contaban con cañones, ruedas y caballos, los aztecas no; los españoles tenían «perros de la guerra», los aztecas no; los españoles luchaban para matar y conquistar territorio, los aztecas sólo luchaban cuando estaban igualados en fuerzas y no mataban a todos sus enemigos; por último, algún español infectado de viruela desató una epidemia en el verano de 1520 que acabó con la vida de la mitad de los habitantes de Tenochtitlán, lo que minó la moral de los guerreros aztecas y permitió a los disciplinados soldados españoles aprovechar el momento para tomar la ciudad.

Una combinación de factores semejante fue la que permitió al pequeño grupo de hombres comandados por Francisco Pizarro conquistar a los incas.[9] En este caso, sin embargo, la epidemia de viruela ya se había extendido hasta Perú desde México en la década de 1520, diezmando las poblaciones de indios de los Andes mucho antes de la llegada del conquistador español. Cuando Pizarro llegó, sacó partido de las diferencias que tenían los pretendientes al trono inca, los condujeron a una trampa y mataron a casi todos, si bien mantuvieron con vida al último gobernador inca hasta que les dio una cantidad suficiente de oro, después lo estrangularon y decapitaron.

Aunque utilizamos la palabra «conquista» para describir lo ocurrido a los aztecas y los incas en el siglo XVI, la verdad es que la victoria española no fue ni rápida ni completa, pues los pueblos nativos de América lucharon mucho tiempo y con coraje contra los invasores europeos. Los incas resistieron un siglo más, los españoles tuvieron que afrontar más de una derrota de manos de los seminolas en Florida y, como sabemos, la historia de Estados Unidos está plagada de guerras con los indios. De hecho, en cierta manera, la resistencia de los indígenas americanos todavía no ha finalizado, como bien nos recuerdan los eventos ocurridos en Chiapas (México) en los años noventa. No obstante, aunque no hayan sido derrotados completamente y la resistencia permitiera a los indios americanos negociar o ganar algunas concesiones marginales, la realidad es que finalmente los europeos y los africanos acabaron ocupando el lugar de los indios americanos como pueblo más populoso de América, como veremos con mayor detalle a continuación.

El intercambio colombino

La conquista de América condujo a un intercambio global de productos naturales y de alimentos, especialmente de cultivos del Nuevo Mundo a las economías agrarias del Viejo Mundo. El maíz, las patatas, los tomates, los pimientos y muchos otros alimentos se expandieron con rapidez por toda Eurasia, enriqueciendo la dieta tanto de señores como de plebeyos. La batata, por ejemplo, llegó a China a mediados del siglo XVI y, gracias a ella, los campesinos pudieron vender su arroz en lugar de comerlo. No hay duda de que la difusión de los cultivos del Nuevo Mundo por el Viejo Mundo hizo posible que en éste las poblaciones aumentaran por encima de lo que hubiera sido posible con los alimentos de que disponían hasta entonces.

Pero el intercambio colombino se estableció en los dos sentidos y según parece los pueblos indígenas del Nuevo Mundo llevaron las de perder, pues el encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo puso en contacto dos conjuntos de enfermedades que hasta entonces habían estado separados. Los antepasados de los indios americanos habían emigrado a América durante la última Edad de Hielo, cuando un puente de tierra unió Alaska y Siberia, miles de años antes de que la revolución agrícola en Eurasia uniera a personas y animales domésticos en un fértil caldo para la transferencia de gérmenes patógenos a los seres humanos, del que surgieron numerosas enfermedades, entre ellas la viruela, la varicela y la gripe. Los pueblos de Eurasia contrajeron dichas enfermedades y con el tiempo desarrollaron cierto grado de inmunidad frente a ellas; los habitantes del Nuevo Mundo, sin embargo, no tuvieron esa oportunidad. Cuando acabó la Edad de Hielo y la fusión de los glaciares hizo subir el nivel del mar por encima del puente de tierra del estrecho de Bering, los pueblos americanos quedaron aislados de las enfermedades que en adelante habrían de convertirse en parte de la vida diaria de Eurasia, hasta el punto de que algunas de ellas acabarían convirtiéndose en «enfermedades de la infancia» de las que la mayoría de las personas se recobraban sin mayores problemas. Las enfermedades contra las cuales los europeos habían desarrollado inmunidad a lo largo de los siglos resultaron ser mortales para los habitantes de América, y más tarde también de las islas del Pacífico, que no habían desarrollado inmunidad alguna frente a ellas.

La gran mortandad

Las epidemias de viruela que debilitaron tanto a los aztecas como a los incas y abrieron así las puertas a la conquista española de ambos imperios, fueron sólo el principio de un siglo entero de holocausto que prácticamente barrió las poblaciones de indígenas

americanos. De 1518 a 1600 se registraron en el Nuevo Mundo hasta 17 grandes epidemias por un territorio que se extiende de lo que hoy es Argentina en el sur a lo que hoy es Texas y Carolina en Estados Unidos. No sólo se extendió la viruela sino que también otras enfermedades mortales, como el sarampión, la gripe, la peste bubónica, el cólera, el sarampión, la tos ferina, la difteria y la malaria tropical, arrasaron las poblaciones americanas;[10] pero la enfermedad no fue la única causa del despoblamiento de América durante el siglo posterior a la conquista española. También contribuyeron al desastre la propia conquista, la guerra entre los indígenas americanos, la opresión ejercida por los conquistadores, la requisición forzada de indios como mano de obra y la baja fertilidad en las poblaciones indígenas que sobrevivieron.[11]

En México, donde habían vivido veinticinco millones de personas en 1519, cincuenta años más tarde sólo quedaban dos millones setecientas mil y, cien años más tarde, apenas setecientos cincuenta mil, un tres por ciento de la población original. Un destino similar sufrieron los incas, los habitantes de las islas de las Antillas —comenzando por los arawak de La Española— y los indios de lo que hoy es el sureste de Estados Unidos, aunque a un ritmo diferente. Los estudiosos siguen debatiendo si las enfermedades que llevaron los europeos causaron estragos o no entre los indios del noreste americano, de las tierras altas del Mississippi y del noroeste antes del siglo XVII, pero no cabe duda de que en cuanto hubo asentamientos europeos permanentes en América del Norte, aquellas enfermedades también afligieron a los indígenas. En suma, en el siglo que siguió al contacto europeo con el Nuevo Mundo, se despoblaron grandes regiones, que perdieron el noventa por ciento de su población en 1500. Aunque no sabemos con certeza cuál era la población de América antes del encuentro, cabe afirmar que en toda América murieron decenas de millones de personas.

Problemas con el abastecimiento de trabajadores

Aunque no se hubiera producido la gran mortandad, los españoles habrían tenido problemas para satisfacer sus necesidades de trabajadores en el Nuevo Mundo porque ellos mismos no estaban dispuestos a ejercer trabajos manuales y además forzar a los indígenas a trabajar para ellos de manera voluntaria resultó problemático. La opción de esclavizar a los indios también se descartó después de que un debate en el seno de la Iglesia católica determinara que tenían alma. Aunque no fueran esclavos, los indios fueron obligados por los españoles a trabajar sus campos o sus minas a cambio de alimento, alojamiento y adoctrinamiento cristiano en un sistema conocido como *encomienda*. Tras la conquista y la gran mortandad, se complementó el sistema de la *encomienda* con otro, el del *repartimiento*. Como los indígenas eran pocos y dispersos, el repartimiento los obligó a vivir en pequeños pueblos de planta rectangular típica de los españoles. La combinación de estos dos sistemas proporcionó alimentos y prendas de vestir a los conquistadores y a sus seguidores.

La plata

El «descubrimiento» de América fue, por supuesto, un accidente: Colón navegó hacia el oeste con la intención de llegar a Asia y por el camino se tropezó con un enorme continente. Pero la razón que motivó su búsqueda de Asia también la compartían quienes lo siguieron hasta América: la riqueza. Los españoles no tropezaron solo con América, sino también con grandes cantidades de oro y plata que los aztecas y los incas habían utilizado para fabricar sus obras de arte, símbolos de poder y herramientas, que tomaron como botín tras derrotarlos.

La escasez de fuerza de trabajo indígena no constituyó un problema mientras los españoles no tuvieron que hacer otra cosa que

saquear la plata y el oro que ya estaban almacenados en Tenochtitlán y Cuzco, antigua capital inca en Perú, para fundirlos y enviarlos por barco a Sevilla. Así pues, la gran mortandad fue acompañada de un gran saqueo, actitud que caracterizó el enfoque de los españoles sobre la economía del Nuevo Mundo durante varias décadas después de la conquista. Pero todo eso cambió con el descubrimiento de grandes depósitos de mineral de plata en tierras del antiguo imperio inca (en lo que hoy es el oeste de Bolivia) y también en México.

En 1545, el mayor descubrimiento se produjo en Potosí, una ciudad situada a casi cuatro mil metros de altitud cuya población alcanzó los ciento cincuenta mil habitantes en 1750, que se convirtió en la ciudad de las grandes oportunidades. Durante el siglo siguiente, salieron de Potosí miles de toneladas de plata, sobre todo desde que comenzara a aplicarse el proceso de refinación con mercurio. Los indios trabajaban en las minas y en el refinado del mineral, de manera forzosa o a cambio de un salario. Mientras que para los españoles la ciudad de Potosí pasó a connotar una riqueza legendaria (y así se refleja en la expresión «vale un potosí»), para los trabajadores indios era la «boca del infierno». El trabajo en la mina era peligroso y trabajar con mercurio podía ser mortal por ser venenoso para las personas. Se estima que durante los tres siglos en que estuvieron abiertas y en funcionamiento las minas de Potosí murieron en ellas ocho millones de indios, siete de cada diez trabajadores.

Del Nuevo Mundo salían, pues, ingentes cantidades de plata, la mitad de la cual provenía de Potosí: de 1503 a 1660, se exportaron más de catorce mil toneladas de plata y ciento sesenta toneladas de oro, pero ¿adónde iban a parar?, ¿quién demandaba tanta plata y hacía de Potosí, un lugar remoto, destino de los españoles que forzaban a trabajar hasta la muerte a ocho millones de indios? Al fin y al cabo, los conquistadores querían oro, no plata. Y, sin embargo, extraían plata. ¿Por qué? La respuesta a esta pregunta tiene dos partes.

El imperio español y su caída

Con tan vastas fuentes de riqueza aparentemente al alcance de sus manos, los reyes españoles intentaron someter a toda Europa a su dominio. La idea (y el ideal) del imperio era propia de la Europa del siglo XVI. De hecho, desde la caída del Imperio romano, algunos europeos habían suspirado por el restablecimiento de un orden político universal basado en el cristianismo. Durante mucho tiempo, las esperanzas recayeron en el imperio bizantino del Mediterráneo oriental, defensor del cristianismo ortodoxo, pero sus esperanzas se hicieron añicos cuando los turcos otomanos tomaron Constantinopla en 1453 y la convirtieron en una ciudad musulmana.

En Europa occidental, la idea del imperio quedó consagrada en el Sacro Imperio Romano. Más un nombre y una esperanza que una realidad, el título se reavivó en 962 cuando un invasor germano medio bárbaro tomó Italia y fue coronado «emperador sacro romano» por el papa. El título, asociado sobre todo con Austria y Alemania, pervivió hasta 1806, aun cuando Alemania estaba más fragmentada incluso que Italia.

Pero a principios del siglo XVI, todo parecía indicar que los españoles podían llegar a constituir un verdadero imperio en Europa. El nieto de Isabel y Fernando, Carlos V, heredó no sólo la Corona española, como Carlos I, sino también los derechos a territorios de la casa de Habsburgo que se extendían por toda Europa (Austria, Países Bajos, Sicilia y Cerdeña), además de Nueva España (México) y Nueva Castilla (Perú) en el Nuevo Mundo. La riqueza del Nuevo Mundo que había comenzado a fluir hacia España —al principio fruto del saqueo de los tesoros aztecas e incas y luego, de manera regular, de la producción de las minas de Potosí— le proporcionó a Carlos V y más tarde a su sucesor, Felipe II, el dinero necesario para intentar unificar sus tierras. Pero entre los monarcas españoles y sus intentos de unificar sus tierras se interponían Francia y los protestantes de los territorios reclamados por los españoles

en los Países Bajos, quienes contaban con la ayuda de los ingleses cuando la necesitaban.

Las sucesivas guerras entre España y Francia y la guerra de independencia de los Países Bajos —la contienda entre los holandeses protestantes y los católicos españoles fue especialmente cruda en la década de 1570— fueron consumiendo las fuerzas de los españoles. Pese a la gran cantidad de plata del Nuevo Mundo que llegaba a España, las guerras acabaron siendo tan costosas que la Corona española hubo de declararse en bancarrota varias veces (primero en 1557 y 1560, y después muchas otras veces). La derrota de la armada española por los ingleses en 1588, seguida de otras derrotas españolas en Europa (la guerra de los Treinta Años, 1618-1648) y en el Nuevo Mundo, frustraron el deseo español de crear un imperio europeo. Y sucedería un orden nuevo: un sistema competitivo de naciones-estado soberanas, cuyo centro no sería España. Muchos historiadores consideran que el fracaso en la creación de un imperio y la aparición de las naciones-estado es uno de los puntos de inflexión de la historia de Europa occidental.[12] Volveremos sobre este asunto al final del capítulo. Primero tenemos que ocuparnos de la segunda parte de la respuesta relativa al porqué había tanto interés por extraer plata de las minas del Nuevo Mundo.

La demanda de plata en China

Colón se enfrentó a lo desconocido en el Atlántico y Vasco da Gama surcó aguas ignotas alrededor del cabo de Buena Esperanza, todo para conseguir un acceso directo a las riquezas de Asia flanqueando a los otomanos y al resto del mundo musulmán, que controlaba las rutas terrestres desde el Mediterráneo oriental hacia Asia. Por supuesto, Colón nunca llegó a Asia (aunque pensara que sí y por eso llamara «indios» a los indígenas americanos), y cuando los portugueses surcaron por fin el océano Índico y el mar de China,

se dieron cuenta de que eran pobres y apenas tenían dinero para comprar las especias y los bienes manufacturados de Asia (así que les arrancaron esos bienes a la fuerza mediante el tributo de protección de su «comercio armado»). Pero cuando los españoles dieron con la plata del Nuevo Mundo, encontraron la llave de acceso a la riqueza de Asia... en cierto modo.

El problema es que los españoles «muñían la vaca pero no bebían la leche», como dice el refrán. Sí, la plata fluía del Nuevo Mundo a Sevilla, pero en su esfuerzo por unir Europa en un imperio los monarcas españoles, en concreto Carlos V y Felipe II, no dejaban de emprender guerras. Así que la plata salía de España e iba a parar a las manos de mercaderes de armas holandeses y financieros ingleses e italianos, quienes luego utilizaban su nueva riqueza para financiar misiones comerciales en China y el océano Índico. Además, los españoles carecían en cualquier caso de acceso directo a Asia, pues esas rutas estaban en manos de los portugueses, los holandeses, los ingleses y los franceses, al menos hasta 1571, cuando los españoles tomaron Manila en las Filipinas, establecieron allí una colonia y enviaron galeones cargados de plata directamente de Acapulco a Manila.

Al final, «aproximadamente tres cuartas partes de la producción de plata del Nuevo Mundo» durante tres siglos, de 1500 a 1800, acabaron en China.[13] La razón es que China demandaba una cantidad enorme de plata, pues su sistema monetario y, por tanto, su crecimiento económico así lo exigían. Como los chinos valoraban tanto la plata, allí era cara y, en cambio, muy barata en América (después del saqueo, su coste era el coste de producción, que era muy bajo, como atestigua la muerte de ocho millones de mineros indios). Por tanto, la plata fluía desde el Nuevo Mundo, tanto a través de Europa como a través del océano Pacífico hasta las islas Filipinas, para finalmente llegar a China. Con la mayor y más productiva economía del mundo, China era el motor que impulsaba buena parte de la economía mundial en los inicios de la edad moderna y la plata del Nue-

vo Mundo suministraba energía a dicho motor. No es exagerado decir que sin China no hubiese existido Potosí o, al menos, habría sido mucho más pequeño. Y sin Potosí, los españoles no habrían intentado crear un imperio en Europa. En resumen, la plata «giraba alrededor del mundo y hacía que el mundo girara», en palabras de un historiador contemporáneo.[14]

De 1500 a 1800, pese a los nuevos pasos dados por los europeos en el Nuevo Mundo y en Asia,[15] la mayor parte de la población del mundo, de su actividad económica y del comercio seguía estando en Asia. De hecho, la fracción de la población mundial que habitaba en Asia creció desde aproximadamente un sesenta por ciento hacia 1500 a un sesenta y seis por ciento en 1750 y un sesenta y siete por ciento en 1800. Dos terceras partes de la población mundial eran asiáticas en 1800, la mayor parte china e india. Como ya se comentó en el capítulo 1, en el antiguo régimen biológico una población en crecimiento demuestra el éxito en el desarrollo de recursos adicionales para sustentar esa mayor población.

En Asia no crecía solamente la población: también crecían su producción y su productividad económicas. En 1775, Asia era responsable de aproximadamente un ochenta por ciento de toda la producción mundial, una proporción que probablemente aumentara desde 1500 o, dicho de otro modo, dos terceras partes de la población mundial, los asiáticos, producían cuatro quintas partes de los bienes de todo el mundo. Visto desde otra perspectiva, los europeos, con una quinta parte de la población mundial en 1775, compartían la producción de una quinta parte de todos los bienes del mundo con los africanos y los americanos. Por tanto, Asia tuvo las economías más productivas durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Y así queda probado en numerosos documentos escritos en los lugares más sorprendentes, incluso en el Nuevo Mundo. En el siglo XVI, los bienes manufacturados en China eran mejores y más baratos que los europeos hasta el punto de que «pronto acabaron con el dominio que sobre los mercados ejercían los intereses comerciales

de España». El virrey español de Perú se quejaba así en 1594 a las autoridades de Madrid:

> Las mercancías chinas son tan baratas y las españolas tan caras que me parece imposible recortar ese comercio hasta el punto de que en este reino se deje de consumir productos chinos, ya que un hombre puede vestir a su mujer con sedas chinas por doscientos reales [25 pesos], mientras que no podría proporcionarle vestidos con sedas españolas por doscientos pesos.

En Lima, los ciudadanos también vestían sedas chinas, y en Ciudad de México, las mujeres usaban vestidos llamados de «china poblana», que eran y siguen siendo el «vestido nacional» de las mujeres mexicanas. De hecho, las importaciones chinas estaban tan bien hechas y eran tan baratas que acabaron con la industria mexicana de la seda, incluso cuando la confección de tejidos de seda aumentó con la importación de hilo de seda barato de China.[16]

Los ingleses también encontraban baratos los tejidos de algodón procedentes de India, tan superiores en calidad a cualquier tejido producido por ellos (de lana o de lino) que las importaciones indias aumentaron de forma continua a lo largo del siglo XVII. De hecho, los británicos importaron de India tantos tejidos de algodón acabados que hacia 1700 los fabricantes de tejidos británicos comenzaron a temer que su industria estuviera condenada a extinguirse por la competencia, pero en lugar de hacer una producción más eficiente para competir con India, en 1707 presionaron con éxito al gobierno británico para que embargara la importación de algodón indio. A las mujeres francesas les gustaba tanto la moda de los calicós indios de brillantes estampados que en 1717 se aprobaron leyes en contra del algodón indio y la seda china para proteger la industria francesa. Un mercader parisino llegó al extremo de ofrecer quinientas libras a quien «le quitara la ropa ... en la calle, a cualquier mujer que llevara tejidos indios».[17]

Añadiré más reflexiones sobre el lugar que ocupan los textiles en la historia de la industrialización en el siguiente capítulo. Baste

con decir aquí que en la economía global, y pese a la riqueza extraída del Nuevo Mundo, a principios del siglo XIX los europeos todavía estaban en franca desventaja competitiva con Asia. De hecho, una de las maneras de pensar en la situación global es que los europeos eran tan pobres en relación con Asia y ocupaban una posición todavía tan periférica con respecto a los verdaderos generadores de riqueza y productividad industrial, que competían enérgicamente entre ellos sólo para conseguir estar en la mejor posición para comerciar en los mercados asiáticos. En otras palabras, la situación periférica de Europa aumentó la competencia entre los estados europeos, lo que los llevó a intentar encontrar formas de acumular riqueza y poder en un mundo que todavía estaba dominado por Asia. Es aquí donde una vez más encaja el Nuevo Mundo.

La economía del Nuevo Mundo

Azúcar y esclavos

A la construcción de la economía del Nuevo Mundo contribuyó la introducción y el crecimiento de un sistema de plantaciones que utilizaba la fuerza de trabajo de los esclavos importados de África, un sistema que al principio se utilizó para la producción de azúcar,[18] pero más tarde se adaptó al cultivo del tabaco, en el siglo XVII, y del algodón, en el siglo XVIII. Los portugueses desempeñaron un papel crucial en este proceso al experimentar el modo de explotación de sus posesiones coloniales en Brasil. Eran tan pocos los portugueses dispuestos a migrar a Brasil que no tenían más elección que depender de los indígenas tupis, quienes, por decirlo así, no se sintieron nada atraídos por la idea de trabajar en las granjas y huyeron al interior de la selva. Esclavizar a los tupis tampoco fue de gran ayuda para resolver la escasez de mano de obra de los portugueses, que se agravó cuando las enfermedades europeas redujeron

todavía más la población tupi. La solución pasaba por servirse de la mano de obra de los esclavos africanos.

Antes incluso del descubrimiento del Nuevo Mundo, los portugueses ya habían experimentado un sistema de plantación basado en esclavos para la producción de azúcar en las islas de la costa de África que habían conquistado en su búsqueda de una ruta marítima a Asia (partiendo de los anteriores éxitos de los españoles y los genoveses en el Mediterráneo). La historia de cómo se produjo todo esto desde la década de 1420 es bastante instructiva para comprender lo que ocurrió más tarde en el Nuevo Mundo, pues el proceso implicó el colosal cambio ecológico de convertir selva tropical en plantaciones de azúcar, la esclavización y el exterminio de un pueblo indígena (los guanches) y la importación de esclavos africanos para trabajar en las plantaciones de azúcar.[19] Todo esto ocurrió antes de que Colón tropezara con América, pero la experiencia portuguesa de servirse de esclavos en las plantaciones hizo que pronto adoptaran ese sistema de explotación agrícola en el despoblado Nuevo Mundo: en la década de 1580, la esclavitud y las plantaciones eran rasgos dominantes de la economía de Brasil.

Los franceses y los ingleses no tardaron en crear sus propias plantaciones de azúcar trabajadas por esclavos en las islas del Caribe. Poco después de que los británicos tomaran Barbados, en 1640, los colonos comenzaron a talar los bosques para abrir plantaciones de azúcar, que comenzaron a exportar a su país en la década de 1650. La industria del azúcar se extendió con rapidez, sobre todo después de que los británicos tomaran de los españoles la isla de Jamaica, treinta veces más grande que Barbados. Los franceses también establecieron plantaciones de azúcar en el Caribe, comenzando en Martinica, y exportaban el azúcar a Francia. Hacia finales del siglo XVII, se exportaba tanto azúcar inglés y francés desde sus países de origen que la competencia desplazó el azúcar brasileño del norte de Europa. Hasta tal punto deforestaron los británicos y los franceses varias islas del Caribe para la producción de azúcar que la

erosión acabó con la fertilidad del suelo (como ocurrió en Haití), e incluso cambió el clima de aquellas regiones.[20]

El número de esclavos africanos que trasladaron al Nuevo Mundo para trabajar en las plantaciones es impresionante: cuando el comercio de esclavos finalizó ya en el siglo XIX, el total ascendía a más de nueve millones de personas; hacia 1650, «los africanos componían la mayoría de los nuevos colonos del nuevo mundo atlántico».[21] Durante casi trescientos años, los comerciantes europeos de esclavos, primero portugueses y holandeses, pero a la larga en su mayoría británicos, trasladaron anualmente a América a miles de esclavos africanos, lo que produjo un impacto fuerte y duradero no sólo en la sociedad africana, sino también en la americana, tanto del norte como del sur. Aunque estos efectos son históricamente significativos,[22] lo que aquí nos interesa resaltar es cómo encajaba en la economía del mundo el sistema de plantaciones trabajadas por esclavos.

Dos triángulos de comercio que surgieron en el siglo XVII y maduraron a lo largo del siglo XVIII enlazaban las costas atlánticas. El primero, y con mucho el mejor conocido, unía Inglaterra con África y el Nuevo Mundo. Los bienes comerciales producidos en América (no sólo azúcar, sino también maderas y pescado de América del Norte) iban a Inglaterra y, desde allí, a sus socios comerciales); a África llevaban bienes acabados (cada vez más textiles de algodón de India), donde se intercambiaban por esclavos; finalmente, trasladaban los esclavos a América. El otro triángulo iba en otra dirección: desde las colonias norteamericanas de Inglaterra, el ron viajaba hasta África, donde se intercambiaba por esclavos; los esclavos iban al Caribe, y las melazas (para el refinado del azúcar), a Nueva Inglaterra para producir más ron.[23]

En todas estas transacciones, los colonos europeos y americanos ganaban dinero y acumulaban riqueza. La cuestión de hasta qué punto la esclavitud y la economía de las plantaciones beneficiaron a los europeos y les permitieron competir de manera más eficaz en la

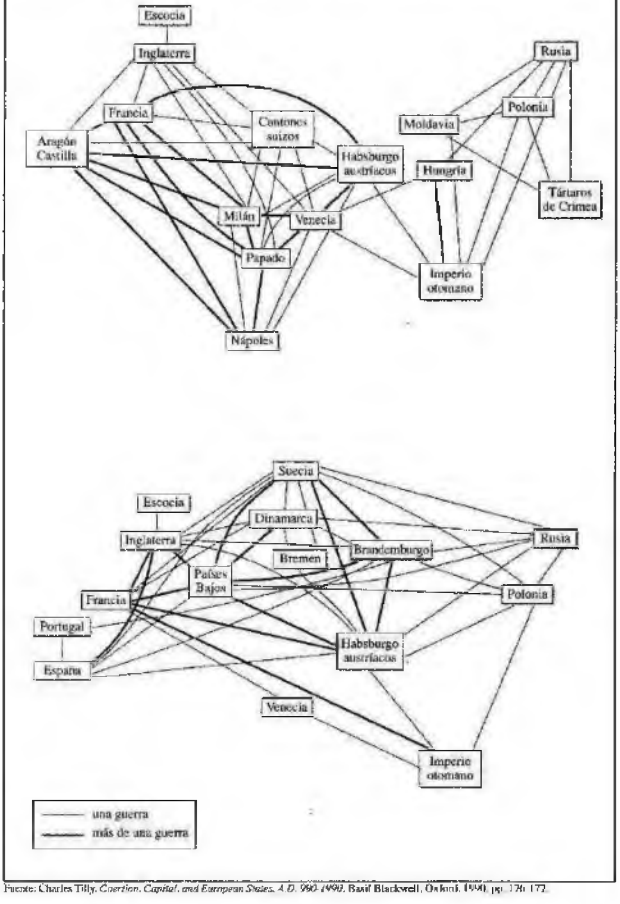
economía mundial se examinará con más detalle en el siguiente capítulo. De momento, bastará con observar que los europeos de los siglos XVII y XVIII competían no sólo en una economía mundial dominada por manufacturas asiáticas, sino también entre ellos mismos. El fin del intento español de crear un imperio en Europa pronto condujo a la creación de un nuevo sistema que vinculaba a los estados europeos e impulsaba el desarrollo del estado y su poder.

EL SISTEMA EUROPEO DE ESTADOS

Las guerras definieron el surgimiento del sistema europeo de estados. Hasta mediados del siglo XVII, las guerras se habían librado sobre todo para frenar a los españoles en su intento de constituir un imperio o para apoyar a los protestantes, en Holanda y en los estados germánicos, en sus esfuerzos por conseguir la independencia de los monarcas católicos de España. A partir de la Paz de Westfalia de 1648, que puso fin a la guerra de los Treinta Años, la mayoría de las contiendas estuvieron protagonizadas por Francia, cuya fortuna había aumentado al tiempo que decaía la española; desde finales del siglo XVII, los conflictos se produjeron sobre todo entre Francia e Inglaterra, hasta culminar en la guerra de los Siete Años (1754-1763), que los americanos llaman guerra francesa e india, y que acabó con la victoria de Inglaterra sobre Francia.

Son muchos los aspectos de las guerras entre los estados europeos durante el período que consideramos en este capítulo, de 1500 a 1775, de gran significación histórica. En primer lugar, en las guerras participaron prácticamente todos los estados europeos, que de este modo quedaban unidos en un claro sistema único, sobre todo tras la Paz de Westfalia, consecuencia que se aprecia claramente en los dos esquemas preparados por el historiador Charles Tilly. (Véase la figura 3.1.)[24] En estos esquemas, que representan dos períodos distintos (Europa *c.* 1500 y *c.* 1650), las líneas finas representan una gue-

Participación de los estados europeos en las grandes guerras del poder, 1496-1514 y 1656-1674



Fuente: Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, A.D. 990-1990*, Basil Blackwell, Oxford, 1990, pp. 170-172.

ra, y las líneas gruesas, dos o más guerras entre esos estados. Mientras que en 1500 existían dos subsistemas, de los que el occidental estaba centrado en Italia, hacia 1650 todos los estados europeos se mezclaban en una única maraña definida por las guerras.

En segundo lugar, las guerras en Europa condujeron no sólo a la consolidación en un número cada vez menor de unidades políticas, sino también al desarrollo de un tipo particular de estado nacional que se erigió como la forma de estado europeo de mayor éxito. Los estudios de Tilly nos aportan una vez más los datos fundamentales. Alrededor del año 1000, los aproximadamente treinta millones de personas que ocupaban el territorio que hoy llamamos Europa vivían en un apabullante abanico de unidades políticas regidas por «emperadores, reyes, príncipes, duques, califas, sultanes y otros potentados». Estos títulos, nos advierte Tilly, no deben oscurecer el hecho de que en Europa había una increíble fragmentación política: sólo en Italia había de doscientas a trescientas ciudades-estado. Quinientos años más tarde, hacia 1500, «los ochenta millones de habitantes de Europa se repartían entre unos quinientos estados, estados potenciales, miniestados y organizaciones semejantes a estados». A partir de entonces, las guerras fueron reduciendo el número de estados europeos hasta la Edad Moderna, cuando quedaron unos treinta aproximadamente.[25]

Mientras que el imperio español de los Habsburgo resultó ser demasiado grande e ineficaz para movilizar sus propios recursos contra los ingleses y los franceses, las ricas ciudades-estado de Italia carecían de hombres para emprender campañas fuera de Italia con grandes ejércitos. Igualmente, los diversos principados de Alemania eran lo bastante fuertes como para mantenerse a raya unos a otros, pero les resultaba difícil evitar que estados mayores interfirieran en sus asuntos. Los estados pequeños como Suecia u Holanda, cuyos recursos les permitían ser actores internacionales en el siglo XVII, se quedaron a medio camino en el siglo XVIII, cuando otros estados de mayores dimensiones pasaron a dominar la política eu-

ropea. Por otro lado, algunos estados grandes y populosos como Polonia, con una pequeña nobleza que gobernaba a un enorme número de siervos campesinos, no podía organizar un buen ejército —por ello, Polonia acabó dividida a finales del siglo XVIII—.

En este contexto, la tercera consecuencia interesante de las guerras fue el modo en que influyeron en la evolución interna de los estados europeos, pues favorecieron a unos y a otros no. Los gobernantes de los estados europeos no eran ricos y las guerras eran caras. Fundamentalmente, los gobernantes europeos podían explotar dos fuentes de ingresos. En primer lugar, los impuestos, pero como los gobernantes solían topar con la oposición de los terratenientes, para obtener el derecho a recaudar impuestos, la mayoría de los gobernantes europeos tenían que negociar con las élites de terratenientes; una negociación que por lo general acababa con la creación de alguna forma de asamblea representativa que teóricamente los gobernantes tenían que consultar antes de imponer o aumentar los impuestos. Junto a las asambleas de terratenientes, el sistema tributario también generó la creación de otra institución fundamental: la burocracia estatal, necesaria para evaluar y recaudar los impuestos de la población conocida, en lugar de «encargar» la recaudación de impuestos a grupos privados. Las tensiones que surgieron de estos procesos explican gran parte de la historia política interna de muchos estados europeos desde el siglo XVI al siglo XIX.

Una segunda fuente de ingresos eran los préstamos de banqueros o de otras personas acaudaladas. Los monarcas españoles del siglo XVI, por ejemplo, tuvieron que recurrir a préstamos para financiar sus guerras, pero buena parte del dinero provenía de banqueros extranjeros o que quedaban fuera de su control. Todos los gobernantes europeos tenían que recurrir a préstamos a corto y largo plazo para poder emprender sus guerras, así que les interesaba que quienes tenían el capital residieran en sus ciudades. Los ingleses y los holandeses fueron quienes mejor lograron este propósito, en parte gracias a su tolerancia religiosa y a su buena disposición para

acoger a protestantes y judíos acaudalados que no eran bienvenidos en tierras católicas. Pero esos préstamos también había que devolverlos, lo que llevó a los británicos a instituir la «deuda nacional» a finales del siglo XVII, una innovación decisiva que permitió la expansión del poder británico.

La deuda nacional de Inglaterra estaba constituida, a efectos prácticos, por préstamos a largo plazo garantizados por el Banco de Inglaterra, o sea, «obligaciones». Otros gobernantes europeos habían intentado en varias ocasiones resolver sus dificultades financieras mediante la consolidación de las deudas a corto plazo en deudas a largo plazo, cuya única garantía era la capacidad del gobernante para devolver el préstamo. La innovación de los ingleses fue emitir las obligaciones a través del Banco de Inglaterra, fundado en 1694, y garantizarlas con el capital suscrito por el banco. La deuda nacional no sólo proporcionó a los gobernantes británicos una fuente accesible de dinero para financiar sus guerras, sino que también dio a los inversores un instrumento de inversión relativamente seguro, lo que atrajo más depósitos al Banco de Inglaterra.

En resumen, las guerras de los estados europeos aumentaron sus gastos muy por encima de la cantidad de plata que quedaba en sus manos después de comprar productos asiáticos. Las consecuencias de todo ello fueron el mantenimiento de un ejército y una armada permanentes, un sistema tributario y una burocracia estatal recaudadora de impuestos, unas asambleas representativas de diversos tipos exigidas por los sujetos imponibles con la intención de influir en el nivel impositivo (aunque los «monarcas absolutos» de Europa intentaron por todos los medios ignorar o eliminar estas instituciones), el endeudamiento público y la institución de una deuda nacional. Todas estas instituciones forman parte de un proceso de «construcción del estado» en la Europa de los siglos XVII y XVIII.

La construcción del estado

Cuando era necesario, los gobernantes europeos podían recurrir a la fuerza para acceder a los recursos que necesitaban para emprender una guerra, pero consideraban preferible que sus súbditos ofrecieran esos recursos al estado de manera voluntaria. Por ello, en varias ocasiones reivindicaron su legitimidad, es decir, la idea de que los súbditos debían obedecerlos de manera voluntaria. Durante los siglos XVI y XVII, estas reivindicaciones de legitimidad descansaban en una base religiosa expresada como «el derecho divino de los reyes», es decir, el derecho a gobernar que habían recibido de Dios. Estas reivindicaciones religiosas también llevaron a los monarcas europeos, sobre todo a los católicos, a expulsar de su territorio a los no católicos. Uno de los primeros ejemplos fue la expulsión de España de judíos y musulmanes (a quienes llamaban «moros») por los Reyes Católicos, pero también constituye un ejemplo de ello la persecución de los protestantes (los hugonotes) a finales del siglo XVII en Francia. La Inquisición española también participaba en este proceso al asegurar que los súbditos de todos sus dominios de Europa y América fueran católicos y leales.

La Ilustración europea de finales del siglo XVII y del siglo XVIII cuestionó la idea del «derecho divino» de los monarcas a gobernar y postuló derechos más democráticos basados en los derechos naturales de las personas. Estas ideas, expuestas con gran fuerza por los «filósofos» franceses en su lucha contra el absolutismo del estado francés y de la Iglesia católica, comenzaron a ampliar la base legítima sobre la que establecer un estado que incluyera el consentimiento de los gobernados, los «ciudadanos». A finales del siglo XVIII y después de la Revolución francesa de 1789, éstas fueron las ideas que los franceses utilizaron para justificar la ejecución de sus monarcas y la instauración de una república.[26]

En este ambiente competitivo impulsado por las guerras, algunos estados europeos gozaron de ventajas que a la larga condujeron

a que un tipo concreto de estado, aquel que contaba con ciudades donde se acumulaba el capital y con zonas rurales cuya población era lo bastante grande como para sostener los ejércitos, se convirtiera en el tipo de estado más próspero. Por razones que ahora no vienen al caso, a partir del siglo XI, las ciudades europeas se desarrollaron sobre todo en una banda que se extiende hacia el norte desde la Toscana italiana, a través de los Alpes, hasta Gante, Brujas y Londres; París también creció. Hasta la actualidad, ésta ha sido la región más urbanizada de toda Europa. Las ciudades proporcionaban a los gobernantes de los correspondientes estados la oportunidad de gravar el comercio entre ciudades y zonas rurales, de acceder a la financiación de bancos —evitaban así depender de la nobleza rural— y, en términos generales, fortalecerse, es decir, disponer de más recursos de todo tipo, pero especialmente de dinero y hombres, que sus competidores menos afortunados alejados de las ciudades.[27] Los gobernantes de dos estados en particular, Inglaterra y Francia, fueron los más competentes en la construcción de ese tipo de estado, pues combinaron los recursos de capital que encontraban en Londres o París con los recursos humanos de que disponían en su población rural. Tras construir estados poderosos, Inglaterra y Francia se convirtieron en fuertes competidores a finales del siglo XVII.

Los ingleses tenían a un tiempo la disposición y la capacidad para utilizar el poder del estado a fin de perseguir sus objetivos económicos. En sus luchas contra sus competidores holandeses, los ingleses habían aprobado varias leyes de navegación a mediados del siglo XVII destinadas a restringir el comercio de sus colonias en el Nuevo Mundo con Inglaterra, cuya aplicación incluso consideraba el uso de la fuerza en caso necesario.[28] La Revolución Gloriosa de 1688-1689 puso en el trono inglés a monarcas protestantes que acordaron obedecer las leyes de un parlamento dominado por los intereses nacionales de manufactura; en 1707 el parlamento aprobó leyes que, con el fin de proteger las manufacturas británicas y esti-

mular el desarrollo de una industria textil del algodón en Inglaterra, restringían la importación de tejidos de algodón de India. Así, hacia 1700, Inglaterra tenía un gobierno que, en palabras de un historiador británico, «estaba preparado para subordinar toda la política exterior a sus fines económicos. Sus objetivos militares eran comerciales» y su política exterior estaba «conformada» por la presión ejercida por los fabricantes.[29]

El mercantilismo

Por su parte, Francia también estaba construyéndose un estado fuerte y, bajo la dirección de Jean-Baptiste Colbert, su ministro de Finanzas, a finales de siglo XVII implantó una política económica conocida como mercantilismo. Los gobernantes europeos siempre parecían andar escasos de dinero para pagar sus guerras. Hasta los españoles se quejaban en la década de 1580 de que «la experiencia ha demostrado que al mes o dos de la llegada de una flota de las Indias, ya no se ve ni un céntimo». Del mismo modo, un hombre de negocios inglés se quejaba en la década de 1620 de la «escasez de moneda».[30] La razón era que si bien las reservas de dinero de Europa habían aumentado (especialmente de 1580 a 1620), hacia 1620 probablemente se habían reducido tras la caída de la minería de la plata en Europa, el declive de la plata americana y el aumento de la salida de dinero hacia Asia. Los estados europeos no competían sólo en el campo de batalla: también competían para atraer y retener tantos lingotes de plata y oro como les fuera posible.

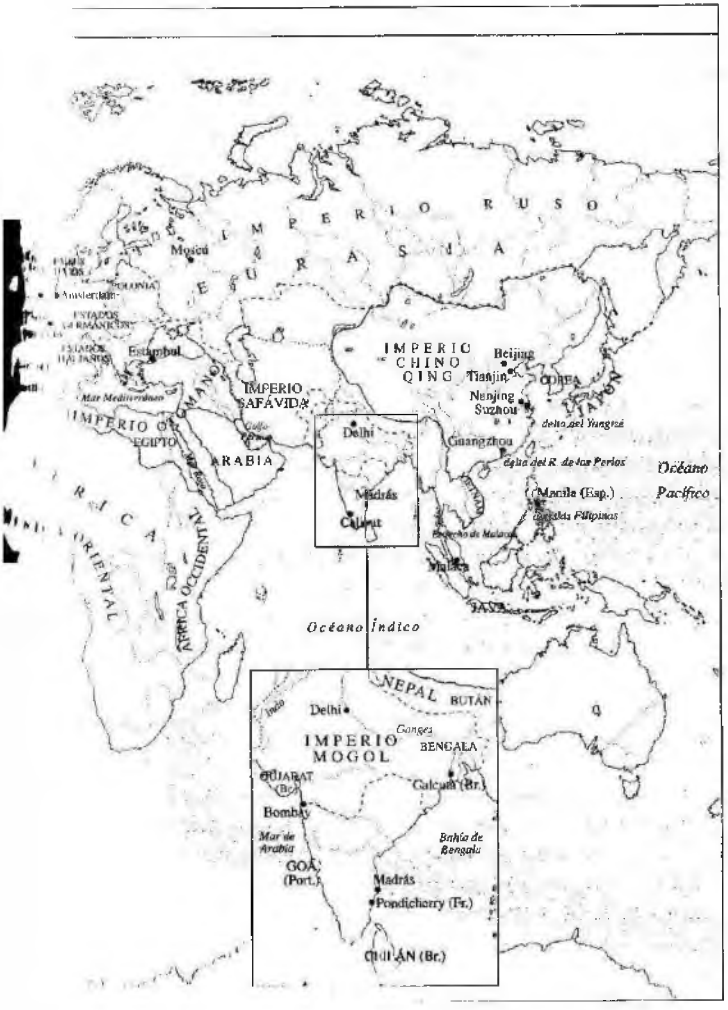
En este contexto europeo de fuerte competencia, un estado sólo podían ganar si otros perdían: era una guerra de uno contra todos en la que «llegar a ser el primero» era el fin más elevado. Y la mejor manera que tenía un estado de conseguir ventaja era, de acuerdo con la teoría mercantilista, atraer y conservar la mayor cantidad posible de las reservas mundiales de metales preciosos, especialmente

plata y, más tarde, también oro. La razón de la necesidad de reservas de lingotes era simple: las guerras eran muy costosas, a menudo había que comprar armamento a fabricantes de armas extranjeros[31] y las campañas militares en el extranjero requerían grandes cantidades de plata u oro, pero mantener los metales preciosos en el estado requería políticas económicas que impidieran su salida en pago de cualquier cosa importada, especialmente bienes de consumo que no se usaran en las guerras.

En consecuencia, los estados europeos gravaron con aranceles casi todos los bienes importados, exigieron que el transporte de esos productos se realizara en sus propios barcos y obligaron a los colonos europeos del Nuevo Mundo a comerciar únicamente con su patria originaria, aunque el contrabando hizo esa política algo permeable. Las ideas mercantilistas también inspiraron las políticas según las cuales los estados debían utilizar sus propias materias primas para manufacturar dentro de sus fronteras todo lo que se importaba; una medida que, como ya hemos visto, adoptaron los ingleses a principios del siglo XVIII para impedir la entrada del algodón de India. Aunque las políticas mercantilistas propiciaron el nacimiento de industrias en los estados europeos, su objetivo no era la industrialización, sino impedir que el oro y la plata salieran del país y enriquecieran a otros. Los estados europeos estaban obsesionados con sus reservas de plata: «Cuanta más plata, más fuerte el estado», en la expresión de un alemán.[32]

En estas guerras intereuropeas, ascendieron o cayeron el destino y la fortuna de varios estados. Como ya hemos visto, hacia finales del siglo XVI el poder de España había comenzado a menguar y Portugal resultó ser demasiado pequeño para plantar cara a los franceses y los españoles en Europa o a los holandeses en aguas asiáticas. Los holandeses, que fueron de los primeros europeos en invertir grandes cantidades de capital en sus empresas comerciales de Asia y América, vieron cómo su fortuna alcanzaba su punto álgido en el siglo XVII, cuando los franceses y los ingleses comenzaban a ganar

3.1 El mundo en torno a 1760


IMPERIO RUSO
EURASIA
Moscú
Amsterdam
Estambul
IMPERIO CHINO QING
Beijing
Tianjin
Nanjing
Suzhou
delta del Yangtsé
Guangzhou
delta del R. de las Perlas
COREA
JAPÓN
Océano Pacífico
IMPERIO SAFAVIDA
IMPERIO OTOMANO
EGIPTO
ARABIA
Mar Mediterráneo
Golfo Pérsico
Delhi
Madrás
Calicut
(Manila (Esp.)
Archipiélago Filipinas
Península de Malaca
Malaca
Océano Índico
ÁFRICA ORIENTAL
ÁFRICA OCCIDENTAL
NEPAL
BUTÁN
Delhi
Ganges
IMPERIO MOGOL
BENGALA
GUJARAT (Br.)
Calcuta (Br.)
Bombay
Mar de Arabia
Bahía de Bengala
GOA (Port.)
Madrás
Pondicherry (Fr.)
CALICUT (Br.)

poder. A la larga, sin embargo, los holandeses carecieron de los hombres necesarios para armar un ejército permanente lo bastante grande como para enfrentarse a los franceses, así que acabaron aliándose con los británicos para compensar el poder de los franceses en el continente. Llegado el siglo XVIII, Inglaterra y Francia eran los dos estados más poderosos y competitivos. (Véase el mapa 3.1.)

La guerra de los Siete Años (1756-1763)

Siendo los dos estados europeos más fuertes y prósperos, Inglaterra y Francia no competían únicamente en Europa, sino también en América y Asia. Considerando que el siglo XVIII se extiende de 1689 a 1815, Inglaterra y Francia se enfrentaron en cinco guerras, de las cuales sólo una no fue iniciada por Inglaterra. Su participación junto con otros estados en la guerra de Sucesión española acabó en 1713 con los tratados de Utrecht, que marcó el principio del «equilibrio de poder» en Europa, es decir, que no se debía permitir a ningún país dominar a los otros. Sin embargo, las guerras periódicas entre Inglaterra y Francia continuaron.

Pero la más significativa fue la guerra de los Siete Años, de 1756-1763, que los americanos denominan guerra francesa e india e interpretan en clave de su impacto sobre la guerra de la Independencia de Estados Unidos contra Inglaterra (1776-1783). No cabe duda de que la chispa que hizo saltar la guerra entre Inglaterra y Francia prendió en las colonias americanas, pues la encendió George Washington, entonces un joven de veintidós años.[33] Pero se convirtió en un combate global, quizá la auténtica primera guerra mundial: las tropas inglesas y francesas lucharon en las tierras de las colonias de lo que después sería Estados Unidos y en Canadá, pero también en África, en India y en Europa. El resultado fue desastroso para los franceses: perdieron sus reivindicaciones coloniales en América del Norte (los británicos se quedaron con Canadá) y en In-

dia, de manera que los ingleses consiguieron un mayor poder y una mejor posición en ambas partes del mundo.[34]

Así pues, en 1775, los procesos de construcción de estados en Europa habían llevado a la creación de un sistema definido por la guerra que favorecía un tipo particular de estado cuyo mejor ejemplo son los estados instituidos por Inglaterra y Francia. En lugar de un imperio unificado, el equilibrio de poder entre los estados soberanos se instauró como principio e Inglaterra se alzó como el estado europeo más fuerte, pero eso no significa que fuese el estado más fuerte o más rico del mundo: de hecho, estaba lejos de serlo. Es cierto que a principios del siglo XVIII el poder mogol estaba en franca decadencia en India, donde, como veremos en el siguiente capítulo, los ingleses comenzaron a crear un imperio colonial. Pero los británicos todavía eran demasiado débiles para oponerse a la definición de las reglas del comercio que China imponía en Asia. Cuando lo intentaron, como hicieron en la célebre misión de lord Macartney de 1793, el emperador chino los forzó a una humillante retirada, contra la que los ingleses no pudieron hacer nada. Sin embargo, las islas británicas tuvieron la fortuna de ser el lugar donde comenzó la revolución industrial, que ya estaba ganando impulso cuando Macartney navegaba de vuelta a Londres. Cuando los ingleses se las ingeniaron para aplicar las herramientas y los métodos de producción de la revolución industrial a la guerra, el equilibrio global de poder entre Inglaterra y China se inclinó. Ésa es la historia del siguiente capítulo.

Capítulo 4

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y SUS CONSECUENCIAS, 1750-1850

En 1750, todos y cada uno de los setecientos cincuenta millones de habitantes de la Tierra, con independencia de dónde residieran o del sistema político o económico que tuvieran, vivían y morían ajustados al antiguo régimen biológico. Las necesidades de la vida (alimento, vestido, casa y combustible para calentarse y cocinar) provenían de la tierra, de lo que podía aprovecharse del flujo anual de energía del Sol a la Tierra. También las industrias, como las de textiles, de pieles y de la construcción, dependían de productos de la agricultura o de los bosques. Incluso la fabricación de hierro y acero, por ejemplo, dependían en el antiguo régimen biológico del carbón vegetal que se obtenía a partir de la madera. Por tanto, el antiguo régimen biológico imponía límites no sólo al tamaño de la población humana, sino también a la productividad de la economía.

Todo esto cambiaría en un siglo, de 1750 a 1850, cuando se comenzó a utilizar cada vez más el carbón para producir calor que se recogía después para impulsar un movimiento repetitivo en las máquinas de vapor.[1] El uso del carbón representó un avance extraordinario que sacó a la humanidad del antiguo régimen biológico y la situó en uno nuevo que ya no estaba limitado por los flujos anuales

de energía solar. El carbón es energía solar almacenada hace cientos de millones de años. Su utilización en los motores de vapor liberó a la humanidad de los límites impuestos por el antiguo régimen biológico, permitiendo el crecimiento exponencial productivo y demográfico. La sustitución del viento, el agua y los animales por el vapor generado por la quema de carbón como fuerza para impulsar las máquinas industriales constituye el principio de la revolución industrial,[2] un acontecimiento que para el curso de la historia reviste una importancia comparable a la revolución agrícola. Cómo y por qué ocurrió y qué consecuencias tuvo son cuestiones vitales para la historia del mundo y en ellas centraremos este capítulo.

Para entender la revolución industrial, utilizaremos una vez más la herramienta conceptual de la «coyuntura», es decir, la coincidencia en un determinado momento de desarrollos y procesos históricos por lo demás independientes. En el caso de la revolución industrial, la coyuntura implica la saturación en todo el mundo del potencial de crecimiento del antiguo régimen biológico, la extensión de los conflictos de los estados europeos a todo el mundo, la peculiar naturaleza de las colonias del Nuevo Mundo y la casual localización de yacimientos de carbón en Inglaterra cuya explotación planteó importantes desafíos. En particular, consideraré de qué modo los tejidos de algodón y la necesidad de carbón en Inglaterra contribuyeron a la revolución industrial.

Tejidos de algodón

Suele considerarse que la revolución industrial se inició en Inglaterra en el siglo XVIII con la mecanización del proceso de hilado y tejido del algodón. La máquina de hilar, el marco giratorio movido por el agua y la «mula» de hilar suelen tomarse como pruebas del ingenio británico y, por tanto, contribuyen a la historia eurocéntrica del ascenso de Occidente. El problema es que, si bien es cierto

que Inglaterra fue el primer lugar donde se revolucionó la manufactura del algodón con el uso de máquinas de vapor, cómo y por qué ocurrió así sólo puede entenderse en un contexto global.

A finales del siglo XVII, los ingleses desarrollaron una fuerte afición por los tejidos de algodón indios conocidos como calicós. Como observó un hombre: «De repente vimos a todas nuestras mujeres, ricas y pobres, vestidas con calicós con estampados cuanto más alegres mejor». Otros se quejaban de que «se coló en nuestras casas, en nuestros armarios y dormitorios; cortinas, cojines, sillas y al final incluso las camas no eran más que calicós o tejidos indios. En suma, casi todo lo que solía hacerse de lana o seda que estuviera relacionado con los vestidos de las mujeres o con los muebles de nuestras casas, era suministrado por el comercio indio».[3] Estas observaciones de ingleses de 1700 plantean algunas preguntas interesantes: ¿por qué importaban los ingleses tanto algodón indio?, ¿cómo llegaba hasta allí?, ¿de qué modo lograron crear e industrializar una industria textil del algodón?

La razón de que los ingleses importaran tanto algodón indio hacia 1700 es que era de gran calidad y de precio más bajo que los tejidos producidos en el propio país (en particular, el lino y la lana). El algodón indio era suave al tacto y ligero en verano, aceptaba tintes de colores vivos y, sobre todo, era más barato que cualquier otro tejido manufacturado en Inglaterra. Alrededor de 1700, India era el mayor exportador mundial de tejidos de algodón, que suministraba no sólo para satisfacer la demanda inglesa, sino también en todo el mundo. El sudeste asiático, África occidental y oriental, Oriente Medio y Europa eran los principales mercados de exportación, a los que había que añadir el gran mercado interior de India. No es de extrañar que la demanda de algodón indio en el siglo XVIII fuera «mayor que lo que podían manufacturar todos los tejedores del país» y que India cubriera una cuarta parte de la producción mundial de manufacturas alrededor de 1750.[4]

Como tantas otras cosas que deseaban los europeos y suministraban los asiáticos (al principio artículos de lujo para la élite como

la seda o la porcelana, pero cada vez más productos como el té de China para todo el mercado),[5] los tejidos de algodón se producían bien y con bajos costes en India. Los fabricantes de textil ingleses se centraban en su precio y se quejaban de que con salarios relativamente más altos, los fabricantes ingleses no podían competir. India tenía una ventaja competitiva en el siglo XVIII, pues era capaz de vender en el mercado mundial a un precio inferior prácticamente que cualquier otro productor de textiles. Algunos han creído que la razón de que los tejidos indios fueran baratos era que el nivel de vida era más bajo o que una gran parte de la población ganaba unos salarios miserables, pero todas estas razones han resultado no ser correctas: los trabajadores del textil de la India en el siglo XVIII tenían un nivel de vida tan alto como el de los trabajadores británicos.[6] Por consiguiente, si no era un nivel de vida bajo lo que daba a India su ventaja competitiva, ¿a qué se debía ese bajo precio?

En una palabra: la agricultura. La agricultura india era tan productiva que la cantidad de alimentos producida era enorme y, por tanto, su coste era significativamente más bajo que en Europa. En la era preindustrial, cuando las familias trabajadoras gastaban de un sesenta a un ochenta por ciento de sus ganancias en alimentos, el precio de la comida era el principal determinante de su salario real (es decir, qué se podía comprar con una libra, un dólar, un real o una pagoda). En India, así como en China y Japón, la cantidad de cereal cosechado a partir de una cierta cantidad de semillas era de 20:1 (por ejemplo, veinte fanegas de arroz cosechadas por cada fanega de arroz plantado), mientras que en Inglaterra era, como mucho, de 8:1. La agricultura asiática era, por tanto, más del doble de productiva que la británica —y, por extensión, la europea—, y el alimento, que era el principal componente del coste de la vida, era más barato en Asia. Por consiguiente, aunque en India los salarios nominales quizá fueran más bajos, el poder adquisitivo, que es el salario real, era más alto.

En el antiguo régimen biológico, la agricultura productiva era la ventaja competitiva de la que disfrutaba Asia, incluso en la indus-

tria. La cadena causal era la siguiente: alta producción por hectárea → alimentos baratos → salarios relativamente bajos → ventaja comparativa. En Inglaterra, la cadena causal era la siguiente: baja producción por hectárea → alimentos caros → salarios relativamente altos → desventaja comparativa. La cuestión es, entonces, cómo se las arreglaron los británicos para invertir esa desventaja comparativa.

En parte, como ya hemos visto en el capítulo anterior, lo consiguieron aumentando los aranceles sobre las importaciones a Inglaterra de tejidos indios, es decir, aplicando medidas proteccionistas. Si los ingleses no hubieran decidido aplicar dichas medidas a principios del siglo XVIII, difícilmente habrían logrado ser competitivos frente a los productores indios ni habrían creado una importante industria del textil del algodón propia; pero además los ingleses tenían colonias en América y adquirieron su «joya» en India. Ambas colonias estuvieron íntimamente ligadas a la historia del ascenso de la industria textil del algodón en Inglaterra.

India

Inglaterra apenas tenía un imperio de ultramar en 1650, pero pronto comenzó a constituir uno: se apropió de colonias portuguesas y españolas en las Indias orientales y occidentales (es decir, India y Caribe), compitió con los holandeses en ambas regiones del mundo y luchó contra Francia durante el siglo XVIII. Curiosamente, sin embargo, los responsables de que se ampliara el conflicto entre los estados europeos a todo el mundo no fueron al principio los gobiernos de los estados europeos, sino compañías comerciales privadas, las primeras de las cuales fueron la holandesa Vereenigde Oost-Indische Compagnie (VOC, Compañía de la India Oriental), la inglesa East India Company (EIC, Compañía de las Indias Orientales) y la francesa Compagnie des Indies.

Aunque cada una de ellas se formó en un momento diferente y con una organización ligeramente distinta, todas eran compañías de propiedad privada con licencia de sus gobiernos para ejercer un monopolio en el comercio con Asia, siempre siguiendo las ideas mercantilistas. También se diferenciaban de las simples expediciones comerciales en que el capital de dichas compañías comerciales estaba constituido por un fondo permanente y por acciones que podían comprarse y venderse; en este sentido, las compañías de India Oriental fueron las precursoras de las corporaciones modernas y su éxito en la organización del comercio y la obtención de beneficios hizo que terminaran desempeñando un papel decisivo en la industrialización europea, pero en los siglos XVII y XVIII, su propósito era obtener beneficios del comercio con Asia.

La VOC holandesa, sin embargo, se consideraba a sí misma una extensión de los intereses protestantes de los holandeses —y, por tanto, se mostraba profundamente hostil a los poderes católicos de España y Portugal— y veía una conexión íntima entre comercio y guerra. En un escueto comunicado de 1614 a los miembros del consejo de administración, el gobernador general de la VOC holandesa observaba: «Ustedes, caballeros, deberían saber por experiencia que el comercio en Asia debería conducirse y mantenerse bajo la protección y con la ayuda de nuestras propias armas ... de manera que el comercio no puede mantenerse sin la guerra, ni la guerra sin el comercio».[7] Los holandeses, en efecto, actuaron conforme a esta estrategia durante el siglo XVII y, así, arrebataron Malaca a los portugueses, se hicieron con Java para convertirla en una colonia productora de azúcar e intentaron establecer una colonia en la isla china de Taiwan.

En cambio, la británica EIC estaba más interesada en el comercio y sus beneficios que en la guerra, al menos al principio. Fundada en 1600, durante el siglo siguiente, sus consejeros insistieron en afirmar que «nuestra ocupación es el comercio, no la guerra».[8] Para evitar conflictos, la EIC se centró en el comercio en India allí donde

los estados indios eran débiles y los competidores europeos escasos, especialmente en Bengala y Madrás, pero hacia finales del siglo XVII, la situación comenzó a cambiar cuando los franceses levantaron fortificaciones en lugares cercanos. Y cuando los británicos y los franceses lucharon en Europa, sus fuerzas, por pequeñas que fuesen, se enfrentaron en India; contiendas de las que solían resultar vencedores los franceses gracias a que mejoraron su capacidad bélica después de reclutar a indios como soldados regulares, los llamados *sepoys*. En la década de 1750, la compañía británica EIC comenzó a hacer lo propio y, en vísperas de la guerra de los Siete Años, las dos compañías contaban casi diez mil hombres armados, la mayoría indios, en la costa de India.

Entretanto, el poder político y militar del gran imperio mogol estaba llegando a su ocaso. En sus mejores momentos había sido capaz de movilizar hasta un millón de soldados; tras la muerte de su último gran líder, Aurangzeb, acaecida en 1707, el imperio entró en decadencia y los líderes militares y políticos regionales comenzaron a declararse independientes del dominio mogol. Uno de estos líderes, el nawab de Bengala, tomó el control del puerto comercial británico de Calcuta y exigió un aumento de los pagos de la EIC por el privilegio de comerciar allí.

Los británicos resistieron, enviaron una fuerza de unos dos mil hombres bajo el mando de Robert Clive y, junto con otras fuerzas indias contrarias al nawab de Bengala, derrotaron al ejército de dicho líder, que había recibido ayuda francesa, en la batalla que Plassey, en 1757. Capturaron y ejecutaron al nawab, pusieron en su lugar a un títere más acomodaticio y, en 1765, obtuvieron el derecho a recaudar impuestos (una suma enorme) de Bengala. Entretanto, por supuesto, la guerra de los Siete Años ya había comenzado y las fuerzas británicas y francesas se enfrentaron a lo largo de toda la costa india hasta que los británicos cosecharon una victoria decisiva en Pondicherry en 1760; así arrancó la creación del imperio británico en India y, durante los cincuenta años siguientes, el control

británico se fue extendiendo hasta que el subcontinente entero se convirtió oficialmente en una colonia en 1857. (Véase el mapa 3.1.)

La guerra de los Siete Años o, para ser más precisos, la victoria británica en América y en India, es importante para explicar cómo Inglaterra se convirtió en un productor de tejidos de algodón y dejó de ser importador. Recuérdese que el gobierno británico había prohibido la importación de tejidos indios en 1707 con el propósito de permitir el progreso de su industria nacional de algodón, que en efecto progresó, sobre todo en los alrededores de la ciudad de Manchester. Pero debido a dificultades técnicas en la copia de los métodos indios de teñido y a los mayores salarios y precios, Manchester producía básicamente para el mercado británico, pues en el mercado mundial todavía resultaban más atractivos los tejidos indios comercializados por la EIC. Para poder crecer, la industria inglesa del textil de algodón necesitaba mercados donde exportar sus productos y, gracias al trabajo de los esclavos, la explotación agrícola de las plantaciones y las restricciones mercantilistas al comercio que allí imperaban, encontró un atractivo mercado en crecimiento en el Nuevo Mundo.

El Nuevo Mundo como una periferia peculiar

La agricultura europea en el Nuevo Mundo estuvo orientada desde el principio a la exportación. En todo el Caribe y América del Sur se producía sobre todo azúcar, tabaco y algodón en plantaciones que, dada la escasez de mano de obra como consecuencia de la gran mortandad y la poca disposición de los europeos a emigrar al Nuevo Mundo, se servían de esclavos africanos. A diferencia de los campesinos de India y China o de los siervos de Europa oriental, los esclavos africanos de América no cultivaban su propia comida. Ésta, que consistía principalmente en pescado y cereales, tenía que importarse de las colonias de América del Norte. Como también

había que vestir a los esclavos, se generó una demanda de tejidos de algodón baratos. Otras cantidades adicionales de tejidos indios se vendían en África occidental a cambio de esclavos que luego se vendían en el Caribe. Los productos del Nuevo Mundo —azúcar, tabaco y algodón en rama— se transportaban a Inglaterra.

En cada punto del triángulo comercial del Atlántico, los ingleses obtenían beneficios y, gracias a la legislación colonial, intentaban garantizar que el Nuevo Mundo se mantuviera únicamente como productor de materiales primarios y como consumidor de los productos manufacturados ingleses.[9] Si bien el contrabando o el comercio con el enemigo, ya se tratase de holandeses o franceses, estaba muy extendido, a principios del siglo XVIII, «el comercio colonial se ajustaba tanto al sistema de navegación ... [que] los bienes de contrabando representaban tan sólo una fracción diminuta de todas las cantidades transportadas». Naturalmente, los colonos del Caribe y de América del Norte eran ingleses y también buscaban la manera de obtener beneficios de un sistema que impedía a otras nacionalidades, especialmente a los holandeses y los franceses, sacar bocado del comercio colonial británico.[10]

Este triángulo comercial, concretamente el vínculo entre el comercio de esclavos y el de tejidos, alimentó el crecimiento de las compañías británicas de transporte marítimo y convirtió Manchester en el centro de la manufactura de tejidos de algodón. El algodón en rama, que se importaba principalmente del imperio otomano y de las colonias británicas en el Caribe, hacia la década de 1780 se hilaba en modernas «fábricas» que utilizaban la fuerza del agua y empleaban a cientos de trabajadores en un mismo lugar. A medida que los fabricantes de Manchester fueron siendo más competentes y los precios de sus tejidos bajaron, comenzaron a exportar incluso a África, sobre todo cuando los tejidos indios se encarecieron. El verdadero auge de la producción textil de algodón británico se produjo después de la guerra de la Independencia de Estados Unidos de 1793, cuando la invención de la máquina desmotadora de algo-

dón por Eli Whitney permitió utilizar algodón americano de fibra corta, que era mucho más barato. Cuando otra serie de innovaciones derivadas, como veremos a continuación, de la aplicación de la máquina de vapor mecanizaron los procesos de hilado y tejido de 1815 a 1840, la productividad de las fábricas textiles de Manchester aumentó una vez más, lo que dio como resultado precios más bajos y la capacidad de competir con los tejidos indios y desplazarlos en el mercado mundial.

Cuando ocurrió esto, los ingleses se convirtieron en defensores del «libre mercado» y abandonaron la teoría y la práctica mercantilista, como los aranceles sobre las importaciones. De hecho, el «libre comercio» se convirtió en el mantra ideológico de la poderosa Inglaterra imperial del siglo XIX. El mercantilismo, al menos como se aplicaba en el mundo atlántico, había muerto con la victoria de los americanos en su guerra de Independencia contra Inglaterra. Para los ingleses, sus antiguos súbditos y colonos americanos se convirtieron en «extranjeros, sujetos a todas las disposiciones de las leyes de navegación»[11] que restringían la importación de algodón en rama. Como esta situación podía llegar a sofocar la industria textil británica, se sucedieron numerosas peticiones de «libre comercio». El libre comercio con los recién creados Estados Unidos después de 1783 puso en evidencia la falacia del argumento de que las manufacturas británicas pudieran crecer sólo manteniendo el monopolio sobre los mercados coloniales, así que las plantaciones de algodón de América del Sur trabajadas por esclavos africanos y sus descendientes se convirtieron en el principal proveedor de algodón en rama de las fábricas de Manchester.

Aunque esta historia del aumento de la competitividad global de la industria británica del algodón parezca eurocéntrica, no lo es, pues el éxito británico fue contingente a varios procesos mundiales que quedaban fuera de su control. En primer lugar, los británicos estaban en clara desventaja competitiva respecto a los productores indios y habrían seguido estándolo de no haber sido por varias coin-

cidencias. Por una parte, la Revolución Gloriosa de 1688-1689 aupó al poder a un gobierno dispuesto a utilizar la autoridad del estado para proteger a sus fabricantes y, por otra parte, el Nuevo Mundo se desarrolló como una periferia peculiar que, debido al accidente de la gran mortandad y la legislación colonial, proporcionó un mercado para los bienes manufacturados ingleses. En segundo lugar, los ingleses tuvieron la suerte de desarrollar una máquina de vapor alimentada por carbón que revolucionó la industria textil del algodón haciéndola más productiva, de manera que sus productos se abarataron y pudieron competir con los tejidos indios no sólo en África sino también, curiosamente, en la propia India. Pero antes de entrar en esa parte de nuestro relato, conviene que examinemos primero las innovaciones en las máquinas de carbón y vapor.

Nuevas fuentes de energía y potencia

Hasta aproximadamente 1800, la historia de los tejidos de algodón se desarrolla, en término generales, dentro del antiguo régimen biológico: todo el proceso dependía de los flujos anuales de energía solar y de que los seres humanos supieran servirse de ella. Aunque las primeras «fábricas» inglesas habían comenzado a utilizar energía generada por el agua, esta tecnología sólo podía incrementar la producción textil hasta un determinado límite. De hecho, hay razones para pensar que dentro del antiguo régimen biológico la producción de tejidos de algodón habría conducido a un callejón sin salida económico en lugar de llevar a una revolución industrial. El carbón, la máquina de vapor y la producción de hierro y acero permitieron a Inglaterra liberarse de los límites impuestos por el antiguo régimen biológico e iniciar la revolución industrial. Para ver cómo y por qué, antes de analizar el caso de Inglaterra, necesitamos examinar más de cerca las economías más avanzadas del antiguo régimen biológico, y comenzaremos con China. Advertiremos que

todas las economías del antiguo régimen biológico comenzaron a topar con graves límites ecológicos que les habrían impedido desarrollar una revolución industrial. De no haber sido por unas pocas casualidades y una vasta coyuntura global, quizá todavía hoy viviríamos en el antiguo régimen biológico.

China

Dos de las explicaciones preferidas de la revolución industrial en Europa se centran en la dinámica de la población y el crecimiento de los mercados libres. Gracias a diversas técnicas y prácticas, en concreto los matrimonios tardíos, las familias europeas pudieron mantener familias de tamaño menor del que de manera «natural» habría sido posible. Un tamaño de familia menor significaba una población menor en conjunto y un mayor excedente en manos de las familias, que podían invertirlo en mejorar su productividad agrícola o industrial. De acuerdo con esta argumentación, la llamada «revolución industriosa» —menos personas que trabajaran más para hacer crecer las inversiones hechas gracias a sus excedentes— habría evolucionado de manera inexorable hacia una revolución industrial.[12]

El relato de la industrialización basada en el mercado sugiere que el establecimiento y el crecimiento de mercados de bienes, tierras, fuerzas de trabajo y capital en Europa permitió a los productores europeos ser mucho más eficientes y, por consiguiente, acumular capital suficiente para invertirlo en mejorar la productividad agrícola e industrial. Necesario también para el éxito de los mercados era un estado que protegiera o, por lo menos, respetara los derechos de la propiedad privada. Esta combinación, siempre según la versión eurocéntrica de los orígenes del mundo moderno, habría evolucionado de manera más o menos natural hacia una revolución industrial.

Por supuesto, las explicaciones de la industrialización basadas en la población y en los mercados no son incompatibles y muchos historiadores las han combinado para explicar por qué los europeos tuvieron una capacidad única para iniciar una revolución industrial. Como prueba, suelen destacar China como contraejemplo. China, afirman, con «régimen democrático preindustrial» y sin límites a las tasas de natalidad vivió un crecimiento demográfico tan elevado que la sola supervivencia de la población impidió la creación de excedentes y, por tanto, hizo imposibles las inversiones necesarias para que se diera una revolución industrial.[13] De modo parecido, afirman que el régimen chino era «déspota»: el estado se inmiscuía en los asuntos privados, los derechos de la propiedad no se respetaban y, en consecuencia, los mercados no podían funcionar de manera eficiente. Así, concluyen, no había posibilidad alguna de revolución industrial.

Estas suposiciones sobre lo que «no fue bien» en China sólo tienen un problema: son incorrectas. Como demostraré a continuación, las familias chinas también disponían de numerosas maneras, aunque diferentes de las usadas por los europeos, para limitar su tamaño, de manera que la población china podía mantenerse por encima de los niveles de subsistencia. Además, no sólo existían mercados chinos de todo tipo, sino que posiblemente funcionasen mejor y con mayor eficiencia que los mercados de Europa. Si estas dos afirmaciones son ciertas para China, su valor como «explicaciones» de por qué la revolución industrial se produjo en Europa es cuestionable. Para entender por qué, tenemos que examinar más de cerca el caso de China.

Como ya se ha comentado en este capítulo, la agricultura en China (así como en Japón y muchas otras partes de Asia) era muy productiva, con cosechas de veinte fanegas de arroz por fanega plantada. El arroz tiene una capacidad única de obtener sus nutrientes no directamente el suelo, sino del agua —por eso se cultiva en arrozales anegados—, de manera que no es preciso dejar la tierra en

barbecho, como era costumbre en Europa, para recuperar su fertilidad. Además, los agricultores chinos habían aprendido a preparar el suelo, a regarlo, a fertilizarlo y a controlar las plagas de insectos a fin de maximizar las cosechas. Por último, los agricultores de la zona meridional de China podían obtener dos y en ocasiones tres cosechas consecutivas en un año en la misma parcela de tierra, causa de gran asombro en los viajeros europeos de principios del siglo XVIII. «Mediante qué arte puede la tierra producir subsistencia para tal cantidad [de personas]», se preguntaba el francés Pierre Poivre en la década de 1720.

> ¿Poseen los chinos algún arte secreto para multiplicar el grano y las provisiones necesarias para alimentar a la humanidad? Para resolver mis dudas crucé los campos y me presenté a los trabajadores, en general amables, educados y buenos conocedores de su mundo. Los examino y sigo en todas sus operaciones y observo que su secreto consiste sencillamente en estercolar sus campos de manera juiciosa, en arar los hasta una profundidad considerable, en sembrarlos en la estación adecuada, en sacar provecho de cualquier pulgada de tierra que pueda producir una cosecha considerable y en preferir a cualquier otra especie de cultivo los cereales, con mucho los más importantes.[14]

Una agricultura con una productividad tan impresionante permitió que la población creciera de los ciento cuarenta millones de habitantes que tenía en 1650, a doscientos veinticinco millones en 1750 y entre trescientos ochenta y cuatrocientos millones en 1850. Semejantes cifras hicieron creer a los observadores europeos, especialmente a Adam Smith y Thomas Malthus, cuyas ideas sobre los mercados y la población tanto han influido en la visión eurocéntrica del mundo moderno, que los chinos sencillamente no podían controlar el crecimiento de su población. Malthus afirmaba que poblaciones como la china, incapaces de controlar su crecimiento, acabarían sobrepasando la capacidad de la tierra para sustentarlas hasta

que algún control «negativo» de la población, fueran hambrunas o guerras, redujera su tamaño. Malthus también consideraba que los europeos evitaban ese destino mediante controles «preventivos» del crecimiento de la población.

Si bien Malthus acertaba sobre los europeos, se equivocaba respecto a los chinos. La realidad es que podían controlar y controlaban su natalidad, aunque mediante técnicas bastante diferentes de las utilizadas por los europeos. Aunque casi todas las mujeres chinas se casaban, y además se casaban jóvenes, las familias chinas habían desarrollado muchos métodos para controlar el número de hijos que deseaban. La abstinencia de mantener relaciones sexuales, especialmente durante los primeros años de matrimonio, era el mecanismo más generalizado, cuyo éxito se aseguraba haciendo que las parejas casadas vivieran con sus padres. El infanticidio —principalmente de niñas—, que constituía otro medio para limitar el tamaño de la familia, daba lugar a una población con un porcentaje sexual desequilibrado y, habiendo más hombres que mujeres, muchos hombres pobres se veían empujados al celibato. Así resumen James Lee y Wang Feng el sistema demográfico chino:

> A diferencia del sistema europeo, en el que el matrimonio era el único control voluntario sobre el crecimiento de la población, el sistema demográfico chino disponía de múltiples controles conscientes y era, por tanto, mucho más complejo y calculador de lo que Malthus o sus sucesores creían. En consecuencia ... la población nunca llevó a la economía a rozar siquiera los niveles de subsistencia.[15]

Con todo, la productividad de la agricultura y la capacidad de la economía china para producir alimentos más que suficientes para su población hicieron que ésta creciera y que, como ya se ha mencionado, lo hiciera con gran rapidez de 1750 a 1850.[16] En las zonas de gran densidad de población del delta del río de las Perlas, en el sur de China, a lo largo de la costa sureste, y en el delta del río

Yangtzé, las poblaciones alcanzaron tal tamaño que sus habitantes comenzaron a migrar hacia áreas menos pobladas. En ocasiones, esas regiones gozaban de un suelo excepcionalmente fértil que podían explotar en cuanto se roturaran las tierras —son los casos de Hunan, aguas arriba de Shanghai por el río Yangtzé, y del valle del río Hongshui, en la provincia de Guangxi—, pero en otros casos los suelos eran más marginales y menos fértiles, como en la tierras altas de Jiangxi en el margen meridional del río Yangtzé.[17]

La roturación de nuevas tierras no tan fértiles ni productivas como las tierras de las poblaciones de mayor densidad demográfica para destinarlas a la agricultura, especialmente alrededor de 1800, indica que se estaban alcanzando los límites del crecimiento impuestos por el antiguo régimen biológico. Ello no significa que una catástrofe malthusiana fuera inminente, pues los chinos ejercían un gran control sobre su capacidad reproductora, sino que las buenas tierras agrícolas comenzaban a escasear. La razón es que las cuatro necesidades de la vida (alimento, vestido, casa y combustible) provenían de la tierra y, por tanto, competían entre sí. Deforestar la tierra para aumentar la producción de alimentos reducía la cantidad de leña disponible como combustible, ya fuera para cocinar, para calentar las casas o para fabricar carbón vegetal para fines industriales. Cambiar el cultivo del algodón a la producción de arroz también sometía a presión el suministro de materias primas para vestidos, mientras que el caso contrario, la sustitución de arrozales por campos de algodón, reducía la cantidad de alimentos disponibles. Sencillamente, alcanzados los límites del antiguo régimen biológico, apenas restaba espacio de maniobra, como ocurrió a finales del siglo XVIII en China y, como veremos, también en Inglaterra.

No es sólo que satisfacer las necesidades de una población con un crecimiento sostenido significara una mayor presión sobre la tierra y la reducción de otros productos a expensas de la producción de alimentos, sino que para que la producción de alimentos siguiera aumentando al mismo tiempo que se mantenían los suministros

para vestidos, casas y combustible, era necesario invertir en la agricultura una fuerza de trabajo y un capital cada vez mayores sólo para satisfacer las crecientes demandas. Por ejemplo, deforestar tierras era caro, al igual que construir las estructuras necesarias para el regadío o para terrazas de cultivo en colinas, todo lo cual contribuyó a aumentar la productividad de la agricultura china durante los siglos XVIII y XIX. Asignar más fuerzas de trabajo también podría aumentar la producción y así lo hicieron las familias campesinas de China: por ejemplo, plantaron el arroz en semilleros para luego trasplantar los plantones y purgaron a mano los insectos de las plantas, a fin de aumentar la producción agrícola y sostener el crecimiento de la población.

Los mercados

Otro de los mecanismos que explican que la economía china pudiera aumentar sus niveles globales de producción y productividad fue el uso de los mercados, especialmente de bienes agrícolas. Leyendo hacia atrás a partir de la revolución industrial para encontrar las razones que expliquen por qué se produjo allí primero, solía creerse que los mercados se habían desarrollado primero y mejor en Europa, pero durante los últimos veinte años los historiadores de China han demostrado hasta qué punto los mercados chinos de los siglos XVIII y XIX estaban desarrollados y eran eficientes. Los campesinos de los deltas de los ríos de las Perlas y Yangtzé, por ejemplo, se especializaron en la sericultura: criaban los gusanos de seda, plantaban y cuidaban las moreras de las que se alimentaban las orugas, hervían las pupas para obtener los hilos de seda y luego hilaban, tejían y teñían la seda. Otras zonas podían especializarse en algodón, caña de azúcar u otros cultivos no destinados a la alimentación.

Tal especialización implicaba que los campesinos tenían que obtener sus alimentos de otras fuentes, por regla general de otras

zonas río arriba especializadas en el cultivo del arroz, un producto fácil de transportar con ayuda de barcas hasta las regiones más densamente pobladas. Ingentes inversiones en canales, tanto privadas como estatales, ampliaron y mejoraron enormemente el sistema de transporte fluvial en China, que conectaron Tianjin, en el norte, con Guangdong, en el sur. Un sistema eficiente de transporte mediante canales facilitaba el movimiento de grano por todo el imperio chino, potenciaba el crecimiento de los mercados y proporcionaba los cimientos materiales para mantener algunas de las ciudades más populosas de la Tierra.

Al principio, el estado chino intervino en los mercados de alimentos de forma bastante regular para garantizar que tanto los productores rurales como los consumidores urbanos dispusieran de un suministro de alimentos adecuado,[18] pero a mediados del siglo XVIII el estado chino se mostró cada vez más dispuesto a permitir que los mercados y los comerciantes gestionaran el movimiento de grano a grandes distancias, de más de un millar de kilómetros, desde los lugares de producción hasta los lugares de consumo. Los niveles de estos mercados dejan patente que eran más eficientes que los mercados coetáneos de Francia, Inglaterra o Estados Unidos.[19] Además, los mercados chinos de tierra, mano de obra y capital también funcionaban bien y, en algunos aspectos, de manera más eficiente que los correspondientes mercados europeos.[20]

En suma, se mida por los niveles de producción agrícola, la sofisticación de sus manufacturas y mercados o por sus niveles de consumo, la China del siglo XVIII estaba tan «desarrollada» como cualquier otra parte desarrollada del mundo. Las familias chinas regulaban su tamaño y respondían a las distintas oportunidades económicas —reducían el número de hijos cuando las oportunidades eran desfavorables a fin de mantener los niveles de consumo por encima de los niveles de subsistencia—; la especialización de las funciones dio origen a mercados y a una economía altamente comercializada; y un extenso sistema de transporte fluvial y por cana-

les permitió el movimiento eficiente de personas y bienes por todo el imperio.

Sin embargo, la tan desarrollada economía de mercado de China no llevó a avances revolucionarios en la industria. Al contrario, muchos indicadores señalan que durante el siglo XIX China estaba tropezando con los límites ecológicos impuestos por el antiguo régimen biológico. En diversas zonas, escaseó el combustible a principios del siglo XVIII y las familias campesinas tuvieron que utilizar paja del arroz y broza en lugar de leña para calentarse y cocinar. Además, algunos intercambios comerciales entre las regiones de gran densidad de población y las zonas en desarrollo de la periferia también ayudaron a frenar el crecimiento económico chino.

Una de las ventajas de los mercados y de una buena red de transporte es que permite que unas zonas se especialicen en aquello que sus recursos naturales hacen más rentable e intercambien ese producto con otras zonas, de manera que ambas pueden ser más productivas y pueden aumentar los ingresos de todos. Al menos ésa es la teoría y, hasta cierto punto, así es como funcionó en China. Sin embargo, los intercambios comenzaron a venirse abajo con respecto al intercambio de algodón en rama de las regiones productoras de algodón y de bienes manufacturados, concretamente tejidos de algodón, de las regiones altamente desarrolladas de los deltas del Yangtzé y del río de las Perlas.

En toda China las familias rurales eran libres de decidir qué y cuánto cultivaban y cómo distribuían la fuerza de trabajo familiar en su explotación. En este sentido, diferían marcadamente de los esclavos africanos del Nuevo Mundo o de los siervos de Europa oriental, pues en estos dos últimos casos su libertad estaba limitada y sus propietarios o sus capataces tomaban las decisiones relativas a la producción. Los chinos que habían migrado a regiones más periféricas, al igual que sus homólogos de las zonas más desarrolladas, eran libres para tomar sus propias decisiones. Y, cada vez más, decidieron que lo mejor para sus intereses era hilar y tejer sus pro-

pias telas de algodón, para su propio uso y para intercambios locales, en lugar de centrarse únicamente en el arroz o el algodón en rama e importar los bienes manufacturados. En efecto, grandes zonas de la China rural experimentaron un proceso de «sustitución de importaciones» mediante la producción de sus propios textiles. No sólo redujeron la cantidad de algodón en rama que vendían a los centros de producción textil, sino que además aumentaron el área destinada a algodón y, por contra, redujeron la cantidad de arroz que destinaban a la exportación.[21]

Así pues, la libertad de las familias campesinas chinas quizá estimulara lo que podría llamarse «protoindustrialización autosuficiente» en las zonas periféricas, pero al mismo tiempo ese proceso limitó el crecimiento de una industria textil del algodón en las regiones más desarrolladas de China. A la disposición de las familias campesinas de las zonas periféricas a hilar y tejer sus propios textiles quizá contribuyera la antigua norma de que «los hombre aran y las mujeres tejen». No es sólo que «las mujeres tejen», sino que tejen en casa. Las familias chinas valoraban mucho que las mujeres y las hijas se quedaran en casa tejiendo en lugar de salir a trabajar en una fábrica, como hacían las mujeres inglesas y las japonesas.[22] Paradójicamente, la libertad de los productores de las regiones periféricas y desarrolladas de China, en comparación con la limitada libertad de los esclavos y los siervos del sistema europeo, limitó la capacidad de China para continuar desarrollando una industria textil en sus regiones más desarrolladas.

En resumen, China tenía una economía de mercado muy desarrollada ajustada a las restricciones del antiguo régimen biológico, pero ese sistema imponía límites ecológicos al crecimiento; y la libertad de los campesinos chinos, junto con las prácticas que regían la división sexual del trabajo, se combinaron para que China acabara tropezándose con los límites del crecimiento a mediados del siglo XVIII. Alimento, vestido, casa y combustible compitieron entonces por la tierra y, para obtener más de ella, los chinos destinaron

cada vez más fuerza de trabajo a la agricultura. La dinámica de la especialización, el aumento de los intercambios comerciales y las mejoras del transporte en el contexto del antiguo régimen biológico, además de las particularidades de su situación, empujaron a China a una agricultura cada vez más necesitada de fuerza de trabajo en lugar de llevarla a una revolución industrial.

De nuevo Inglaterra

Por sorprendente que parezca, Inglaterra y otras partes de Europa podían haber seguido un destino parecido al chino intesificando la fuerza de trabajo. Sin embargo, Inglaterra experimentó una revolución industrial que cambió todo, no sólo en Inglaterra, sino mundialmente. Parte de la razón es que Inglaterra tenía una «peculiar» periferia en el Nuevo Mundo: la esclavitud, la legislación colonial mercantilista y, más tarde, la expansión de las plantaciones de algodón a América del Sur después de que la independencia abriera un enorme mercado para los tejidos de algodón ingleses, estimulando y sustentando de este modo el crecimiento de la industria textil del algodón de Manchester. Paradójicamente, la mayor libertad de las familias campesinas chinas en las regiones periféricas de China significaba que podían elegir no importar los tejidos de algodón desde los centros de industria textil y producirlos ellas mismas. La esclavitud en el Nuevo Mundo no sólo mantenía elevada la demanda de tejidos de algodón de Inglaterra, sino que también suministraba el algodón en rama a bajo precio. Además, las guerras que mantenían Inglaterra y Francia de 1689 a 1815 «prácticamente eliminaron a todos los rivales del mundo no europeo con la excepción, hasta cierto punto, de un joven Estados Unidos».[23]

Las colonias británicas y los textiles iban de la mano. Hacia 1840, Inglaterra exportaba unos ciento ochenta millones de metros de tejidos de algodón a otros países europeos y 481 millones de me-

tros a Asia, África y América (incluido Estados Unidos). Entre 1820 y 1840, se cambiaron las tornas en la relación de Inglaterra con los tejidos de algodón indios. Mientras que a principios del siglo XVIII Inglaterra había importado de la India tantos tejidos de algodón que su gobierno había decidido prohibir su importación, en el siglo XIX Inglaterra comenzó a exportar tejidos de algodón a su nueva posesión colonial: sólo diez millones de metros en 1820, pero ya ciento treinta millones en 1840. Con todo ello, la gran industria textil del algodón de India decayó, provocando lo que algunos historiadores han denominado «la desindustrialización de India».[24]

Carbón, hierro y vapor

A pesar del impresionante crecimiento de la industria textil del algodón en Inglaterra, un destacado historiador británico cuestiona que los textiles hubieran bastado para desencadenar una revolución industrial. Es cierto que la industria textil del algodón representó prácticamente todo el crecimiento económico de Inglaterra hasta la década de 1830. Los tejidos de algodón también fueron responsables de la aparición de una nueva clase de trabajadores industriales urbanos y creó las «fábricas» y las terribles injusticias que Charles Dickens plasma en sus novelas, pero todo ello no habría bastado para transformar la economía británica de una economía atrapada en el antiguo régimen biológico en otra libre de esas restricciones; para que eso ocurriera se necesitaba una nueva fuente de energía y trabajo: el vapor obtenido mediante la quema de carbón.[25]

A diferencia de la historia de la evolución de los tejidos de algodón, la historia del desarrollo de la industria del carbón y del vapor es propia de Inglaterra y demuestra lo cercana que estuvo de seguir los pasos de China hacia una agricultura basada en mucha mano de obra. Igual que ocurría en China, el crecimiento de la población y el desarrollo de la agricultura comenzaban a forzar la disponibilidad

de tierra. De hecho, hacia 1600, buena parte del sur de Inglaterra había sido deforestada, en su mayoría para satisfacer las necesidades de crecimiento de la ciudad de Londres, ávida de combustible para calentarse y cocinar.

Por fortuna para los ingleses, encontraron venas de carbón lo bastante cerca de la superficie y lo bastante cerca de Londres como para que se generara una demanda de carbón y se creara una industria del carbón. Hacia 1800, Inglaterra producía diez millones de toneladas de carbón, un noventa por ciento de la producción mundial, que destinaban casi en su totalidad a las casas y chimeneas londinenses. A medida que se iban agotando los depósitos más superficiales, había que hacer pozos cada vez más profundos, pero cuanto más se bajaba en busca de carbón, más probable era que las aguas subterráneas se filtraran por las paredes de los pozos y terminaran inundados. Los ingenieros de minas se enfrentaron al problema tratando de idear la manera de extraer el agua de las minas.

Finalmente se sirvieron de un dispositivo que utilizaba vapor para empujar un pistón. Las primeras versiones de esta máquina —desarrollada primero por Thomas Newcomen en 1712 y enormemente mejorada por James Watt en la década de 1760— eran tan poco eficientes que el coste del combustible las hacían inútiles salvo para que, en las bocaminas, el carbón fuera de facilísima extracción. Así, las minas usaban los ineficientes motores de vapor de Newcomen y, más tarde, de Watt. Entre 1712 y 1800 se construyeron unas dos mil quinientas unidades de esta máquina, casi todas destinadas a las minas de carbón, pero tampoco así se explica la revolución industrial, pues la demanda de carbón y, en consecuencia, de motores de vapor, era bastante limitada hasta que se ingeniaron nuevas aplicaciones. Entre dichas aplicaciones, la más destacada fue la utilización del motor de vapor no sólo para extraer agua de las minas de carbón, sino también para mover vehículos por tierra.

El avance decisivo se produjo con la construcción del primer ferrocarril con máquina de vapor. Además de tener que buscar el car-

bón a una profundidad cada vez mayor, los mineros también tenían que alejarse cada vez más de Londres para encontrar nuevos depósitos, lo que suponía un coste elevado de transporte por tierra desde la bocamina hasta la costa. Si bien ya se utilizaban motores de vapor para extraer el carbón de las minas y para impulsar tranvías a cortas distancias, fue en una mina de Durham, en el norte de Inglaterra, donde se hizo realidad en 1825 la idea de poner una máquina de vapor en el vagón de un tranvía y moverlo sobre raíles de hierro en una línea de once kilómetros que unía la mina directamente con la costa. Había nacido el primer ferrocarril.

Mientras que en 1830 no había más que unas cuantas docenas de kilómetros de vía en Inglaterra, en 1840 ya había más de siete mil y, en 1850, más de treinta y seis mil. El prodigio de la mina de carbón fue que el ferrocarril estimulara la demanda de más carbón, más motores de vapor y más hierro y acero: cada kilómetro de ferrocarril utilizaba unas doscientas toneladas de hierro sólo para los raíles. Entre 1830 y 1850, la producción de hierro en Inglaterra aumentó de seiscientas ochenta mil a dos millones doscientas cincuenta mil toneladas.[26]

Los motores de vapor también transformaron la industria textil, pues lograron que aumentara enormemente su producción. El hilado fue el primer proceso que se «industrializó» usando la fuerza del agua; en 1790, la «mula» de Samuel Crompton se adaptó a la máquina de vapor y se obtuvo así una producción de hilo cien veces mayor que la obtenida por un trabajador con una torna de hilar manual como las que todavía se utilizaban en India y China. Era tanto el hilo que se producía que los tejedores no daban abasto, lo que estimuló innovaciones también en esa parte de la industria, entre ellas el uso del vapor para impulsar los telares, hasta el punto de que en la década 1820 apenas quedaban tejedores manuales. Tan grande era la industria textil británica que de los doce millones de hombres, mujeres y niños que vivían en Inglaterra en 1870, medio millón, la mayoría mujeres y niños, estaban empleados en las fábricas de textil.

Recapitulación: sin colonias ni carbón

La revolución industrial suele presentarse como la historia de la invención y el uso de maquinaria que ahorraba mano de obra y aumentaba de manera tan drástica la capacidad de las personas para producir que empujaba a una creciente productividad, a un aumento de riqueza en la sociedad considerada en su conjunto y a mejores niveles de vida. Hasta cierto punto así fue, sobre todo cuando pensamos en la industria textil del algodón. Los productores ingleses, enfrentados a la competencia de los productos indios de bajo precio y los salarios relativamente elevados de su fuerza de trabajo, tuvieron que buscar la manera de reducir los costes de producción y para ello se volcaron en la mecanización.[27] Sin embargo, sin la fuerza de trabajo proporcionada por el vapor, ese proceso se podría haber acabado en el momento en que Inglaterra agotara los lugares donde situar las fábricas textiles impulsadas por el agua. Sin carbón ni vapor, los textiles no habrían logrado transformar la economía inglesa de una economía limitada por las restricciones del antiguo régimen biológico a otra economía libre de ellas gracias a las nuevas fuentes de energía. Si una imagen puede representar la «revolución industrial», sin duda es la escena de las chimeneas coronando una fábrica.

Tal como sostiene Kenneth Pomeranz en *The Great Transformation*, se debe pensar en la revolución industrial como un proceso que avanzó encontrando mecanismos para ahorrar *tierras*. Y es que en todo el Viejo Mundo, desde China en Oriente hasta Inglaterra en Occidente, la escasez de tierras para producir las necesidades vitales comenzaba a limitar el crecimiento, así que difícilmente permitiría el salto a otro tipo de futuro económico. Cuando se comprenden los límites ecológicos impuestos por el antiguo régimen biológico, se abre una nueva ventana a la explicación de cómo y por qué la revolución industrial se produjo primero en Inglaterra.

El vapor se podría haber producido igualmente quemando madera o carbón vegetal, pero para ello habrían sido necesarias gran-

des extensiones de bosque y, a mediados del siglo XVIII, los bosques no cubrían más allá del cinco al diez por ciento de la superficie de Inglaterra. Aun en las mejores circunstancias, el uso de carbón vegetal para producir hierro en 1815 no habría arrojado más que unas cien mil toneladas, una cifra muy alejada de las cuatrocientas mil toneladas que en realidad se produjeron y de los millones de toneladas que pronto se necesitarían para el funcionamiento de los ferrocarriles. Se habrían necesitado decenas de millones de hectáreas adicionales de bosque para seguir produciendo hierro y acero.[28] Eso quizá habría sido factible, pero revertir tierras agrícolas a bosques habría acarreado otras consecuencias funestas. Así pues, sin carbón y sin el accidente histórico de que era fácil de encontrar y transportar en Inglaterra, la producción de vapor, hierro y acero habría quedado gravemente limitada.

De modo parecido, las colonias de Inglaterra en el Nuevo Mundo le proporcionaron «hectáreas fantasma» adicionales fuera de sus fronteras que hicieron posible la primera parte de la historia de la industrialización, la historia de los textiles de algodón. Para alimentar las fábricas textiles, Inglaterra importaba a principios del siglo XVIII cientos de miles de kilos de algodón en rama del Nuevo Mundo, la mayoría desde sus antiguas colonias en los recién nacidos Estados Unidos, pero también desde sus posesiones en el Caribe. Si los ingleses se hubiesen visto forzados a seguir vistiéndose con telas de lana, lino o cáñamo producidos dentro de sus propias fronteras, habrían requerido más de ocho millones de hectáreas. De igual modo, las importaciones de azúcar a Inglaterra desde sus colonias proporcionaron una cantidad considerable de calorías a su población trabajadora, que de otra manera también habría requerido más millones de hectáreas.[29] El mensaje esencial es el siguiente: sin carbón ni colonias, la dinámica del antiguo régimen biológico habría forzado a los ingleses a dedicar cada vez más tierras y más trabajo a la producción de alimentos, restringiendo todavía más los recursos disponibles para la producción industrial y acabando con cualquier

esperanza de una revolución industrial, como ocurrió en China en el siglo XIX.

Ciencia y tecnología

Las explicaciones eurocéntricas de la revolución industrial suelen invocar la «revolución científica», ese inmensamente interesante y al cabo muy importante proceso iniciado en siglo XVI cuando algunos europeos comenzaron a pensar en la naturaleza como una entidad separada que podía entenderse y modelarse matemáticamente. Aunque es cierto que la ciencia se ha convertido en parte integral del mundo y viene desempeñando un papel principal, especialmente desde finales del siglo XIX, en el desarrollo de nuevas industrias,[30] no hay indicios firmes que vinculen la ciencia europea a los inicios de la revolución industrial o a las tecnologías que la alimentaron. La razones son varias.[31]

Comencemos por definir la ciencia como la empresa intelectual de comprender el universo natural, y la tecnología como los medios mediante los cuales los seres humanos logran dominar procesos naturales para sus propios fines productivos o reproductivos. Mientras se creyó que la revolución industrial había sido espoleada por la búsqueda de dispositivos que ahorraran fuerza de trabajo, tenía sentido ver el desarrollo de tecnología como un factor decisivo, pero, como hemos discutido más arriba, la escasez crítica no era de fuerza de trabajo sino de tierra, y el carbón y las colonias aliviaron dicha escasez y permitieron que Inglaterra se industrializase primero. De hecho, los principios de la tecnología utilizados en la revolución industrial eran bien conocidos en China; lo que explica su desarrollo en Inglaterra y no en China, como hemos sugerido anteriormente, son las peculiares circunstancias de Inglaterra que hicieron que el combustible para los primeros y muy ineficientes motores de vapor apenas costase nada. China no tuvo la misma suerte.

Aun cuando concedamos a las nuevas tecnologías, concretamente a las máquinas de vapor y la tecnología del hierro y, más tarde, del acero, un papel importante en la revolución industrial, no parece que los mecánicos y técnicos que desarrollaron aquellas máquinas fuesen «científicos» o siquiera tuviesen algún tipo de formación científica. De hecho, la ciencia de los siglos XVII y XVIII había sido útil sobre todo como arma política utilizada contra los dos pilares del antiguo régimen en Europa, la monarquía y la Iglesia católica. Por último, no hay razones para pensar que la «ciencia» fuese específica o únicamente europea; en realidad, las ideas científicas fluían por todo el continente eurasiático, sobre todo entre China y Persia, y el Renacimiento europeo avanzó en gran parte gracias al descubrimiento de textos clásicos griegos conservados en las bibliotecas musulmanas.[32]

Así pues, la industrialización de Inglaterra fue un proceso contingente a toda una serie de factores, pero la revolución científica no fue uno de ellos. En el Nuevo Mundo, la gran mortandad provocó una demanda de fuerza de trabajo que finalmente se satisfizo con la importación de esclavos africanos, lo que creó de paso una peculiar institución y una peculiar periferia que producía bienes agrícolas para la exportación (especialmente azúcar y algodón) pero necesitaba importar ropa y alimentos. En Europa, el fracaso de los españoles en su intento de crear un imperio continental en el siglo XVI condujo a un sistema de estados marcado por conflictos, competencias y guerras entre estados de las que resultaron vencedores y vencidos: Inglaterra y Francia se alzaron en el siglo XVIII como las principales fuerzas. En Inglaterra, la deforestación para calentar la cada vez mayor ciudad de Londres produjo una demanda de carbón que los accidentes de su geografía hacían muy accesible. En Asia, el declive del imperio mogol a principios del siglo XVIII permitió a las compañías de indias de ingleses, holandeses y franceses competir por el acceso a los productos asiáticos y la victoria de los ingleses en la guerra de los Siete Años condujo a la exclusión de Francia

tanto del Nuevo Mundo como de Asia. Por último, la demanda de plata en China y el fortuito abastecimiento de plata en el Nuevo Mundo proporcionaron a los europeos los medios para comprar especias y bienes industriales producidos en Asia. Para concluir este capítulo, retomaremos la historia de China.

Té, plata, opio, hierro y vapor

En 1760 la victoria de los ingleses sobre los franceses en India, el subsiguiente crecimiento de la colonia inglesa en aquel subcontinente y la derrota de los ingleses a manos de sus colonos norteamericanos en la guerra de la Independencia centró la atención británica de nuevo en Asia y su comercio. Pese a la mecanización de la industria textil inglesa y la venta de grandes cantidades de textiles de algodón a China, Inglaterra seguía sin encontrar el modo de vender nada a los chinos. Para empeorar las cosas, los ingleses le habían tomado el gusto al té y comenzaron a comprarlo en grandes cantidades en China. Por fortuna, los ingleses tenían a su disposición montones de plata del Nuevo Mundo: una de las disposiciones de la Paz de Utrecht de 1713 había otorgado a Inglaterra el *asiento de negros*, es decir, el derecho a proporcionar esclavos a las colonias españolas del Nuevo Mundo a cambio de plata. Esa plata se utilizaba después para comprar té a los chinos. Montones de té.[33]

Té

Los chinos llevaban más de mil años produciendo té a partir de las hojas de cierto arbolillo de hoja perenne y habían perfeccionado el proceso de selección, secado e infusión de las hojas para preparar una bebida caliente ligeramente estimulante. La Compañía de las Indias Orientales (EIC) se dio cuenta de que existía un mercado

para el té en Inglaterra y comenzó a importarlo. Al principio lo bebían sólo las clases altas —aún en nuestros días continúa la costumbre de tomar el *high tea*, el té de las cinco— porque era relativamente caro, pero a medida que la EIC incrementó las cantidades que compraba para el mercado inglés, su precio bajó tanto que la gente corriente también pudo permitírselo. A los trabajadores, en concreto, les gustaba su efecto ligeramente estimulante y, cuando las factorías del textil y las minas de carbón aumentaron el número de trabajadores y la jornada de trabajo, los trabajadores dispararon su consumo de té. Enriquecido con azúcar de las colonias y leche de las granjas del país, el té se convirtió también en una fuente importante de calorías para el sustento de una creciente plantilla laboral industrial. Si en 1760 Inglaterra importaba unos dos millones y medio de kilos de té, en 1800, cuando las fábricas de textil se multiplicaban con rapidez, se importaron más de nueve millones de kilos o quizá incluso el doble si se suma el té de contrabando.[34] Hacia 1800, los trabajadores del textil y los mineros del carbón gastaban un cinco por ciento de sus ingresos sólo en té (diez por ciento si añadían azúcar).[35]

Los mercantes británicos que navegaban a lo largo de la costa continuaron intentando dar con suministros de té más baratos que el que les ofrecían los canales oficiales, a menudo hiriendo periódicamente la sensibilidad e insultando las costumbres de los chinos, cuando en 1760, el mismo año en que los ingleses derrotaron a los franceses y consolidaron su imperio en todo el mundo en la guerra de los Siete Años, los gobernantes chinos restringieron todo el comercio exterior, sobre todo el que mantenían con los británicos, a una única plaza en el sur de China, el puerto de Guangdong, en Cantón. Durante los ochenta años siguientes, el «sistema Guangdong», instaurado por China y regulado según la normativa que ésta había aprobado unilateralmente, rigió el comercio entre Inglaterra y China.

Periódicamente los ingleses intentaban sin éxito negociar una salida a lo que consideraban una normativa restrictiva. La mayor y

más celebre de estas misiones tuvo lugar en 1793, cuando Inglaterra envió a sir George Macartney a China para intentar establecer relaciones diplomáticas regulares y obtener alguna libertad de acceso a los mercados chinos. Después de mostrarle el esplendor imperial de Beijing y de los palacios de verano del emperador chino, enviaron a Macartney de vuelta a casa. El emperador de China, Qianlong, envió una misiva al rey Jorge III en la que, desatendiendo la solicitud inglesa de un mayor acceso a los mercados chinos, declaraba que «Nuestro Imperio Celestial posee de todo en prolífica abundancia y no carece de ningún producto dentro de sus fronteras», y exigía a los ingleses que obedecieran las leyes y costumbres del imperio chino.[36] Aunque su necesidad de importar plata y de exportar té, seda y porcelana contradice esta visión de la economía de China y de su lugar en el mundo, sí que refleja la evaluación que hacía el emperador del poder de China en relación con Inglaterra. Y es que, a pesar de su creciente potencia industrial, los ingleses todavía no estaban a la misma altura que los chinos en Asia, pero eso iba a cambiar en cuarenta años.

Plata

A medida que aumentaba el consumo de té en Inglaterra y disminuía la capacidad de los ingleses para obtener plata del Nuevo Mundo, en parte a causa de la Revolución Americana de Estados Unidos, el temor de los mercantilistas por las consecuencias que podía tener la continua salida de plata hacia China para el poder británico movió a los ingleses a buscar sustitutos de la plata que los chinos pudieran aceptar a cambio de té. Los pianos y los relojes no despertaban demasiado interés en China, ni tampoco, sobre todo en el sur, los tejidos de lana. A diferencia del resto del mundo, los chinos tampoco tenían necesidad de comprar tejidos de algodón de India, pues poseían una avanzada industria textil del algodón. A fina-

les del siglo XVIII, prácticamente lo único que la Compañía de las Indias Orientales podía llevar a China en lugar de plata era algodón en rama de su colonia en India, pero con eso no bastaba y la plata seguía fluyendo hacia China, dejando a la EIC y al gobierno británico con serios problemas derivados de la salida de plata.[37] Fue entonces cuando los colonos británicos de India lograron encontrar otro producto con una buena demanda en China para financiar las compras de té: el opio.

Opio

Muchas sociedades, China entre ellas, usaban desde hacía mucho tiempo el opio con fines medicinales, por lo que ya existía un pequeño mercado para este narcótico. En 1773, el gobernador general británico de la India se hizo con el monopolio de opio en Bengala con instrucciones para aumentar la producción de dicho medicamento y promocionarlo en China. Tras lograr algún éxito a pesar de que los chinos habían prohibido que se fumara el opio, los británicos expandieron su mercado en China distribuyendo pipas gratuitas y vendiendo esta droga adictiva a los consumidores nuevos a precios muy bajos. Tras una bajada general de los precios del opio, las ventas se dispararon en 1815, como volvió a suceder en 1830, cuando se permitió que el opio de otra región de India entrara en los canales de la EIC, e incluso otra vez más, en 1834, después de que el gobierno británico, ya a favor del «libre mercado», aboliera el monopolio de la EIC en el mercado asiático y pudieran así entrar en el negocio comerciantes privados. También el opio que transportaba Estados Unidos desde Turquía hasta China suponía una fuente adicional de abastecimiento.

Una ingente cantidad de chinos se hicieron opiómanos: hasta cien mil en la ciudad de Suzhou y cientos de miles más en la ciudad portuaria de Guangdong. Al ritmo que entraban en China miles de

cofres de unos setenta kilos de opio cada uno, comenzaba a salir la plata en semejante cantidad, que alcanzó anualmente la cifra de 34 millones de onzas (una onza equivale aproximadamente a un kilo) en la década de 1830. Los chinos admitieron tener un grave problema de drogradicción y la corte debatió cómo afrontarlo. Un bando argumentaba que debía legalizarse la droga y que el estado regulara su venta y distribución y abriera centros de tratamiento para los adictos. El otro bando sostenía que el comercio de la droga no sólo era ilegal, sino también inmoral, de manera que había que acabar con él eliminando las importaciones y castigando a los comerciantes extranjeros que traficaran con ella. A finales de la década de 1830, ganó el segundo argumento y el emperador designó a Lin Zexu comisionado especial con la facultad de hacer todo lo que fuese necesario para acabar con el tráfico de opio.

El comisionado Lin se desplazó a Guangdong, analizó la situación y, consternado por lo que consideraba una tremenda inmoralidad por parte de los traficantes británicos y estadounidenses, escribió una carta a la reina Victoria pidiéndole que controlara a sus súbditos, pero esa carta nunca llegó a enviarse. También decidió evitar la salida a los extranjeros de sus almacenes situados en una isla del río, cerca de Guangzhou, insistiendo en que sólo se les permitiría salir si entregaban sus reservas de opio y prometían no volver a traficar con esa droga nunca más. Tras conseguir su aquiescencia en la primera de las solicitudes, en junio de 1839 el comisionado Lin disolvió veintiún mil cofres de opio en los canales de riego y, antes de abrirlos para que se los llevara el mar, rezó una plegaria pidiendo perdón a las criaturas del mar y suplicándoles que se alejaran de la costa por un tiempo.

Por desgracia, el problema no acabó ahí. Nuevos enfrentamientos entre las fuerzas chinas y británicas cerca de la isla de Hong Kong, el continuo bloqueo de los almacenes de comercio exterior en Guangzhou y la inquietud financiera que vivían en Gran Bretaña tanto los comerciantes chinos como los fabricantes de textil de al-

godón de Manchester, pues deseaban que se abrieran los mercados de China a los bienes comerciales británicos («¡cuatrocientos millones de clientes mantendrían en marcha las fábricas de Manchester para siempre!), hicieron que Gran Bretaña decidiera enviar a China una fuerza naval expedicionaria.

Hierro y vapor

Así comenzó la guerra del opio (1839-1842) entre Gran Bretaña y China. Aunque los detalles de esta guerra revisten un gran interés, para nuestros propósitos hay dos aspectos que merecen un examen más profundo. El primero tiene que ver con el uso por parte de los británicos de un nuevo tipo de buque de guerra, cuya primera unidad recibió el nombre de *Nemesis*.

El *Nemesis* fue la primera lancha cañonera de hierro diseñada específicamente para luchar en los ríos de Asia, aunque se da la circunstancia de que no fue puesta en servicio por la marina británica sino por una compañía privada, la Compañía de las Indias Orientales (EIC). El almirantazgo británico prefería los barcos de madera y de vela —y alguno de vapor— como buques principales de su marina, pues ya «gobernaban las olas», en la expresión que utilizaban los británicos para describir su domino de los océanos Atlántico e Índico. Los almirantes no estaban convencidos de que unos buques con casco de hierro, menor tamaño e impulsados por máquinas de vapor fueran de alguna utilidad en la defensa en alta mar frente a otras fuerzas europeas, de modo que la EIC contrató en secreto a Birkenhead Iron Works de Liverpool la construcción de esos nuevos barcos. Comparados con otros buques de guerra, se trataba de barcos pequeños: 56 metros de eslora por 9 de manga, sólo 3,3 metros de altura y 1,5 metros de calado. Impulsados por un motor de vapor de ciento veinte caballos de potencia, lo más novedoso del barco es que estaba hecho enteramente de hierro.

La Compañía de las Indias Orientales estaba muy interesada en desarrollar cañoneras fluviales con las que extender sus posesiones coloniales en India y en otros lugares de Asia. Según un informe sobre el *Nemesis* datado en 1844, el estallido de la guerra en China «era considerado una fenomenal oportunidad para comprobar las ventajas o desventajas de los navíos de hierro; además, los numerosos ríos que desembocan en la costa de China, hasta el momento mal conocidos y prácticamente nunca explorados y cartografiados, presentaban un campo de pruebas excepcional para ello».[38] La EIC también estaba interesada en demostrar la velocidad con la que podían transportar bienes, pasajeros y correo desde India bordeando el cabo de Buena Esperanza hasta llegar a Inglaterra. Y, finalmente, los dueños de la fundición querían demostrar ante el almirantazgo la viabilidad de sus buques de guerra de hierro a fin de asegurarse futuros contratos.

El *Nemesis* se construyó en tres meses y llegó a las costas de China a finales de 1840. No tardó en entrar en acción en el río de las Perlas: gracias a su capacidad de maniobra contra la corriente y el viento y a su poco calado, destruyó varios juncos de guerra chinos y desempeñó un papel importante al bloquear la intersección entre el Yangtzé y el Gran Canal, por donde se realizaba la mayor parte del comercio fluvial del imperio en el centro y norte de China, y aún más tarde, al amenazar con bombardear Nanjing, la capital meridional de China. A todos los efectos derrotados y conscientes de ello, los dirigentes chinos pidieron la paz. El tratado de Nanjing, firmado en 1842 entre China y Gran Bretaña, puso fin a la guerra del opio, pero dio inicio a un siglo de agresión occidental contra China.

A causa de sus términos leoninos, este tratado es uno de los primeros «tratados desiguales» por los cuales los poderes occidentales (incluido Estados Unidos) lograron importantes concesiones de China durante los sesenta años siguientes, logro que supuso la restricción de la soberanía del gobierno chino y la reducción de su capacidad para imponer aranceles para proteger a su propia industria.

Al contrario, China tuvo que ceder territorio a los británicos (Hong Kong), pagar veintiún millones de dólares de plata mexicana en concepto de indemnización por las pérdidas de los traficantes de drogas británicos y abrir más puertos al comercio occidental. El comercio de opio no se legalizó a raíz de la primera guerra del opio, pero sí tras la segunda, que tuvo lugar de 1858 a 1860.

Aunque la utilización del *Nemesis* no fue la única razón que explica la victoria de los británicos durante la primera guerra del opio, esta lancha cañonera simboliza los inmensos cambios que se habían producido en Gran Bretaña durante los cuarenta años que habían transcurrido desde que China enviara de vuelta a casa a lord Macartney en 1793. De manera sin duda muy convincente, el *Nemesis* demostró la exitosa aplicación de los instrumentos que animaron la revolución industrial (hierro y vapor) a los instrumentos bélicos, pero concretamente su aplicación a las empresas coloniales europeas en Asia y más tarde en África. De hecho, gran parte de la historia de los avances europeos contra los gobiernos y pueblos asiáticos y africanos durante el resto del siglo XIX no fueron más que variaciones de ese mismo tema.[39]

Pero los intereses de los productores británicos de hierro y vapor no eran los únicos que se atendieron al entrar en guerra con China, ya que el gobierno colonial británico en India y la EIC dependían del opio para obtener ingresos. Además, los gobiernos europeos, y principalmnte sus ejércitos, estaban muy interesados en desarrollar y probar nuevas tecnologías de guerra, como sucedió durante la guerra del opio. También los fabricantes británicos de textiles de algodón pedían a gritos la guerra, con la esperanza de poder abrir el mercado chino a sus exportaciones. Ya que toda su industria estaba mecanizada e impulsada por motores de vapor, los fabricantes de Manchester estaban convencidos de que podían vender más barato que cualquier otro productor mundial e hicieron campaña a favor del «libre mercado» para demostrarlo. Por último, el gobierno colonial de India estaba interesado en el resultado de la guerra. Dos ter-

ceras partes de las tropas «británicas» utilizadas en la guerra del opio estaban compuestas por indios de las colonias británicas de Madrás y Bengala, prueba de que las tropas de nativos podían servir al mando británico. De hecho, como un historiador francés señala: «Los británicos parecían haber sometido a la península de India sólo para utilizar sus recursos contra China».[40]

Conclusión

En el curso de la historia de la humanidad, la revolución industrial iguala o sobrepasa en importancia a la revolución agrícola. Si la agricultura había permitido a los seres humanos servirse del flujo anual de energía solar y, en consecuencia, las poblaciones pudieron crecer y las civilizaciones pudieron florecer, siempre dentro de los límites impuestos por el antiguo régimen biológico, la revolución industrial permitió que los hombres escaparan a las restricciones del antiguo régimen biológico, de manera que pudieron construir economías enteramente nuevas y nuevas formas de organización basándose en fuentes de energía extraíbles como el carbón y el petróleo. Nuestro estilo de vida actual es posible gracias al inmenso aumento de producción material generado por la revolución industrial. Quienes pensaban que los ordenadores habían abierto las puertas a un estadio nuevo, postindustrial, de la historia de la humanidad, especialmente tras sufrir los apagones de energía de 2001 en el Silicon Valley de California, despertaron de golpe a la realidad de que los ordenadores necesitan y consumen enormes cantidades de electricidad producida con combustibles fósiles.

Así como tenemos una perspectiva de miles de años para comprender los resultados y las consecuencias del aumento de la producción agrícola, el mundo industrial apenas ha cumplido doscientos años. Como todavía estamos inmersos en él, no podemos ver hacia dónde nos conducirá. Por esa misma razón, las explicaciones

de la revolución industrial deben considerarse provisionales. No obstante, a mi parecer, sólo puede comprenderse en un contexto global y ambiental.

Globalmente, las manufacturas textiles europeas de los siglos XVII y XVIII estaban en clara desventaja con respecto a sus competidores de India y China, cuyos calicós y sedas eran de mejor calidad y mucho más baratos que los textiles que ellos podían producir. La ayuda de un gobierno dispuesto a utilizar la fuerza y las armas para proteger a sus fabricantes, junto con la legislación colonial del Nuevo Mundo, permitieron a los fabricantes de algodón británicos desplazar los textiles de algodón de India y conseguir un mercado para sus propios productos y una fuente de materias primas baratas.

Desde un punto de vista ecológico, las economías del Viejo Mundo, y del antiguo régimen biológico, desde China hasta Inglaterra, comenzaban a sufrir la escasez de tierra. Un mercado mayor y la división del trabajo permitieron tanto a China como a Inglaterra, por ejemplo, arrancar una mayor eficiencia a las economías del antiguo régimen biológico, pero las necesidades básicas requerían más tierras para su abastecimiento. Sin carbón o sin colonias, los chinos se vieron forzados a invertir cada vez más fuerza de trabajo y capital en mejorar la producción de la tierra, mientras que los británicos quedaron liberados de esa restricción gracias a los recursos del Nuevo Mundo y a la disponibilidad y fácil acceso a sus minas de carbón.

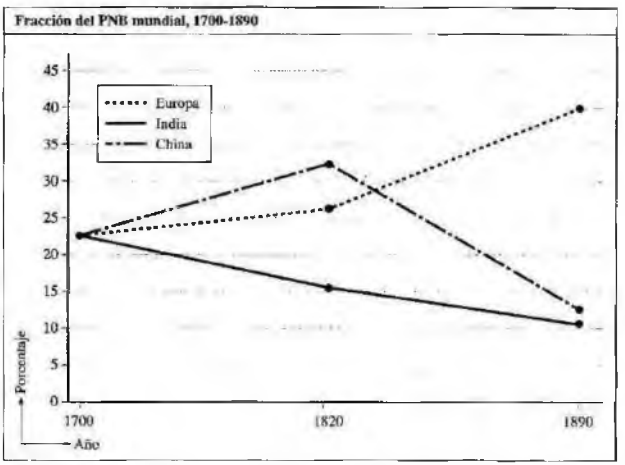
Sin duda los fabricantes e inventores británicos afrontaron con éxito los desafíos que se les plantearon, especialmente en cuanto a la minería del carbón y al desarrollo de la máquina de vapor, pero no hay razones para pensar que los chinos, los indios u otros pueblos con economías avanzadas del antiguo régimen biológico, como los japoneses, no habrían sido capaces también de resolver esos problemas de forma parecida. Sencillamente, no tenían colonias ni fácil acceso a las fuentes de carbón.[41]

Capítulo 5

LA BRECHA

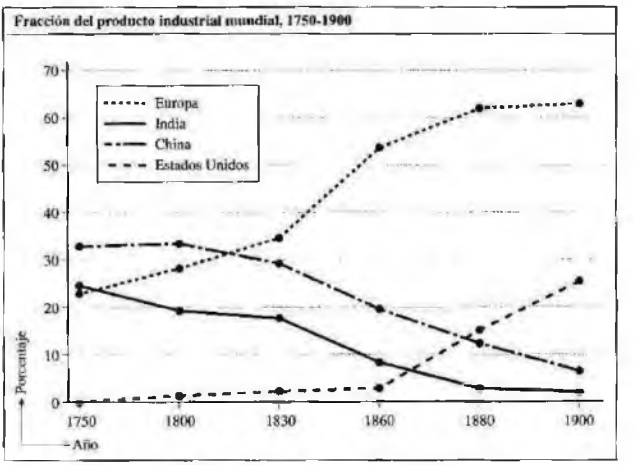
En el siglo XVIII, China, India y Europa —y probablemente también Japón, aunque no lo hemos tratado aquí— a grandes rasgos eran comparables en su grado de desarrollo económico, su nivel de vida y en la esperanza de vida de sus habitantes. Como puede verse en la figura 5.1, India, China y Europa contribuían con una fracción parecida, de alrededor del veintitrés por ciento, al producto nacional bruto (PNB)[1] mundial. Conjuntamente, estas tres partes del mundo daban cuenta del setenta por ciento de la actividad económica del mundo en 1700. La figura 5.2 da cuenta de una relación semejante: en 1750, China producía aproximadamente un treinta y tres por ciento de todos los bienes manufacturados del mundo, mientras que India y Europa contribuían cada uno con un veintitrés por ciento, arrojando un total de casi ochenta por ciento de la producción industrial mundial. En 1800, los porcentajes son semejantes, pero la fracción de India comienza declinar mientras que la de Europa comienza a subir.

A principios del siglo XIX, sin embargo, las figuras 5.1 y 5.2 reflejan una situación bien distinta: las fracciones del PNB global y de la producción de manufacturas europeas comienzan a subir rápidamente, mientras que las chinas se estabilizan y luego caen a gran



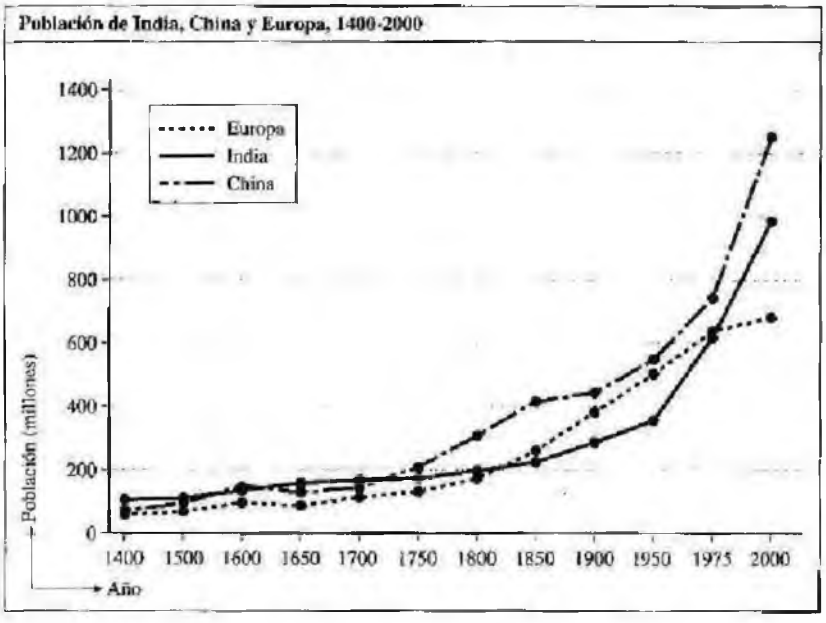
velocidad hacia el año 1900, al igual que las fracciones indias. En 1900, India apenas contribuía en un dos por ciento a la producción mundial de manufacturas y China alrededor de un siete por ciento, mientras que Europa alcanzaba un sesenta por ciento y Estados Unidos un veinte por ciento. En 1900, Europa y Estados Unidos daban cuenta conjuntamente del ochenta por ciento de toda la actividad industrial.

La figuras 5.1 y 5.2 trazan, pues, el curso de una gran inversión de las fortunas en la historia del mundo. Mientras que India y China poseían algo más de la mitad de la riqueza del mundo en el siglo XVIII, en 1900 ya habían pasado a formar parte de los países menos industrializados y más pobres. Su contribución al PNB global, sin embargo, no cayó tanto como su fracción de la producción industrial mundial debido principalmente a que su población continuó creciendo. De hecho, como muestra la figura 5.3, de 1750 a 1850, la población de China se disparó superando las poblaciones india y eu-



ropea, si bien hasta 1400 las tres habían sido más o menos comparables. Con una población cada vez mayor y con una menor creación de riqueza, los chinos y los indios se fueron empobreciendo relativamente durante el siglo XIX, en tanto que europeos y estadounidenses se fueron enriqueciendo. Además, como veremos, dado que ni China ni India se estaban industrializando, sus ciudades no podían acoger a sus crecientes poblaciones, de manera que se intensificó la pobreza rural.

Las gráficas muestran, por tanto, cómo durante el siglo XIX se abrió una enorme y creciente brecha entre Occidente y el resto del mundo, reflejado aquí por los ejemplos de India y China. «Explicar esta brecha, que iba a hacerse más grande con los años —comentó en una ocasión el eminente historiador Fernand Braudel—, equivale a abordar el problema esencial del estudio del mundo moderno.»[2] El propio Braudel era bastante humilde en cuanto a su propia habilidad para explicar «la brecha», pues reconocía que en el momento



en que escribía, a finales de los años setenta, se sabía más sobre la historia de Europa que sobre las historias de India, China o el resto de lo que ha dado en llamarse mundo «subdesarrollado» o «Tercer Mundo». Una cosa, sin embargo, le parecía clara: «[La] brecha entre Occidente y los otros continentes apareció *tarde en el tiempo* y atribuirla simplemente a la racionalización de la economía de mercado, como muchos de nuestros contemporáneos todavía parecen dispuestos a hacer, es obviamente una simplificación excesiva».[3]

Así Braudel señalaba su insatisfacción con las diversas explicaciones eurocéntricas de «la brecha» examinadas en el capítulo anterior. Concretamente, creía que las explicaciones que se fijaban sólo en la aparición y la «racionalización» de una economía de mercado en Europa pecaban de simplistas. En realidad, como se ha señalado en el capítulo anterior, China poseía una economía de mercado muy bien desarrollada en el siglo XVIII, si bien acabó situada en el margen perdedor de la creciente brecha. Este capítulo examina las razo-

nes por las cuales no sólo China e India, sino también la mayor parte del resto de Asia, África y América Latina, se empobrecieron cada vez más en relación con Europa y Estados Unidos en el transcurso del siglo XIX.

En este capítulo también veremos de qué manera el opio, las armas de fuego, las hambrunas provocadas por el fenómeno natural de El Niño y las nuevas tecnologías industriales favorecieron las empresas coloniales europeas, especialmente las relativas al ferrocarril, el telégrafo y la quinina. No recurriré a las diversas explicaciones eurocéntricas de la creciente riqueza y poder de Europa en relación con el resto del mundo, pues no hay prueba alguna de que los europeos fueran más inteligentes, tuvieran una cultura superior que sustentara o creara una economía industrial o fuesen mejores gestores de los recursos naturales y humanos que los chinos, los indios o, si se prefiere, los neoguineanos. Lo que sí tenían los europeos eran colonias que les suministraban grandes cantidades de energía «gratuita» (azúcar, algodón, madera, bacalao), y en el caso particular de Gran Bretaña, la buena fortuna de contar con depósitos de carbón bastante superficiales y cercanos a los centros urbanos e industriales necesitados de nuevas fuentes de energía después de haber agotado los bosques.

La historia del siglo XIX se centra especialmente en el proceso por el cual el mundo se dividió entre países desarrollados y subdesarrollados, ricos y pobres, industrializados y lo que se conoce como «Tercer Mundo».[4] Naturalmente, desde la perspectiva ecológica utilizada en este libro, la brecha refleja también la división del mundo entre aquellas regiones que se mantuvieron en el antiguo régimen biológico —y se empobrecieron cada vez más— y aquellas que comenzaron a escapar de los límites que el antiguo régimen biológico imponía a la producción material tanto industrial como agrícola. Además, la brecha que surgió en el siglo XIX no se abría únicamente entre regiones, sino también en el seno de las mismas sociedades que venimos analizando. La industria no produjo rique-

za y poder para algunas naciones sino para algunos de sus nacionales: los propietarios de los nuevos medios de producción. Por otro lado, a los mineros y los obreros de las fábricas, la industria les ofrecía nuevos empleos, pero también nuevas formas de trabajo, experiencias urbanas y formas de pobreza. Las mujeres y los niños pasaron a formar una parte importante de la nueva fuerza de trabajo industrial, sobre todo en la industria textil, pero también en las minas de carbón: fuera de sus casas aquellas mujeres se situaron en un escenario histórico donde sus voces podían oírse con más claridad.

El opio y el capitalismo global

Este relato de los orígenes del mundo moderno comenzó a principios del siglo XV con la demanda de plata que China necesitaba para su economía, metal que, juntamente con la plata india, constituyó la principal fuente de riqueza y producción industrial en los primeros tiempos del mundo moderno. La demanda de plata en China puso en movimiento una serie de desarrollos que condujeron, de forma casi ineluctable, a la mayoría de los principales acontecimientos discutidos hasta el momento en este libro. Sin la demanda de plata en China, es justo decir que el papel de Europa en la economía del mundo habría sido mucho menos importante. Tal como se desarrollaron las cosas, la demanda de plata en China y el suministro de plata hallado en el Nuevo Mundo permitieron a los europeos enriquecerse al darles acceso a los bienes y las redes comerciales de Asia.

De manera semejante, en el siglo XIX, la demanda china de otro producto, en esta ocasión una droga adictiva, el opio, desempeñó también un papel importante en la estructuración de la economía mundial. Obviamente la importación y el consumo de opio no tuvo sobre la economía china los efectos positivos que cuatrocientos años antes había tenido la importación de plata. La demanda de

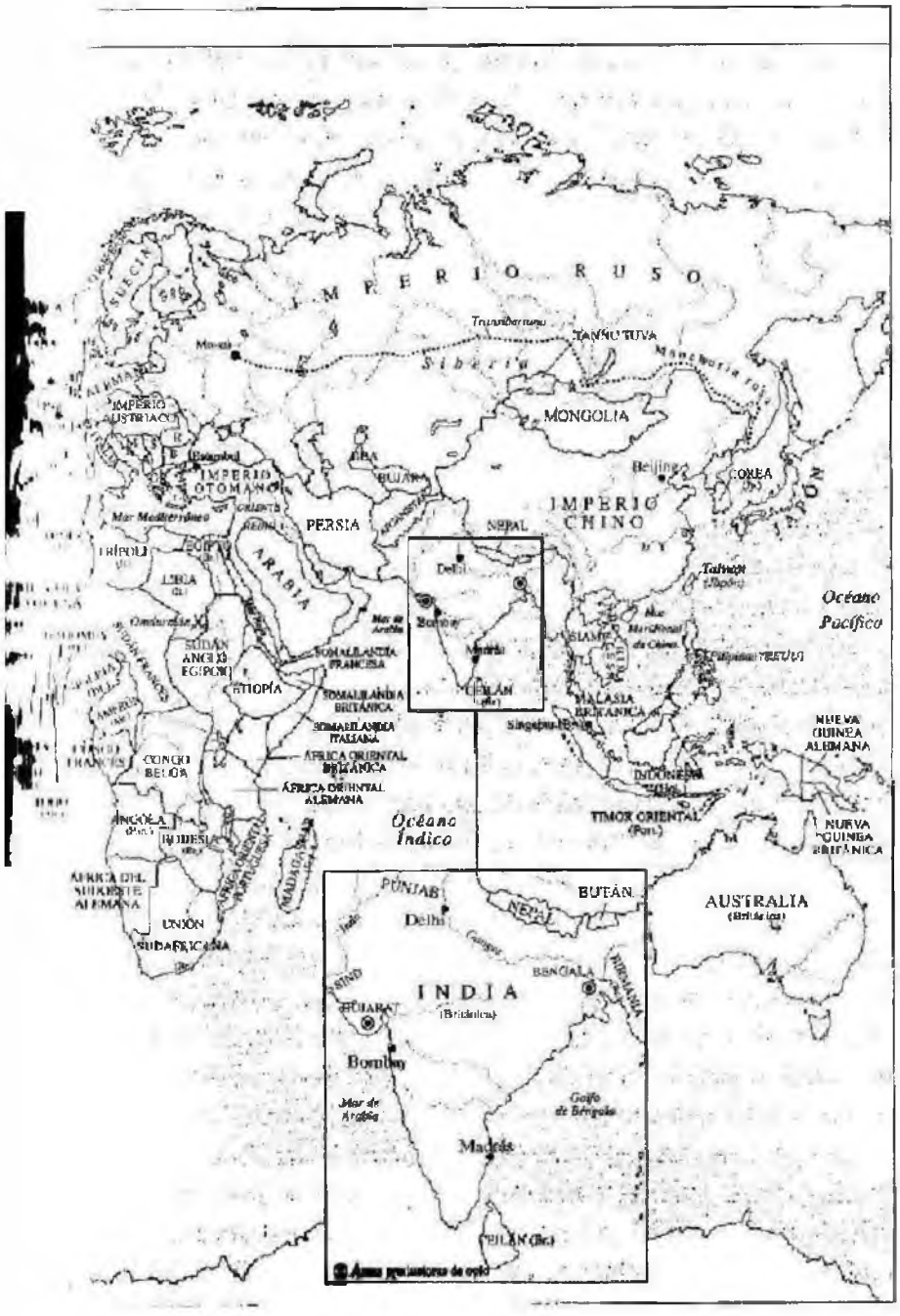
opio estaba impulsada por las necesidades de cuarenta millones de consumidores adictos, no por las necesidades del estado para sanear su economía. En cualquier caso, la demanda de opio en China durante el siglo XIX estimuló la actividad económica mundial.

Pese a la derrota que infligieron los británicos a China en la primera guerra del opio (1839-1842), Gran Bretaña no forzó a China a legalizar la venta y la distribución de opio. No obstante, la nueva posesión colonial británica, Hong Kong, le brindó una oportuna base de operaciones libre del acoso de los chinos. Durante las dos décadas siguientes, Hong Kong se convirtió en el centro neurálgico del tráfico de droga británico. Las compañías comerciales británicas importaban unos cincuenta mil cofres de opio al año, unos tres millones de kilos, destinados a la venta a los clientes chinos.

A medida que el opio entraba en China, la plata salía y se creaban vastas fortunas no sólo en Inglaterra sino también en Estados Unidos. Tras la independencia americana, los barcos mercantes de Estados Unidos comenzaron de inmediato a competir con los mercantes británicos en aguas asiáticas; el primer barco estadounidense llegó a China en 1784, tan sólo un año después de la independencia. A principios del siglo XIX, los estadounidenses estaban íntimamente involucrados en el comercio del opio, en concreto a través de la compañía Russell, que obtenían en Turquía, mientras que los británicos mantenían el monopolio del opio indio. Los beneficios derivados del comercio del opio se destinaron parcialmente a donaciones a favor de destacadas universidades de la costa este de Estados Unidos, engrosaron las fortunas de las familias Peabody de Boston —de ahí el Museo Peabody— y Roosevelt de Nueva York y facilitaron el capital necesario para el desarrollo del teléfono por Alexander Graham Bell. (Véase el mapa 5.1.)

Tras la segunda guerra del opio con China (1858-1860, también llamada guerra del Arrow, por un navío inglés del mismo nombre), los británicos obligaron a China a legalizar la venta de opio. Se abrieron así más mercados para la droga en China, pero Hong Kong

5.1 El mundo en torno a 1900
DOMINIO DE CANADÁ
(Británico)
Chicago
Boston
Nueva York
ESTADOS
UNIDOS
Washington, D.C.
MÉXICO
Océano
Pacífico
Mar Caribe
VENEZUELA
COLOMBIA
ECUADOR
PERÚ
BRASIL
BOLIVIA
ARGENTINA
NUEVA ZELANDA (Br.)


IMPERIO RUSO
Transiberiano
TANNU TUVA
Siberia
Manchuria
MONGOLIA
IMPERIO AUSTRIACO
IMPERIO OTOMANO
Mar Mediterráneo
PERSIA
BUJARA
NEPAL
IMPERIO CHINO
Beijing
COREA
JAPÓN
Taiwan (Japón)
Océano Pacífico
TRÍPOLI
LIBIA
ARABIA
Delhi
Bombay
Madrás
CEILÁN
SIAM
Mar Meridional de China
Filipinas
TEKÚN
SUDÁN ANGLO EGIPCIO
ETIOPÍA
SOMALILANDIA FRANCESA
SOMALILANDIA BRITÁNICA
SOMALILANDIA ITALIANA
ÁFRICA ORIENTAL BRITÁNICA
ÁFRICA ORIENTAL ALEMANA
MALASIA BRITÁNICA
Singapur
NUEVA GUINEA ALEMANA
INDONESIA
TIMOR ORIENTAL (Port.)
NUEVA GUINEA BRITÁNICA
CONGO BELGA
ANGOLA
RODESIA
ÁFRICA DEL SUDOESTE ALEMANA
UNIÓN SUDAFRICANA
MADAGASCAR
Océano Índico
AUSTRALIA (Británica)
PUNJAB
Delhi
NEPAL
BUTÁN
BENGALA
INDIA (Británica)
BUJARAT
Bombay
Mar de Arabia
Golfo de Bengala
Madrás
CEILÁN (Br.)

fue perdiendo su posición central porque los navíos británicos y estadounidenses comenzaron a comerciar directamente en los puertos chinos abiertos al mercado. A medida que se desarrollaron nuevas fuentes de opio en India y también allí se abrieron mercados, los comerciantes persas, indios y chinos fueron entrando en el negocio. En la década de 1870, los propios chinos comenzaron a cultivar la adormidera y a manufacturar opio, sobre todo en las provincias del interior que con anterioridad se habían mantenido mal conectadas con el floreciente comercio de las zonas costeras. Curiosamente, esta «sustitución de importaciones» se produjo en muchos de los mismos lugares en que anteriormente los campesinos chinos habían decidido libremente cultivar algodón. En muchos de estos lugares, el cultivo comercial de la adormidera creció a expensas de las tierras dedicadas a cultivos de alimentos, de modo que los campesinos disponían entonces de mayores ingresos monetarios, pero a costa de un riesgo mayor de que fallaran sus suministros de alimentos.

A finales de siglo XIX, en China entraba o se producía tanto opio que el diez por ciento de su población, unos cuarenta millones de personas, eran consumidores, y la mitad, «fumadores empedernidos». A principios del siglo XX, China consumía el noventa y cinco por ciento de la oferta mundial de opio, cuyos efectos sociales, económicos y políticos fueron fáciles de predecir.[5] Prácticamente cada ciudad tenía su fumadero y la venta y el uso del opio habían penetrado en la propia urdimbre de la vida diaria de los chinos. Aunque el hábito de fumar opio había comenzado en las élites, se convirtió en un artículo de consumo más. De hecho, ya bien entrado el siglo XX, el cultivo de la adormidera y el procesado del opio en China continuaban proporcionando rentas a los gobiernos y una fuente de ingresos a los campesinos.[6]

Después de examinar lo acaecido en India y el proceso de industrialización en Europa, volveremos a considerar la gran importancia que tuvo el consumo de opio en China para la economía mundial de finales del siglo XIX. Por el momento, baste con observar

que si bien los chinos tienen una parte de responsabilidad por permitir que la plaga de la droga cayera sobre ellos, fueron los cañones británicos los que abrieron las puertas a la droga; después China e India adoptaron sus propios y peculiares papeles en la economía global como productores y consumidores de opio.

India

La mayor parte del opio consumido en China provenía de India, donde las políticas coloniales británicas combinadas con la demanda china de esa droga habían generado una industria agrícola para la exportación. El opio producido en India se convirtió en una de sus principales exportaciones en el siglo XIX, en un proceso que forma parte de una historia más amplia de la transformación de India de ser uno de los principales centros industriales del mundo en los siglos XVII y XVIII a ser una economía eminentemente agrícola a mediados del siglo XIX. De hecho, la industria textil del algodón en India estaba tan acabada en la década de 1820 que todos los historiadores hablan de un proceso de «desindustrialización» de India, aunque continúen debatiendo sus causas.

Como hemos tenido ocasión de observar en capítulos anteriores, los bienes de algodón producidos en India gozaban de un mercado mundial, pues tanto africanos como europeos e incluso esclavos americanos compraban y vestían tejidos indios. A principios del siglo XVIII, como ya hemos visto, los británicos levantaron barreras al comercio para impedir la entrada de los tejidos indios. Éstos, sin embargo, encontraron otros mercados, de manera que los distritos textiles de Bengala, Madrás y otras ciudades continuaron ocupados en la producción textil destinada al mercado global. Pero dos acontecimientos cambiaron este panorama.

En primer lugar, en 1757, la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) adquirió su primera plaza colonial en Bengala y,

en 1765, obtuvo del derecho a recaudar impuestos en casi todas las tierras de Bengala. Este éxito inesperado proporcionó a la compañía privada EIC ingresos que utilizó para incrementar sus compras de textiles indios y para algo más ominoso: armar y pagar su propio ejército de *sepoys*, indios alistados en una tropa comandada por oficiales británicos. La EIC se sirvió de ese ejército para extender su control a otras regiones de India. El caos político en India, las maniobras para hacerse con el poder de sus príncipes, el poder incierto pero sin duda en declive del emperador mogol y las ambiciones de los príncipes guerreros hindúes crearon un clima en el que las intrigas de la EIC, que actuaba respaldada por su ejército, hicieron que terminara dominando la mayor parte de los territorios indios en la década de 1830. Más guerras, costosas y a gran escala, dieron a la EIC el control de las regiones de Punjab y Sind —en 1947 constituirían Pakistán—. A mediados del siglo XIX, los británicos ya habían colonizado la India.

En segundo lugar, la revolución industrial produjo una gran reducción de los costes de los bienes fabricados en Gran Bretaña, concretamente de los tejidos de algodón, que no sólo comenzaron a ganar una cuota en el mercado mundial a costa de los tejidos indios, gracias a sus precios más bajos, sino que la propia India se convirtió en un importante mercado para los tejidos de algodón británicos. Mientras que en el siglo XVIII los aranceles británicos habían impedido la entrada de los tejidos indios en Inglaterra, la política colonial británica en India eliminó las barreras arancelarias contra los tejidos manufacturados en Gran Bretaña. Con precios más bajos, las manufacturas textiles británicas inundaron el mercado indio. Entre 1800 y 1810, la producción y la exportación de tejidos de algodón indio siguió cayendo mientras la importación de manufacturas británicas a India crecía. En 1820, millones de tejedores indios habían perdido su trabajo, sus telares habían quedado en silencio y sus casas vacías: «En 1833, el proceso de "desindustrialización" de Bengala ... había llegado bastante lejos. India había perdido un gran

arte y los artesanos habían perdido su empleo. El huso de las mujeres ya casi nunca giraba en el suelo cubierto de algodón».[7]

En lugar de exportar bienes acabados, India comenzó a exportar algodón en rama, primero a China y más tarde a Inglaterra. Los antiguos tejedores de algodón emigraron o cambiaron de oficio; muchos se dedicaron a la agricultura y tuvieron que cultivar algún producto que pudiera venderse, pues la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) recaudaba impuestos en dinero, no en arroz o algodón. En consecuencia, tanto los nuevos campesinos indios como los antiguos cultivaron productos de fácil comercio como el índigo, la caña de azúcar, el algodón y las adormideras con que se preparaba el opio. Así la «ruralización de India» ya se había completado.

Quizá esta historia del declive de India hasta lo que hoy llamaríamos un país tercermundista —un país que produce materias primas para exportarlas y así poder importar bienes fabricados en el mundo «desarrollado», quedando de este modo atrapado en el «subdesarrollo»— parezca una historia puramente «económica», pero no es así. Muy al contrario, fue un proceso planeado por Gran Bretaña, especialmente después de que el monopolio de la EIC sobre el comercio en Asia fuera abolido en favor de los principios del libre mercado defendidos originariamente por Adam Smith en 1776 en su célebre obra *La riqueza de las naciones*.

En combinación con el concepto de «ventaja competitiva» que debemos a David Ricardo, los principios de libre mercado y mínima intervención del gobierno en la economía se utilizaron con el propósito de transformar India en un productor de alimentos y materias primas para la exportación. Abolidos los aranceles, obviamente el gobierno colonial no haría nada para proteger a los tejedores de algodón ni para promover una política de industrialización que resultaría «excesiva» y competiría con la industria británica y, desde luego, los mercados «libres» se asegurarían de que la India enviase a Gran Bretaña alimentos y materias primas, y de que los

indios comprasen productos industriales británicos. De hecho, desde mediados del siglo XIX, India consumió de manera regular de un veintinco a un treinta y cinco por ciento de las exportaciones británicas.[8] Los principios de «libre mercado» aplicados por el gobierno colonial empujaron a la India a convertirse en un país del Tercer Mundo. Veremos más adelante en este capítulo de qué modo esta situación, junto con los efectos de las sequías de El Niño, completó la transición de India a una nación del Tercer Mundo.

Baste con decir aquí que la desindustrialización de India, unida a la demanda de opio en China, proporcionó a los británicos y a su sistema capitalista global inmensos réditos. Tan grandes fueron los beneficios derivados del opio que se invirtieron los patrones de la estructura entera del comercio mundial. De 1500 a 1800, los europeos habían logrado acceder al comercio asiático gracias a la plata del Nuevo Mundo que había fluido en grandes cantidades de India a China, pero el opio inclinó esa corriente en el sentido opuesto y la plata terminó fluyendo hacia manos británicas. Sin el opio, sostiene el historiador Carl Trocki, «seguramente no habría existido un imperio británico».[9]

La industrialización en otros lugares

Al ser el primer país en industrializarse y en aplicar los frutos de la industrialización a sus ejércitos, Gran Bretaña se impuso como la nación más poderosa del mundo y, mientras mantuvo su liderazgo industrial, su poder militar también fue indiscutible. En 1830, Gran Bretaña tenía *de facto* el monopolio de la producción industrial de hierro, motores de vapor y textiles, del que se sirvió para vender sus productos en todo el planeta y construir el mayor imperio del mundo que, además de India, comprendía también otras partes de Asia. Su posición suprema lo llevó a levantar las barreras arancelarias a la importación de alimentos y otras materias primas con el fin de

extender su sistema industrial a un ritmo todavía más rápido. Como ya hemos visto para el caso de India, el «libre mercado» global se convirtió en el programa de acción británico. Pero si la imposición de los principios de «libre mercado» habían contribuido a la tercermundialización de India, Gran Bretaña no pudo hacer lo mismo con otros países europeos ni con su antigua colonia, Estados Unidos.

El sistema europeo de estados, definido como estaba por la frecuencia de guerras entre estados europeos y, desde su independencia, también Estados Unidos, impulsó la competitividad a fin de seguir el ejemplo de Gran Bretaña, especialmente en la búsqueda de nuevas posesiones coloniales. A medida que crecía el imperio ultramarino británico, otros estados europeos intentaban desesperadamente mejorar sus ejércitos para competir en Asia, África y América Latina. Por mucho que los británicos intentaron impedir la transferencia o la exportación de sus tecnologías industriales, Francia, Estados Unidos y Alemania pronto comenzaron a industrializarse. Y en la segunda mitad del siglo XIX, otros dos países, Rusia y Japón, iniciaron un rápido proceso de industrialización, motivado en gran medida por el deseo de mantener su independencia de los países europeos occidentales. Si la industrialización de Gran Bretaña había surgido en una coyuntura de fuerzas que nadie podía haber predicho, una vez se produjo, sus resultados podían ser fácilmente reproducidos, con una adecuada planificación, por gobiernos fuertes obligados a competir con Gran Bretaña y entre sí. Así pues, salvo contadas excepciones, el estado desempeñó un importante papel en la industrialización de otros países.

Francia

Ya en los primeros estadios de la industrialización de Gran Bretaña, el gobierno francés y otros gobiernos intentaron acceder al saber hacer industrial de Gran Bretaña robando información, chanta-

jeando a fabricantes o contratando a industriales británicos. De este modo comenzó Francia su industrialización de textiles, hierro y acero, pero atravesó graves dificultades por la falta de depósitos de carbón grandes y fáciles de minar, por las revueltas revolucionarias y guerras periódicas (1789-1815, 1848-1851 y 1870-1871) y por una agricultura relativamente poco avanzada. No obstante, la decisión que tomó el gobierno francés en 1842 de construir un sistema nacional de ferrocarriles —cuya red se terminó de construir en la década de 1860— espoleó la industrialización francesa. A diferencia de Inglaterra, donde eran de propiedad privada, en Francia el gobierno proporcionó el capital para construir ferrocarriles y después los privatizó mediante concesiones a noventa años. Estimulados por un mercado nacional que el ferrocarril había hecho posible, otros sectores de la economía francesa también se industrializaron o, al menos, se normalizaron. Con todo, Francia siguió siendo mucho menos capaz de fabricar productos industriales, de manera que quedó en desventaja respecto a Gran Bretaña y otros países a medida que éstos fueron industrializándose.

Estados Unidos

La industrialización estadounidense se centró en el noreste y en el valle del río Ohio y, al igual que en Gran Bretaña, no se basó en la iniciativa pública sino mayoritariamente en capital privado. Los textiles fueron una de las primeras actividades en industrializarse, de manera que Nueva Inglaterra, abastecida por el algodón en rama de las plantaciones sureñas trabajadas por esclavos, pronto compitió con los textiles británicos tanto en Estados Unidos como en el mercado mundial. El estado aplicó aranceles para proteger a la joven industria estadounidense y la banca de Estados Unidos facilitó el capital necesario para la construcción de canales y ferrocarriles. A partir de la década de 1830, comenzaron a construirse líneas lo-

cales de ferrocarriles, y cuarenta años después, el ferrocarril transcontinental atravesaba toda la nación, de manera que la demanda de hierro, acero y locomotoras de vapor fue enorme. La guerra de Secesión (1860-1865) espoleó la industrialización del norte y, como veremos más adelante en este capítulo, contribuyó a la producción industrial de armas y a configurar un sistema militar más industrial.

Los estadounidenses también fueron pioneros en la aplicación de la industria a la agricultura. Mientras los británicos permitían que su sector agrícola se marchitara y prefirieron importar comida barata de Europa Oriental, Irlanda y Estados Unidos, y mientras los campesinos franceses se aferraban tenazmente a sus minúsculas propiedades debido al recuerdo de la Revolución de 1789, actitud que dificultó la compra y la utilización de maquinaria agrícola moderna hasta bastante después del final de la segunda guerra mundial, en 1945, Estados Unidos tenía grandes llanuras y poca mano de obra para trabajarlas. Las segadoras y cosechadoras tiradas por caballos primero y más tarde impulsadas por motores de vapor, que construía en Chicago el magnate Cyrus McCormick, produjeron tal excedente agrícola que Estados Unidos se convirtió en uno de los mayores exportadores de alimentos al mercado mundial y continúa siéndolo hoy.

Alemania

A diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, Alemania no se unificó hasta 1870 en un único estado sino que estaba dividida en numerosos principados, cada uno con su propio dirigente pero con un lenguaje común que a la larga sirvió de base para la unidad nacional. Esta desunión política dificultó los esfuerzos de Alemania por industrializarse. De hecho, la falta de un estado único impidió que la industria textil alemana gozara de protección arancelaria frente a las importaciones británicas, lo que condujo a la

destrucción de la producción textil alemana hacia la década de 1830. La unión de las aduanas en esa misma década, seguida de la abolición de la servidumbre en la década de 1840 y la construcción de ferrocarriles en la década de 1850, proporcionaron la unidad suficiente para que comenzara la industrialización de algunas áreas, en particular el valle del Ruhr, rico en carbón y hierro.

Al industrializarse más tarde que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, Alemania partía con una desventaja competitiva y no pudo hacerlo siguiendo el mismo proceso (es decir, de los productos textiles al hierro y el acero). Así pues, tras su unificación, que tuvo lugar en 1870, Alemania centró sus esfuerzos en la industria pesada (hierro y acero) para sustentar su programa nacional de ferrocarriles y apoyar el crecimiento de su ejército. El desarrollo del proceso Bessemer para la producción de acero, unido a las innovaciones introducidas en la gestión de negocios a gran escala promovidas por la metalurgia Krupp y la fabricación de armamento, promovieron una rápida industrialización de Alemania en las décadas de 1870 y 1880. Además, los alemanes vincularon sus universidades a la investigación industrial, lo que dio como resultado nuevas industrias químicas y eléctricas, la primera aplicación explícita de la ciencia al desarrollo industrial.

Rusia

En la lista de países europeos con mayores obstáculos para industrializarse, Rusia iba a la cabeza. Profundamente rural, sus campesinos habían sido siervos de los nobles propietarios de la tierra hasta que tuvo lugar su emancipación a principios de la década de 1860, proceso que condujo a una nueva forma de sociedad rural en la que los nobles todavía eran los dueños de la tierra y los antiguos siervos les pagaban rentas por trabajarlas. Durante siglos, Rusia había exportado cereales a Europa occidental y había importado ar-

lículos de lujo que consumía la nobleza rusa. Rusia poseía también grandes recursos naturales (bosques, carbón, mineral de hierro) que atrajeron a inversores de Europa occidental, quienes los extraían para venderlos a los países en proceso de industrialización. Pese a tener un gran ejército y ser considerada una de las «potencias» de Europa, debido a su tamaño y población, en el siglo XIX comenzaba a adquirir características propias del Tercer Mundo: exportaba alimentos y materias primas, apenas contaba con industria e importaba bienes manufacturados.

Todo esto comenzó a cambiar en la década de 1880, cuando el Ministerio de Finanzas, encabezado enérgicamente desde 1892 por el conde Serguéi Witte, inició un ambicioso programa de construcción de ferrocarriles seguido de industria pesada (carbón, hierro, acero y petróleo). Rusia, que contaba con menos de mil doscientos kilómetros de líneas férreas en 1860, en 1894 ya tenía treinta y tres mil seiscientos, y en 1900 casi alcanzó los cincuenta y ocho mil kilómetros, cuyas largas líneas se dirigían al este hacia Siberia, enlazando esa vasta región y sus enormes recursos con las regiones más industrializadas y necesitadas de ellos del país. Al igual que en Alemania y Francia, fue el gobierno ruso, y no el capital privado, el que desempeñó el papel principal en los primeros estadios de la industrialización de Rusia, mediante la creación de bancos, la contratación de ingenieros extranjeros y la imposición de altas barreras arancelarias a fin de proteger a su nueva industria de la competencia exterior.

El conde Witte tenía muy claras sus razones para emprender la rápida industrialización de Rusia: evitar relaciones de sesgo colonial con Europa occidental.

> Rusia es aún hoy un país esencialmente agrícola. Paga sus obligaciones con el extranjero exportando materias primas, sobre todo agrícolas y principalmente cereales. Satisface su demanda de bienes manufacturados importándolos del extranjero. Las relaciones eco-

> nómicas de Rusia con Europa occidental son de todo punto comparables con las relaciones de los países coloniales con sus metrópolis. Estas últimas consideran a sus colonias mercados ventajosos en los que vender libremente los productos de su trabajo y su industria y de los que pueden extraer con mano poderosa las materias primas que necesitan.

Pero Rusia no iba a convertirse en una semicolonia, argumentaba Witte, porque «Rusia es un poder independiente y fuerte ... Desea ser una metrópoli [es decir, un poder colonial]».[10]

Japón

A diferencia de Rusia, Japón apenas tenía los recursos naturales necesarios para una economía industrial, concretamente carbón y mineral de hierro. Además, a mediados del siglo XIX todavía seguía una política de «país cerrado» implantada doscientos años antes. La entrada del comodoro estadounidense Matthew Perry en la bahía de Tokio, en 1853, para exigir a Japón que se abriera al comercio internacional normal («o, en caso contrario...») fue un golpe terrible para los dirigentes japoneses. Sabiendo lo que había ocurrido en China a manos de los ingleses con la guerra del opio, los dirigentes de Japón decidieron negociar para abrirse a Occidente, lo que llevó a un mayor comercio y contacto entre japoneses y occidentales, pero también a la caída del antiguo régimen en 1868.

El régimen que lo reemplazó fue la era denominada Meiji por el título de reinado de su nuevo y jovencísimo emperador Meiji (reinó de 1868 a 1912), quien tras unos principios renqueantes se propuso desmantelar el antiguo régimen feudal para establecer en su lugar un estado fuerte y centralizado que se arrogó la tarea de industrializar Japón después de que el capital privado no se aviniera a afrontar el reto. Pero con pocos recursos naturales y con unos aranceles limitados por los tratados impuestos por Estados Unidos, la indus-

trialización de Japón siguió una vía peculiar. Como para poder importar materias primas primero tenía que exportar, Japón recurrió a su industria de la seda, mecanizando los procesos hasta donde fuera posible para vender en el mercado mundial, arrebatando la cuota de mercado de chinos y franceses. En la década de 1880 y, sobre todo, en la década de 1890, Japón desarrolló una industria textil del algodón, dirigida también a la exportación con el fin de adquirir las divisas con las que comprar materias primas industriales (coque de carbón y mineral de hierro) para servir a una industria pesada fuertemente ligada a las necesidades de su ejército. Para competir en mercados mundiales de textiles, Japón mantenía muy bajos los salarios de sus trabajadores, empleaba a muchas niñas y mujeres y había prohibido los sindicatos de trabajadores.

Esta estrategia obtuvo sus buenos dividendos. Su ejército fue lo bastante fuerte como para derrotar a China en una guerra que tuvo lugar de 1894 a1895 y, una década más tarde, a Rusia. Reconociendo la potencia militar en que Japón se había convertido, Gran Bretaña firmó en 1902 un pacto militar con Japón y en 1911 las potencias occidentales rescindieron los tratados desiguales que habían limitado la capacidad del país para controlar sus propios aranceles. En 1910, Japón poseía ya la capacidad industrial y el saber hacer tecnológico para producir el mayor navío de guerra del mundo, el *Satsuma*. Mientras China e India continuaban su declive respecto a Occidente, la industrialización de Japón en 1900 era una señal temprana de que Occidente no continuaría dominando el mundo mediante el monopolio de la producción industrial y de que pronto comenzarían a verse las antiguas pautas de vitalidad asiática.

Como este breve repaso deja entrever, uno de los requisitos para la industrialización era un fuerte estado decidido a crear los principales requisitos materiales para hacerse con un ejército poderoso. Por razones distintas y en diferentes momentos, Francia, Alemania, Rusia y Japón lograron construir estados fuertes. Aquellas zonas del mundo cuyos estados eran débiles (por ejemplo, casi toda Amé-

rica Latina y el imperio otomano), se estaban debilitando (China) o habían sido colonizados (India, la mayor parte del sureste asiático y, como veremos, África) e incluso pueblos sin estado que pertenecían a imperios de los que pretendían independizarse (lo analizaremos a continuación), estaban condenados a permanecer en el antiguo régimen biológico y su máxima aspiración se limitaba a la capacidad de exportación de materias primas o alimentos al mundo industrializado.

La nueva dinámica del mundo industrial

En 1900, un ochenta por ciento de la producción industrial mundial procedía de Europa y Estados Unidos, Japón aportaba otro diez por ciento, China contribuía con un siete por ciento e India con un dos por ciento, suma que da un total de noventa y nueve por ciento de toda la producción industrial. Así pues, en los cien años transcurridos de 1800 a 1900, la situación se había invertido, de manera que Europa y Estados Unidos habían pasado a ocupar el lugar de honor que anteriormente habían ocupado India y China. Parte de la inmensa brecha abierta entre las regiones más ricas y las regiones más pobres puede explicarse, por tanto, por la industrialización y la liberación de algunas partes del mundo (en Europa, Estados Unidos y Japón) de las restricciones impuestas por el antiguo régimen biológico. Por supuesto, es más correcto decir que la producción industrial procedía de determinadas regiones, no de países enteros: partes de Nueva Inglaterra en Estados Unidos, Renania en Alemania, Milán en el norte de Italia, etcétera, pues incluso dentro de los países que se industrializaban seguía habiendo regiones empobrecidas.

En el antiguo régimen biológico, el tamaño y la calidad de las cosechas agrícolas determinaba la salud económica, la riqueza y el bienestar de la sociedad: cuanto mayor era la cosecha, había más alimentos, los salarios eran más bajos, la industria más competitiva,

etcétera. Y, naturalmente, también al contrario. Aunque el clima y sus caprichos tenían sin duda un gran impacto en la agricultura, el ingenio humano, la organización social y el trabajo duro podían minimizar los efectos climáticos adversos. Aun así, el antiguo régimen biológico marcaba el ritmo al que bailaban las economías agrarias.

No ocurría ni ocurre lo mismo en las nuevas economías industriales. Tras escapar a las restricciones del antiguo régimen biológico y a su dinámica, las nuevas economías industriales entraban en aguas ignotas que se fueron haciendo más inciertas a medida que Europa se industrializaba. Así, en el siglo XIX, el mundo industrial comenzó a experimentar un nuevo tipo de regulador de la actividad económica: la expansión y la quiebra. A medida que se iban construyendo más y más fábricas para producir los mismos bienes, especialmente en distintos países, había ocasiones en que la oferta global superaba sobradamente la demanda, provocando una caída de los precios a fin de reducir las existencias. Para bajar los precios, los competidores recortaban los salarios, lo que deprimía todavía más la demanda, al menos de los bienes de consumo, y provocaba una «recesión» o, dependiendo de lo que durara, una «depresión». La primera recesión se produjo en 1857, pero duró poco y enseguida se reanudó la expansión económica, que llegó hasta principios de la década de 1870. Entonces, en 1873, comenzó otra recesión que en este caso duró, en opinión de varios historiadores, hasta 1896: en esos veinte años, los precios en Gran Bretaña cayeron un cuarenta por ciento.

Hasta la década de 1870, la mayoría de los países industriales, siguiendo el ejemplo de Gran Bretaña, había favorecido el libre mercado internacional, pues todos se habían beneficiado de él de una manera u otra. Pero todo eso cambió con la depresión económica de 1873, tras la cual Alemania e Italia aumentaron sus aranceles para proteger su industria textil, países a los que siguieron en la década de 1890 Francia, Estados Unidos y, como ya hemos visto, Ru-

sia. Japón tenía prohibido por tratado aumentar sus aranceles. Como era de esperar, a consecuencia de los nuevos aranceles, las exportaciones británicas a Estados Unidos y a las regiones más industrializadas de Europa disminuyeron, desequilibrando gravemente la balanza de pagos en Gran Bretaña y alimentando en ese país las peticiones para que se instauraran aranceles proteccionistas. De haber ocurrido así, el mundo industrializado podría haber entrado en un período de fuerte contracción que lo habría llevado a algo parecido a los bloques comerciales exclusivos que surgieron en los años treinta tras la Gran Depresión, a los que siguieron los horrores de la segunda guerra mundial. El capitalismo global podría haber quedado estrangulado al poco de nacer.

No fue así gracias a que los enormes excedentes comerciales de Gran Bretaña con Asia, concretamente con India y China, que el comercio del opio había hecho posibles, impidieron que el sistema se estrellara. Gracias a esos enormes excedentes comerciales, Gran Bretaña pudo saldar sus deudas con Estados Unidos y Alemania y así mantener vivo allí, y en el resto de Europa, el desarrollo del capitalismo.[11] Sin duda alguna, el consumo de opio en China y el comercio británico con esta droga fue uno de los factores que mantuvieron en marcha la economía mundial capitalista durante la recesión de 1873-1896.

Aunque el mundo industrializado no sufrió un desplome económico que lo llevara a constituir bloques comerciales exclusivos —y probablemente enfrentados militarmente—, la depresión aumentó la competencia y la tensión entre los países que a finales del siglo XIX se estaban industrializando. Como veremos más tarde en este capítulo, todo ello contribuyó a un «nuevo imperialismo» histórico: los países europeos y Estados Unidos compitieron para apoderarse de grandes regiones del mundo a fin de crear o acrecentar su imperio colonial.

Las consecuencias sociales de la industrialización

La revolución industrial transformó, y todavía transforma, las pautas de la vida. Al igual que trece mil años antes la revolución agrícola había transformado las relaciones entre los seres humanos y de éstos con su ambiente, la revolución industrial transformó todo. El modo de producción industrial cambió el trabajo, la familia, las ciudades, el tiempo, la cultura, los valores y muchos otros aspectos. Aunque la manera concreta en que se desarrollaron estos cambios varió de un lugar a otro, existían grandes semejanzas: en lugar de campos y granjas, se levantaron fábricas; en lugar de estaciones y festivales anuales que marcaban el paso del tiempo, llegó la preocupación por la hora y se multiplicaron los cronómetros; en lugar de familias muy numerosas, familias pequeñas de pocos miembros, y en lugar de estabilidad, cambio.

Fábricas y trabajo

En un primer momento, la industrialización creó una nueva clase trabajadora que se concentró sobre todo en las ciudades en crecimiento. De hecho, una medida que se suele utilizar para valorar la industrialización de un país es el porcentaje de población que vive en ciudades. En el caso de Inglaterra, el cincuenta por ciento vivía en ciudades en 1850; en Alemania, este nivel se alcanzó en 1900; en Estados Unidos, en 1920, y en Japón, en 1930. Para los nuevos trabajadores, especialmente para los procedentes de las granjas, las fábricas imponían un nuevo concepto de trabajo. Las máquinas dictaban el ritmo de trabajo, los supervisores regulaban las horas para comer y para las funciones fisiológicas y los propietarios mantenían los salarios tan bajos como les fuera posible para asegurarse beneficios más elevados.

Las fábricas no eran lugares acogedores y difícilmente cabe imaginar que nadie escogiera trabajar en ellas en lugar de hacerlo al aire libre en los campos. Pero, al menos en Inglaterra,ya habían su-

cedido cambios en la agricultura que habían expulsado a un gran número de campesinos fuera de la tierra *antes* de que se produjera la revolución industrial, de manera que en Londres, por tanto, vagaba mucha gente pobre o con empleos precarios dispuesta a trabajar en las fábricas aunque los salarios apenas cubrieran sus necesidades básicas.

A causa de las miserables condiciones de trabajo, una de las principales tareas de «gestión» en la empresa consistía en «disciplinar» a la plantilla para adaptarla a los nuevos ritmos de su lugar de trabajo y asegurarse de que volverían al día siguiente. La dirección de las fábricas se convirtió de este modo en una nueva ocupación que sentó las bases de la nueva «clase media». En los primeros tiempos, gran parte de la fuerza de trabajo británica, especialmente en la industria textil, pero también en las minas, estaba compuesta por mujeres y niños cuyo manejo era más fácil. Si bien eso cambió con el tiempo y hacia 1900 ya había más hombres que mujeres en la clase trabajadora de Inglaterra, en Japón las mujeres jóvenes y las niñas constituían la base de la fuerza de trabajo textil y las familias rurales en apuros «contrataban» a sus hijas para que trabajaran en las fábricas textiles: el patriarca de la familia recibía un pago (en cuotas anuales) y las niñas recibían trabajo y la promesa de una vida en dormitorios seguros hasta que estuvieran preparadas para casarse.[12]

Mujeres y familias

La industrialización cambió la familia. En las sociedades agrarias, las familias campesinas eran las unidades de producción y consumo. La vida industrial urbana fue acabando progresivamente con la producción familiar y cambió los papeles y las relaciones entre hombres, mujeres y niños. Mientras que las mujeres y los niños al principio trabajaban en fábricas —dando lugar a los horrores descritos en las novelas de Charles Dickens, como *David Copperfield* y *Oliver Twist*—, más tarde la legislación que restringió el trabajo de mujeres y niños convirtió las fábricas en lugares de trabajo para los

hombres. El lugar de la mujer se redefinió en la casa, donde se ocupaba de las tareas domésticas, aunque podía aceptar trabajos de lavandería y otros semejantes para ayudar a llegar a fin de mes. Tras la prohibición de trabajar antes de los doce o trece años de edad, la tarea de los niños pasó a ser la de recibir una educación escolar elemental, de manera que fueron considerados no ya una fuente de ingresos sino un gasto, lo que contribuyó a reducir el número de hijos que las parejas casadas estaban dispuestas a tener, reduciendo el tamaño de las familias especialmente después de 1870.

Resistencia y revolución

Las fábricas eran campos de batalla de confrontaciones diarias, a veces leves y a veces graves, entre los trabajadores y los dueños o sus representantes. Aunque simple, no volver al trabajo era una forma de resistencia, pero equivalía a renunciar a la paga adeudada. También cabía reaccionar trabajando tan lentamente como fuera posible o saboteando la maquinaria para pararla, aunque sólo fuera un rato. Con el tiempo, los trabajadores descubrieron que con acciones colectivas podían conseguir mejores sueldos, mejores condiciones o la reducción de horas de trabajo, si bien sólo lo conseguían después de haber mantenido largas, amargas y a menudo sangrientas huelgas.[13]

No es de extrañar que los nuevos infiernos urbanos y las fábricas produjeran, aparte de bienes que inundaron los mercados mundiales, formas de resistencia organizada frente a las fábricas y al sistema capitalista. A quienes primero se opusieron les repugnaban las fábricas humeantes, los modos «no naturales» de trabajo y el impacto que tenía en la vida familiar, así que pedían formas más «naturales» de organizar el trabajo. El reto más riguroso y duradero al modo de producción capitalista nació de las ideas propuestas por Karl Marx y su estrecho colaborador Friedrich Engels.

Con la publicación de su *Manifiesto comunista* en 1848, Marx y Engels (cuyo padre era propietario de una fábrica textil) echaron el guante:

> Un espectro ronda por Europa, el espectro del comunismo ... La historia de todas las clases sociales existentes hasta ahora es la historia de la lucha de clases ... Nuestra época ... muestra ... este rasgo distintivo: ha simplificado los antagonismos de clase. La sociedad en su conjunto se divide cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la *burguesía* [la clase capitalista] y el *proletariado* [la clase trabajadora] ... Lo que la burguesía ... produce es, sobre todo, a sus propios sepultureros. La caída y victoria del proletariado es igualmente inevitable.[14]

Y durante algunos meses de 1848 pareció que las predicciones de Marx fueran a cumplirse. En toda Europa occidental las revueltas de la clase trabajadora derribaron gobiernos en Francia, en los estados italianos, en el imperio Habsburgo y en Suiza, amenazaron el orden establecido en España y Dinamarca e hicieron que se tambalearan en Irlanda, Grecia y Gran Bretaña. Aunque las demandas políticas de los rebeldes se dirigían sobre todo a una ampliación de los derechos democráticos de los trabajadores, la acomodada clase media y especialmente la clase capitalista de propietarios de fábricas se sintieron amenazadas y apoyaron la represión de las revueltas. En cualquier caso, la creciente división de la sociedad en clases enfrentadas, o siquiera la amenaza de que eso pudiera ocurrir, planteaba un grave problema a los gobernantes de los estados europeos.

Naciones y nacionalismo

Los estados o aquello a lo que hoy solemos referirnos como «gobiernos» han adoptado un gran número de formas a lo largo de la historia. En este libro hemos hablado sobre todo de imperios agrarios y conquistadores, especialmente en Asia y Mesoamérica, y sobre las diversas monarquías y principados de Europa y sus transformaciones en estados centralizados bajo la presión de la guerra. El proceso de «construcción de estados» en Europa, que se ha co-

mentado en el capítulo 4, tuvo como resultado, como se recordará, estados con territorios bastante grandes que tenían tanto la población como la riqueza para soportar las presiones de la competencia entre estados. En este sentido, los estados más prósperos durante los siglos XVII y XVIII fueron los construidos en Gran Bretaña y Francia.

En el siglo XIX, los estados sufrieron nuevos cambios, más semejantes en forma y función a los estados del siglo XX, y se vincularon a otra fuerza: la construcción de naciones, o nacionalismo, proceso que dio como resultado las actuales naciones-estado. A diferencia del concepto de estado moderno, la definición del concepto de nación es más esquiva, pues parece que siempre se encuentran excepciones. Pero comencemos por definir el estado moderno como un territorio (normalmente contiguo) a cuyos habitantes el gobierno administra por medio de burócratas asalariados, y no mediante intermediarios o representantes como por ejemplo aristócratas con su propia base de poder, a fin de hacer cumplir disposiciones administrativas e institucionales uniformes y escuchar a sus súbditos o ciudadanos generalmente a través de representantes (electos o no).[15] Especialmente importantes en la génesis del estado moderno fueron la Revolución francesa de 1789 y la difusión a otras partes de Europa de algunas de sus ideas, en concreto el derecho de las personas a ser «ciudadanos» políticamente activos en lugar de simples «súbditos» de su soberano, la necesidad de códigos administrativos universales y el contacto directo entre estado y ciudadanos; ideas que se extendieron gracias a la política expansionista de Napoleón a principios del siglo XIX (el Código napoleónico).

La idea de «nación» y «nacionalismo», por otro lado, surgió sólo después del nacimiento de los estados modernos y la sociedad industrial.[16] Los estados se enfrentaban al dilema, especialmente agudo después de que la Revolución francesa cuestionase todas las fuentes tradicionales de legitimación del estado (orden divino, sucesión dinástica o derecho histórico) y la garantía de lealtad al esta-

do y el sistema de gobierno. Esta cuestión se tornó crítica cuando la industrialización creó nuevas clases sociales, la clase capitalista y la clase trabajadora urbana, cuyas revueltas a principios del siglo XIX culminaron en las revoluciones de 1848. Ante los gobernantes de los estados europeos del siglo XIX se estaban abriendo grandes cismas entre sus pueblos y entre el pueblo y el estado que hacían peligrar la propia existencia de los estados.

Además, la industrialización creó nuevas formas de comunicación, sobre todo el ferrocarril y el telégrafo, que a su vez dieron origen a necesidades económicas y emocionales entre las personas que parecían compartir vínculos comunes de lenguaje y cultura pero no poseían un estado unificado, caso de los diversos estados alemanes e italianos. Así surgió la idea de que una «nación», es decir, un «pueblo» que comparte un lenguaje y una cultura comunes, debe tener un estado propio y unificado. Este tipo de nacionalismo alimentó en la Europa de 1830 a 1880 muchos movimientos de construcción de estados sobre la base de una «nación» y de «fronteras nacionales». El ejemplo más claro nos lo ofrece el nacionalista italiano Mazzini y su reclamación: «A cada nación un estado y sólo un estado para toda la nación».

Esta idea también llegó a los gobernantes de los estados que, presionados por los levantamientos revolucionarios desde las bases, vieron en ella una forma de asegurar la lealtad de «su pueblo». El problema al que se enfrentaban estos gobernantes, sin embargo, era doble: primero, cómo conseguir que su pueblo se identificara con una «nación» y, después, cómo vincular esa identidad al estado. Para ello resultaba especialmente útil la educación pública (al principio sólo primaria pero, a medida que avanzaba el siglo XX, también secundaria), como también lo eran los historiadores, quienes podían construir evocadoras «historias nacionales».[17]

Sin embargo, algunos estados territoriales habían sido construidos con más de una «nación» en su interior. Gran Bretaña se formó con la unión de Escocia e Inglaterra, pero también incluía a galeses

e irlandeses. El imperio ruso fue expandiéndose durante los siglos XVIII y XIX hasta el punto de llegar a conocerse como «la prisión de las nacionalidades». Los Balcanes eran un lugar especialmente espinoso para el imperio otomano, pues contaba con eslavos, serbios, croatas, bosnios, albaneses y macedonios bajo un gobierno turco. Una solución posible a este problema de las múltiples identidades o naciones dentro de un mismo estado era el aportado por Francia y Estados Unidos, países que en lugar de definir el «pueblo» en términos étnicos, religiosos o lingüísticos, lo definieron en términos políticos: «Son estadounidenses quienes deseen ser [estadounidenses]» y «La nacionalidad francesa es la ciudadanía francesa: la etnia, la historia, la lengua o dialecto hablado en cada casa, son irrelevantes para la definición de "la nación"».[18]

Esta forma de nacionalismo multiétnico, multilingüístico y multirreligioso como «opción política deliberada» menguó en el siglo XIX, sobre todo después de las décadas de 1870 y 1880. De un lado, tanto a los estados europeos como a Estados Unidos les resultó más conveniente inventar tradiciones e inculcarlas a sus poblaciones, creando así un nacionalismo imaginado pero no por ello menos real. De otro lado, los pueblos que se consideraban a sí mismos «naciones» sin estado, como los sionistas, los irlandeses y los serbios, comenzaron a luchar por sus propios estados. En suma, el nacionalismo de tipo exclusivo, étnico y cultural, el nacionalismo que reivindica la grandeza de su pueblo comenzó a dar forma a Europa en la segunda mitad del siglo XIX, contribuyendo a la manera en que los europeos se relacionaban con el resto del mundo, a las presiones que condujeron a la primera guerra mundial a principios del siglo XX y a la moderna nación-estado, con todas sus contradicciones, ambigüedades y poder sobre las personas.

El nacionalismo, la competencia económica entre estados europeos, las tensiones sociales internas que nacían de la industrialización, además de consideraciones estratégicas, provocaron varias guerras entre estados europeos durante el siglo XIX y guerras de ex-

pansión imperialista contra asiáticos y africanos durante los últimos treinta años del siglo. La mayor de las guerras entre estados europeos fue la guerra de Crimea de 1854-1856, que enfrentó a Rusia contra una alianza de Gran Bretaña, Francia y Turquía, cuyo resultado fue la muerte de más de seiscientos mil soldados de ambos bandos. La derrota de Rusia contribuyó a su decisión de eliminar la servidumbre e industrializarse. La guerra de Secesión de Estados Unidos (1860-1865) acabó con la vida de otros cientos de miles de hombres. Por último, las unificaciones nacionalistas de Italia y Alemania animaron otras cuatro guerras europeas que culminaron en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Así pues, el nacionalismo formaba parte de las tensiones existentes entre los estados europeos, ayudaba a reclutar a jóvenes para sus ejércitos y contribuía además al desarrollo de ideas racistas sobre la superioridad de los europeos y la inferioridad de otros, sobre todo africanos y asiáticos.

La lucha por África y China

Después de la guerra franco-prusiana, los europeos casi dejaron de librar guerras entre sí —al menos hasta que estalló la primera guerra mundial en 1914— y dirigieron su poder militar contra China, el sudeste asiático, Oriente Medio y África.[19] La competencia entre potencias europeas se desplazó, pues, hacia lo que hoy llamamos Tercer Mundo, contribuyendo así a un declive que lo condujo a su situación actual.

África

Durante siglos, a los europeos les había resultado casi imposible penetrar en África: diversas enfermedades endémicas de las regiones tropicales del continente, sobre todo la malaria, limitaban las ac-

tividades de los europeos que participaban en la trata de esclavos a algunos enclaves costeros libres de la enfermedad. En el siglo XIX, los barcos de vapor permitían acceder al interior de África a través de varios ríos, pero la malaria todavía mataba a la mayoría de los exploradores. Aunque la causa de la malaria y el medio de transmisión a través del mosquito no se descubrió hasta 1880 y 1897 respectivamente, un proceso de ensayo y error llevó a descubrir a mediados del siglo XIX que la corteza de la quina, un árbol sudamericano, contenía un sustancia, la quinina, que prevenía el contagio de la malaria. Los militares británicos plantaron con éxito semillas de quina en India y hacia la década de 1870 habían logrado aumentar enormemente el suministro de quinina para sus tropas. La subsiguiente «lucha por África» entre los europeos debió de comenzar en la década de 1870, impulsada por la inseguridad de los franceses tras haber sido derrotados por los alemanes en 1871, por un extraño y secreto plan del rey Leopoldo II de Bélgica[20] y por la determinación británica de proteger sus intereses coloniales en India, pero todas estas razones no habrían sido relevantes si no se hubiera descubierto que la quinina prevenía la malaria, si no se hubieran perfeccionado barcos de vapor capaces de remontar ríos o si con las nuevas tecnologías de armamento no se hubiera podido matar más y mejor. Las nuevas tecnologías fueron decisivas.

En capítulos anteriores hemos hablado de algunas mejoras tecnológicas del armamento, que se mantuvo bastante estable desde principios del siglo XVI hasta principios del siglo XIX y cuyo protagonista era el mosquete, que se cargaba por la boca del cañón. Volver a cargarlo requería varios minutos, echaba grandes humaredas cuando disparaba y era poco preciso incluso a pocos cientos de metros de distancia. Las tácticas militares tenían en cuenta todas estas deficiencias, pero obviamente disponer de armas de fuego más precisas, de más alcance y que no mostrasen la posición desde donde se había disparado supondría una gran mejora.

Esas mejoras se produjeron con rapidez después de 1850: pri-

mero se grabaron estrías (en inglés, *rifle*) en el alma del fusil para mejorar la precisión del tiro; más tarde se fabricaron cartuchos, primero de papel y después de cobre, que prendían con pólvora, explosivo que no humeaba al disparar, y que se insertaban en una recámara, y finalmente se idearon mecanismos para efectuar disparos de repetición. La guerra de Secesión de Estados Unidos y la carrera armamentista europea entre las décadas de 1860 y 1870 revolucionaron las armas de fuego y aumentaron enormemente la capacidad de los soldados europeos de matar con rapidez, a una distancia de hasta dos mil metros y bajo cualquier condición meteorológica. El no va más de la perfección se alcanzó en la década de 1880 con la invención de una ametralladora fiable a la que se dio el nombre de su inventor, Hiram Maxim.

Así pues, hacia la década de 1870, los europeos disponían de los «instrumentos del imperio» con los que enfrentarse a los africanos en su propia tierra y derrotarlos. Los africanos resistieron con tenacidad y coraje, pero su tecnología no podía competir con la Maxim. El caso más tristemente célebre y quizá con mayores bajas se produjo en la batalla de Omdurmán en 1898, cuando las tropas británicas se enfrentaron a cuarenta mil hombres del ejército de rebeldes mahdistas sudaneses. Tal como lo describió Winston Churchill, el futuro primer ministro británico, el ataque rebelde fue pronto rechazado por ametralladoras Maxim montadas sobre la cubierta de cañoneras en el río: «Los derviches que cargaban se hundían en marañas confusas. Las masas de la retaguardia se paraban sin saber qué hacer. Era demasiado peligroso, incluso para ellos». En la ribera, «la infantería [británica] disparaba sin parar y sin perturbarse, sin prisa ni agitación, pues el enemigo estaba lejos y los oficiales eran prudentes». A los sudaneses «del otro lado, las balas les atravesaban la carne, les rompían y astillaban los huesos; la sangre les salía a borbotones de las terribles heridas; hombres valientes seguían luchando en un infierno de hierro silbante, explosiones de obuses y estallidos de polvo: sufrimiento, desesperación y muerte».

Tras cinco horas de fuego, los ingleses habían perdido veinte soldados y habían muerto diez mil sudaneses.[21] Como decía el refrán:

> Pase lo que pase,
> nosotros tendremos la Maxim y ellos, no.[22]

Con tamaña ventaja tecnológica, en 1900 la mayor parte de África ya estaba repartida entre un puñado de potencias europeas, concretamente entre Gran Bretaña, Francia, Alemania y Bélgica, mientras Portugal se aferraba a su colonia de Angola, tomada en el siglo XVII. Sólo Etiopía, bajo el extraordinario liderazgo del rey Menelik, derrotó al estado más débil de Europa, Italia, y mantuvo su independencia.[23] (Véase el mapa 5.1.)

China

Si lo que alimentó los sueños imperialistas en África fue el sueño de grandes yacimientos de materias primas, el acceso al mercado chino animó los sueños imperialistas en China. Los industriales del algodón británicos soñaban que «si pudiéramos añadir ni que fuera una pulgada a la camisa de cada chino, mantendríamos las fábricas de Manchester en marcha para siempre». Aunque el mercado de «cuatrocientos millones de clientes» siempre consiguió eludir a los europeos, insistieron en su búsqueda de una China «abierta» durante todo el siglo XIX, culminando en la «lucha por las concesiones» a finales de siglo.

Después de la guerra del opio (1839-1842), China quedó desgarrada por una brutal guerra civil, la rebelión Taiping (1850-1865). Alimentada por campesinos empobrecidos y trabajadores desplazados y dirigida por un hombre que creía ser el hermano menor de Jesucristo con la misión de instaurar el Reino Celestial en la Tierra, los taipings estuvieron a punto de barrer del escenario de la historia

a los gobernantes manchúes del imperio chino. Con una combinación de proclamas a favor de un nuevo orden social más justo que descansara en la reforma agraria, la igualdad universal (entre pueblos, clases sociales y sexos) y la expulsión de los gobernantes manchúes, los taipings avanzaron desde el sur hasta tomar la capital meridional, Nanjing, a orillas del Yangtzé. De no haber sido por las disputas, los comportamientos extraños y las malas decisiones estratégicas tomadas por los líderes del movimiento taiping, la historia moderna de China podría haber sido muy distinta. Pero los terratenientes conservadores crearon su propio ejército, derrotaron a los taipings y salvaron el régimen manchú.

Debilitados por la guerra civil —se calcula que murieron veinte millones de personas—, renqueantes por culpa de los tratados impuestos por los británicos tras los dos guerras del opio y comprometidos con la restauración del antiguo régimen agrario para satisfacer las demandas de los terratenientes que salvaron la dinastía, los manchúes pusieron en marcha un programa de limitada modernización militar denominado «autofortalecimiento» para protegerse de agresiones extranjeras. Aunque China logró levantar con algún éxito un ejército aparentemente moderno, seguía estando sujeta a una constante presión exterior, no sólo británica, sino también rusa, francesa, alemana y, a medida que se fue industrializando, japonesa. Estos dos últimos fueron los responsables de encender la chispa de la «lucha por las concesiones» que condujo al reparto de China entre «las potencias» en 1900.

Pese a haberse industrializado tarde, Japón también albergaba sueños imperialistas de expansión y dirigió su atención a Corea y a la isla de Taiwan. Aunque China consideraba Corea parte de su sistema tributario y, por tanto, subordinada a ella, Corea tenía su propia política. Cuando las tensiones internas se avivaron y se sucedieron varias insurrecciones en las décadas de 1880 y 1890, los japoneses aprovecharon la oportunidad para apoyar el bando que se oponía a los chinos. En 1894, cuando China intervino, ajustándose al derecho que

creía ostentar, estalló la guerra entre China y Japón. Para sorpresa de la mayoría de los observadores, Japón derrotó con bastante facilidad a los chinos en una importante batalla naval que puso fin a la guerra.

Decidido a aprovechar su ventaja sobre un oponente debilitado y desmoralizado, Japón arrancó a los chinos numerosas concesiones, entre ellas una sustanciosa indemnización de trecientos millones de dólares, la isla de Taiwan y la península de Liaodong en Manchuria, la «independencia» de Corea —así Japón pudo ejercer en ella su propia influencia—y el derecho de los ciudadanos japoneses a abrir fábricas y explotar sus propias minas en China. Rusia, que se oponía a los intereses de Japón en Manchuria, pues allí tenía sus propios intereses por su expansión hacia Siberia, convenció a alemanes y franceses para que juntos obligaran a Japón a devolver Manchuria a la soberanía china.

Tras conseguirlo y humillar así a Japón, los regentes chinos se lo agradecieron a los rusos otorgándoles concesiones para desarrollar un ferrocarril en Manchuria. Los alemanes, que deseaban un puerto naval en China para igualarse a los británicos, los franceses y los rusos, pidieron a China una base como recompensa por haber contribuido a rechazar a los japoneses, pero se la negaron, si bien más tarde, en 1898, excusándose en el asesinato de dos misionarios alemanes en China, Alemania tomó un puerto en la península de Shandong y forzó a China a cedérselo en régimen de concesión durante noventa y nueve años. Esa mala jugada alemana desencadenó la «lucha por las concesiones»: el resto de potencias arrancaron concesiones por noventa y nueve años al gobierno chino, «rebanando China como un melón», según una expresión de aquella época. Hacia 1900 parecía que China también iba a ser dividida en tantas posesiones coloniales como África.

Sin embargo, Gran Bretaña necesitaba «comercio abierto» en China para mantener en marcha su imperio global. Por fortuna para los británicos, después de vencer en la guerra de 1898 contra España, Estados Unidos ya tenía presencia colonial en Filipinas, así que no re-

sultó difícil de convencer de que portara la antorcha del «comercio abierto» para todas las potencias en China. Estados Unidos articuló entonces la llamada «política de puertas abiertas» (1900) que, por varias razones y de manera bastante sorprendente, fue aceptada por las otras potencias, y cuyo objetivo era impedir la colonización de China y mantenerla abierta a fin de que pudieran explotarla en igualdad de condiciones todas las potencias, entre ellas Japón y Estados Unidos.

Las hambrunas provocadas por El Niño y la formación del Tercer Mundo

Aunque la industrialización, las mejoras en la tecnología militar, las maniobras estratégicas entre «las potencias» y la recesión económica que comenzó en la década de 1870 explican en buena parte el dominio de europeos, estadounidenses y japoneses sobre africanos, asiáticos y latinoamericanos, la formación del Tercer Mundo y de la brecha entre las partes industrializadas y no industrializadas del mundo también tuvo una dimensión ecológica.

Si en China fue el propio éxito de la economía durante el antiguo régimen biológico lo que comenzó a presionar las reservas forestales hacia 1800, provocando una grave deforestación a mediados del siglo XIX, en otras partes de Asia y de América Latina la deforestación se debió a otros procesos. En India, los bosques de la península se talaron mucho antes de que la población comenzase a crecer a mediados del siglo XIX. Los príncipes indios enfrentados talaban los bosques para impedir que se ocultaran en ellos sus enemigos, una política de «guerra ecológica» que los británicos adoptaron con gusto durante la colonización. Además, los campesinos desplazados también talaban bosques para roturar la tierra y, en las regiones más septentrionales, se comerciaba con madera. Todo ello contribuyó a que India quedara extensamente deforestada a finales del siglo XIX.[24]

En América Latina, otros procesos condujeron a una deforestación masiva. Allí fueron las potencias coloniales las que talaron los bosques, decididas a extraer materias primas y a transformar sus tierras en plantaciones de azúcar o café. En Brasil, los grandes bosques de la costa atlántica desaparecieron primero para abrir paso a plantaciones de azúcar y, más tarde, a principios del siglo XIX, los propietarios brasileños decidieron transformarlas en cafetales. En principio, el arbolillo del café (que no era autóctono, sino que procedía de Etiopía) podía plantarse y replantarse en la misma parcela siempre que se mantuviera fértil el suelo, pero los terratenientes preferían agotarlo y, cada treinta años, más o menos, talaban otra parcela de bosque virgen. «De este modo, el café fue avanzando por las tierras altas, generación tras generación, dejando a su paso nada más que colinas desnudas.»[25] En las islas caribeñas, los colonos franceses y británicos del siglo XVIII convirtieron tantos bosques en plantaciones de azúcar que incluso los observadores de la época advertían con preocupación que el clima de las islas estaba cambiando, haciéndose más seco con cada parcela de bosque talado.[26]

Todo ello llevó a que hacia el último cuarto del siglo XIX, grandes áreas de Asia y América Latina experimentaran daños ambientales importantes provocados por la deforestación y el agotamiento de la fertilidad del suelo.[27] Al tratarse de sociedades agrícolas, estos cambios supusieron una presión adicional sobre el antiguo régimen biológico, de manera que fueron más susceptibles a los extremos climáticos y a sufrir grandes hambrunas.

Generalmente las malas cosechas tenían alcance local, pero a finales del siglo XIX, un fenómeno climático que hoy conocemos como El Niño (o, en su denominación más científica, oscilación meridional de El Niño) se intensificó hasta alcanzar una magnitud desconocida en quinientos años que afectó a amplias zonas del planeta. Mientras que El Niño trae lluvias excesivas al cinturón de trigo de América del Norte y no afecta a Europa, en grandes regiones de Asia, regiones del norte y oeste de África y del noreste de Brasil pro-

voca sequías y, en Argentina, inundaciones. En tres ocasiones (1876-1879, 1889-1891 y 1896-1902), las sequías provocadas por El Niño afectaron profundamente al futuro Tercer Mundo. El particular modo en que El Niño afecta a Asia, África, América Latina y América del Norte, unido a una economía global concebida para beneficiar a las zonas industrializadas de Europa y América del Norte y a la agresión del «nuevo imperialismo» contra asiáticos y africanos se combinaron en una coyuntura histórica de proporciones mundiales que llevó el hambre y la muerte a millones de personas.

Se estima que en conjunto murieron de treinta a cincuenta millones de personas como consecuencia de las terribles hambrunas que asolaron Asia y zonas de África y América Latina, pero estas muertes no tuvieron su origen simplemente en los efectos naturales de El Niño, por fuertes que éstos fueran a finales del siglo XIX. Como bien describe el historiador Mike Davis en una obra reciente, estas tremendas hambrunas de alcance global se produjeron por la conjunción de El Niño y la nueva economía mundial dominada por Europa, cuyo resultado fue el empobrecimiento de vastas regiones del mundo y la conversión de gran parte de Asia, África y América Latina en «Tercer Mundo». En Asia, los gobiernos no fueron capaces o no estuvieron dispuestos a actuar para aliviar los desastres. Los gobernantes coloniales británicos de India tenían más interés en garantizar el «libre mercado» y los réditos de la colonia que en impedir el hambre y la muerte por inanición o enfermedad. La gente moría mientras los ferrocarriles se cargaban de trigo destinado a ser consumido en Gran Bretaña, y las autoridades coloniales rechazaban las ayudas contra el hambre por considerar que debilitaban el «carácter» y promovían la pereza y la desidia. En China, el gobierno manchú, tras redirigir sus recursos y su atención de las zonas de interior a las costeras, donde la presión extranjera era mayor, no disponía ni de la capacidad ni de los recursos para llevar cereales a la aislada provincia de Shanxi, donde la sequía y el hambre eran más graves. De igual modo, en Angola, Egipto, Argelia, Corea, Vietnam, Etio-

pía, Sudán y Brasil, las sequías provocadas por El Niño contribuyeron a las hambrunas que debilitaron a esas sociedades y a sus gobiernos, lo que invitó a que llegaran nuevas oleadas de expansión y consolidación imperialista.[28] La brecha abierta entre el mundo industrializado y el futuro Tercer Mundo ya había cristalizado.

Aunque pueda parecer un accidente histórico que El Niño de finales del siglo XIX golpeara con fuerza a asiáticos, africanos y latinoamericanos mientras mejoraba las cosechas en el Medio Oeste de Estados Unidos y pasaba de largo en Europa, la verdad es que su impacto socioeconómico fue el resultado de los procesos históricos que se han discutido en este capítulo y el anterior. Todos ellos afectaron de forma adversa a regiones cuyos estados eran débiles —y normalmente debilitados por la agresión imperialista—, que se mostraban incapaces de industrializar o proporcionar ayuda a su población para paliar la hambruna, o cuyos gobiernos coloniales —concretamente el británico en India— siguieron políticas que obtuvieron los mismos resultados. En cualquier caso, a principios del siglo XX grandes partes del mundo y de sus pueblos estaban condenadas a defenderse lo mejor que podían de los peores efectos del antiguo régimen biológico. No debe sorprender entonces que la esperanza de vida y las oportunidades de sus habitantes fuesen muy inferiores a las de quienes vivían en las partes industrializadas del mundo. «La brecha» era, y sigue siendo, una cuestión de vida o muerte.

El darwinismo social y el eurocentrismo pagado de sí mismo

Hacia 1900, los europeos y sus descendientes norteamericanos controlaban, de forma directa o indirecta, la mayor parte del mundo y no sólo eran conscientes de ello sino que concretamente los británicos lo celebraron en todo su imperio con ocasión del quincuagési-

mo y sexagésimo aniversario del reinado de la reina Victoria en 1887 y 1897, justo cuando asolaban las hambrunas de finales del siglo XIX que acabamos de comentar. Con los avances de la ciencia desde mediados del siglo XIX, la facilidad con que las ametralladoras Maxim mataban sudaneses y las muertes por hambrunas de millones de asiáticos, algunos europeos creían tener una explicación científica para el ascenso de Occidente y el «retraso» de asiáticos, africanos y latinoamericanos: el determinismo social y la eugenesia o racismo científico.

En su famosa obra de 1859, *El origen de las especies*, Charles Darwin había argumentado que por selección natural unas especies evolucionan, aparecen otras nuevas y sólo sobreviven las más aptas. Darwin extendió sus argumentos a los seres humanos, cuyos orígenes buscó en las familias de los simios. Más tarde, a finales del siglo XIX, las ideas de Darwin sobre la evolución vegetal y animal se aplicaron a las sociedades. El darwinismo «social» pretendía explicar por qué algunos pueblos eran ricos y otros pobres (virtud contra desidia) y por qué algunas sociedades eran «avanzadas» y otras «retrasadas».[29] Ante la evidencia de africanos que parecían caerse muertos a la vista de los europeos, de indios (de India y de América del Norte) y chinos que morían a millones de enfermedades durante las hambrunas de El Niño, la idea de que la evolución podía aplicarse a la sociedad y a las relaciones entre distintas razas ganó crédito entre muchos europeos y estadounidenses. Según Herbert Spencer, el más destacado defensor del darwinismo social, la selección natural podía explicar igual a los millonarios que a los europeos, sobre todo los blancos del norte:

> La pobreza de los incapaces, las aflicciones que embargan a los imprudentes, la inanición de los holgazanes y esos empujones con que los fuertes desplazan a los débiles que dejan a tantos en la penuria y la miseria, se ajustan a los decretos de una benevolencia más alta y clarividente.[30]

Para los darwinistas sociales, los pobres, los asiáticos, los africanos y los indígenas americanos merecían sus tristes destinos: era «lo natural». En un mundo en el que se hacían dolorosamente evidentes las brechas que se abrían entre ricos y pobres en las sociedades europeas y norteamericanas y entre las regiones más ricas y las más pobres del mundo, el darwinismo social era una ideología reconfortante para quienes disfrutaban de estar en la cima del mundo.

En América Latina, sobre todo en México y en Brasil, países gobernados por descendientes europeos de raza blanca, resultó atractivo extender la idea del darwinismo social de una determinada manera: la eugenesia, que en su origen era la propagación selectiva de plantas y animales para producir las mejores razas, se aplicó a la creencia de que las condiciones de los seres humanos podían mejorarse *únicamente* por medio de la manipulación genética, incrementando los rasgos valiosos asociados con los europeos del norte y eliminando los rasgos asociados con los pobres y los de raza no blanca. Así, para «mejorar» sus poblaciones, los gobiernos de México y Brasil se embarcaron en programas que incentivaban la migración de europeos de raza blanca a sus países, con la intención de «aclarar» el color de sus poblaciones como quien añade un poco de leche al café. En Europa y en Estados Unidos, la eugenesia contribuyó a fijar ideas racistas sobre la superioridad natural de los blancos y la inferioridad de los europeos del sur y del este y, naturalmente, de los asiáticos, los africanos y los indígenas americanos. Y, por supuesto, en el siglo XX este tipo de seudociencia se convirtió en genocidio en las manos del dirigente nazi Adolf Hitler.

Conclusión

Y así cerramos el círculo, con la elaboración a principios del siglo XX de explicaciones del ascenso de Occidente que hoy nos parecen estúpidas y peligrosas pero que entonces muchos habitantes de

las zonas más ricas y poderosas del mundo aceptaban como «la verdad». Por supuesto, hoy podemos ver que esas ideas (discutidas con mayor detalle en la introducción) son más ideología que verdad histórica. Y es que el ascenso de Occidente es más el relato de cómo algunos estados y pueblos se beneficiaron de eventos históricos contingentes y de la geografía para, en momentos clave de la historia (las coyunturas históricas), dominar a otros y acumular riqueza y poder. Ésa es toda su miseria y, si asumimos la naturaleza contingente de la riqueza, el poder y el privilegio de Occidente, quienes se han beneficiado de ello deberían aceptar con humildad las verdaderas fuentes de su fortuna y quienes no se han beneficiado deberían hallar consuelo en la idea de que otras contingencias podrán favorecerlos en el futuro. Europa no ha sido siempre dominante, ni siquiera está destinada a serlo, por mucho que las ideologías eurocéntricas del último siglo hayan propugnado ese mito.[31]

Capítulo 6

LA GRAN DESVIACIÓN

Introducción al siglo XX

Hacia 1900 ya se habían configurado los principales elementos del mundo moderno. Las naciones-estado se habían convertido en el tipo de organización de mayor éxito para controlar un territorio y casi toda Europa y América lo había adoptado. Algunas de esas naciones-estado se habían industrializado (especialmente Europa occidental, Estados Unidos y Japón) y habían llegado a dominar su nuevo poder industrial con fines económicos y militares imperialistas, colonizando la mayor parte de África y buena parte de Asia. Los europeos, los estadounidenses y los japoneses habían desarrollado ideas racistas sobre su superioridad —los blancos en su misión «civilizadora» cristiana unida al darwinismo social, los japoneses en su presunto carácter único en Asia— que contribuyeron a sus programas de colonización y a la creencia de que el orden mundial era como debía ser: ellos debían estar en la cima.[1]

Pero el siglo XX trajo consigo cambios importantes. Aunque todavía vivimos en un mundo de naciones-estado, industria y una creciente brecha entre las zonas más ricas y las más pobres del mundo, a principios del siglo XXI el mundo se diferencia de una manera fun-

damental del mundo de principios del esiglo XX. Durante el último siglo, se han desarrollado nuevas industrias que han reestructurado de manera drástica el mundo industrial:: el petróleo y el automóvil, la electricidad y el teléfono, la radio, lan televisión y los ordenadores, los motores y el avión, los reactoress y los viajes por el espacio, así como las lavadoras y las aspiradoraas o la teoría patogénica de las enfermedades y las vacunas, por mencionar sólo algunos de los descubrimientos científicos que han tramsformado las vidas en todo el mundo. Todas estas innovaciones crearon patrones de consumo que necesitaban una energía obtenida mediante la quema de grandes cantidades de combustibles fósiles baratos.[2]

Además de los cambios tecnológicos, a mediados del siglo XX los estados de Europa occidental fueron desplazados de su posición de dominio. La primera guerra mundial (1914-1918) sacudió hasta sus cimientos el orden imperialista que reinaba a finales del siglo XIX y ello conllevó graves consecuencias, pues ayudó a configurar el siglo XX como un siglo de guerra y violencia. Pero fue la segunda guerra mundial (1939-1945) la que no sólo destruyó el antiguo orden colonial europeo sino también el nuevo imperio japonés, dando origen a un mundo dividido dominado por dos superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética. Durante el siglo XX, murieron casi doscientos millones de personas en guerras, revoluciones, genocidios y otras atrocidades causadas por el hombre.[3] Dos guerras mundiales separadas por un descalabro económico mundial configuraron los treinta años de crisis de 1914 a 1945. Esta «crisis de los treinta años» del mundo moderno puso fin al dominio global de Europa y al imperio asiático de Japón, desbrozó el camino para el ascenso de dos nuevas superpotencias (Estados Unidos y la Unión Soviética) y para su «guerra fría» y dio origen a toda una serie de nuevos estados independientes formados a partir de antiguas colonias que intentaron desentrañar los secretos del desarrollo industrial.

En dos grandes oleadas, una después de la segunda guerra mundial en 1945 y la otra al final de la guerra fría en 1991, el mundo se

fue conectando cada vez más: ideas, capital y fuerza de trabajo comenzaron a moverse con mayor rapidez y facilidad por todo el mundo. Esta globalización, que se produjo sobre todo bajo los auspicios de Estados Unidos y con el fin específico de extender el capitalismo y sus instituciones, ha beneficiado a algunos, pero no a la mayoría, de manera que continúa abierta y se amplía la brecha entre las zonas más ricas y las más pobres del mundo.

Entre los grandes cambios que ha experimentado el mundo moderno en el siglo XX, y quizá el más significativo a largo plazo, destaca el impacto de los seres humanos sobre el medio ambiente. En la persecución de un desarrollo económico rápido tanto en el mundo capitalista como en el socialista y en el Tercer Mundo, las relaciones entre los seres humanos y su entorno natural han cambiado hasta el punto que hoy las actividades humanas afectan a procesos ecológicos globales. Del mismo modo que la utilización de combustibles fósiles en el siglo XIX liberó de restricciones naturales a la producción industrial y al crecimiento económico, en el siglo XX los abonos sintéticos incrementaron la producción de alimentos y así aceleraron el crecimiento demográfico. La combinación del rápido crecimiento industrial y demográfico durante el siglo XX marca una «gran desviación» de los seres humanos y su historia respecto a los ritmos y las restricciones que imponía el antiguo régimen biológico. Esa historia comienza con la invención del abono sintético.

NITRÓGENO, PÓLVORA Y ABONOS

En el amanecer del siglo XX, el darwinismo social y el racismo cegaron los ojos de los europeos a dos peligros. En primer lugar, no podían creer que las razas «avanzadas, progresivas y civilizadas» del mundo, es decir, los blancos, pudieran enfrentarse en guerras entre ellos, pero ese mito se vino abajo con la primera guerra mundial y, con él, la idea de la Europa omnipotente. En segundo lugar,

no podían imaginar que los pueblos pobres y atrasados, negros, morenos o amarillos, pudieran llegar nunca a desafiar militarmente a sus señores europeos. Ese mito comenzó a venirse abajo en 1905, cuando Japón derrotó a Rusia, pero haría falta vencer revoluciones y guerras contra los europeos para disiparlo del todo y echar abajo el antiguo orden colonial. Una de las principales razones por las que las guerras del siglo XX fueron tan destructivas es que la maquinaria de la muerte se había industrializado.

Lo peculiar de las tecnologías de la guerra que los estados imperialistas blandieron contra asiáticos, africanos e indígenas americanos durante el siglo XIX es que la fabricación de un elemento crucial, la pólvora, dependía de procesos naturales extremadamente lentos. Pese a todo el acero, el vapor y las armas de fuego que vomitaban sus fábricas, los europeos no podían fabricar nitratos, la sustancia que hace explotar la pólvora: tenían que buscar nitrato en el mundo natural. El elemento crítico de los nitratos es el nitrógeno, y aunque los científicos europeos lo sabían, tenían dificultades en descubrir cómo tomar el nitrógeno del aire y «fijarlo» en una sustancia sólida utilizable.[4] Paradójicamente, el carbón, el vapor, el hierro y el acero habían permitido a los países industriales escapar a algunas de las limitaciones del antiguo régimen biológico, pero la pólvora que utilizaban para dominar al resto del mundo todavía dependía de aquel régimen.

El nitrógeno es esencial para el crecimiento de las plantas y para la síntesis de los aminoácidos que sostienen la vida animal, incluida la humana. La vida en la Tierra forma parte de un ciclo global por el cual el nitrógeno, que se halla en vastas cantidades en la atmósfera, se hace disponible para las plantas y, a través de ellas, para los animales. Ciertas plantas (legumbres como las judías, los cacahuetes y el trébol) fijan nitrógeno en el suelo y éste ayuda a fertilizar los campos y mejorar las cosechas, proporcionando así más alimentos a los seres humanos. En la atmósfera los rayos también pueden producir pequeñas cantidades de nitrato. Pero las principales acumula-

ciones de nitrato que se encuentran en la naturaleza tienen su origen en excrementos animales. Conocedores de ello, desde hace mucho tiempo los campesinos de todo el mundo han aplicado estiércol animal y humano a sus campos. Estas reservas naturales de nitrógeno sustentaban la vida, pero también restringían el tamaño de la población al limitar la cantidad de alimento que se podía producir. Mientras los seres humanos dependieran de la naturaleza para obtener nitrógeno, estarían limitados por los ritmos y procesos del antiguo régimen biológico.

Es irónico que la misma sustancia, el nitrato, fuese esencial para aumentar la producción agrícola y *también* para fabricar explosivos.[5] Y paradójico que tanto el tamaño de la población mundial como su capacidad bélica moderna dependieran de la naturaleza y estuvieran limitados por ella. Este hecho condujo a una búsqueda global de depósitos naturales de nitratos, que se encontraban sobre todo en el guano de murciélagos y aves. El guano es materia excrementicia que, en ciertas condiciones —la lluvia lo disolvería y también el preciado nitrato—, puede acumularse durante mucho tiempo. El guano de murciélago se acumula en algunas cuevas, de donde podía extraerse para fabricar fertilizantes y, durante el siglo XIX, pólvora, pero los mayores depósitos de guano eran los excrementos acumulados durante miles o quizá millones de años en las áridas islas Chincha situadas a unos pocos kilómetros de la costa de Perú.

El primer terrón de guano lo trajo a Europa en 1804 el naturalista y explorador alemán Alexander von Humboldt y posteriormente se extrajo en cantidades cada vez mayores y fue exportado por mercantes británicos. Hacia 1890 los depósitos de guano peruano casi se habían agotado, pero se encontró otra fuente natural (el nitrato de sodio o « nitrato de Chile») que podía explotarse en el sur de Perú; en 1879 Chile había ido a la guerra contra Perú con el objetivo de controlar las minas de nitrato, que comenzó a exportar a los países industrializados necesitados de esa sal para preparar abonos y pólvora. En 1900, por ejemplo, Estados Unidos utilizó aproximada-

mente la mitad de sus importaciones de nitrato sódico de Chile para fabricar explosivos. ¿Alimentos o explosivos? Para las potencias imperialistas del mundo ése era un grave dilema que se vio agravado por el hecho de que Chile tenía el monopolio de la mayor fuente natural de nitrato de sodio. Además, para que la sal llegase de Chile a Europa o Estados Unidos, tenía que transportarse por barco. Por tanto, la potencia naval de un país era esencial para mantener su suministro de nitrato de sodio, de manera que una potencia imperialista vulnerable a un bloqueo naval podía verse seriamente debilitada si su producción de alimentos y su industria de municiones dependían del nitrato de Chile, dependencia especialmente grave en el caso de Alemania. Y fue Alemania el país que a principios del siglo XX llevó a cabo la búsqueda más intensa de un método industrial de producción de nitrato.

No es que los científicos de otras naciones no fuesen conscientes de la importancia del problema, pues sin duda lo eran, pero la vulnerabilidad de Alemania hacía que resolver ese problema fuera más urgente. En 1909 un químico llamado Fritz Haber logró sintetizar en su laboratorio amoníaco, un gas que contiene nitrógeno del que se puede obtener fácilmente nitrato, y un año más tarde Carl Bosch, de la firma alemana BASF, consiguió solucionar los problemas asociados a su producción industrial. El proceso de síntesis de amoníaco que hoy conocemos como proceso Haber-Bosch cambiaría el curso de la historia.

La síntesis de amoníaco hizo posible el crecimiento de la población mundial. Junto a la expansión de la agricultura, los fertilizantes procedentes del guano y del nitrato de Chile habían permitido que la población mundial pasase de mil millones en 1800 a mil seiscientos millones en 1900, pero entonces casi todas las tierras cultivables del mundo ya estaban bajo el arado, de modo que la manera más fácil de aumentar la producción de alimentos era mediante la aplicación de más abonos. Y no hay que olvidar que los depósitos naturales de guano ya estaban casi agotados y la competencia mili-

tar hacía que una fracción sustancial del nitrato de Chile se destinara a la industria de municiones de diversos países. Un estudioso del tema ha llegado a la conclusión de que utilizando sólo los materiales y las técnicas disponibles en el antiguo régimen biológico para incrementar la producción agrícola, la población mundial podría haber llegado como mucho a los tres mil ochocientos millones de habitantes. El proceso Haber-Bosch de síntesis de amoníaco hizo posible un aumento de la disponibilidad de alimentos suficiente para permitir un aumento de la población mundial hasta los seis mil doscientos millones de la actualidad. Dicho de otro modo, durante el siglo XX la población mundial pasó de mil seiscientos a seis mil doscientos millones de habitantes (cuatro mil seiscientos millones de personas más) gracias sobre todo al proceso Haber-Bosch. Ese aumento de la población mundial bastaría para calificar al siglo XX de único en la historia de la humanidad.[6] La síntesis de amoníaco y la consiguiente producción mundial de fertilizantes hizo que el crecimiento de la población humana traspasara los límites naturales del antiguo régimen biológico. Más aún, también hizo posible la producción industrial de explosivos y, como Alemania fue la primera en utilizar esta nueva tecnología, aumentó la confianza de sus líderes militares. Y ése sería uno de los factores cruciales que contribuyeron al estallido de la guerra en 1914.

La crisis de los treinta años (1914-1945)

En 1900 apenas quedaba nada en el mundo que las potencias imperialistas pudieran dominar: las mayores extensiones todavía no reclamadas pertenecían a los imperios chino y otomano. Por lo que respecta a China, la «política de puertas abiertas» de 1900 llevó a las potencias imperialistas a pensar que un estado chino débil les permitiría disfrutar de los beneficios de sus «esferas de influencia» sin que ninguno de ellos tuviera que conquistar y gobernar China,

una empresa difícil dada la competencia entre potencias, entre ellas Estados Unidos y Japón, por dominar la región. La esperanza era que la aceptación de la «política de puertas abiertas» enfriara la competencia entre las potencias imperialistas en Asia y eliminara una enojosa causa posible de guerra.

La primera guerra mundial

La guerra entre las potencias europeas terminó estallando de todos modos, pero la chispa no saltó en Asia sino en los Balcanes. En julio de 1914, un nacionalista serbio asesinó al heredero al trono de Austria, el archiduque Francisco Fernando, y a su esposa mientras visitaban la ciudad de Sarajevo, un centro administrativo de Bosnia, que poco antes había sido anexionado al imperio austrohúngaro. Con el apoyo de Alemania y la intención de provocar una guerra que les permitiera ampliar su imperio, Austria envió un ultimátum a Serbia, que recibió el apoyo de Rusia.

Lo que hizo que esta pequeña confrontación en los Balcanes resultara explosiva fue que desde hacía años las rivalidades imperialistas y las políticas del poder en Europa habían llevado a que se estableciera un sistema de alianzas alimentado sobre todo por los temores de franceses y rusos ante el creciente poder económico y militar de Alemania. A principios del siglo XX, Gran Bretaña se unió a Francia y Rusia para formar la «Triple Entente», mientras que Alemania y el imperio autrohúngaro constituyeron las «Potencias Centrales». Austria contaba, por tanto, con el apoyo de Alemania para atacar Serbia, mientras que el apoyo de Rusia a Serbia pronto implicó a Francia y Gran Bretaña en el conflicto.

Poco después de que Rusia y Alemania movilizaran sus ejércitos para apoyar a sus aliados, toda Europa estaba en guerra. Entonces Japón, el nuevo aliado de Gran Bretaña en Asia, declaró la guerra a las Potencias Centrales, el imperio otomano se situó en el

bando alemán por miedo a ser dividido por las potencias de la Triple Entente, los dominios de Gran Bretaña (Canadá, Australia y Nueva Zelanda) se movilizaron, Gran Bretaña y Francia también movilizaron ejércitos y recursos desde sus colonias y pronto todo el mundo, con la excepción del continente americano, estaba en guerra o movilizado en apoyo de la guerra que los estados europeos mantenían entre ellos. Y en 1917 también Estados Unidos, hasta entonces apartado de las autodestructivas guerras de los europeos en el Atlántico, entró en guerra en el bando de Gran Bretaña y sus aliados. Cuando se firmó un armisticio, el 11 de noviembre de 1918, habían muerto más de diez millones de soldados y más de veinte millones habían quedado mutilados, ciegos o con alguna otra secuela.

Fue el conflicto más sangriento de toda la historia, en gran parte debido a que la industrialización había hecho la guerra más destructiva que nunca. No es sólo que el invento de Fritz Haber hubiera librado la producción de explosivos de los límites que le imponía la naturaleza,[7] sino que el mismo Haber había descubierto cómo fabricar varios gases tóxicos que se utilizaron en la guerra de trincheras de la primera guerra mundial y que más tarde utilizaría Hitler en los campos de exterminio. Los tanques, submarinos y grandes buques de guerra aumentaron la carnicería.

Desde una perspectiva histórica a largo plazo, la «Gran Guerra», como entonces se conocía la primera guerra mundial, fue el principio del fin del orden mundial dominado por los europeos, un fin que todavía iba a necesitar la Gran Depresión y otra guerra mundial para completarse. Pero cuando acabó la primera guerra mundial, ese resultado no era evidente.

La entrada en 1917 de Estados Unidos del lado de Gran Bretaña y Francia fue decisiva para la derrota de Alemania y Austria. Estados Unidos aportó a la guerra tropas, material bélico y una economía industrial extraordinariamente productiva. La guerra le costó más de cien mil muertos y doscientos mil heridos, un número no

muy elevado comparado con las bajas sufridas por los principales contendientes europeos, pero suficiente para garantizarle un lugar en la Conferencia de Paz de Versalles en la que se establecieron los términos del fin de la guerra. Alemania no se había rendido, pero había accedido a un armisticio y por ello confiaba en tener voz en lo que le fuera a ocurrir después del conflicto, pero no fue así: los perdedores fueron tratados como perdedores. Las colonias británicas y francesas que habían luchado en la guerra junto a sus gobernantes coloniales pensaron que recibirían un mejor trato, sobre todo después de conocer los «catorce puntos» del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, que incluían una petición de respeto de los derechos soberanos de las naciones, pero tampoco eso iba a suceder. Los diversos pueblos árabes que británicos y franceses habían animado a rebelarse contra el imperio otomano con promesas de independencia también quedaron desengañados. Y China, que había entrado en la guerra del lado de Gran Bretaña y Francia —había enviado jóvenes a Francia para trabajar en las fábricas— con la esperanza de recuperar el control de las concesiones alemanas en la provincia de Shandong, aprendió otra lección.

En lugar de un acuerdo más equitativo, implícito en todas esas esperanzas y aspiraciones, Gran Bretaña, Francia y Japón se comportaron como imperialistas victoriosos cuya principal tarea fuera sacar la mejor tajada del botín de guerra: Francia recuperó de Alemania la región de Alsacia-Lorena; Alemania fue obligada a pagar colosales reparaciones de guerra; el imperio austrohúngaro fue desmantelado y de él nacieron los nuevos estados de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia; Polonia volvió a constituirse, anexionándose regiones de Alemania, y China no recuperó la península de Shandong de la derrotada Alemania, sino que pasó a ser controlada por Japón, que había entrado en la guerra en el bando victorioso.

Una vez formada la Sociedad de las Naciones, Gran Bretaña y Francia se sirvieron de ella para obtener «mandatos» destinados a controlar los restos del imperio otomano en Oriente Medio: Francia

se hizo con Siria, Inglaterra obtuvo Irak y ni los árabes palestinos ni los judíos sionistas se quedaron con Palestina, que se convirtió en un territorio bajo mandato británico. Los vietnamitas, que habían apoyado a los franceses, y los indios, que habían dado su apoyo a los británicos, también fueron acallados por sus respectivas potencias coloniales. No obstante, las acciones de las potencias imperialistas victoriosas tras finalizar la primera guerra mundial despertaron tremendas reacciones: el creciente resentimiento de los alemanes sirvió de sostén a Adolf Hitler y los movimientos de independencia nacional alimentaron la oposición al imperialismo y al colonialismo.

Revoluciones

Además, en Rusia, en 1917 la revolución bolchevique plantó cara al propio orden capitalista. Bajo el liderato de V. I. Lenin, los bolcheviques tomaron el poder en octubre de 1917 después de que el régimen zarista se derrumbara y, dadas las desastrosas derrotas de la primera guerra mundial, enseguida firmó un acuerdo de paz con Alemania que sacó a Rusia de la guerra. Pese a la intervención armada y la guerra civil subsiguiente, los bolcheviques instauraron el primer estado del mundo con gobierno comunista con el objetivo declarado de implantar el socialismo y asistir al fin del mundo capitalista. Tras la muerte de Lenin en 1923, Iósiv Stalin consolidó el poder y llevó a la Unión Soviética a un plan relámpago de industrialización, que denominó «socialismo en un solo país», y que dependía exclusivamente de los recursos rusos y en mantener tan poco contacto como fuera posible con el mundo capitalista.

Años antes y después de la primera guerra mundial, la revolución no sacudió sólo a Rusia, sino también a otras partes del mundo. En México, una reforma moderada en 1910 fue seguida por revueltas campesinas dirigidas por Emiliano Zapata en el sur y Pancho Vi-

lla en el norte que alimentaron la revolución mexicana (1910-1920), la cual dio pie a una reforma agraria y limitó la propiedad extranjera de recursos naturales mexicanos. En China, los revolucionarios derrocaron a la dinastía manchú en 1911 y, tras una década de confusa política de los señores de la guerra, se fundaron dos nuevos partidos políticos con objetivos explícitamente nacionalistas. Los revolucionarios, que cooperaron durante los años veinte para acabar con los señores de la guerra, amenazaron con romper el control imperialista de los sectores modernos de la economía china. Mientras tanto, en Italia nacía un nuevo movimiento anticomunista, el fascismo, que también prometía eludir las miserias del capitalismo promoviendo la unidad nacional y el poder del estado bajo un fuerte líder, Benito Mussolini.

Movimientos de independencia colonial

En la posguerra, los desafíos que se plantearon al orden mundial imperialista no procedieron únicamente de los movimientos revolucionarios que se produjeron en Rusia, China, México e Italia, sino también de los movimientos de independencia de las colonias europeas, especialmente en India. Allí, Mohandas Gandhi creó un movimiento no violento de independencia que hacía hincapié en los boicots a los bienes británicos, sobre todo a los tejidos de algodón, y a la sal. Había nacido la desobediencia civil. Gandhi infringía las leyes coloniales invitando así a las autoridades a su encarcelamiento, todo ello en nombre de la independencia india. Gandhi, que era hindú, recalcaba el carácter multiétnico del movimiento anticolonial y, por ello, insistió en que su Partido del Congreso incluyese musulmanes y sijs en posiciones de liderazgo.

A la vista de los contratiempos y las divisiones entre las potencias imperialistas durante la primera guerra mundial, el nacionalismo alimentó movimientos de independencia antiimperialistas y an-

ticolonialistas no sólo en India, sino también en Egipto, Vietnam y Palestina. El nacionalismo, que en el siglo XIX se había limitado a Europa y Japón, en el siglo XX se convirtió en una fuerza mundial. Mientras que en Europa el nacionalismo era en su mayor parte una fuerza conservadora que resaltaba la cultura, lengua y religión comunes para atemperar los conflictos de clase que habían crecido con la industrialización, en Asia y África el nacionalismo iba a adquirir un contenido antiimperialista explícito que a menudo alimentaría movimientos revolucionarios. Se estaba desafiando al mundo moderno.

¿Normalidad?

La primera guerra mundial había llevado al sistema mundial capitalista a un punto de crisis que el aparente «retorno a la normalidad» de los años veinte sólo había postergado. Aunque la guerra había golpeado con fuerza a Europa, destruyendo gran parte de su capacidad industrial, los créditos de bancos estadounidenses, especialmente a Alemania, habían mantenido la suficiente liquidez en Europa para comprar productos estadounidenses, restaurando la prosperidad europea al tiempo que se estimulaba la economía estadounidense. El capital de Estados Unidos había mantenido a flote el sistema mundial, aunque pocos lo advirtieron entonces. Tras concluir la Conferencia de Paz de Versalles que puso fin a la primera guerra mundial, la vana ilusión del presidente Woodrow Wilson de que las condiciones económicas y políticas que habían provocado la guerra mejorasen con la ayuda del liderazgo estadounidense de nuevas organizaciones internacionales como la Sociedad de las Naciones se hizo añicos cuando un Congreso aislacionista se negó a aprobar la participación de Estados Unidos.

Otras señales advertían que sobre el mundo industrializado, especialmente sobre la agricultura, se cernían graves problemas. La

demanda en tiempo de guerra y el aumento de los precios en toda Europa y Estados Unidos indujo a los agricultores a aumentar la producción, y la inflación de la posguerra los llevó a contratar créditos para incrementar la producción todavía más. A principios de los años veinte, existía una grave sobreproducción de alimentos —y malnutrición e inanición en las regiones pobres— que produjo un descenso brusco de los precios de los productos agrícolas y un aumento súbito de los embargos cuando los agricultores comenzaron a verse en apuros para devolver los créditos. El aumento de la oferta de alimentos en el mercado mundial se debía también a Australia y Nueva Zelanda, así como a los estados recién formados en Europa del este. Para empeorar aún más las cosas, también cayeron los precios del café, el azúcar y otras exportaciones de alimentos y materias primas de las que cada vez dependían más los países latinoamericanos. A finales de los años veinte, pocos agricultores de cualquier parte del mundo podían permitirse el lujo de comprar productos manufacturados.

La Gran Depresión de la década de 1930

Para proteger los productos industriales de su nación, los estados industrializados comenzaron a subir los aranceles sobre las importaciones, lo que recortó todavía más el comercio internacional de bienes industriales. Cuando los banqueros estadounidenses reclamaron los créditos que habían concedido a los países europeos, los inversores cayeron presa del pánico: el «lunes negro» de octubre de 1929 se derrumbó el mercado de valores de Estados Unidos. La riqueza desapareció de la noche a la mañana, los bancos quebraron y los ahorros de millones de personas se desvanecieron. La economía mundial comenzó a caer por una peligrosa espiral y las fábricas comenzaron a despedir trabajadores, cuyos ingresos y capacidad adquisitiva se redujeron. La menor demanda condujo a nuevos re-

cortes en la producción. En los años treinta, lo único que subía era la tasa de desempleo: en el mundo industrializado, entre un veintidós por ciento de los trabajadores en Suecia y un cuarenta y cuatro por ciento en Alemania perdieron su empleo. La tasa de desempleo de Estados Unidos alcanzó el veintisiete por ciento.

En 1913 Estados Unidos, satisfacía una tercera parte del producto mundial y se había convertido en la economía más grande de la Tierra. La primera guerra mundial estimuló aún más su economía, que en 1929 había crecido hasta alcanzar un increíble cuarenta y dos por ciento del producto mundial. Por consiguiente, cuando la Gran Depresión golpeó a Estados Unidos, afectó a todo el mundo. Entre 1929 y 1933, las importaciones estadounidenses cayeron en un setenta por ciento y sus exportaciones se redujeron a la mitad.[8]

La Gran Depresión fue, por tanto, un fenómeno mundial. Todos los estados de Europa, América Latina, Asia y África sufrieron sus consecuencias. Sólo salió indemne la Unión Soviética, que se había apartado del mundo capitalista y, con Iósiv Stalin, intentaba construir el «socialismo en un solo país». Mientras el resto del mundo se hundía, la Unión Soviética, con un gobierno comunista, experimentaba un rápido crecimiento económico.

La Gran Depresión fue una crisis global del capitalismo que llevó a varios estados a abandonar el modelo capitalista sin restricciones anterior a la primera guerra mundial. Algunos experimentaron con reformas que proporcionaran una red de seguridad a los trabajadores y campesinos que más sufrían (como en Estados Unidos el «New Deal» promovido por el presidente Franklin D. Roosevelt). En Alemania, las reparaciones de guerra y la pérdida de territorio tras la primera guerra mundial, unidas a la Gran Depresión, sentaron las bases para que en 1933 ascendiera al poder Hitler y su Partido Nacionalsocialista, que prometía que un estado poderoso dirigido por un líder fuerte sacaría a Alemania de la crisis en la que estaba inmersa: a mediados de los años treinta, la economía de Alemania volvía a crecer de nuevo y muchos alemanes atribuyeron al

nacionalsocialismo la mejora de sus condiciones. En Japón, donde las exportaciones de seda a Estados Unidos habían disminuido cuando las mujeres redujeron sus compras de medias de seda, los líderes militares entendieron que depender del mercado mundial había sido un error estratégico y comenzaron a situarse enérgicamente en una posición de primacía entre las potencias de Asia a partir de sus colonias formales de Taiwan y Corea, extendiendo su alcance a partir de 1932 con la creación de Manchukuo. A principios de los años treinta, tanto en Alemania como en Japón habían alcanzado el poder regímenes nacionalistas y militarmente agresivos.

Por sus acciones contra China durante la primera guerra mundial, Japón había dado a conocer que pretendía convertirse en uno de los principales actores entre las potencias imperialistas de Asia. Aunque no era lo bastante fuerte en los años veinte para resistir la potencia combinada de Gran Bretaña y Estados Unidos, durante la crisis mundial de los años treinta, Japón extendió su imperio a expensas de China y acabó enfrentándose a Estados Unidos por el control del Pacífico. Mientras que Japón y Estados Unidos maniobraban en busca del dominio en Asia, no prestaron la debida atención al creciente poder y la significación mundial del movimiento comunista chino que asentaría la independencia de China tras la segunda guerra mundial y crearía el marco necesario para convertirse en una potencia mundial a finales del siglo XX.

Durante la Gran Depresión, los sistemas del comercio global y monetario se desplomaron; en lugar de intentar aumentar el comercio internacional como vía de salida de la depresión, los estados que pudieron cortaron sus vínculos con el sistema global e intentaron ser tan independientes de él como fuera posible: la meta era la «autarquía». A principios de los años treinta, Gran Bretaña intentó proteger su economía vinculando con más fuerza a sus colonias al comercio nacional y disuadiendo a otras naciones de que comerciaran en ese espacio. Estados Unidos adoptó medidas parecidas con respecto a sus colonias en Filipinas y el Caribe, así como en países

latinoamericanos. La Unión Soviética ya había logrado separarse con éxito del sistema internacional. Después de añadir Manchuria a su imperio colonial, Japón siguió construyendo su «esfera de coprosperidad de la gran Asia oriental». Italia se extendió hacia el norte de África y la Alemania nazi de Hitler buscó la reconstrucción de un imperio en Europa central y oriental anexionándose Austria en 1938 y desmembrando Checoslovaquia a principios de 1938 para luego tomar lo que quedaba de ella en 1939. El sistema global se desintegró en bloques que primero compitieron y más tarde entraron en guerra.

La segunda guerra mundial

Gran Bretaña y Francia habían dado garantías de protección a Polonia, así que cuando los ejércitos nazis la invadieron en septiembre de 1939, Gran Bretaña declaró la guerra. Estados Unidos, todavía aislacionista, se mantuvo al margen, pero cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, entró en la guerra tanto en el Pacífico como en Europa. Para entonces, la Unión Soviética también se había involucrado después de que Hitler rompiera un tratado de no agresión y atacara Rusia en 1940. La Unión Soviética, comunista, hizo causa común con los estados capitalistas de Gran Bretaña y Estados Unidos contra la amenaza inmediata: las potencias del Eje constituido por la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial.

La segunda guerra mundial fue aún más destructiva que la primera. No sólo fue mayor el número de soldados muertos y heridos, sino que los civiles se movilizaron —casi toda la producción industrial de los estados contendientes estaba dirigida a la guerra— y acabaron convirtiéndose en objetivos militares. En 1943, los aliados (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética) habían decidido que sólo la derrota total e incondicional de las po-

tencias del Eje los satisfaría y en 1944 Estados Unidos superó su inicial renuencia a utilizar la fuerza militar contra civiles. Los aviones estadounidenses unieron sus fuerzas con los británicos en el ataque de Desdre, en Alemania, con bombas incendiarias; más tarde, en Japón, bombardearon de la misma forma Tokio y 63 ciudades más antes de lanzar las primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945.

Si la guerra ya era un infierno, la «guerra total» fue un infierno total. Los nazis, como se sabe, industrializaron la muerte de seis millones de judíos y otros «indeseables», mientras que los japoneses realizaron, entre otras atrocidades, campañas militares de los «tres todos» (matar todo, quemar todo y destruir todo) en varios pueblos chinos. En la segunda guerra mundial murieron más civiles y más militares que en la primera. Las cifras son estremecedoras: en todo el mundo perecieron más de cincuenta millones de personas, la mayoría de ellas en la Unión Soviética (veinte millones) y China (diez millones).

La posguerra

El final de la segunda guerra mundial en 1945 fue muy distinto del final de la primera. No hubo «armisticio» ni retirada de los ejércitos: la guerra total condujo a la derrota total: la rendición incondicional de Alemania en junio de 1945 y de Japón en septiembre del mismo año ante los vencedores. Pero quizá más importante sea el hecho de que los estados europeos, tanto vencedores como vencidos, no fueron capaces de reconstruir sus imperios coloniales: en las décadas siguientes, las colonias de Asia y África fueron convirtiéndose en estados independientes. En Asia, el imperio colonial de Japón también se desmanteló durante la ocupación por Estados Unidos de Japón de 1945 a 1952. Una guerra civil que estalló en China llevó al poder al Partido Comunista Chino en 1949. Una tras

otra, las antiguas colonias y una China gobernada por comunistas comenzaron a perseguir con energía su «desarrollo» económico poniéndo énfasis en la industrialización.

Aunque los modelos de desarrollo nacionalsocialista de Hitler, fascista de Italia y estatalista de Japón sacaron a sus estados de la Gran Depresión con mayor rapidez que los estados europeos y estadounidenses, también los condujeron a la guerra y la derrota. El modelo colonial europeo también quedó desacreditado y destruido. Un pie y considerablemente fortalecidos tras el final de la segunda guerra mundial y la crisis de los treinta años quedaron Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos potencias que nacieron en el mundo de la posguerra. De hecho, la derrota de la Alemania nazi no habría sido posible sin el ejército rojo soviético, del mismo modo que Estados Unidos fue el principal artífice de la derrota de Japón.

Por distintas razones, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética poseían ideologías fuertemente anticoloniales y se oponían a que los estados europeos mantuvieran sus colonias, hecho que contribuyó a la oleada de movimientos anticoloniales que durante la posguerra barrió las colonias. Sin embargo, sus sistemas sociales y económicos eran muy distintos, uno basado en el capitalismo de libre mercado (Estados Unidos), el otro en el socialismo planificado por el estado (Unión Soviética), y ambos países intentaron proyectar el suyo como modelo. Estados Unidos deseaba poner fin al colonialismo no sólo porque creyera en el derecho inherente a la independencia nacional, sino porque así podría acceder a unos mercados y materias primas que hasta el momento tenía cerrados por los sistemas de preferencia colonial. Los soviéticos creían que poner fin al colonialismo aumentaría la probabilidad de que en las colonias se fueran convirtiendo al socialismo, un paso necesario en el camino hacia un mundo comunista.

Aunque ambas potencias eran anticoloniales, su concepción tan distinta del lugar que las colonias ya independientes habían de ocupar en el mundo provocó tensiones que desembocaron en la «guerra

fría», una carrera armamentística de terribles armas nucleares que ambos bandos reconocieron que no podían utilizarse nunca, pero que podían disuadir al otro bando de atacar. Es lo que vino a conocerse como «MAD» («loco», en inglés), por las siglas de «destrucción mutua asegurada». Así pues, el pulso militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética no desembocó en una guerra «caliente» sino en una guerra «fría» que configuró el contexto del mundo de la posguerra hasta el hundimiento de la Unión Soviética en 1991.

La descolonización

Aunque es cierto que la mayoría de las colonias no se convirtieron en estados independientes hasta después de la segunda guerra mundial, el proceso ya había comenzado después de la primera, cuando el sentimiento de traición, unido al claro reconocimiento de la vulnerabilidad de las potencias coloniales, alimentó movimientos por la independencia inspirados por el nacionalismo en toda Asia y África. Cuando estalló la segunda guerra mundial, algunos líderes nacionalistas, sobre todo asiáticos, comenzaron a romper sus lazos con los poderes coloniales para unirse a la proclama japonesa de «Asia para los asiáticos».[9]

La independencia de la mayor de todas las colonias, India, ya estaba en la agenda al finalizar la segunda guerra mundial y, después de la contienda, Gran Bretaña no tardó en acordar los términos de su salida y la independencia del subcontinente. Aunque Gandhi y su Partido del Congreso habían imaginado un estado multiétnico y multirreligioso, durante los años treinta una parte del liderazgo musulmán había comenzado a luchar por la creación de un estado musulmán separado que se llamaría Pakistán. Los nacionalistas hindúes también querían una India para los hindúes, y fue un ultranacionalista hindú quien asesinó a Gandhi, también hindú, por proponer un estado único y multiétnico que protegiera a hindúes, mu-

sulmanes y otros grupos étnicos y religiosos. Cuando llegó la independencia en 1947, significó la división de la colonia en el estado mayoritariamente hindú de India y el estado mayoritariamente musulmán de Pakistán (este último en dos partes, oriental y occidental). El estado de Cachemira, de población sobre todo musulmana pero que había sido gobernada por un príncipe hindú, quedó dividido y sigue siendo aún hoy una fuente de tensión y conflicto entre Pakistán e India.[10]

Con la retirada de los británicos y los temores mutuos entre hindúes y musulmanes avivados por los nacionalistas de ambos lados, los hindúes que vivían en lo que había de convertirse en Pakistán huyeron a India y los musulmanes de India se trasladaron en masa a Pakistán. En el transcurso de este gran éxodo, millones de personas perdieron sus propiedades y sus casas y cientos de miles murieron. No es de extrañar que India y Pakistán hayan sido desde entonces vecinos suspicaces, que en dos ocasiones se hayan enfrentado en guerra y numerosas veces en escaramuzas fronterizas por el control de Cachemira y que desde 1998 se apunten mutuamente con armas nucleares.

La independencia de India y su partición marcan dos aspectos significativos de la descolonización de Asia y África durante la posguerra. En primer lugar, los colonialistas europeos supusieron que independencia significaba independencia de estados territoriales. Algunos de sus territorios coloniales tenían alguna experiencia histórica con los estados (en particular en Asia y Oriente Medio), pero no así gran parte de África. A menudo las fronteras dibujadas por los europeos eran bastante arbitrarias y no se correspondían con los pueblos que vivían allí. Del mismo modo que las líneas que dividían India y Pakistán resultaron funestas para decenas de miles de musulmanes e hindúes que desafortunadamente resultaron encontrarse en el lado equivocado, en África y Oriente Medio las fronteras dibujadas hicieron que pueblos con la misma cultura y la misma lengua acabasen a caballo de dos o más estados. Son ejemplos importantes

los kurdos que en la actualidad viven en el norte de Irak, el oeste de Irán y el este de Turquía y los hutus y tutsis de Rwanda y Congo.

En 1950 ya había quedado descolonizada buena parte de Asia y Oriente Medio, y la mayor parte de África estaba compuesta por estados independientes en los años sesenta. Esta oleada de descolonizaciones creó toda una serie de nuevos estados independientes, de manera que aumentó el número de miembros de Naciones Unidas de 51 en el momento de su creación en 1945 a 127 en 1970.

La revolución en Asia

La escala global de la segunda guerra mundial creó las condiciones para la descolonización, pero también para revoluciones, la mayoría de ellas dirigidas por partidos comunistas u otros partidos de izquierdas. En China, el Partido Comunista se había fundado en 1921, en las circunstancias producidas por la Conferencia de Paz de Versalles y la revolución bolchevique en Rusia. La pobreza de la China rural era un buen caldo de cultivo para el comunismo, que prometía reducciones de los arriendos y los intereses y luego arremetía contra los terratenientes cuya explotación del campesinado ahondaba en la miseria rural. Cuando Japón invadió China en 1937, los comunistas formaron un «frente unido» con el partido en el poder, el Guomindang, para resistir a Japón. La invasión forzó al Guomindang a retirarse hacia el sureste de China mientras los comunistas organizaron una guerrilla tras las líneas japonesas, mejorando su capacidad militar y ampliando el territorio que controlaban. Cuando Japón se rindió a Estados Unidos en 1945, una guerra civil entre los comunistas y sus enemigos del Guomindang se saldó con la victoria comunista y el establecimiento en 1949 de la República Popular de China. Los comunistas chinos estaban decididos a crear una China fuerte que nunca más pudiese ser amenazada por potencias extranjeras. Esa determinación se puso a prueba en 1950

cuando la China comunista luchó contra Estados Unidos en la guerra de Corea hasta forzar su retirada (1950-1953).

En la Indochina francesa a finales de la segunda guerra mundial, el Vietminh dirigido por Hô Chi Minh declaró la independencia de Francia tras haber luchado en una guerra de guerrillas contra los japoneses, haberse ganado un vasto apoyo popular y creado un formidable ejército. Los franceses, sin embargo, no estaban dispuestos a ceder su colonia asiática —igualmente querían retener Argelia en África— e intentaron restablecer su poder en Vietnam. En la guerra que siguió, las fuerzas de Hô Chi Minh derrotaron a los franceses en 1954. Entonces Estados Unidos se involucró en la guerra, primero diplomática y más tarde militarmente. En lugar de elecciones nacionales y unificación, como había prometido en 1956, Estados Unidos decidió dar su apoyo a un gobierno títere en el sur, perpetuando la división entre un Vietnam del Norte y un Vietnam del Sur. Cuando el régimen del sur, apoyado por Estados Unidos, encontró escollos para gobernarse y mantener el apoyo popular contra las guerrillas del Vietminh del norte y del sur, Estados Unidos envió primero consejeros y luego, a mediados de los años sesenta, un gran número de tropas de combate para apoyar al gobierno del sur. Después de una década de guerra, Estados Unidos y Vietnam del Sur fueron derrotados y en 1975 Vietnam fue reunificado bajo un gobierno comunista.

La violencia también fue necesaria para retirar a los franceses el control de Argelia, que consiguió la independencia en 1960. La otra potencia colonial que se resistió a conceder la independencia a sus colonias fue Portugal, que se aferró a Angola, en la costa occidental de África, hasta que rebeldes armados lo forzaron a ceder el control en 1975. La era de los imperios[11] que había nacido de la revolución industrial de Europa y de su superioridad militar había llegado a su fin. En las décadas que siguieron a la segunda guerra mundial, asiáticos, africanos y latinoamericanos se embarcaron con decisión en la empresa de servirse del gobierno de sus recién independizados estados para mejorar las condiciones de su pueblo mediante la industrialización.

Desarrollo y subdesarrollo

No hay ningún misterio en el hecho de que las colonias no se hubieran industrializado: con la excepción de Japón, las políticas seguidas por los poderes coloniales lo impedían.[12] China tenía algo de industria moderna, pero en su mayor parte era propiedad de extranjeros y estaba limitada a unas pocas bolsas en ciudades costeras. Durante la primera mitad del siglo XX, China continuó siendo un país eminentemente rural sometido a los terratenientes, pero la victoria comunista de 1949 cambió totalmente la situación al eliminar la clase de los terratenientes y nacionalizar los negocios propiedad de extranjeros, todo ello con el respaldo de un fuerte poder militar.

La descolonización y las revoluciones de la posguerra llevaron al poder a regímenes comprometidos con políticas explícitas de «desarrollo». Además, dado que la mayoría de las antiguas colonias, por no hablar de China, habían tenido experiencias amargas con el Occidente capitalista, los modelos que escogieron tenían una fuerte influencia del socialismo, el comunismo y otras ideologías estatalistas. Durante la posguerra, buena parte del mundo subdesarrollado se dirigía a alguna forma de industrialización regida desde el estado. Eso constituía un problema para Estados Unidos, cuya concepción era distinta, pues se centraba en la propiedad privada de bienes y capitales y en los principios del libre mercado internacional.

EL MUNDO DE LA GUERRA FRÍA, 1947-1991

Incluso antes del final de la segunda guerra mundial, Estados Unidos planeaba reorganizar el mundo basándose en principios capitalistas y poniendo énfasis en el mercado libre para impedir que cayera de nuevo en los bloques autárquicos de la Gran Depresión, que terminaron enfrentados en guerra, así como para garantizar una suficiente demanda global que alimentase su propia economía.

Abandonando el «aislacionismo» anterior a la guerra, Estados Unidos lideró la constitución de Naciones Unidas para resolver conflictos internacionales y la creación de nuevas instituciones que gestionaran la economía global de la posguerra, concretamente el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La fortaleza de la Unión Soviética, la revolución china y la influencia del socialismo en las antiguas colonias supusieron una amenaza para esa visión del libre mercado y para el alcance global que pretendía Estados Unidos.

Esto, unido a la ocupación soviética de buena parte de Europa del este al final de la segunda guerra mundial y a la creación allí de estados «satélite», además del apoyo soviético a los regímenes comunistas de Corea del Norte y Vietnam y al creciente poder de los comunistas en China, indujo a los poderes decisorios de Estados Unidos a reanimar las economías alemana y japonesa, los talleres de Europa y Asia, para que combatieran la influencia soviética. Este «cambio de curso» con respecto a Alemania y Japón y la política de «contención» hacia la Unión Soviética ya se habían implantado en 1947. Estados Unidos no iba a buscar una guerra para deshacer la revolución bolchevique o, como diríamos hoy, para provocar un «cambio de régimen», sino que intentaría «contener» su poder e influencia en el mundo.

Había dado comienzo la guerra fría, que duraría hasta 1991, período que definiría en buena medida el mundo surgido de la segunda guerra mundial. Como parte de su política de contención, Estados Unidos iría a la guerra en Corea (1950-1953), enfrentándose no sólo a las tropas de Corea del Norte, sino también a tropas comunistas chinas, se implicaría en Vietnam para más tarde ir a la guerra también allí (1956-1975), realizaría operaciones encubiertas para derrocar gobiernos de izquierdas elegidos democráticamente en América Latina, apoyaría regímenes dictatoriales en ese continente y en Oriente Medio y ayudaría a sostener regímenes no democráticos pero anticomunistas en todo el mundo.

La guerra fría también tuvo otras consecuencias. Estados Unidos comenzó la posguerra siendo la única potencia nuclear, pero en 1949 los soviéticos detonaron su primera bomba atómica y comenzó en firme una carrera armamentística nuclear que haría aparecer desde flotas de aviones de guerra equipados para lanzar bombas nucleares hasta los infaustos misiles balísticos intercontinentales (MBIC), capaces de alcanzar sus objetivos minutos después de su lanzamiento. Contra estas armas de destrucción masiva no había ni hay otra defensa que un contraataque masivo en el momento en que se detecta el lanzamiento de misiles. En los años sesenta, cuando cada uno de los lados poseía miles MBIC y cabezas nucleares, un ataque nuclear habría acabado no ya con la civilización, sino posiblemente con toda la especie humana.[13] Aun así, aunque se produjeron numerosas amenazas de ataque nuclear, el mundo sólo estuvo «al borde» en una sola ocasión, a principios de los años sesenta, cuando la Unión Soviética trasladó misiles a Cuba poco después de que Fidel Castro ascendiera al poder.

La guerra fría también militarizó gran parte del mundo y, por primera vez en la historia, condujo a la movilización militar continua de muchos estados, en particular Estados Unidos y la Unión Soviética, así como sus respectivos aliados. A diferencia de las posguerras anteriores, Estados Unidos y sus aliados y la Unión Soviética y los suyos se mantuvieron siempre plenamente movilizados y preparados para combatir en varios frentes, tanto en Europa como en Asia. El gobierno estadounidense dedicaba aproximadamente un tercio de su gasto público a defensa, mientras que la Unión Soviética destinaba a su ejército un porcentaje todavía mayor, quizá la mitad. El tamaño y la vitalidad de las economías en competencia se convirtió, por tanto, en un elemento crucial para la capacidad de las dos superpotencias de construir y mantener sus arsenales militares durante la guerra fría. La guerra fría fue ante todo una batalla de economías. Y a medida que la economía estadounidense evolucionó de una industria de «fábricas humeantes» a la tecnología avan-

zada de la informática de los años ochenta, se fue ampliando la brecha entre la productividad de las economías de Estados Unidos y de la Unión Soviética.[14]

Consumismo frente a produccionismo

Como ya se ha comentado, la Unión Soviética tenía una economía planificada en la que el estado central tomaba las decisiones sobre la asignación de recursos. En este sentido, su economía era casi inmune a los altibajos inherentes a una economía capitalista de libre mercado. Eso explica en gran medida cómo y por qué la Unión Soviética fue capaz de industrializarse con tanta rapidez durante la Gran Depresión, cuando las economías capitalistas se encogían con efectos desastrosos. Después de la segunda guerra mundial, la Unión Soviética consiguió además acceder a los recursos y la capacidad productiva de los países de Europa del este que dominaba.

Lo que mantenía el crecimiento de las economías del bloque soviético era el plan estatal. Aunque es discutible que una economía dirigida por el estado tenga algo que ver con el «verdadero» comunismo, es cierto que los dirigentes comunistas de la Unión Soviética estaban influidos por la concepción marxista del ser humano. Karl Marx había argumentado que el ser humano es por naturaleza un ser productivo, cuya esencia es trabajar y disfrutar de los frutos de su trabajo. El problema del sistema capitalista no era que las personas tuvieran que trabajar, sino que trabajaran a cambio de salarios y que estuvieran «alienadas» del producto de su trabajo, que el capitalista expropiaba y vendía. En el futuro socialista imaginado por Marx, las personas seguirían trabajando pero se sentirían realizadas con su trabajo porque sería suyo y no de los capitalistas.

En el sistema soviético, las personas sin duda trabajaban, pero en una ficción que sostenía que, como el estado representaba los in-

tereses de los trabajadores, trabajar para el estado era trabajar para uno mismo. El modelo soviético era un modelo «produccionista»: cuanto más se produjera, mejor. Los planes del estado soviético buscaban la implantación de la industria y de factorías, pero la mayor parte de esa producción industrial se destinaba a crear nuevas industrias o a sustentar las fuerzas armadas. La producción, sobre todo de y para la industria pesada (por ejemplo, carbón, hierro, acero, electricidad), se convirtió en su propio fin. Los gerentes eran evaluados y recompensados de acuerdo con la magnitud de lo producido, hasta el punto de que a veces se sesgaban las medidas de producción porque no importaba tanto que el carbón producido llegara a las centrales eléctricas como que llegara a los vagones del tren. Por eso, los gerentes de algunos ferrocarriles enviaban los cargamentos varias veces de ida y vuelta con el fin de aumentar los índices de producción de su unidad. El plan estatal contemplaba muy pocas inversiones en bienes de consumo, aunque el estado se comprometía a proveer vivienda (enormes bloques de apartamentos), sanidad y educación.

Los soviéticos también incorporaron la ciencia a su sistema, invirtiendo decididamente en la educación científica y en el desarrollo de nuevas tecnologías, sobre todo las relacionadas con aplicaciones militares y la exploración del espacio. Así fue que los soviéticos ganaron a Estados Unidos en el espacio al lanzar el *Sputnik* en 1957 y, poco después, poner por primera vez a un ser humano en órbita alrededor de la Tierra, dando de esa manera el pistoletazo de salida a la «carrera espacial» con Estados Unidos, que llevó a su presidente en 1960, J. F. Kennedy, a prometer que pondría un estadounidense en la Luna antes del final de la década, un objetivo que se alcanzó en 1969.

En cuanto a los comunistas chinos, después de su victoria de 1949 al principio siguieron el modelo soviético de desarrollo; el primer plan quinquenal de China (1953-1957) alcanzó tasas de crecimiento anual del dieciocho por ciento y logró fijar los cimientos

de una industria pesada fundamental para la economía china. Pero el líder de China, Mao Zedong, que desconfiaba de los efectos no planeados del modelo soviético, sobre todo la creación de élites urbanas privilegiadas que comenzaron a emerger como una nueva clase dirigente, buscó una forma de desarrollo más igualitaria. Creyó hallarla en un nuevo modelo que se basaba en colectivos rurales a gran escala (comunas) y en el pleno empleo por medio de la industrialización rural, y en 1958 anunció un «gran salto adelante», proclamando que China superaría la producción industrial de Gran Bretaña en quince años.

Este experimento acabaría en desastre, en parte debido a tres años de clima adverso (sequía en el norte e inundaciones en el sur), pero sobre todo a que los dirigentes comunistas se obsesionaron con los informes de cifras cada vez mayores de producción agrícola aunque no tuvieran base alguna en la realidad. La consecuencia fue que el estado chino comenzó a sacar cereales de los pueblos creyendo equivocadamente de que en éstos quedaban reservas suficientes para alimentar a sus habitantes. La consiguiente hambruna de tres años (1959-1962), agravada por los desastres naturales, provocó la muerte de hasta veinte millones de personas, destruyó la fe de otros líderes en la capacidad de Mao y llevó a los líderes soviéticos a cuestionar la vía china. Cuando el dirigente soviético Nikita Jruschov se negó a compartir con China su tecnología nuclear y Mao criticó públicamente a la Unión Soviética, los soviéticos retiraron a sus consejeros y el mundo occidental pudo ver que por primera vez se abría una fractura en el mundo comunista. Las tensiones entre soviéticos y chinos continuaron aumentando durante los años sesenta y culminaron en enfrentamientos fronterizos a lo largo del río Amur en 1969.

Pese a las diferencias entre la Unión Soviética y China acerca de la mejor vía para llegar al socialismo y la manera de combatir el mundo capitalista, compartían la determinación de incrementar la producción económica. Este sesgo productionista de los modelos

de comunismo de la Unión Soviética y China tuvo terribles consecuencias medioambientales. En la Unión Soviética, el lago Baikal, en Siberia, antaño de aguas cristalinas, quedó enturbiado por la contaminación industrial; el mar de Aral se secó a causa del regadío de los campos de algodón adyacentes; la contaminación del aire de las ciudades era de las peores del mundo, y en 1986 explotó una central nuclear en Chernobil. Montones hediondos de desechos industriales contaminaban la tierra, el aire y el agua. En China, la «guerra a la naturaleza»[15] hizo que las factorías del acero escupieran contaminantes que cubrían la vegetación adyacente con un hollín grisáceo, que los ríos bajaran con las aguas ennegrecidas por los tóxicos industriales, que en invierno los residentes de Beijing fueran en bicicleta al trabajo protegidos con máscaras para evitar que la carbonilla entrara en sus pulmones y aún hoy se extraiga tanta agua del río Amarillo para los regadíos que pocas veces alcanza a desembocar en el mar. Pero lo más perverso de todo ello es que los últimos veinte años de crecimiento acelerado de China, sustentado en una reforma del mercado y de la iniciativa privada, en lugar de mejorar la situación, la han agravado todavía más: siete de las diez ciudades más contaminadas del mundo se encuentran en China y la perspectiva a corto plazo es que la degradación ambiental no hará más que intensificarse.

Consumismo

Como líder reconocido en el mundo capitalista de la posguerra y como su principal potencia económica, Estados Unidos estaba decidido a impedir que la economía mundial acabara cayendo en la sobreproducción y el declive económico que tan negativamente habían afectado al mundo después de la primera guerra mundial. No sólo eran necesarias reformas del sistema internacional de comercio para reducir los aranceles y aumentar la demanda global de los

productos industriales estadounidenses, sino que también eran necesarios cambios en la economía nacional.

Como en el resto del mundo industrializado, la temprana industrialización había proporcionado productos para crear nuevas factorías e industrias. En este sentido, la industria creaba más industria, lo que atraía a trabajadores a ciudades cada vez mayores. Las ciudades y sus poblaciones proporcionaban la mano de obra que necesitaban las fábricas, pero también creaban una demanda de consumo. Hasta después de la segunda guerra mundial, esa demanda de consumo urbana se había limitado sobre todo a las necesidades de la vida: casa, comida y vestido. Pero una serie de desarrollos acaecidos en Estados Unidos durante la posguerra estimuló el crecimiento de nuevos sectores de la economía que proporcionaron nuevos bienes de consumo.[16]

De hecho, Estados Unidos ya había sido pionera en la producción en masa de bienes dirigidos a los consumidores, no a otros negocios con fábricas. Antes de la primera guerra mundial, Henry Ford había inventado la fabricación en cadena de automóviles y se había dado cuenta de que para sostener la economía los trabajadores tenían que recibir salarios que les permitieran comprar los coches del modelo T que producían sus fábricas. La Gran Depresión y la segunda guerra mundial redujeron la demanda de coches de consumo, pero el final de la guerra y la necesidad de reconvertir las fábricas de la producción para la guerra a la producción para la paz proporcionaron una oportunidad a los fabricantes de automóviles estadounidenses. Desde finales de los años cuarenta, la producción de automóviles en Estados Unidos se disparó y pronto casi cada familia estadounidense poseía un coche. Pero cuando todo el mundo tuviera coche, la demanda disminuiría y la producción industrial de automóviles se frenaría.

Para mantener alta la demanda de coches, era necesario crear una nueva demanda y se alcanzó de dos maneras: que intencionadamente quedaran obsoletos y que fueran objeto de publicidad. En los años cincuenta, los coches se hacían viejos no porque se estropearan, sino

porque los estilos cambiaban. Y a medida que los estilos cambiaban, se convencía a los consumidores de que compraran uno nuevo con la ayuda de una poderosa y hábil publicidad. Muchas familias se convencieron de que, si podían permitírselo, cada tres años necesitaban comprar un nuevo coche o, por lo menos, deseaban comprárselo.

Una mayor facilidad para obtener créditos ayudó a que el automóvil se convirtiese en un bien de consumo. El crédito apareció primero para la adquisición de una vivienda. Antes de la segunda guerra mundial, las hipotecas eran relativamente cortas (de tres a cinco años) y el comprador tenía que aportar la mitad del precio de compra para que el banco le concediera el préstamo. Esto limitaba el número de personas que podían permitirse comprar una casa a un cuarenta por ciento de la población en 1940. Después de la segunda guerra mundial, reformas bancarias animaron a los bancos a reducir la entrada y prolongar la hipoteca hasta veinte años. Dos nuevas agencias federales, la Administración de los Veteranos y la Administración Federal de la Vivienda, hicieron las hipotecas aún más asequibles al avalar los préstamos. Pronto comenzó a extenderse otra forma más de obtener un crédito: mediante «tarjetas» emitidas al principio por grandes almacenes a sus clientes y, a partir de los años sesenta, por firmas dedicadas a organizar y vender créditos (Diners Club, American Express, MasterCard, Visa).

El coche y la vivienda barata se aunaron para crear grandes extensiones de barrios residenciales alrededor de las ciudades. El arquetipo de esta ordenación urbana es la ciudad de Los Ángeles. A medida que los coches permitían desplazarse individualmente al trabajo y con el desmantelamiento del sistema de tranvías (el *Red Car System*) y la construcción de «autopistas gratuitas», los residentes en los barrios residenciales de Los Ángeles podían trabajar en el centro de la ciudad y volver a casa para la cena. El *boom* de la construcción que se produjo tras a segunda guerra mundial creó nuevos barrios donde antes crecían pastos y huertas y aumentó el área urbanizada alrededor de pueblos dedicados a la agricultura.

Otro desarrollo más hizo posible la revolución consumista de la posguerra. La electricidad, que había comenzado a impulsar las fábricas y a iluminar las ciudades a finales del siglo XIX, se extendió a las viviendas urbanas a principios del siglo XX. Varios proyectos de obras públicas realizadas en los años treinta electrificaron la mayor parte del Estados Unidos rural hacia 1940. Cuando pequeños motores eléctricos comenzaron a utilizarse en todo tipo de electrodomésticos, como las neveras, las lavadoras y las máquinas de coser, floreció toda una nueva industria. Con electricidad en todas las casas y cada vez más tiempo para el ocio, los televisores inundaron las salas de estar y pronto la mayoría de las viviendas dispusieron también de teléfono.[17]

Así se creó en Estados Unidos entre los años treinta y cincuenta la cultura del consumo en masa que acabó representando una fracción creciente de la economía del país. A finales del siglo XX, dos tercios de la economía doméstica se dedicaba a la producción de bienes de consumo: sólo una tercera parte proporcionaba bienes para la producción. Se habían invertido las proporciones de principios de siglo. Durante la posguerra, la economía de Estados Unidos, motor de la economía mundial durante la mayor parte del siglo XX, fue alimentada sobre todo por la revolución del consumo. Los estadounidenses llegaron a equiparar las compras de bienes de consumo con la «libertad», de manera que condenaban a la Unión Soviética por la ausencia de esa libertad de consumo. De hecho, un crítico ha defendido que en los años cincuenta el gobierno estadounidense sólo requería dos cosas de sus ciudadanos: consumo y anticomunismo.[18] Una de sus consecuencias fue que la revolución del consumo liberó a las mujeres de los trabajos más pesados de la casa, gracias a lo cual pudo participar más en el trabajo y la política y exigir un trato igualitario.

La sociedad de consumo se fundamentaba en la disponibilidad de energía barata: gasolina para la cultura del automóvil, electricidad para mantener la iluminación y motores en marcha en cada casa. Si el siglo XIX había sido la edad del carbón, el hierro y el ferrocarril, el si-

glo XX fue la edad del petróleo, el acero y el automóvil. Al igual que el carbón, el petróleo está distribuido de forma irregular por el mundo y Estados Unidos tuvo la fortuna de poseer productivos campos de petróleo en Texas y en el sur de California. México, Venezuela, Nigeria y Rusia también poseen yacimientos, pero con mucho la mayor concentración de petróleo del mundo se encuentra en la región del golfo Pérsico, sobre todo en Arabia Saudí, seguida de Irak e Irán. El automóvil creó la industria del petróleo y, como el consumo en Estados Unidos pronto superó la capacidad de sus pozos nacionales, se desarrolló un sistema global de transporte y financiación para transportarlo por todo el mundo. A principios de los años setenta, Estados Unidos importaba aproximadamente la mitad del petróleo que necesitaba para su consumo nacional, así que centró su atención en Oriente Medio y se produjo un «encierro» tecnológico en un determinado tipo de economía global dependiente de la quema de petróleo. El mundo no sólo depende del petróleo y del gas natural para obtener energía, sino también de los complejos sociales, económicos, políticos, culturales y militares que han surgido para controlarlos.

En los años cincuenta, la sociedad de consumo se extendió a Gran Bretaña y Canadá y en los años sesenta a Francia, Italia y otros países de Europa occidental, Japón y algunos sectores de ciudades latinoamericanas. Y con la sociedad de consumo, el automóvil y una demanda cada vez mayor de petróleo. Durante los años setenta, la demanda de bienes de consumo como los frigoríficos y los televisores, cuando no toda la sociedad de consumo, se extendió a Alemania del Este, que era comunista, y a Checoslovaquia.

Al igual que el producciónismo de los modelos soviético y chino, el consumismo de Occidente tuvo importantes consecuencias medioambientales. No sólo la refinación del petróleo y la quema de gasolina contaminaron el aire de prácticamente todas las principales ciudades de Estados Unidos, Europa y Japón, sino que la extracción del petróleo y su transporte alrededor del mundo en barcos petroleros ha ocasionado múltiples vertidos en tierra y mar. La construcción de

coches también requiere grandes cantidades de energía, crea cerca de treinta toneladas de desperdicios por tonelada de coche fabricado y utiliza carbón vegetal de la selva tropical amazónica, lo que contribuye directamente al calentamiento global y la deforestación.[19]

El desarrollismo del Tercer Mundo

La descolonización y las revoluciones que se produjeron después de la segunda guerra mundial crearon un buen número de nuevos estados, sobre todo en Asia y África, aunque también algunos en América Latina. Pese a la simpatía de estos nuevos estados por los enfoques estatalistas y colectivistas asociados al modelo soviético del socialismo, muchos fracasaron en su intento de emular a la Unión Soviética, especialmente después de que las guerras de Corea y Vietnam demostraran de forma gráfica lo que podía ocurrir cuando la guerra fría se caldeaba. El dirigente indio Nehru lo expresó con un proverbio: «Cuando los elefantes luchan, la que sufre es la hierba». En consecuencia, a principios de los años cincuenta los líderes de varios de estos estados, en particular Indonesia, Egipto, Yugoslavia e India, iniciaron un movimiento «no alineado» para mantenerse al margen de los sistemas de alianzas de la guerra fría que Estados Unidos y la Unión Soviética estaban construyendo. En 1949, Estados Unidos había creado la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte, en esencia Europa occidental y Estados Unidos) para confrontar a los soviéticos en Europa; la Unión Soviética respondió entonces con el Pacto de Varsovia, creando un bloque económico y de seguridad dominado por la Unión Soviética. Con el fin de «contener» a la Unión Soviética en su extremo sur, en Oriente Medio, Estados Unidos consiguió que los líderes conservadores de Irán, Turquía e Irak formaran el CENTO (Organización del Tratado Central, en sus siglas en inglés); Pakistán, Tailandia y Filipinas constituyeron la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO). En res-

puesta a estos movimientos de las superpotencias, los «estados no alineados» celebraron su primera conferencia en 1955 en Bandung (Indonesia). Todos esos países más los estados latinoamericanos pronto se agruparon bajo la denominación de «Tercer Mundo», en contraste con el «Primer Mundo» de los estados capitalistas industrializados y el «Segundo Mundo» de los estados comunistas.

Aunque eran muchas las diferencias entre los estados del Tercer Mundo, compartían algunos aspectos y problemas, entre los que destacan tres. En primer lugar, sus economías habían estado controladas por sus poderes coloniales o por una hegemonía regional (por ejemplo, Estados Unidos en el caso de América Latina), que los habían mantenido en una economía fundamentalmente rural como suministradores de alimentos y materias primas incluso después de conseguir la independencia política. Romper con esa dependencia se convirtió en uno de los objetivos del «desarrollo» de estos países. En segundo lugar, como habían tenido un desarrollo industrial escaso y, en algunos casos, apenas se habían urbanizado, estos estados estaban formados sobre todo por una sociedad campesina. Incluso en la actualidad, después de más de veinte años de rápido desarrollo industrial, los dos países más populosos del mundo, India y China, siguen siendo mayoritariamente sociedades rurales. Y en tercer lugar, la descolonización y la revolución crearon las condiciones para que se produjera una explosión de la población en los países del Tercer Mundo en el período posterior a la segunda guerra mundial.

Las sociedades campesinas suelen tener tasas de natalidad elevadas, pero también son elevadas las de mortalidad, sobre todo entre los niños. En el antiguo régimen biológico, las enfermedades infecciosas y una disponibilidad de alimentos inadecuada acababan con la vida de hasta la mitad de los hijos, de modo que asegurarse un número apropiado de niños para trabajar en las granjas y proporcionar esposas a otras familias requería entonces muchos nacimientos, de manera que tener de cuatro a siete hijos era habitual. Las tasas de natalidad elevadas se mantuvieron después de la segunda guerra mun-

dial, pero las tasas de mortalidad cayeron bruscamente gracias a que los nuevos estados independientes, con el apoyo de la OMS (Organización Mundial de la Salud, un organismo de Naciones Unidas), hicieron llegar fármacos modernos (por ejemplo, antibióticos y vacunas) a las zonas rurales. Las tasas de mortalidad infantil se redujeron de manera sustancial hasta la mitad y las poblaciones explotaron, pues se doblaron incuso en muchos países en treinta años. Este crecimiento de la población se sustentó gracias a una mayor disponibilidad de alimentos. La consecuencia fue que mientras en 1950 la población del mundo era de unos dos mil quinientos millones de habitantes, en 1970 era de cuatro mil millones, y en 2000, de seis mil millones; la mayor parte de esos nuevos habitantes nacieron y viven en países del Tercer Mundo.

Éste es un dato de gran importancia sobre el mundo de finales del siglo xx. Consideremos México y China como ejemplos. Aunque con sistemas sociales, económicos y políticos muy distintos, la población de ambos países casi se dobló de 1950 a 1980: en México la población aumentó un ciento veinticinco por ciento de 29 a 71 millones y, en China, de unos quinientos millones a unos novecientos millones. En cada uno de estos países, la economía tendría que haber doblado también su tamaño *sólo para mantener los niveles de vida de 1950*; para *mejorarlos*, la economía de cada uno de esos países tendría que haber crecido *más rápido* que la tasa de crecimiento de su población. Mantener el crecimiento de los suministros de alimentos en un tres por ciento anual para igualar el crecimiento de la población equivalía simplemente a mantenerse a flote. No es de extrañar, pues, que el «desarrollo» se convirtiese en el eslogan de los dirigentes de prácticamente todos los países del Tercer Mundo, que pronto pasaron a conocerse como «países en desarrollo».

Con una población en crecimiento, el desarrollo significaba, en primer y más importante lugar, mejorar la agricultura para incrementar el suministro de alimentos. Para ello, podían roturarse nuevas tierras, pero la mayoría eran tierras marginales, ecológicamente frágiles

o forestadas. En cualquier caso, intentar satisfacer la demanda de alimentos aumentando las tierras cultivadas ocasionaba problemas ambientales asociados a la deforestación y la erosión. Por consiguiente, incrementar la producción de alimentos significaba sobre todo aumentar las cosechas y la manera más rápida de conseguirlo era mediante el riego y los abonos sintéticos. Como hemos visto al principio de este capítulo, el proceso industrial para fabricar fertilizantes basados en amoníaco se inventó a principios del siglo XX y sirvió para aumentar la producción agrícola en Europa y Estados Unidos durante la primera mitad del siglo. En la segunda mitad, su uso se extendió a los países en desarrollo o, al menos, a aquellas áreas con agricultores con la suficiente capacidad económica como para comprar los abonos artificiales. La combinación de abonos sintéticos y regadío junto con el desarrollo de nuevas semillas de alto rendimiento durante la década de 1960 se conoce como «revolución verde».

Pero ni siquiera una revolución verde llevada a cabo con éxito podía sacar a un país del Tercer Mundo de la agricultura y la pobreza, pues desde la Gran Depresión de los años treinta, los precios de los alimentos y de las materias primas habían ido cayendo respecto a los precios de los bienes manufacturados. Dicho de otro modo, un país agrícola tenía que exportar una cantidad de su producto cada vez mayor sólo para comprar la misma cantidad de bienes manufacturados *al mismo tiempo que su población aumentaba*. O sea, a causa de los aumentos de la población y la relativa debilidad de los precios de los productos agrícolas, la mayoría de las personas de la mayoría de los países del Tercer Mundo se hicieron más pobres durante la segunda mitad del siglo XX. La única salida, al menos para algunos países, era la industrialización.

Incluso en Inglaterra alrededor de 1800, cuando se inició la industrialización, había un estado fuerte, bien organizado, eficiente y con líderes competentes que implantaron políticas que promovían la industria.[20] Otros ejemplos de estados fuertes e intervencionistas son el caso de Japón y Alemania a finales del siglo XIX, la Unión

Soviética bajo el liderazgo de Stalin en los años treinta y China a partir de 1949. En el este de Asia, algunos estados pequeños también han implantado políticas industriales fuertes a finales del siglo XX y todos ellos disponían de estados fuertes que dirigían el proceso: Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong Kong, los «cuatro tigres» de Asia.[21] En América Latina, Brasil, México y Chile han instaurado sectores industriales significativos al tiempo que han mantenido grandes sectores rurales empobrecidos.

En parte, los países en proceso de industrialización han contado con estados fuertes que han liberado y promovido la industrialización, controlando las demandas de trabajo y aumentos salariales de los sindicatos y las demandas de los líderes religiosos tradicionalistas que veían en los nuevos modos de organización social representados por las ciudades y las fábricas una amenaza para su propia concepción del mundo. Además, a partir de los años setenta, los cambios estructurales en la economía mundial también proporcionaron oportunidades de las que pudieron beneficiarse esos estados. En particular, en un mundo de competencia y comercio internacional, las mejoras en el transporte y las comunicaciones globales hicieron posible que los fabricantes del Primer Mundo trasladaran sus plantas a otras partes del mundo con salarios más bajos, sobre todo Asia y América Latina. Tras el hundimiento de la Unión Soviética en 1991, el antiguo «bloque del este» también atrajo fábricas de Europa occidental. Alimentados sobre todo por la demanda de bienes de consumo en los países ricos, las zapatillas Nike fabricadas en Vietnam, las camisetas de Tailandia, los teléfonos y miles de otros productos de Asia y América Latina fueron llenando barcos y barcos de contenedores con destino a los puertos de Long Beach, Nueva Orleans o Nueva York y, de ahí, a los grandes almacenes más cercanos.

Una parte del Tercer Mundo cuya economía dependía casi de manera exclusiva de la exportación de una sola materia prima, el petróleo, logró subir de manera significativa su precio en el mercado internacional. Los países productores de petróleo (la mayoría de

Oriente Medio, pero también Nigeria en África y México y Venezuela en América Latina) constituyeron la Organización de Países Exportadores de Petróleo, si bien la OPEP no conseguía subir el precio del petróleo, que en 1970 se vendía por unos 2,50 dólares el barril. Pero en 1973, en medio de la segunda guerra árabe-israelí, la OPEP anunció el embargo de sus exportaciones de petróleo a Estados Unidos, el principal partidario de Israel e inmediatamente después se las arregló para subir el precio del petróleo hasta cuarenta dólares el barril en 1980. Los dólares comenzaron a fluir hacia los territorios de los jeques árabes, creando sociedades de una fabulosa opulencia, pero no industrializados.

Migración

El capital no fue lo único que comenzó a moverse por el mundo; también se movió la mano de obra. El mundo ha presenciado varias oleadas de migración, a veces iniciadas por una invasión, como durante la invasión mongol del siglo XIV, o en tiempos más recientes, por el éxodo de las zonas rurales a las ciudades, durante los primeros momentos de la industrialización. Algunas de las migraciones más importantes se produjeron del Viejo Mundo al Nuevo Mundo. Hasta el siglo XIX, la principal migración era el traslado forzoso de esclavos africanos a las plantaciones de azúcar y algodón. Pero a mediados del siglo XIX, un número cada vez mayor de europeos del este y del oeste emigraron a Estados Unidos y América Latina en busca de trabajo en fábricas y granjas. De 1690 a 1913, inigraron del Viejo Mundo a América unos veintitrés millones de personas. El gran movimiento migratorio hacia el oeste de Estados Unidos se vio acompañado después de la guerra de Secesión de la migración de antiguos esclavos negros liberados desde el sur rural hacia las ciudades industriales del norte. Hacia comienzos del siglo XX, chinos y japoneses emigraron también a América, desencadenando

una reacción racista y leyes excluyentes. Después de la segunda guerra mundial, gran parte de la migración en el continente americano se ha producido desde el sur hacia el norte; a finales del siglo XX, los trabajadores de origen mexicano de Estados Unidos enviaban a sus parientes en México unos ocho mil millones de dólares cada año. En la actualidad una de las migraciones en masa más grandes de la historia se está produciendo en China, donde durante la última década hasta un centenar de millones de personas se han desplazado desde el campo a las ciudades, y se estima que durante los próximos cinco años abarrotarán las ciudades chinas unos setenta y cinco millones de personas más.[22]

La (persistente) brecha

Pese a la industrialización de algunas partes del antiguo Tercer Mundo, la suerte de los estados de la OPEP o la migración de millones de personas a estados más ricos, la brecha abierta entre las partes más ricas y las más pobres del mundo no se ha cerrado durante el siglo XX; de hecho, se ha abierto todavía más. En 1990, los ingresos de los países más ricos eran de 18,280 dólares per cápita o 55 veces más que los ingresos de las naciones más pobres. Visto de otro modo, de 1960 a 1995 el cociente entre los ingresos de los estados más ricos del mundo y los más pobres aumentó de 30:1 a 80:1.[23] Lo que quizá sea todavía más sorprendente es que los pobres constituyen *la mitad* de la población del mundo, es decir, unos tres mil millones de personas.[24] Una fracción importante de éstos se encuentra en las zonas rurales pobres de los dos países más grandes del mundo, China e India, y varios millones más en el sureste asiático y en la nación caribeña de Haití. Pero la proporción más grande se encuentra en África. (Véase el mapa 6.1.)

La pobreza de África puede atribuirse a varios factores, entre ellos la esclavitud, el colonialismo, el endeudamiento poscolonial y la gue-

6.1 Los países más pobres del mundo por regiones

Fuente: UNICEF, «The State of the World's Children, 2003».

RUSIA
ASIA
CENTRAL
ORIENTE
MEDIO
Mar
de Arabia
SUDESTE
ASIÁTICO
Mar Meridional
de China
Océano
Pacífico
Estrecho
de Malacca
Océano
Índico
AUSTRALIA

rra civil. La descolonización dejó tras de sí estados territoriales donde nunca había existido ninguno. Los nuevos estados constituyeron organizaciones con el poder administrativo oficial para extraer y controlar sus recursos, tanto en forma de impuestos como en forma de materias primas. Para financiar el «desarrollo», los dirigentes de los nuevos estados solicitaron préstamos al Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y del Banco Africano del Desarrollo, pero en su mayoría lo que esos préstamos financiaron fue corrupción. Controlar el aparato del estado enriquecía a sus líderes y estimulaba en otros el deseo de acceder al gobierno para controlar la riqueza por medios diversos, a menudo violentos, que llevaron a la institución de sucesivos regímenes militares, movimientos armados de oposición y guerras civiles. A menudo los contendientes pertenecían a etnias o grupos lingüísticos distintos que habían acabado dentro del mismo estado al finalizar el régimen colonial. Las enfermedades crónicas, en particular la malaria y el sida, debilitan y reducen la capacidad de trabajo de cientos de millones de personas en el África subsahariana.[25]

En los años ochenta, buena parte del África subsahariana era tan pobre que apenas atraía a los inversores extranjeros, de manera que era muy poco el capital que entraba en África: incluso los propios africanos sacaban dinero de África para invertirlo en otros lugares. En consecuencia, muchos estados africanos pasaron a depender todavía más de créditos para mantenerse a flote. En la actualidad muchos estados africanos se encuentran bajo el peso de una enorme deuda, además de todos sus otros problemas, por lo que han recibido el apelativo de «países pobres altamente endeudados» o HIPC (en sus siglas en inglés). De los cuarenta HIPC que había en 1999, 34 se encuentran en el África subsahariana, cuatro en América Latina, uno en Asia y uno en Oriente Medio.[26] El número de personas que viven en la miseria en África se ha doblado de 1981 a 2001 y, pese a las metas internacionales de reducción de la pobreza en África, se espera que los pobres de este continente sigan aumentando hasta alcanzar unos trescientos cuarenta millones en 2015.[27]

Contra toda esa lógica, algunas políticas del mundo industrializado conspiran para mantener en la pobreza a las naciones pobres. Estados Unidos, Japón y la Unión Europea subvencionan a sus agricultores y mantienen aranceles elevados sobre las exportaciones de sus importaciones agrícolas para proteger a sus sectores agrícolas. Sus agricultores son ricos y pueden permitirse abonos sintéticos, semillas de nueva generación y regadíos, todo lo cual aumenta su producción. Los agricultores de los países pobres ya tienen bastantes desventajas y los elevados aranceles sobre los productos agrícolas hacen que les resulte casi imposible competir en el mercado internacional: los mercados tienden a favorecer a quienes ya tienen dinero. Las demandas de reducción de los aranceles de los países ricos sobre los productos agrícolas no proceden, pues, del mundo industrializado, sino de los países pobres, y encuentran muy poca respuesta en el mundo industrializado.[28]

El fin de la guerra fría

La «crisis del petróleo» de 1973 causada por el embargo de petróleo por la OPEP, concebido para aumentar su precio, agravó problemas económicos globales que hicieron su primera aparición en 1971 cuando Estados Unidos abandonó el patrón oro y permitió que el valor del dólar «flotara», como en efecto hizo, hacia abajo, con toda la intención de devaluarlo para poder pagar las importaciones de petróleo. La economía estadounidense cayó entonces en los horrores de una inexplicable «estanflación» o estancamiento económico *más* inflación, una combinación que dejó perplejos a los economistas. Una economía estadounidense tambaleante arrastró con ella al resto de las economías del mundo capitalista. ¿Crisis? ¿Depresión? ¿Recesión? El historiador Eric Hobsbawm ve en 1973 el fin de la «edad dorada» del período posterior a la segunda guerra mundial y el principio de las «décadas de crisis».[29] Se llame como se llame a

la década de 1970, no cabe duda de que fue un tiempo cargado de tensiones para el mundo capitalista.

Pero peor aún estaba el bloque soviético. El crecimiento económico había ido frenándose desde los años cincuenta y ya no era posible satisfacer las necesidades del ejército, la industria y los consumidores. Así que los consumidores pagaron el pato haciendo largas colas y esperas en las tiendas para conseguir alimentos básicos. De igual modo, o quizá más importante, los sesgos «produccionistas» del sistema creaban gravísimos problemas medioambientales que ya era imposible eludir. En los años setenta había quedado claro que era necesario instaurar reformas, pero conseguir que la rígida y descomunal burocracia soviética cambiara era difícil, si no imposible, porque el cuadro del Partido Comunista que designaba los cargos de los ministerios estatales se beneficiaba de sus posiciones. Los intentos de reforma en otros países de Europa del este habían acabado con tanques soviéticos en las calles (Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968). A la Unión Soviética cada vez le resultaba más caro mantener en órbita sus satélites de Europa del este.

Durante estos años de crisis estadounidense y soviética, hubo dos líderes políticos que desempeñaron papeles principales en el proceso de reducir y luego poner fin a la guerra fría: Ronald Reagan (elegido presidente de Estados Unidos en 1980) y Mijaíl Gorbachov (elegido para dirigir la Unión Soviética en 1985). En parte para levantar la economía estadounidense de la profunda recesión, originada por la fortísima subida de las tasas de interés en 1981-1982, el presidente Reagan incrementó enormemente el gasto en defensa (y el déficit). Reagan confiaba en que una renovada carrera armamentística agotaría a los soviéticos y, hasta cierto punto, tenía razón. Cuando Gorbachov llegó al poder, se dio cuenta de que la Unión Soviética no podía mantener el gasto militar al mismo nivel que Estados Unidos ni responder a la amenaza de un sistema de defensa con misiles basado en el espacio, así que no buscó simplemente el control de las armas nucleares, sino su reducción mediante acuerdos

con Estados Unidos. Confiaba en que su programa de *glasnost* o apertura a las ideas y cultura de Occidente traería algo de aire fresco al viciado sistema soviético, mientras que la *perestroika*, o reajuste, llevaría a reformar el partido, el estado y la economía. La guerra fría estaba llegando a su fin, pero también el sistema soviético.

De manera simultánea, el poder comunista de los estados de Europa del este afrontaba desafíos procedentes en parte de líderes sindicalistas como Lech Walesa en Polonia y en parte de la Iglesia católica romana y la ortodoxa. Las profundas dificultades económicas, la corrupción política y un control más débiles en Moscú envalentonaron a los ciudadanos de la Europa del este para celebrar manifestaciones públicas que de manera inesperada la policía estatal y el ejército se negaron a reprimir. Desde agosto de 1989 hasta el final de ese año, el «poder del pueblo» echó del poder de manera pacífica a los regímenes comunistas en todo el este de Europa. Sólo en Rumania se ejecutó a un líder del Partido Comunista. El fin de la Unión Soviética también estaba servido. A medida que las repúblicas nominalmente independientes que constituían la Unión Soviética se hicieron independientes de verdad, la Unión Soviética dejó de existir, dejando a Gorvachov en una posición irrelevante como jefe de estado. En agosto de 1991, algunos líderes militares soviéticos intentaron utilizar la fuerza para restablecer la «unión», pero el líder de la federación rusa, Boris Yeltsin, les hizo frente, el golpe de estado fracasó y con él la Unión Soviética. A finales de 1991, Estados Unidos era la única superpotencia que quedaba en el mundo.

El efecto inmediato de la caída de la Unión Soviética fue el de aumentar el número de naciones-estado del mundo. El proceso fue en general pacífico. La antigua Unión Soviética se dividió en quince nuevos estados, el mayor de los cuales es Rusia, que conservó la mayor parte del poder, incluido el poder nuclear, de la antigua Unión Soviética. En un caso (Alemania) el proceso acabó con un estado menos cuando el antiguo estado comunista de Alemania del Este se reunificó con Alemania Occidental, que fue la parte dominante de la reunificación. Che-

coslovaquia se dividió en dos estados (la República Checa y Eslovaquia). En la antigua Yugoslavia, sin embargo, la división en seis estados menores vino acompañada de guerra civil, «limpieza étnica», atrocidades, crímenes de guerra y, por último, la intervención militar de las fuerzas de la OTAN y Estados Unidos. Al final, los nuevos estados territoriales hicieron aumentar a 191 los miembros de Naciones Unidas.

¿El fin de la historia? ¿Un choque de civilizaciones?

La desaparición de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría fueron recibidos con alivio, alegría y cautela: alivio para quienes habían temido que la guerra fría pudiera caldearse; alegría de quienes estaban comprometidos con el inminente triunfo global de los valores asociados con el capitalismo y la democracia, y cautela de quienes desconfiaban de las intenciones y acciones de un Estados Unidos libre de la carga que suponía la amenaza soviética.

De hecho, la Unión Soviética había sido una característica definitoria del siglo xx desde sus orígenes tras la primera guerra mundial como desafío al capitalismo, pasando por su papel crítico en la derrota de Hitler en la segunda guerra mundial, hasta su rivalidad con Estados Unidos por el liderazgo global durante la guerra fría. Desaparecida la Unión Soviética y acabada la guerra fría, algunos creían que las causas de conflicto global y, por tanto, de la «historia» habían quedado eliminadas para siempre y que el futuro consistiría en una evolución por lo general pacífica y sin incidentes de instituciones democráticas y economías de libre mercado.[30]

No hay duda de que el fin del bloque soviético significaba el fin de su forma de comunismo «produccionista». Desde entonces Rusia y la mayor parte de los antiguos bloques soviéticos y de Europa del este han regulado la propiedad privada, han aprobado leyes para proteger el capital, han acogido la inversión extranjera y han abrazado el comercio libre. En suma, la parte del mundo abierta al capitalismo se

amplió notablemente durante la década de 1990, lo que produjo una gran expansión capitalista en esa misma década; en consecuencia, la «globalización» entró en la conciencia de muchos en todo el mundo.

Las reformas del mercado en la China comunista también alimentaron la expansión del capitalismo de libre mercado y la intensificación de la integración global durante los años noventa. Bajo el liderazgo del Partido Comunista Chino, a principios de los años ochenta, China comenzó a desmantelar su economía, propiedad del estado y controlada por éste. Quizá parezca extraño, pero preocupado por estimular el crecimiento económico más que cualquier otra cosa, el líder chino Den Xiaoping afirmó que no le importaba si el gato era negro o blanco siempre y cuando cazara ratones.

Comenzando con la privatización de la agricultura a principios de los años ochenta y pasando después a la industria a finales de los años ochenta para abrir el país a la inversión extranjera a principios de los años noventa, la economía china acabó siendo básicamente capitalista, aunque su banca y la producción de energía permanecieron en manos del estado. Al atraer capital extranjero para construir nuevas fábricas, la estrategia de China se ha centrado en producir bienes de consumo para el mercado de la exportación. En los años noventa, fueron tantos los productos chinos que inundaron los mercados de todo el mundo, sobre todo en Estados Unidos, que hoy China exporta cada mes por valor de unos dieciocho mil millones de dólares más de los que gasta en importaciones. En consecuencia, China acumula una gran cantidad de dólares (unos setecientos diez mil millones) que utiliza para comprar obligaciones del Tesoro de Estados Unidos y, más recientemente, multinacionales estadounidenses (el caso más célebre es el de la división de ordenadores personales de IBM). Durante los últimos veinte años, la economía de China ha sido la que más rápidamente ha crecido en todo el mundo y al ritmo actual es probable que supere las de Alemania, Japón y Estados Unidos en 2035.

Comercio libre global

Aunque no fue el «fin de la historia» después de acabada la guerra fría, los años noventa sí que fueron testigo de la expansión global de los mercados y el capitalismo. De hecho, los dos rivales más importantes de esa forma de organización del mundo, el modelo comunista soviético (y su variante china) y los modelos imperiales estatalistas de la Alemania nazi y de Japón habían sido destruidos dejando a Estados Unidos como única superpotencia. Bajo sus auspicios, el orden económico global se ha vuelto mucho más uniforme y mucho más integrado globalmente. Paradójicamente, sin embargo, ningún estado, por poderoso o rico que sea, incluido Estados Unidos, puede controlar la economía mundial.[31] No obstante, Estados Unidos sigue teniendo una voz poderosa en el Banco Mundial y en el FMI, así como en la OMC, y los líderes de los países industrializados del «G8» se reúnen cada julio para coordinar la política económica global.

Pero el crecimiento del mercado global ha dejado a la mayoría de los gobiernos impotentes para controlar su propio destino económico, situados en todos los casos en una implacable competencia que hasta el momento sigue estando dominada por los ricos, aunque no sin toparse con desafíos. Las políticas destinadas a garantizar el pleno empleo o controlar la inflación o la deflación han demostrado ser inútiles en el contexto de una competencia internacional que presiona a la baja de los salarios y los beneficios. En este entorno económico global altamente integrado, los estados que se oponen a permitir unos beneficios empresariales mayores al regular mayores pagos a la seguridad social, subsidios de desempleo o sanidad se arriesgan a que las empresas cierren sus fábricas y las trasladen a cualquier otro lugar más favorable. En consecuencia, los costes de la producción industrial han caído en todo el mundo, así como los precios de la mayoría de los productos agrícolas y materias primas, no a consecuencia de las «ventajas comparativas» que vaticinaban

los defensores del comercio libre internacional, sino a causa de una reducción de los niveles de vida, no sólo en los países pobres en desarrollo, sino también en países ricos como Estados Unidos.[32]

En tanto que eje principal de este sistema global de estados y economías, Estados Unidos se encuentra en una posición paradójica. Por una parte, tiene el ejército más poderoso de la Tierra; por otra, aunque económicamente potente, su cuota del producto mundial está cayendo mientras que la de otros, en concreto China, aumenta. No puede controlar la economía mundial, pero se siente obligado a utilizar su poder militar para canalizar las fuerzas globales de tal manera que el sistema internacional se mantenga bien engrasado (con petróleo, a ser posible). Algunos ven a Estados Unidos persiguiendo un nuevo imperio global y haciendo de «policía» del mundo en defensa de sus intereses.[33]

¿Un choque de civilizaciones?

Algunos observadores no estaban tan seguros de que el fin de la guerra fría hubiera desterrado los conflictos mundiales o de que no surgieran nuevas formas de conflicto. Una interpretación destacada mantenía que la guerra fría sólo había servido para encubrir diferencias más profundas entre «civilizaciones» que no tardarían en resurgir, especialmente enfrentando «el Occidente» contra sus rivales históricos, las civilizaciones islámica y china. Estos teóricos aconsejaban a Estados Unidos que se preparara para un inminente «choque de civilizaciones».[34]

Numerosos acontecimientos sucedidos después de que finalizara la guerra fría parecían dar crédito a esa interpretación, sobre todo por lo que respecta al mundo musulmán. En 1991, Irak, dirigido por Ṣaddām Hussein, invadió a su vecino Kuwait afirmando que había pertenecido históricamente a su país. Estados Unidos dirigió una coalición de fuerzas que en primera instancia condenaron a Irak en

Naciones Unidas y después utilizó la fuerza militar en la primera guerra del Golfo, en 1991, para expulsar de Kuwait a las fuerzas de Ṣaddām. Con fuerzas militares estadounidenses destinadas ahora en Arabia Saudí para controlar Irak, los musulmanes que en los años ochenta habían luchado contra la influencia soviética en la región dirigieron su ira contra Estados Unidos y atacaron intereses estadounidenses en Arabia Saudí (el atentado a las Torres Khobar en 1996), embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania en 1998, y en Yemen, en 2000, el destructor de Estados Unidos *Cole*. El grupo islámico que llevó a cabo muchos de estos ataques, al-Qaeda bajo el liderazgo de Osama bin Laden, fue también responsable de los ataques lanzados el 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono, en los que murieron tres mil ciudadanos estadounidenses.

Los ataques del 11-S, el vídeo de la declaración de Osama bin Laden al respecto, la coalición formada por Estados Unidos contra el terrorismo global[35] y las subsiguientes acciones militares contra Afganistán e Irak nos llevan a preguntarnos si realmente ha cambiado la dinámica del mundo. El problema básico de la visión de Osama bin Laden de un imperio islámico redivivo y de la idea del «choque de civilizaciones» es que pasan por alto los procesos y las fuerzas que en su momento fueron responsables del nacimiento del mundo moderno. Aunque la brecha entre los más ricos y los más pobres del mundo pueda alimentar el resentimiento en el Tercer Mundo (entre palestinos, afganos y pakistaníes, por ejemplo) contra Estados Unidos, Europa y Japón, no hay razón para creer que el sueño de Osama bin Laden de un imperio islámico con el alcance que tuvo en el siglo VIII tenga posibilidad alguna de existir siquiera en el marco de las naciones-estado. Una visión tan arcaica del futuro tiene pocas posibilidades de fructificar en un mundo de intereses nacionales, ni siquiera en las tierras de habla árabe donde la mayoría de las personas profesan una versión u otra del islam. Las esperanzas para el futuro de los palestinos, por ejemplo, están enraiza-

das en su nacionalismo y en sus perspectivas de un estado soberano, no en un imperio islámico transnacional. Tampoco hay prueba alguna de que las «civilizaciones» sean actores en el escenario global (aunque pudiera demostrarse la existencia de otros actores en el mundo moderno). De hecho, los ataques del 11 de septiembre pueden interpretarse mejor no como ataques a la civilización occidental sino a los símbolos de las piedras angulares del mundo moderno: el capitalismo global representado por el World Trade Center y la nación-estado representada por el Pentágono o, más aún, por la Casa Blanca si en efecto era uno de los objetivos.

En este sentido, lo que parece ser un conflicto entre «Occidente» y el islam radical es sobre todo un accidente de la historia. Estados Unidos está involucrado en el mundo islámico no porque persiga una cruzada de su civilización contra la islamista, sino porque un accidente de la geografía hizo que la mayoría de las reservas mundiales de petróleo se encuentren en la región del golfo Pérsico, la morada del islam. Estados Unidos estaría involucrado en Oriente Medio con independencia de quién gobernara en la región o cuáles fueran sus creencias religiosas. Que el golfo Pérsico sea a un tiempo la casa histórica del islam y el depositario de las mayores reservas mundiales de petróleo es una coincidencia.

Energía, petróleo y guerra

Las sociedades necesitan energía. Durante la mayor parte de nuestra historia sobre la Tierra, los seres humanos han dependido de sus propios músculos y del esfuerzo de los animales para transformar las calorías de material vegetal y animal en movimiento. Las grandes exploraciones marítimas del siglo XV de Zheng He, Vasco da Gama y Cristóbal Colón dieron comienzo a la edad de la vela, con la que los seres humanos aprovechaban la energía generada por el viento. La revolución industrial amplió enormemente las

fuentes de energía al aprovechar la contenida en el carbón, y en el siglo XX otros combustibles fósiles, sobre todo el petróleo, han aumentado la producción de energía y la movilidad de máquinas como el automóvil y el avión. Cada una de estas maneras de generar y utilizar energía da origen a nuevas tecnologías, relaciones sociales y económicas e intereses políticos que encierran aún más profundamente a las sociedades en esos regímenes particulares.

Las sociedades que pueden movilizar fuentes de energía para la industria, el consumo y los ejércitos son fuertes y poderosas y utilizan ese poder para garantizar el flujo de energía desde otras partes del mundo hasta su propio estado. Tal poder, como los depósitos de carbón, petróleo y gas natural, está distribuido de forma irregular en el mundo, lo que acentúa diferencias globales en la riqueza y la pobreza: en la actualidad, las sociedades consumidoras, con un veinte por ciento de la población mundial, utilizan unas dos terceras partes de toda la energía producida, que en su gran mayoría procede de la quema de combustibles fósiles.

Además, el rápido desarrollo de China e India, que incluye el advenimiento de «clases medias» muy consumidoras, ha incrementado su demanda y consumo de petróleo, lo que según un analista nos conducirá a una «búsqueda enfebrecida» y una «intensificación de la lucha global por la energía» que conducirá a la competencia y a un potencial conflicto entre China, India, Estados Unidos y Japón. La creciente demanda global de los limitados suministros de petróleo ya ha producido rápidos incrementos en el precio del crudo, pero queda por ver si ello conducirá a un aumento de la producción o a conflictos armados, aunque Estados Unidos ha comenzado a hablar de «poseer un plan estratégico para afrontar ese problema».[36] Habrá que ver si «estratégico» significa sencillamente «a largo plazo» o si quiere decir «militar». En cualquier caso, la búsqueda global de petróleo no es ciertamente ni el «fin de la historia» ni puede entenderse como un «choque de civilizaciones».

La gran desviación[37]

La dependencia del mundo moderno de los combustibles fósiles es una de las razones por las que un destacado historiador ha argumentado que el siglo XX representa una importante fractura con el pasado y el inicio de un experimento vasto, incontrolado y sin precedentes: una apuesta de que la forma de organizar el mundo del siglo XX, basada en el consumo de combustibles fósiles, no acabará socavando los cimientos ecológicos de la vida en la Tierra.[38] El consumismo estadounidense del siglo XX, el producciónismo soviético y el desarrollismo del Tercer Mundo, fenómenos que han repercutido globalmente y han ayudado a configurar todas las sociedades en mayor o menor medida, han primado el crecimiento económico industrializado, creando de forma colectiva una «antroposfera» de tal tamaño y poder que rivaliza, reemplaza y canaliza los procesos naturales de la biosfera. A finales del siglo XX, los seres humanos ya captaban para su uso un cuarenta por ciento de la producción del proceso natural de la fotosíntesis[39]

Aproximadamente, la economía global a principios de la revolución industrial, en 1800, era tres veces mayor que trescientos años antes, en 1500. Desde entonces, el crecimiento económico se ha acelerado, triplicándose de 1800 a 1900. De principios a finales del siglo XX, la economía mundial se ha multiplicado por catorce y la mayor parte de ese crecimiento se ha producido desde el final de la segunda guerra mundial.

El crecimiento económico es un indicador aproximado de la relación entre nuestra especie y su entorno porque prácticamente todo lo que cuenta como «económico» es el resultado de una transformación de la naturaleza. La minería, la agricultura y la fabricación son procesos que transforman algún elemento de la naturaleza en algún producto que los seres humanos pueden usar o consumir. Cuanto más desarrollo económico, más cambiamos la naturaleza. Después de la segunda guerra mundial, el consumismo, el produc-

cionismo y el desarrollismo se han combinado para impulsar todavía más el crecimiento económico. La persecución del desarrollo económico ha alterado drásticamente no sólo las relaciones de poder globales sino también el medio ambiente y los procesos ecológicos globales. De acuerdo con la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio, «durante los últimos cincuenta años, los seres humanos han cambiado los ecosistemas de manera más rápida y extensa que en ningún otro período comparable de la historia de la humanidad, sobre todo con el objetivo de satisfacer una demanda creciente de alimentos, agua, madera, fibra y combustible. El resultado ha sido una pérdida sustancial y en gran medida irreversible de la diversidad de la vida en la Tierra».[40]

Los abonos nitrogenados, que se sintetizaron por primera vez en 1913 gracias al proceso Haber-Bosch, lanzan en la actualidad tanto nitrógeno al medio ambiente como todos los procesos naturales globales. En 1950, se utilizaron tres millones seiscientas mil toneladas métricas de abonos nitrogenados, la mayoría en países industriales avanzados. En 1980, esa cifra había aumentado hasta sesenta millones de toneladas, y en el año 2000, hasta ochenta millones de toneladas, con una diversificación parcial a otros países fuera del núcleo industrial. Es significativo que el setenta por ciento de ese uso se produzca en sólo tres países: China (veinticinco millones de toneladas), Estados Unidos (once millones de toneladas) e India (diez millones de toneladas). En cambio, en el África subsahariana, la región más pobre de la Tierra, casi no se utilizan fertilizantes sintéticos de nitrógeno.[41] Allí y en otros lugares, unos agricultores cada vez más pobres y sin dinero para comprar abonos artificiales, instalar sistemas de regadío o plantar semillas de alto rendimiento siguen atrapados en el antiguo régimen biológico, de manera que usan cada vez más los recursos naturales para sustentar sus vidas empobreciendo su entorno. Las poblaciones rurales pobres queman bosques, arbustos o lo que encuentren para cocinar, calentarse e iluminarse, en una palabra, para sobrevivir, lo que empobrece todavía

más su ambiente y a ellos mismos. No es sólo la industria lo que transforma el medio ambiente global: también lo hace la pobreza rural.

Hay quien sugiere que nuevas tecnologías como la biotecnología, la informática e internet podrían alimentar el crecimiento económico necesario para romper el yugo de la pobreza promocionando, por ejemplo, los efectos liberadores de los ordenadores de cien dólares al tiempo que reducen el impacto sobre el medio ambiente. La fabricación de microchips o la manipulación de genes utilizan muy pocas materias primas en comparación con, por ejemplo, las locomotoras o los barcos. Pero sin electricidad, los mundos de los ordenadores y la biotecnología no podrían existir. De hecho, la utilización de energía en el mundo durante el siglo XX ha seguido un curso paralelo al proceso de la explosión económica y poblacional: así, en 1990 se utiliza diez veces más energía que en 1900. Un analista calcula que los seres humanos utilizan más energía en el siglo XX que en los más de diez mil años transcurridos desde la revolución agrícola a la revolución industrial. El carbón y el vapor impulsaron las primeras industrias, pero el siglo XX es la edad del petróleo, combustible que ha alimentado tanto la difusión del automóvil como la proliferación de las plantas generadoras de electricidad. Gran parte de la electricidad se genera a partir de carbón, y la combinación de la quema de petróleo, gas y carbón, todos ellos «combustibles fósiles» no renovables, ha provocado un calentamiento global y la contaminación del aire y el agua.

El calentamiento global está causado por la liberación de «gases invernadero» a la atmósfera (contaminación del aire), especialmente dióxido de carbono procedente de la quema de carbono y gas, pero también dióxido de azufre. El metano de los arrozales y los rebaños de animales también contribuyen al calentamiento global. Los efectos de un aumento de la temperatura media global hasta el momento se han notado sobre todo en las regiones polares o frías, donde se han fundido glaciares y permafrost. Sin embargo, un peli-

gro mayor es que no se sabe hasta dónde subirán las temperaturas globales y si su ascenso tendrá en algún momento consecuencias rápidas, inesperadas y catastróficas. El aumento del nivel del mar ya está causando problemas en Alaska, en islas del Pacífico muy llanas y en Bangla Desh, y amenaza las regiones costeras de todo el mundo. Pero el aumento de las temperaturas de los océanos podría precipitar cambios aún mayores en las corrientes oceánicas, privando a Europa, por ejemplo, de los efectos moderadores sobre el clima de la corriente del Golfo.

Las actividades humanas dirigidas a aumentar el crecimiento económico y el desarrollo han afectado también a otros procesos naturales. Además de perturbar el ciclo del nitrógeno y el clima global, los humanos han «arrancado» grandes extensiones de la superficie de la Tierra para obtener carbón, cobre, oro, bauxita y otros recursos naturales que se encuentran bajo la superficie. La lluvia ácida esteriliza lagos en el este de Estados Unidos, el noreste de China y en Japón. Lagos y océanos reciben aguas de escorrentía cargadas de fertilizantes nitrogenados que provocan grandes crecimientos de algas que consumen el oxígeno del agua y crean zonas muertas. Además, la expansión del consumo de ternera ha aumentado la población global de vacuno hasta dos mil millones de cabezas de ganado que comen, beben, defecan y emiten gases que también contribuyen al calentamiento global.

La expansión de las talas madereras y de la agricultura también han desnudado grandes extensiones de selva tropical en África, Asia y América Latina, alterando el clima local y llevando a la extinción a miles de especies. Es cierto que los seres humanos han quemado y talado árboles desde el final de la última Edad de Hielo y el principio de la agricultura hace diez mil años. Las economías avanzadas del antiguo régimen biológico de China e Inglaterra, por ejemplo, ya habían deforestado sus tierras hacia 1800. El ritmo se aceleró durante el siglo XIX, cuando se talaron los grandes bosques de América del Norte, Rusia y el mar Báltico, antes de frenarse con

la guerra y la Gran Depresión durante la primera mitad del siglo XX. Pero los cincuenta años transcurridos desde el fin de la segunda guerra mundial han sido testigos de los más feroces ataques sobre los bosques de toda la historia de la humanidad: la mitad de toda la deforestación de la historia humana se ha producido durante la última mitad del siglo, sugiriendo al historiador Michael Williams la denominación de «la gran arremetida».[42] Casi toda la deforestación reciente se ha producido en las zonas tropicales de África, Asia y América Latina, donde vive la mayoría de los pobres del mundo. Con la pérdida de miles de especies animales y vegetales, los ecosistemas naturales se están simplificando de manera radical y la falta de diversidad los incapacita para responder a perturbaciones.

¿Será nuestro destino envenenar nuestro mundo con los contaminantes indeseados del mundo industrial? ¿Seguirá la «isla Tierra» el mismo destino que siguieron la isla de Pascua, cuyos habitantes agotaron los recursos naturales, vieron cómo moría su población y quedaron reducidos a grupos guerreros y caníbales que se apiñaban en el interior de frías y oscuras cavernas?[43] Si el mundo en que vivimos es contingente a los acontecimientos y a las decisiones pasados, nuestro futuro será contingente a las acciones y decisiones de hoy. No cabe duda de que los dos principales problemas a los que se enfrenta el mundo son sobrecogedores: de un lado, proporcionar un nivel de vida decente para una población que crece con rapidez; de otro lado, frenar e incluso invertir la degradación del medio ambiente provocada por los modelos de desarrollo industrial del siglo XX. ¿Es el mundo moderno, con la estructura que tiene, capaz de abordar estos problemas globales? Quizá.[44]

El problema fundamental es la concepción más extendida de la relación entre el crecimiento económico global y el medio ambiente. La actividad económica, esencial para la existencia de los seres humanos, siempre ha dependido de los procesos naturales y, por tanto, ha formado parte de ellos. La principal diferencia entre el siglo XX y toda la historia de la humanidad anterior es que el impacto

del hombre sobre el medio ambiente era tan pequeño o tan local que los teóricos de la economía moderna (los primeros, en el siglo XVIII) desarrollaron modelos de funcionamiento del mundo que no tienen en cuenta los usos o servicios que el entorno natural ofrece a los seres humanos. En el siglo XX, y hasta hoy mismo, los defensores del comercio libre global, del desarrollismo, del consumismo y, hasta hace bien poco, del produccionismo han supuesto que el sistema económico global está separado del sistema ecológico global.[45] Pero eso podría ser un error colosal. La biosfera y la antroposfera quedaron inextricablemente enlazadas durante el siglo XX, siglo en que la actividad humana ha provocado cada vez más cambios biosféricos en direcciones que ni pueden conocerse ni pueden predecirse. Albert Einstein dijo en una ocasión que Dios no juega a los dados con el universo; al parecer no podemos decir lo mismo sobre los seres humanos y la Tierra.

CONCLUSIÓN

El siglo XX supone, por tanto, una gran desviación con respecto al pasado en cuanto a la relación entre los seres humanos y el medio ambiente global, así como en un aspecto vinculado: el número de seres humanos que viven en el planeta. Ninguno de estos aspectos fueron resultado intencionado del mundo moderno y podemos preguntarnos si los elementos que constituyen ese sistema (estados territoriales soberanos conectados globalmente por mercados libres que sostienen un crecimiento industrial) son capaces de abordar las cuestiones globales que se nos plantean. Quizá un gobierno mundial fuera capaz de abordar de manera adecuada estas cuestiones globales, pero en el actual contexto de un sistema de estados soberanos celosamente guardado, su constitución parece poco probable.

El siglo XX también marca una desviación por el cambio del núcleo de la riqueza y el poder global desde Europa occidental a Esta-

dos Unidos, lo que ha llevado a algunos a sostener que el siglo XX ha sido el siglo estadounidense. Sin duda, Estados Unidos tenía la economía mayor y más productiva a principios de siglo, aunque pocos lo entendieron así en aquel momento. Fue necesaria la profunda crisis de los treinta años, con dos guerras mundiales y la Gran Depresión, para preparar a Estados Unidos a aceptar una posición de liderazgo en el sistema mundial capitalista. Y cuando por fin lo hizo después de la segunda guerra mundial, lo retó la Unión Soviética, un país que, al igual que Estados Unidos, había dedicado enormes recursos a derrotar a la Alemania nazi. De hecho, podría afirmarse que el siglo XX fue tanto un siglo soviético como un siglo estadounidense, pues sin la Unión Soviética el curso del siglo XX no habría sido el mismo.[46]

Además, etiquetar al siglo XX de siglo estadounidense oscurece el ascenso del este asiático durante los últimos cuarenta años. El renacer económico de Japón tras la segunda guerra mundial; la revolución comunista china, que condujo primero a un poderoso ejército y ahora a una potente economía industrial; la industrialización de los «cuatro tigres» (Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong), así como la democratización de los tres primeros, y los cambios acaecidos en India y el sureste asiático, han desplazado el centro global de la producción económica y de la población de vuelta a Asia. Después de Estados Unidos, Japón tiene ya la segunda economía más grande del mundo y las previsiones indican que China podría superar a ambos países en 2035.

De hecho, el ascenso del poder político, militar y económico de China supone un desafío para los intereses estadounidenses y para su influencia en Asia y, además, no cabe duda de que China pretende afirmar su peso histórico en el este asiático. Eso podría inquietar a Japón, Corea y Vietnam y llevarlos a fortalecer sus vínculos con Estados Unidos, aumentando las tensiones entre Estados Unidos y China, pero a diferencia de la guerra fría mantenida entre la Unión Soviética y Estados Unidos, países que apenas comerciaban, anual-

mente China vende a Estados Unidos bienes por un valor de cien mil millones de dólares, lo que la convierte en uno de sus principales socios comerciales. Y si bien Estados Unidos vende mucho menos a China, sí invierte allí, y las grandes y baratas importaciones chinas ayudan a contener el coste de la vida en Estados Unidos.

El mundo podría estar presenciando el principio de un «siglo asiático», aunque falta por ver si predominarán las características chinas o las indias. China sigue el método probado de un estado fuerte que impulsa un crecimiento económico rápido con objetivos estratégicos globales y que tiene poco interés o deseo de tener en cuenta la concepción que sus ciudadanos tienen del proceso. En India, en cambio, un estado democrático ha abierto su economía a fuerzas globales y, como es democrático, el gobierno indio escucha a su población rural. La consecuencia es que en la actualidad hay más gente adinerada en los seiscientos cincuenta mil pueblos de India y menos presión para emigrar a las ciudades. Hasta el momento, el crecimiento económico indio ha sido más lento que el chino, pero sus instituciones democráticas podrían provocar un cambio más profundo, mejor sustentado y más amplio que en el caso de China, donde un sistema autoritario desoye la voz de los pobres de las zonas rurales.

En la medida en que el siglo XXI presencie el «ascenso de Asia», la historia del mundo podría volver a la antigua pauta de dominio asiático que prevaleció de 1400 a 1800, pero ¿será la misma Asia, asomándose como en un *pentimento* a través de las capas oscurecidas por el dominio europeo y estadounidense de los últimos dos siglos? No, pues del mismo modo que la recreación de un califato islámico no es posible, tampoco volverá a ver el mundo imperios asiáticos basados en agriculturas productivas. El mundo ha cambiado tanto que los secretos de la riqueza y el poder están en manos de poderosos estados que dirigen economías industriales. Dada la creciente escasez de materias primas, en particular petróleo, para sostener ese modelo económico, si China, India y el resto del mundo

en vías de desarrollo serán capaces de perseguir la cultura dependiente del petróleo, el coche y el consumo que hoy es propio de Estados Unidos constituye una pregunta abierta.

A largo plazo, pues, la cuestión de quién «poseerá» el siglo XXI bien podría perder importancia a medida que nuestra cambiante relación con el medio ambiente de la Tierra gane en significación. Y es que no fue sólo la industrialización del mundo capitalista lo que contribuyó a esa «gran desviación», sino también el produccionismo del modelo comunista, el desarrollismo de India y China y el empobrecimiento rural de buena parte del Tercer Mundo. Querámoslo o no, todos estamos agotando la Tierra.[47]

Conclusión

CAMBIOS Y CONTINUIDADES

Esta breve indagación en la historia del mundo moderno ha intentado sintetizar los resultados de las investigaciones históricas recientes presentándolos en una narración global. A diferencia de la mayoría de las historias del mundo, que trazan el ascenso y la caída de varias grandes civilizaciones sin examinar de qué modo estaban vinculadas o utilizan un cemento eurocéntrico para sujetar todas las piezas, he intentado desarrollar un relato global que muestre de qué modo nació el mundo moderno y que al mismo tiempo sirva de crítica de las explicaciones eurocéntricas. Quizá en algunos momentos esta tarea haya resultado paradójica, pues comencé por definir el mundo moderno como el capitalismo industrial unido a un sistema de naciones-estado y dividido por una brecha entre «los que tienen» y «los que no tienen», todo lo cual resalta las virtudes y los logros europeos u occidentales.

Lo que aparece como aspecto central para comprender el origen del mundo moderno es un punto de vista global y ecológico esencial para entender lo sucedido en varias partes del mundo. De hecho, son las *interacciones* entre diversas partes del mundo, no los logros culturales de una u otra región, las que mejor explican la formación del mundo moderno. En realidad, esos logros no pueden entenderse *si*

no es en un contexto global. El todo, que en este caso es el mundo y su historia moderna, es mayor que la suma de sus partes.

Por grande que haya sido la influencia de europeos y estadounidenses en la formación de este mundo moderno, no fueron los únicos responsables de su formación y, ciertamente, Occidente no «ascendió» por encima de otras partes del mundo a causa de una superioridad cultural ni racial. Como este libro deja patente, la superioridad o preeminencia occidental no se ha puesto de manifiesto durante la mayor parte de la historia de la humanidad del último milenio y las últimas décadas del siglo XX han sido testigo del resurgir de Asia como un poderoso desafío a la hegemonía europea y estadounidense. Además, la historia del siglo XX demuestra el papel que asiáticos, africanos y latinoamericanos han desempeñado en la configuración de su propia historia mediante revoluciones, movimientos de independencia y desarrollos económicos.

Una poderosa escuela del pensamiento político estadounidense posterior a la segunda guerra mundial, reforzada por estudiosos que pintan una imagen del «excepcionalismo» estadounidense en la historia del mundo, considera Estados Unidos un país que ha alcanzado un lugar único y especial en la cima de la jerarquía global. Esta posición dominante, que en realidad no se materializó hasta que se dieron las circunstancias específicas de la crisis de los treinta años, de 1914 a 1945, concretamente desde el final de la guerra fría en los años noventa, es vista por los partidarios de esta línea de pensamiento como el resultado final de más de dos mil años de desarrollo occidental que comenzó con la democracia griega. Desde este punto de vista, Estados Unidos no sería simplemente el heredero del manto de democracia y libertad de los británicos, sino su logro más elaborado. Esta visión de la historia es la última encarnación de un eurocentrismo que no sólo es ciego a los verdaderos flujos y reflujos de la historia del mundo, sino que además influye en el pensamiento de algunos políticos estadounidenses que intentan imponer esos valores al resto del mundo y, si es necesario, por la fuerza.

La historia resumida

En la narración que se relata en este libro, hasta épocas muy recientes, alrededor de 1800, casi todos los habitantes del mundo vivían ceñidos a las restricciones del antiguo régimen biológico. Dentro de ese mundo, los imperios agrarios resultaron ser estados prósperos que desarrollaron niveles de vida elevados para sus pueblos, grandes logros culturales y gobiernos con un poder sustancial. A grandes rasgos, los estados más altamente desarrollados del Viejo Mundo (en China, India, Europa occidental, Japón y posiblemente algunas partes del sureste asiático) eran comparables: tenían sistemas de mercado bien desarrollados, acuerdos institucionales que permitían a sus habitantes obtener lo máximo de unas economías basadas en la agricultura e industrias productivas, aunque por regla general todavía dependientes de la captación del flujo anual de la energía solar.

La habilidad de una parte del mundo, en este caso los europeos occidentales, capitaneados por los británicos, para escapar a las limitaciones del antiguo régimen biológico aprovechando fuentes de energía almacenada (carbón y luego petróleo) fue contingente y se produjo como resultado de una coyuntura global. La primera contingencia se produjo a principios del siglo XV, cuando China decidió abandonar su dominio naval del océano Índico, la encrucijada del comercio donde la riqueza de Asia se intercambiaba por materias primas (entre ellas plata y oro) procedentes de partes menos desarrolladas del mundo para volver a monetizar su economía con plata, una decisión que condujo a la creación de una nueva demanda global de plata que pronto sería abastecida por el Nuevo Mundo. Del siglo XV al siglo XIX, la destreza comercial e industrial de China e India (en ambos casos era posible gracias a una agricultura muy productiva) permitió a los asiáticos dominar la economía mundial y atraer la atención y los recursos de quienes, desde cualquier otro lugar del mundo, desearan tener acceso a las riquezas de Asia. La de-

manda de plata en las economías asiáticas puso en marcha otros procesos que cambiaron el mundo.

La segunda contingencia significativa para nuestra historia fue, como es lógico, el descubrimiento del Nuevo Mundo y sus reservas de plata, la posterior reducción catastrófica de la población indígena por las enfermedades que llevaron los conquistadores y la instauración de una economía de plantaciones basada en el trabajo de esclavos africanos y subordinada a los intereses europeos. En tercer lugar, el fracaso de los españoles en su intento por imponer, durante el siglo XVI, un imperio al resto de Europa condujo a un sistema de estados europeos competidores continuamente enfrentados en guerras que promovieron una rápida innovación militar.

En el siglo XVIII, una vasta coyuntura de fuerzas permitió que Gran Bretaña, una pequeña isla en el extremo más occidental de Eurasia, comenzara a separarse de la manada. Las guerras entre Francia e Inglaterra, que culminaron en la guerra de los Siete Años (1756-1763), preparó el camino para el dominio de Inglaterra en Europa, América del Norte e India. De manera casi simultánea y por razones sobre todo internas, en la India comenzó a desmoronarse el poder mogol, lo que abrió un resquicio por donde los aventureros británicos pudieron meter una cuña colonial. China, sin embargo, era todavía demasiado poderosa para que los ingleses pudiesen definir los términos de la participación británica en Asia oriental hasta que la combinación del opio procedente de la colonia británica en India y sus lanchas cañoneras impulsadas por máquinas de vapor llevaron a China a la derrota en la guerra del opio (1839-1842). Unida a sus propias dificultades internas, la guerra del opio inauguró un siglo de agresión occidental japonesa contra China.

Visto en retrospectiva, la inclinación de la balanza en contra de China no se habría producido de no haber sido porque Gran Bretaña comenzó a industrializarse y aplicar los productos de la industria a su ejército. Además, la industrialización fue allí un proceso contingente al hecho de que Inglaterra poseía una peculiar periferia en el

Nuevo Mundo que precisaba sus bienes manufacturados, sobre todo tejidos de algodón para vestir a los esclavos africanos. Gran Bretaña tuvo también la enorme fortuna de encontrarse sobre depósitos de carbón accesibles cuando ya había deforestado buena parte de la isla para calentar Londres. Así pues, mientras en 1800 Asia y América Latina seguían estando constreñidos por los límites impuestos por el antiguo régimen biológico, Gran Bretaña primero, y después otros países europeos que temían las consecuencias de perder terreno respecto a Inglaterra, comenzaron a escapar aplicando fuentes de energía almacenada (primero carbono y luego petróleo) a los procesos de producción.

Las transformaciones resultantes cambiaron la dinámica económica, que pasó a estar dominada por los siglos de expansión y recesión, las crecientes divisiones entre nuevas clases sociales y entre el pueblo y el estado, la creciente competencia entre estados europeos por algunas colonias que convertirían en mercados cautivos y fuentes garantizadas de materias primas y las luchas por el control de África y por la obtención de concesiones en China. Por desgracia para aquellas partes del mundo que seguían trabajando dentro de las restricciones del antiguo régimen biológico, el más intenso fenómeno de El Niño de los últimos quinientos años tuvo lugar en el último cuarto del siglo XIX, llevó a la muerte a decenas de millones de personas a causa de hambrunas inducidas por la sequía y empujó todavía más a buena parte de Asia, África y América Latina a las condiciones que hoy conocemos como Tercer Mundo.

Como el historiador R. Bin Wong expone en *China Transformed*, durante el siglo XIX se enfrentaron dos maneras muy distintas de organizar las sociedades. La primera, los imperios agrarios con economías basadas en una agricultura altamente productiva, había gozado de gran éxito durante casi un millar de años, como bien demostraron los casos de China e India. También otros pueblos (por ejemplo, los aztecas y los incas) habían encontrado la manera de maximizar los beneficios del antiguo régimen biológico, pero como

sus fuentes de energía se basaban en último término en lo que el sol les diera anualmente, el poder de aquellos estados, el tamaño de sus poblaciones y la productividad de sus economías estaban limitados. La otra manera, la nueva, era la basada en naciones-estado con economías que aprovechaban la energía de combustibles fósiles para incrementar de manera drástica su producción industrial y su poder militar, y se desarrollaron primero en Europa occidental durante el siglo XIX. Esa nueva economía política otorgó a los europeos el poder para dominar el ochenta y cinco por ciento del mundo en 1900.

El dominio no se alcanzó porque los europeos poseyeran una cultura superior a la de otros pueblos, pese a todos los intentos de comparar a los herederos «civilizados» de la antigua Grecia con los «bárbaros» de Asia y África. La idea de la superioridad cultural es una solemne tontería y el «ascenso de Occidente», si es que debemos todavía utilizar ese término, tiene más que ver con la gran mortandad, el azúcar, la esclavitud africana, la plata hurtada, el opio, las armas y la guerra.

Armados con esas ventajas, a principios del siglo XX los europeos gobernaron o controlaron buena parte de Asia, África y América Latina. No estaban tan interesados en cambiar esos regímenes agrarios como en aprovechar los recursos naturales que no podían manufacturar pero que eran esenciales para la industria moderna. El levantamiento de las restricciones impuestas por el antiguo régimen biológico sobre los países del Tercer Mundo tuvo que esperar a que asiáticos, africanos y latinoamericanos creasen y gobernasen sus propios estados. Cómo y por qué ocurrió eso a través de movimientos de independencia antiimperialistas y revoluciones sociales, es decir, movimientos no centrados en Europa sino en Asia, África y América Latina, forma parte integral de la historia del siglo XX.

De hecho, el mundo moderno cambió muchísimo durante el siglo XX. Dos guerras mundiales y una Gran Depresión destruyeron los imperios y el poder de los estados europeos y japonés, desbrozando el camino para el ascenso de Estados Unidos y la Unión So-

viética y para que iniciaran su guerra fría. De forma simultánea, la independencia de las antiguas colonias, unida a la revolución china, ofreció a esos países una oportunidad de desarrollo industrial que condujo a un aumento masivo de la capacidad productiva de la humanidad en la segunda mitad del siglo XX. Esa explosión de actividad económica aumentó el tamaño de la huella de los seres humanos sobre la Tierra, superando en muchos casos los procesos naturales de la biosfera y proyectando una negra sombra sobre el futuro del desarrollo. Ésa es la «gran desviación» de las pautas pretéritas, no la globalización.

La globalización

Las protestas antiglobalización de la última década contra el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio y las reuniones de los líderes del G8 como la que abre este libro, pueden dar la impresión de que la globalización es un fenómeno reciente. Pero si se entiende la globalización como el proceso por el cual los mercados, la política, los valores y el cambio ambiental se integran en todo el planeta, la globalización tiene una larga historia. Incluso antes de que los portugueses circunnavegaran el globo en 1521, los asiáticos habían creado una economía tan dinámica que los bienes y las ideas fluían por todo el océano Índico, enlazando China, Japón y las «islas de las especias» con India, Oriente Medio, África oriental e incluso con el norte de Europa. Incluso antes, en el siglo XIII, los mongoles habían creado el mayor imperio terrestre que el mundo haya conocido. Una de sus consecuencias fue que permitió que la peste bubónica atravesara Eurasia de China a Europa, con efectos devastadores para las poblaciones. Y *dar al-Islam*, «la morada del islam», fue un centro cultural y lingüístico que en el siglo XIII se extendía desde España y Túnez en el oeste hasta Aceh en el este.

Pese a su tamaño y su significación, esos mundos asiáticos no abarcaban todo el globo. Por ello, si el nacimiento de la globalización tiene fecha, no es 1492, sino 1571, cuando España estableció su colonia de Manila en las islas Filipinas. Aunque ya se había circunnavegando el globo anteriormente y las personas, las plantas y los patógenos ya habían iniciado sus viajes alrededor del mundo en los grandes veleros, todavía no existía un intercambio mundial regular de bienes comerciales. Manila hizo ese comercio posible por primera vez en la historia, al permitir que la plata del Nuevo Mundo viajara no sólo a través del Atlántico, sino que, cargada en galeones españoles en Acapulco, se dirigiera hacia el oeste cruzando el Pacífico. A partir de 1571, los flujos globales de plata encontraron una vía indirecta a Asia y los bienes asiáticos circularon por todo el mundo hasta Europa y América. Lo que impulsó esa primera oleada de globalización fue el voraz apetito de China por la plata.

La segunda oleada de globalización comenzó en el siglo XIX. Primero los británicos y luego otros estados de Europa occidental, Estados Unidos y Japón aplicaron los logros de la industrialización al poder militar para colonizar Asia y África. Los imperialistas establecieron colonias, semicolonias y dominios a fin de proveerse de mercados seguros para sus productos industriales y de fuentes de suministro de materias primas industriales como el caucho, el oro, el petróleo y la bauxita, entre otros. Durante esta segunda globalización circularon por el mundo cantidades todavía mayores de bienes comerciales y también de ideas, entre ellas el nacionalismo, que alimentó los sueños asiáticos de independencia del dominio colonial europeo.

Esta segunda oleada de globalización, conocida como «nuevo imperialismo» del siglo XIX, no condujo de manera inmediata a una nueva fase de globalización, sino a su ruptura. La primera guerra mundial y, más tarde, la Gran Depresión, dividieron el mundo en zonas «autárquicas» de las potencias imperiales, más o menos autónomas. Con ello, las potencias intentaban resolver la crisis según

sus propios términos, pero acabaron provocando conflictos cada vez mayores que condujeron a la segunda guerra mundial. Estados Unidos y la Unión Soviética surgieron de esa guerra como «superpotencias» globales, cada uno con su propia visión de cómo estructurar el mundo, lo que condujo a una tercera oleada de globalización en un mundo polarizado. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética crearon instituciones concebidas para fomentar sus objetivos globales de creación de un mundo capitalista o un mundo socialista, respectivamente. Ambos participaron, sin embargo, en una institución, Naciones Unidas, fundada a finales de la segunda guerra mundial para evitar que los conflictos entre estados se intensificaran hasta el punto de desembocar en una conflagración mundial. La descolonización creó cerca de un centenar de naciones-estado, de modo que en los años setenta casi toda la población de la Tierra vivía dentro de las fronteras de unos estados que afirmaban gobernarlos, cuando no reclamaban su lealtad activa.

La cuarta y última oleada de globalización se inició con la caída de la Unión Soviética en 1991 y ha continuado desde entonces bajo los auspicios sobre todo de Estados Unidos. Desaparecido el socialismo soviético y después de que China abandonara el modelo socialista, los objetivos perseguidos por Estados Unidos, es decir, el comercio libre global, la privatización de las empresas estatales (por ejemplo, las tierras y las fábricas) en todos los estados y sistemas políticos más abiertos («transparentes»), han integrado más firmemente el antiguo mundo socialista y el Tercer Mundo dentro de los ritmos y necesidades del mundo capitalista global. En esta última etapa, la globalización significa la expansión, dirigida por Estados Unidos, del capitalismo a todos los rincones del planeta. Muchos observadores ven a Estados Unidos, aunque todavía poderoso, en decadencia, y quizá China y/o India estén mejor situados para recoger los frutos de la actual oleada de globalización.

Si llegara a producirse una quinta oleada, probablemente tendrá su origen en Asia, como ya había ocurrido con la primera. Si las

tendencias actuales se mantienen, dentro de treinta años China tendrá la economía más grande (aunque no la más rica) de la Tierra, superando en tamaño a Estados Unidos, Japón y Alemania. También India se está desarrollando con gran rapidez y ya hace veinte años que se viene hablando de los éxitos de los «cuatro tigres» de Asia oriental (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur). La combinación de China, Japón y el sureste asiático, que ya en la actualidad conforman una unidad económica bastante bien definida con una gran demanda de materias primas (entre ellas petróleo) y una industria excepcionalmente productiva, con India, podría reorientar el peso de la economía mundial de vuelta a Asia, como ya había pasado de 1400 a 1800.

Hacia el futuro

En los años cincuenta, le preguntaron a un líder comunista chino qué pensaba de la Revolución francesa de 1789. «Es demasiado pronto para opinar», contestó el primer ministro Zhou Enlai. Lo que quería decir es que los procesos que aquel evento había puesto en marcha todavía se estaban desarrollando, de manera que su historia todavía no era completa. Así las cosas, a Zhou le parecía prematuro emitir un juicio.

De manera semejante, hemos nacido en el mundo moderno, un mundo con unos seiscientos años de historia pero que todavía no ha completado su curso. En este sentido, todos estamos dentro y disfrutamos de las ventajas de quien conoce el interior, pero también sufrimos la desventaja de no ser capaces de vernos a nosotros mismos y a nuestro tiempo como quizá podría contemplarlo una persona que viviera dentro de doscientos o trescientos años. Con todo, una perspectiva histórica a largo plazo nos permite extraer algunas conclusiones valiosas sobre el pasado y el presente y emitir predicciones bien informadas sobre el futuro.

Los imperios agrarios y las limitaciones del antiguo régimen biológico se han ido probablemente para siempre. Obviamente, el mundo todavía depende de la agricultura para alimentar a la población, pero las cosechas han aumentado de manera drástica gracias a la abundante aplicación de abonos químicos producidos en fábricas que utilizan electricidad generada a partir de combustibles fósiles. En consecuencia, la población mundial continúa aumentando y, tras alcanzar la marca de mil millones en la década de 1800, se dobló hasta alcanzar los dos mil millones en un siglo y alcanzó los cuatro mil millones en los años setenta. En la actualidad ha alcanzado los seis mil millones y las previsiones demográficas señalan que podría llegar a nueve mil millones en 2050.

Es bastante probable que la mayor parte de esos tres mil millones de personas adicionales pertenezcan a los pobres del mundo, puesto que la población se estabiliza o declina en las sociedades ricas o medianamente ricas. Los pobres, los parias y los oprimidos tienen poco que ganar en el mundo moderno y constituyen un rico caldo de cultivo para la oposición al nuevo orden mundial. La globalización y el mundo moderno tiene sus enemigos. Desde los tiempos en que los amerindios tupíes huyeron al interior de la selva brasileña para evitar acabar como esclavos en las plantaciones de azúcar portuguesas, los pueblos se han resistido a las nuevas fuerzas que violan su mundo. Que Osama bin Laden y al-Qaeda encuentren apoyo entre las multitudes de pobres musulmanes de todo el mundo que ven en ellos a «guerreros de la libertad» no debe sorprendernos, ni tampoco que algunos identifiquen claramente la cara de la cuarta oleada de globalización, es decir, Estados Unidos, como su enemigo.

Lo paradójico de todo ello es que, si bien Estados Unidos ha definido a al-Qaeda como «terroristas», es decir, como actores que no pertenecen a un estado y atacan a los estados, la «guerra contra el terrorismo» se libra dentro del sistema de estados soberanos. Estados Unidos atacó Afganistán en 2002 no porque sus líderes taliba-

nes fuesen terroristas (Estados Unidos había apoyado en el pasado a los talibanes como la mejor esperanza para desbancar un régimen prosoviético), sino porque los talibanes se negaron a controlar las acciones de quienes estaban dentro de sus fronteras, es decir, al-Qaeda, y entregarlos a Estados Unidos para que pudieran ser enjuiciados. De modo parecido, Estados Unidos no puede enviar tropas a Pakistán para buscar a Osama bin Laden y los restos de al-Qaeda porque Pakistán es un estado soberano y a su dirigente, el presidente Pervez Musharraf, le inquieta lo que podría ocurrir a su régimen si se capturase a Osama bin Laden en suelo pakistaní.

Así pues, la nación-estado y el sistema de estados, aunque mediado por Naciones Unidas, sigue siendo con toda probabilidad el marco en el que se desarrollan y se desarrollarán en el futuro inmediato los negocios globales. Y esos negocios consisten, en su mayor parte, en extender y proteger el orden capitalista global en sus vertientes económica, financiera y militar.

Como hemos visto a lo largo de este libro, el antiguo régimen biológico imponía límites a las sociedades y al tamaño de sus poblaciones. La revolución industrial y la utilización de combustibles fósiles han aliviado esos límites, dando así entrada a un período de crecimiento económico y poblacional sin precedentes, pero ¿posee también el nuevo régimen, el mundo en que vivimos, límites ecológicos? Generalmente, actuamos como si no existiese ninguno: la utilización de combustibles fósiles sigue incrementándose con el aumento de la población y con la rápida industrialización de China e India, utilización que probablemente comportará consecuencias ambientales nefastas y todavía desconocidas.

El calentamiento global es una más entre muchas otras señales de que estamos presionando los límites, igual que en el antiguo régimen biológico aparecieron otros indicios con el mismo significado. Los chinos del siglo XIX, enfrentados a la escasez de tierras para la agricultura y de materias primas para la industria, dedicaron cada vez más trabajo a las pequeñas parcelas de tierra en las que cultiva-

ban sus alimentos. De manera semejante, en la actualidad podríamos intentar exprimir cada vez más nuestros empobrecidos depósitos de petróleo y gas natural. Nada nos garantiza que una nueva ronda de innovación comparable a la que impulsó la revolución industrial pueda aliviar las restricciones energéticas que comienzan ya a limitar la expansión o elaboración de la economía basada en el consumo en masa, el automóvil y los combustibles fósiles que hemos construido a lo largo del último siglo. Quizá al reflexionar sobre la naturaleza contingente de la historia del mundo en que vivimos podamos tomar decisiones y actuar a fin de garantizar un futuro sostenible para toda la humanidad.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. «Statement of the Group of Seven Leaders», 20 de julio de 2001 (usinfo.state.gov/topical/econ/group8/summit01/). Los países del G7 son Canadá, Francia, Alemania, Italia, Reino Unido y Estados Unidos. Rusia fue invitada a unirse al G7 en 1998, por lo que en la actualidad el grupo se denomina G8 o «G7 más Rusia».

2. Para una caracterización de las demandas de los manifestantes, véase «Genoa Summit Meeting», New York Times, 23 de julio de 2001, p. A7.

3. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Washington Square Press, Nueva York, 1964, pp. 64-65 (hay trad. cast.: *Manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, 1998).

4. Philip D. Curtin ha definido con sensatez la «modernización» como el impulso por alcanzar una elevada productividad económica y unos niveles elevados de consumo con independencia de las diferencias culturales. *The World and the West: The European Challenge and the Overseas Response in the Age of Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 110. No obstante, los teóricos de la «modernización» de la época posterior a la segunda guerra mundial, en las décadas de 1950 y 1960, desarrollaron una lista de lo que significaba ser «moderno» que se parecía mucho a Estados Unidos.

5. El término está tomado de E. L. Jones, *The European Miracle*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981 (hay trad. cast.: *El milagro europeo*, Alianza, Madrid, 1994).

6. Sobre todo el historiador de la economía británico Patrick O'Brien. Véase su artículo «European Economic Development: The Contribution of the Periphery», *Economic History Review*, 2.ª ser., 35 (1982), pp. 1-18.

7. Como ejemplo de estas diversas tesis, véase David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, W. W. Norton, Nueva York, 1998 (hay trad. cast.: *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Barcelona, 2003); y *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969; Lynn White, Jr., *Medieval Religion and Technology: Collected Essays*, University of California Press, Berkeley, 1978; Alfred Crosby, *The Measure of Reality: Quantification and Western Society, 1250-1600*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997 (hay trad. cast.: *La medida de la realidad*, Crítica, Barcelona, 1988); Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1999 (hay trad. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente, 1500-1800*, Alianza, Madrid, 2002).

8. En la expresión del presidente de EE.UU. George W. Bush, el comercio internacional es «un imperativo moral» que «traerá libertad al mundo, progreso a nuestro hemisferio y larga prosperidad a Estados Unidos». Citado en *New York Times*, 8 de mayo de 2000, edición nacional, p. A7.

9. Para una revisión de tres libros recientes sobre este tema, véase David D. Buck, «Was It Pluck or Luck that Made the West Grow Rich?», *Journal of World History* (otoño de 2000), pp. 413-430.

10. J. M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World. Geographic Diffussionism and Eurocentric History*, Guilford Press, Nueva York, 1993, p. 1.

11. Samir Amin, *Eurocentrism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1989, p. vii.

12. Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998, p. 32.

13. Blaut, *The Colonizer's Model of the World*, pp. 8-9.

14. La idea de los paradigmas científicos y la exploración de las condiciones en las que pueden cambiar fue desarrollada originariamente por Thomas Kuhn en su obra clásica, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2.ª ed. ampliada, University of Chicago Press, Chicago, 1970 (hay trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2005). El ejemplo principal de Kuhn era la revolución copernicana, es decir, el cambio de una concepción del sistema solar con la Tierra en el centro (la concepción respaldada entonces por la iglesia católica), a una con el Sol en el centro. Aunque Kuhn discute los «paradigmas» y los cambios de paradigma en la ciencia, la idea se ha aplicado también a las ciencias sociales.

15. Podría objetarse que incluso este enfoque sigue siendo eurocéntrico a causa de varias suposiciones no contrastadas sobre los propios conceptos utilizados, los objetos que se consideran necesitados de una explicación e incluso la historia como método, todas las cuales consideran algunos implícitamente eurocéntricos. Por ejemplo, se ha cuestionado si realmente es tan importante explicar los estados y el capitalismo industrial, sugiriéndose que podría ser más interesante explorar otros aspectos de nuestro mundo, como nuestros conceptos del yo, el cuerpo, la sexualidad, el lugar, la causalidad y el relato (*story*), y para indagar en ellos se han propuesto nuevas metodologías «posmodernas» de «deconstrucción» o «comunidades de discurso» con su «lenguaje privilegiado» que confiere «poder». Éste es un tema de extraordinaria complejidad; quienes deseen una introducción ponderada pueden comenzar con Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, W. W. Norton, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1998).

16. No todos los relatos son «ciertos». Algunos son invención del autor: son ficción (como *Ricitos de Oro* o los libros de Harry Potter). Aunque tanto la historia como la ficción elaboran relatos (*stories*), lo que las distingue es que los hechos históricos son ciertos. Los historiadores han desarrollado sofisticados métodos y herramientas para escribir narraciones históricas (es decir, relatos que son «ciertos»). Sin embargo, como bien muestra la siguiente discusión sobre la «narración maestra», la idea

de la verdad histórica es compleja y no puede reducirse simplemente a lo que es cierto o falso, sino que debe incluir consideraciones sobre cómo se han determinado los criterios para decidir qué es cierto y qué no.

17. Appleby, Hunt y Jacob, *Telling the Truth about History*, p. 232.

18. Para una discusión sucinta del determinismo y el azar en la historia, véase E. H. Carr, *What Is History?*, Vintage Books, Nueva York, 1961, cap. 4 (hay trad. cast.: *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 2001).

19. George Huppert, *After the Black Death: A Social History of Modern Europe*, 2.ª ed., Indiana University Press, Bloomington, 1998, p. 13.

20. James Z. Lee y Wang Feng, *One Quarter of Humanity: Malthusian Myths and Chinese Realities*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1999.

21. Véanse al respecto: Blaut, *The Colonizer's Model of the World;* Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Frank, *ReOrient;* R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1997; Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2000.

22. Véase Giovanni Arrighi, Takeshi Hamashita y Mark Selden eds., *The Resurgence of East Asia: 500, 150, and 50 Year Perspectives*, Routledge, Nueva York, 2003).

23. Fernand Braudel es el más importante de los historiadores recientes que ha adoptado un enfoque global en su intento por explicar al menos un aspecto del milagro europeo, el capitalismo. Su obra en tres volúmenes *Civilization and Capitalism 15th-18th Century* (Harper and Row, Nueva York, 1979-1984; hay trad. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Alianza, Madrid, 1984) es un verdadero *tour de force* intelectual en el que arguye que si bien muchos lugares del mundo desarrollaron sofisticadas economías de mercado, pocos se acercaron al desarrollo de un verdadero capitalismo, que sólo floreció en Europa. Braudel hace la interesante observación de que los capitalistas no estaban en absoluto interesados en los mercados libres y la competencia abierta, sino que se esforzaban por conseguir de los monarcas europeos concesiones de monopolios: en esas peculiares circunstancias, el capitalismo cre-

ció con rapidez en el semillero europeo. En capítulos posteriores tendremos ocasión de examinar con mayor detalle las ideas de Braudel.

24. Véase Pomeranz, *The Great Divergence*, cap. 1. La cuestión de si el mundo formaba un único sistema integrado y, de ser ese el caso, de cuándo se convirtió en un único sistema reviste un gran interés y lo retomaremos en capítulos posteriores. Baste con decir aquí que existen al menos tres posturas básicas. Como Karl Marx y Adam Smith, Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 3 vols., Academic Press, Nueva York, 1974-1989 (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1984-1999) y J. M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World*, toman 1492-1500 como el momento de la creación de un único sistema mundial; Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, ha presentado pruebas convincentes de la existencia de un sistema mundial hacia 1250-1350, que se desmoronó antes de que se estableciera el moderno sistema mundial; y Andre Gunder Frank y Barry Gillis han defendido una historia de 5.000 años para el sistema mundial único («The Five Thousand Year World System: An Introduction», *Humbolt Journal of Social Relations*, 17, n.º 1 (1992), pp. 1-79).

25. Conviene señalar que este modelo es compartido por marxistas y defensores del capitalismo, de modo que aquí no me propongo desarrollar una narración marxista del mundo moderno como alternativa a una celebración del ascenso de Occidente; eso ya se ha hecho, y en más de una ocasión.

Capítulo 1

1. La frase es de Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism 15th-18th Century*, vol. 1, *The Structures of Everyday Life*, traducción de Sian Reynolds, Harper and Row, Nueva York, 1981, capítulo 1 (hay trad. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Alianza, Madrid, 1984).

2. Como nadie hizo un censo, estas cifras de población son reconstrucciones realizadas por historiadores demógrafos, y es mucho lo que se

discute y debate sobre todas las cuestiones referidas al tamaño, distribución y dinámica de las poblaciones humanas durante el período del que se ocupa este libro. La discusión de Braudel en el capítulo citado en la nota anterior es una buena introducción a las incertidumbres sobre el tamaño de las poblaciones premodernas. Véase también Colin McEvedy y Richard Jones, *Atlas of World Population History*, Penguin Books, Nueva York, 1978).

3. Los climatólogos han identificado varios «factores de forzado» que varían desde los ciclos astronómicos hasta el polvo volcánico y los ciclos de actividad solar. Sobre el clima y cómo afecta a las sociedades humanas, véase H. H. Lamb, *Climate History and the Modem World*, Methuen, Londres, 1982. Para un examen detallado de cómo afectó la actividad volcánica al clima y a la sociedad humana, véase William Atwell, «Volcanism and Short-term Climatic Change in East Asian and World History, c. 1200-1699», *Journal of World History* 12, n.º 1 (primavera 2001), pp. 29-98.

4. Hasta hace poco, las investigaciones sobre el efecto de los cambios climáticos sobre las cosechas estaban limitadas a regiones marginales como Escandinavia. Mis propios estudios sobre China meridional demuestran que el cambio climático podía afectar a las cosechas incluso en regiones semitropicales. No obstante, el hecho de que las condiciones climáticas afecten a la dinámica de las poblaciones humanas no implica un determinismo geográfico, es decir, que las sociedades humanas estén determinadas por la naturaleza del clima y la geografía en que se encuentran. Los seres humanos tienen una gran capacidad de adaptación y pueden crear instituciones sociales para compensar los caprichos del clima o de la geografía. Por ejemplo, en el siglo XVIII China disponía de graneros del estado que dispensaban cereal en tiempos de necesidad, y mercados que movían el cereal desde las áreas con excedentes hasta las áreas con déficit; la combinación de ambos comenzó a separar la dinámica de la población de China de las respuestas simples a las variaciones climáticas, aunque sólo a partir de finales del siglo XVIII. Véase Robert B. Marks, *Tigers, Rice, Silk and Silt: Environment and Economy in Late Imperial South China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, caps. 6-8.

5. Braudel, *Civilization and Capitalism*, vol. 1, pp. 56-57. Braudel no

incluye a los aztecas y los incas en su lista de civilizaciones porque no poseían el hierro, la rueda ni animales de tiro grandes. Yo las incluyo porque a pesar de esas carencias, crearon imperios con ciudades, clases sociales y, en el caso de los aztecas, un sistema de escritura, todos los cuales considero emblemáticos de la civilización. Véase también Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, W. W. Norton, Cambridge, 1998 (hay trad. cast.: *Armas, gérmenes y acero*, Debate, 1998), para una discusión más a fondo de por qué se habían domesticado animales de tiro en el Viejo Mundo pero no en el Nuevo Mundo.

6. Para una discusión interesante de la datación y de por qué la producción de alimentos surgió en estas áreas, véase Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero*, esp. caps. 4-10.

7. Para una excelente discusión, véase Clive Ponting, *A Green History of the World: The Environment and the Collapse of Great Civilizations*, Penguin Books, Nueva York, 1991, cap. 4 (hay trad. cast.: *Historia verde del mundo*, Paidós, Barcelona, 1992). Ponting prefiere el término «transición».

8. La estimación del tamaño de las ciudades en 1400 no es más científica que la estimación de la población total. No obstante, Tertius Chandler ha recopilado listas de las ciudades más grandes del mundo en su compendio, *Four Thousand Years of Urban Growth: An Historical Census*, 2.ª ed., Edwin Mellen Press, Lewiston, Me., 1987). Aunque sus cifras sean discutibles, lo que más nos interesa aquí es el orden relativo y la distribución geográfica de esas ciudades.

9. Siguiendo a G. W. Hewes, Braudel propone una lista de veintisiete grupos identificables de cazadores-recolectores, diecisiete pueblos nómadas y dieciocho pueblos agrícolas primitivos. *Civilization and Capitalism*, vol. 1, pp. 56-60.

10. Para una fascinante discusión de los «cocidos» y los «crudos» en el contexto de la expansión china a las áreas de frontera, véase John Shepherd, *Statecraft and Political Economy on the Taiwan Frontier 1600-1800*, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1993.

11. Citado en Braudel, *Civilization and Capitalism*, vol. 1, pp. 66-67.

12. Véase Robert B. Marks, *Tigers, Rice, Silk, and Silt: Environment and Economy in Late Imperial South China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, cap. 10.

13. William Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England*, Hill and Wang, Nueva York, 1983.

14. Este término alemán fue utilizado por los nazis después de la primera guerra mundial para expresar su deseo, alimentado por la sensación de que la población alemana sobrepasaba la capacidad del territorio alemán para sustentarla, de expansión a expensas de sus vecinos. Parece un término adecuado para describir lo que los seres humanos en general han sentido al extender su territorio a expensas del mundo natural.

15. El tamaño de la población de China y su tasa de crecimiento de 1400 a 1850 es una cuestión muy debatida en ámbitos académicos. La línea de referencia fue establecida por Ping-ti Ho en 1953 en *Studies on the Population of China*, University of Chicago Press, Chicago; seguido de Dwight Perkins, *Agricultural Development in China*, Aldine, Chicago, 1968. Mientras que G. William Skinner cree que las cifras generalmente aceptadas para 1850 de unos 420-450 millones deberían reducirse hasta 380 millones («Sichuan's Population in the Nineteenth Century: Lessons from Disaggregated Data», *Late Imperial China*, 8, n.º 1 (1987), pp. 1-80), F. W. Mote cree que la población en 1600-1650 y en adelante era mucho mayor de lo que solía creerse. Véase su obra, *Imperial China 900-1800*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1999, pp. 743-747, 903-907.

16. La cuestión de si las familias europeas y de otros lugares decidían limitar su tamaño, y cómo lo hacían, es una pregunta importante que discutiremos más a fondo con relación a la revolución industrial en el capítulo 5.

17. Véase Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2000, pp. 36-40.

18. En buena parte de Europa, la Iglesia exigía a los campesinos un diezmo, es decir, una décima parte de lo que producían. Los monasterios también podían ser grandes propietarios de tierras.

19. Esta circunstancia se asocia con los propios orígenes de la civilización y persistió durante muchos años en el siglo XX. Para una historia breve y amena, véase Ponting, *Historia verde del mundo*, esp. cap. 6.

20. Para un desarrollo completo de este argumento, véase Amaryta

Sen, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford, 1981. Véase también David Arnold, *Famine: Social Crisis and Historical Change*, Basil Blackwell, Nueva York, 1988.

21. Sobre los campesinos como agentes en la formación de su propio mundo, véase James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1990. Una argumentación parecida respecto a los esclavos negros en América del Norte es la elaborada por Eugene Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Pantheon Books, Nueva York, 1974.

22. Existe abundante bibliografía sobre los campesinos y las revueltas campesinas en las sociedades agrarias. Véase James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant*, Yale University Press, New Haven, Conn.; Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Harper and Row, Nueva York, 1969; y Barrington Moore, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Nueva York, 1966 (hay trad. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Península, 2002).

23. La idea de los macro y microparásitos aparece desarrollada en William McNeill, *Plagues and Peoples*, Anchor Books, Nueva York, 1976 (hay trad. cast., *Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 1984).

24. Por el momento, esta formulación excluye a América, África meridional y la mayor parte de Oceanía.

25. Esta descripción se basa en Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989. La American Historical Association ha publicado un resumen en forma de folleto: *The World System in the Thirteenth Century: Dead-End or Precursor?*, American Historical Association, Washington, D.C., 1994.

26. Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 3 vols., Academic Press, 1974-1989 (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1984-1999).

27. Abu-Lughod y Wallerstein consideran el sistema mundial posterior a 1500 como algo nuevo, creado por europeos y no relacionado con el sistema previo.

28. El ejemplo de internet debería sensibilizarnos todavía más con la posibilidad de que organizaciones enormes y complejas puedan desarrollarse sin control central. Para crear una página web, por ejemplo, no se necesita más permiso que registrar un nombre de dominio.

29. Immanuel Wallerstein describe el sistema mundial o «sistema-mundo» en *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York, 1974 (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, Madrid, 1998). Su uso del término «sistema mundial» se refiere específicamente a aquel que surgió primero en Europa y luego fue llevado por los europeos a todo el mundo a partir de 1492. Otros autores utilizan el término «sistema mundial» (nunca escrito con guión) para referirse a algo parecido, pero distinto, por ejemplo del sistema mundial «policéntrico» que he descrito aquí (es decir, un «mundo» no creado, difundido o necesariamente controlado por los europeos).

30. Esta sección está basada fundamentalmente en McNeill, *Plagas y pueblos*, cap. 4.

31. Michael Dols, *The Black Death in the Middle East*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1977.

32. Término utilizado tanto por Braudel, *Civilization and Capitalism*, vol. 1, pp. 70-72, y por Ponting, *Historia verde del mundo*, cap. 12.

33. Para ejemplos, véase Ponting, *Historia verde del mundo*, caps. 1, 5 y 17.

CAPÍTULO 2

1. Esta sección se basa en Louise Levathes, *When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994, y *The Cambridge History of China*, vol. 7, partes 1 y 2, *The Ming Dynasty, 1368-1644*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 y 1998. Véase asimismo Robert Finlay, «The Treasure Ships of Zheng He: Chines Maritime Imperialism in the Age of Discovery», *Terrae Incognita*, 23 (1991), pp. 1-12.

2. Confucio fue un maestro y oficial del gobierno de bajo rango que vivió en el siglo VI a.C. Sus ideas, que postulaban la importancia de la familia y el papel del buen gobierno, fueron elaboradas por filósofos posteriores y se convirtieron en la base ideológica del estado chino durante 2.000 años.

3. Ma Huan escribió un relato de este viaje y de otros posteriores, traducido por J. V. G. Mills con el título *The Overall Survey of the Ocean's Shores*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

4. Levathes, *When China Ruled the Seas*, es la fuente de lectura más accesible.

5. En nuestros tiempos, una analogía podría ser la decisión de Estados Unidos de enviar misiones tripuladas a la Luna y luego ponerles fin cuando los costes se hicieron demasiado grandes.

6. Esta división en períodos y buena parte de esta sección se basa en Chaudhuri, *Trade and Civilization in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

7. Para una discusión de Malaca y otras ciudades comerciales, véase M. N. Pearson, «Merchants and States», en James D. Tracy, ed., *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade 1350-1750*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

8. Para una descripción detallada del comercio europeo en el océano Índico, véase R. J. Barendse, *The Arabian Seas 1640-1700*, Leiden University Press, Leiden, 1998; y la edición norteamericana de su libro *The Arabian Seas: 1640-1700: The Western Indian Ocean of the Seventeenth Century*, M. E. Sharpe, Nueva York, 2001. El punto de vista de Barendse, basado en evaluar el papel de las compañías comerciales europeas, difiere bastante del de Chaudhuri, y la imagen que dibujan del impacto de los europeos es muy distinta. Un resumen accesible de su argumentación puede encontrarse en «Trade and State in the Arabian Seas: A Survey from the Fifteenth to the Eighteenth Century», *Journal of World History*, 11, n.º 2 (otoño 2000), pp. 173-226.

9. *The Cambridge History of China*, vol. 8, parte 2, p. 378.

10. Véase Ross E. Dunn, *The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Trader of the 14th Century*, University of California Press, Berkeley, 1986.

11. Véase Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, esp. caps. 1, 3 y 5.

12. R. A. Austen, *Africa in Economic History*, James Currey/Heinemann, Londres, 1987, p. 36.

13. John Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 105.

14. Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World*, cap. 4.

15. R. A. Austen, «The Trans-Saharan Slave Trade: A Tentative Census», en H. A. Genery y J. S. Hogendorn, eds., *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Academic Press, Nueva York, 1979.

16. Esta sección se basa en Joseph Needham, «The Epic of Gunpowder and Firearms, Developing from Alchemy», en *Science in Traditional China: A Comparative Perspective*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1981, cap. 2.

17. Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge,1996, caps. 1-2 (hay trad. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente*, 1500-1800, Alianza, Madrid, 2002).

18. Para un análisis, véase Parker, *The Military Revolution*, cap. 1.

19. Los detalles pueden encontrarse en Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, cap. 4.

20. Citado en Chaudhuri, *Trade and Civilization*, p. 65.

21. Chaudhuri, *Trade and Civilization*, p. 63.

22. Aunque las especias siguieron llegando en Europa a través de la ruta del mar Rojo, el establecimiento de una ruta marítima directa entre Asia y Europa supuso el fin de Venecia como potencia económica en Europa.

23. Éstos proceden de Chaudhuri, *Trade and Civilization*, p. 17.

24. Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998.

CAPÍTULO 3

1. Para un comparación académica entre estas dos políticas económicas tan distintas, véase R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1997, 2.ª parte.

2. Véase Takeshi Hamashita «The Intra-Regional System in East Asia in Modern Times», en *Network Power, Japan and Asia*, Peter J. Katzenstein y Takashi Shiraishi, eds., Cornell University Press, Ithaca, NY, 1997), cap. 3.

3. Véase Geoffrey Parker y Lesley M. Smith, eds., *The General Crisis of the Seventeenth Century*, 2.ª ed., Routledge, Londres, 1997.

4. Para algunas excepciones, véase C. A. Bayly, *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Longman, Londres, 1993.

5. Hallazgos arqueológicos recientes en Caral (Perú) podrían hacer retroceder las fechas del establecimiento de las ciudades y el comercio a larga distancia hasta 2600 a.C. Un informe provisional sobre estas investigaciones puede encontrarse en *Los Angeles Times*, 27 de abril de 2007, p. 1.

6. Las primeras migraciones al continente americano podrían haberse producido hace hasta 35.000 años, pero el consenso entre los estudiosos es de alrededor de 15000 a.C. Véase Richard E. W. Adams y Murdo J. MacLeod, eds., *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 2, parte 1, Cambridge University Press, Nueva York, 2000, p. 28.

7. Los historiadores del siglo XIX llamaron a este pueblo «aztecas» por el lugar de donde supuestamente provenían, Aztlán.

8. Los prisioneros de guerra desempeñaban un importante papel en las prácticas religiosas mexicas. Los mexica creían, o al menos les decían sus sacerdotes, que sus dioses habían puesto el universo en movimiento gracias a sus sacrificios individuales, y que para mantenerlo en movimiento, y en particular para garantizar que el sol se alzase cada mañana, era obligado honrar a los dioses con el sacrificio ritual de seres humanos. Por ello, verter sangre sobre el altar central de la ciudad era un ritual diario. Además, los mexica desarrollaron una predilección por el dios de la

guerra, Huitzilopochtli, que exigía sacrificios adicionales. Por lo que sabemos, cuando se acabó de construir el templo dedicado a este dios en 1487, sacrificaron en su honor a 80.000 personas.

9. Para una mejor comprensión, puede consultarse Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, W. W. Norton, Nueva York, 1998, cap. 3 (hay trad. cast.: *Armas, gérmenes y acero*, Debate, 1998).

10. Bruce G. Trigger y Wilcomb E. Washburn, eds. *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 1, *North America*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, parte 1.

11. Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, vol. 2, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, cap. 1.

12. Para un resumen breve, véase Thomas A. Brady, Jr., «The Rise of Merchant Empires, 1400-1700: A European Counterpoint», en *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade 1350-1750*, James D. Tracy, ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 117-160.

13. Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, «Spanish Profitability in the Pacific: The Philippines in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en *Pacific Centuries: Pacific and Pacific Rim History since the Sixteenth History*, Dennis O. Flynn, Lionel Frost y A. J. H. Latham, eds., Routledge, Londres, 1999, p. 23.

14. Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998, p. 131.

15. Los datos citados en este capítulo pueden encontrarse en Frank, *ReOrient*, cap. 4.

16. *Cambridge History of China*, vol. 8, parte 2, pp. 400-402.

17. Citado en Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism 15th-18th Century*, vol. 2, Harper and Row, Nueva York, 1981, p. 178 (hay trad. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos* XV-XVIII, Alianza, Madrid, 1984).

18. La historia del azúcar y la esclavitud puede encontrarse en Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Viking Press, Nueva York, 1985; y en Bethell, *The Cambridge History of Latin America*, vols. 1-2.

19. Véase Alfred Crosby, *Ecological Imperialism: The Biological*

Expansion of Europe, 900-1900, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, cap. 4.

20. Richard Grove, *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, cap. 6.

21. John Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 14.

22. Véase Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999; Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World*.

23. Tal como se describe en una exposición de Museo Nacional Marítimo de Gran Bretaña: «La trata de esclavos formaba parte de un sistema global de comercio. Los productos británicos y los bienes indios eran transportados por barco a África Occidental e intercambiados allí por esclavos. Éstos eran entonces llevados a América a cambio de azúcar, tabaco y otros productos tropicales, que a su vez eran vendidos en Inglaterra para la elaboración de bienes de consumo, posiblemente para su reexportación».

24. Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, A.D. 990-1990*, Basil Blackwell, Oxford, 1990, pp. 176-177.

25. Tilly, *Coercion, Capital, and European States*, pp. 38-43. Tilly dice veinticinco a veintiocho estados, pero sus cifras preceden a la ruptura de la Unión Soviética y sus estados satélites en 1991.

26. Para una instructiva historia del desarrollo de la idea de la soberanía popular en Inglaterra y sus colonias americanas, véase Edmund S. Morgan, *Inventing the People: The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, W. W. Norton, Nueva York, 1988.

27. Tilly, *Coercion, Capital, and European States*, pp. 47-54. Según este autor, la proximidad a estas ciudades condujo a la formación de tres tipos distintos de estados europeos. Las ciudades ricas podían permitirse contratar a sus propios ejércitos de mercenarios (la vía «intensiva en capital» de formación del estado); los dirigentes alejados de ciudades y de sus capitales se veían obligados a depender de fuerzas movilizadas por una nobleza rural (la vía «intensiva en coerción») para construir estados, mien-

tras que aquellos que gozaban de una combinación de ciudades y sus zonas rurales dependientes utilizaron una vía combinada. Tilly defiende que esta última, ejemplificada por Inglaterra y Francia, resultó ser la de más éxito en el competitivo sistema europeo de estados.

28. Sobre las leyes de navegación, véase John J. McCusker y Russell R. Menard, *The Economy of British America, 1607-1789*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985, pp. 46-50.

29. Eric Hobsbawm, *Industry and Empire*, Penguin, Nueva York, 1968, p. 49.

30. Citado en Geoffrey Parker, «The Emergence of Modern Finance in Europe 1500-1730», en Carlo M. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 2, William Collins Sons, Glasgow, 1974, p. 530 (hay trad. cast.: *Historia económica de Europa*, Ariel, Barcelona, 1989).

31. «Mucho de lo que Felipe [II de España] necesitaba para su ejército no podía encontrarse en la España peninsular. Sus repetidos intentos de establecer fábricas que produjeran cañones y otros artículos nunca llegaron a fructificar. De forma inconveniente, desde el punto de vista español, la actividad económica y la producción de armas siempre se concentraba en lugares donde la voluntad del rey no era soberana ... Así, por ejemplo, el obispado de Lieja, contiguo a los Países Bajos españoles pero no sometido al gobierno de España, se convirtió en el principal lugar de producción de armamento para las guerra holandesas, y suministraba una gran cantidad del material que necesitaban los dos ejércitos, tanto el español como el holandés.» William McNeill, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, and Society since A.D. 1000*, University of Chicago Press, Chicago, 1982, p. 113.

32. Werner Sombart, citado en Braudel, *Civilization and Capitalism*, vol. 2, p. 545.

33. Para una amena narración de estos acontecimientos y del papel de George Washington, véase Fred Anderson, *Crucible of War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2000.

34. De acuerdo con E. J. Hobsbawm, «El resultado de este siglo [XVIII] de guerras intermitentes fue el mayor triunfo nunca obtenido por ningún estado [Inglaterra]: el monopolio prácticamente total entre las po-

tencias europeas de las colonias de ultramar y el monopolio prácticamente total del poder naval en todo el mundo». Citado en Andre Gunder Frank, *World Accumulation 1492-1789*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978, p. 237 (hay trad. cast.: *La acumulación mundial (1492-1789)*, Siglo XXI, Madrid, 1985).

Capítulo 4

1. De hecho, ya en el siglo x los chinos habían desarrollado una industria del hierro y del acero, así como una industria del carbón en apoyo de las primeras, pero ambas se extinguieron hacia el siglo XIV. Véase Robert Hartwell, «A Revolution in the Iron and Coal Industries during the Northern Sung», *Journal of Asian Studies*, 21, n.º 2 (febrero 1962), pp. 153-162.

2. Al igual que ha pasado con el término «revolución agrícola», hay quien objeta el uso del término «revolución» para describir este proceso. Como en mi opinión los efectos fueron revolucionarios y porque su uso está bien establecido, seguiré utilizándolo aquí. Para una discusión sobre el uso de este término, véase E. A. Wrigley, *Continuity, Chance, and Change: The Character of the Industrial Revolution in England*, Cambridge Academic Press, Cambridge, 1988, cap. 1.

3. Citado en Prasannan Parthasaranthi, «Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century: Britain and South India», *Past and Present*, 158 (feb. 1998), p. 79.

4. Parthasaranthi, «Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century».

5. Para los detalles sobre el modo en que los gustos de los consumidores crearon una demanda de importaciones, véase Carole Shammas, *The Pre-Industrial Consumer in England and America*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

6. Parthasaranthi, «Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century», p. 79.

7. Geoffrey Parker, «Europe and the Wider World, 1500-1750: The Military Balance», en *The Political Economy of Merchant Empires: State*

Power and World Trade 1350-1750, James D. Tracy, ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 179-180.

8. Parker, «Europe and the Wider World», 180.

9. Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, University of North Carolina, Chapel Hill Press, 1994 [1944], p. 56.

10. John J. McCusker y Russell R. Menard, *The Economy of British America, 1607-1789*, University of North Carolina, Chapel Hill Press, 1985, pp. 46-49, 77, 161.

11. McCusker y Menard, *The Economy of British America*, p. 121.

12. Jan deVries, «The Industrial Revolution and the Industrious Revolution», *Journal of Economic History*, 54 (1994), pp. 249-270.

13. Para una discusión y crítica, véase Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2000, pp. 40-41.

14. Citado en Robert B. Marks, *Tigers, Rice, Silk and Silt: Environment and Economy in Late Imperial South China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 284-285.

15. James Z. Lee y Wang Feng, *One Quarter of Humanity: Malthusian Mythology and Chinese Realities*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1999, p. 105.

16. La idea de que China experimentó una «explosión poblacional» en el siglo XVIII ha sido cuestionada en F. W. Mote, *Imperial China 900-1800*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1999, pp. 743-749, 903-907.

17. Véase Marks, *Tigers, Rice, Silk and Silt*; Peter Perdue, *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500-1850*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1987; Anne Osborne, «The Local Politics of Land Reclamation in the Lower Yangzi Highlands», *Late Imperial China*, 15, n.º 1 (junio 1994), pp. 1-46.

18. Pierre-Etienne Will y R. Bin Wong, *Nourish the People: The State Civilian Granary System in China, 1650-1850*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992.

19. Véase Marks, *Tigers, Rice, Silk and Silt*, cap. 8.

20. Pomeranz, *The Great Divergence*, cap. 2.

21. Pomeranz, *The Great Divergence*, pp. 242-243.

22. Francesca Bray, *Technology and Gender: Fabrics of Power in Late Imperial China*, University of California Press, Berkeley, 1997; Jack Goldstone, «Gender, Work, and Culture: Why the Industrial Revolution Came Early to England but Late to China», *Sociological Perspectives*, 39, n.º 1 (1996), pp. 1-21; Pomeranz, *The Great Divergence*, pp. 249-250.

23. E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848*, New American Library, Nueva York, 1964, p. 51 (hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 1997).

24. Las causas son objeto de un intenso debate: ¿fueron los británicos la causa o hubo otras razones? Para un resumen sucinto del debate, véase Pomeranz, *The Great Divergence*, p. 294.

25. E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire*, Penguin Books, Nueva York, 1968, cap. 2 (hay trad. cast.: *Industria e imperio: una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Ariel, Barcelona, 1988).

26. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, pp. 63-65.

27. Véase Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998, pp. 297-317.

28. E. A. Wrigley, *Continuity, Chance, and Change: The Character of the Industrial Revolution in England*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 54-55 (hay trad. cast.: *Cambio, continuidad y azar: carácter Revolución industrial inglesa*, Crítica, Barcelona, 1993). Pomeranz, *The Great Divergence*, pp. 59-60.

29. Pomeranz, *The Great Divergence*, pp. 274-276.

30. Para una discusión sucinta, véase Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capitalism; The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Monthly Review Press, Nueva York, 1975, Parte 2, «Science and Mechanization», pp. 155-250.

31. David Landes desarrolló esta cuestión en *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, esp. pp. 61, 104.

32. Para una buena discusión de estas cuestiones, véanse Frank, *ReOrient*, pp. 185-195, y Pomeranz, *The Great Divergence*, pp. 43-68.

33. Un forma distinta de ver los flujos de plata hacia China es la propuesta por Dennis O. Flynn y Arturo Giraldez en «Cycles of Silver: Glo-

bal Economic Unity through the Mid-18th Century», *Journal of World History*, 13, n.º 2 (otoño 2002), pp. 391-427. En lugar de ver que la demanda de té hizo que los ingleses lo pagaran con plata, Flynn y Giraldez sostienen que la demanda de plata en China hizo que su valor fuera más alto allí, comparado con el oro, que en Europa. El problema de China era cómo «comprar» plata a los británicos, y encontraron en el té el mejor de los artículos disponibles. Desde esta perspectiva, los chinos de hecho «engancharon» a los ingleses al té, estimularon allí una demanda por este ligero estimulante y luego cosecharon los beneficios del flujo de plata hacia su economía.

34. Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Viking Press, Nueva York, 1985, pp. 112-113.

35. Frederick Wakeman, Jr., *The Fall of Imperial China*, Free Press, Nueva York, 1975, p. 123.

36. La carta entera puede leerse en Harley Farnsworth MacNair, *Modern Chinese History: Selected Readings*, Commercial Press, Shanghai, 1923, pp. 2-9.

37. En realidad, existía un complejo sistema de comercio triangular en el que no sólo estaban implicados los comerciantes de la EIC, sino también comerciantes privados indios y escoceses, y por medio del cual se llevaba a China el algodón crudo y allí se compraba té que luego se vendía en Londres. Véase Wakeman, *The Fall of Imperial China*, pp. 123-125. Además, las innovaciones de la EIC al crear billetes convertibles que permitían a los depositarios realizar sus beneficios de vuelta en Londres probablemente habían comenzado a disminuir la importancia de mover la plata alrededor del mundo para saldar las cuentas. No obstante, el gobierno inglés al parecer continuó actuando como si eso ocurriera y fuera un problema.

38. W. D. Bernhard, *Narrative of the Voyages and Services of the Nemesis, from 1840 to 1843: and of the Combined Naval and Military Operations in China*, vol. 1, Henry Colburn, Londres, 1844, p. 4.

39. Véase Daniel Headrick, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, Oxford University Press, Nueva York, 1981 (hay trad. cast.: *Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo europeo*, Alianza, Madrid, 1989).

40. Louis Dermigny, citado en Parker, «Europe and the Wider World», p. 184.

41. Para la argumentación y los indicios que apoyan esta conclusión, véase Pomeranz, *The Great Divergence*. Para una versión abreviada, véase Kenneth Pomeranz, «Two Worlds of Trade, Two Worlds of Empire: European State-Making and Industrialization in a Chinese Mirror», en *States and Sovereignty in the Global Economy*, David A. Smith, Dorothy J. Solinger y Steven C. Topik, eds., Routledge, Londres, 1999, pp. 74-98. Para una crítica de esta tesis, véase P. H. H. Vries, «Are Coal and Colonies Really Crucial? Kenneth Pomeranz and the Great Divergence», *Journal of World History*, 12 (otoño 2001), pp. 407-446.

Capítulo 5

1. El PNB es el valor total de todos los bienes y servicios producidos por una economía, por lo general delimitada por fronteras nacionales.

2. Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism 15th-18th Century*, vol. 2, Sian Reynolds, Harper and Row, Nueva York, 1981, capítulo 1, p. 134 (hay trad. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos xv-xviii*, Alianza, Madrid, 1984).

3. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*.

4. El término «Tercer Mundo» se originó después de la Segunda Guerra Mundial en el contexto de la guerra fría entre Estados Unidos (y sus aliados europeos) y la Unión Soviética, el primer y segundo mundo, respectivamente. Con la intención de trazar una vía con cierta independencia tanto de los estadounidenses como de los rusos, las naciones «en vías de desarrollo» pero pobres como India, Egipto e Indonesia vinieron a conocerse como el Tercer Mundo. Hacia la década de 1970, las partes todavía más pobres del mundo, en particular África, comenzaron a verse como el Cuarto Mundo. Todos estos términos reflejan las divisiones de la riqueza y el poder que definen el mundo moderno.

5. Carl A. Trocki, *Opium, Empire, and the Global Political Economy: A Study of the Asian Opium Trade, 1750-1950*, Routledge, Londres, 1999, p. 126.

6. Véase Edward R. Slack, Jr., *Opium, State, and Society: China's Narco-Economy and the Guomindang, 1924-1937*, University of Hawaii Press, Honolulu, 2001.

7. Para conocer la historia del ascenso y declive de la industria del algodón de India, al menos en Bengala, véase Debendra Bijoy Mitra, *The Cotton Weavers of Bengal* 1757-1833, Temple Press, Calcuta, 1978, p. 98.

8. S. Ambirajan, *Classical Political Economy and British Policy in India*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp. 54-55.

9. Trocki, *Opium, Empire, and the Global Political Economy*, xiii, pp. 8-9.

10. Sergei Witte, «An Economic Policy for the Empire», en Thomas Riha, ed., *Readings in Russian Civilization*, 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago, 1969, vol. 2, p. 419. De no haber sido por la derrota de Rusia por Alemania en la Primera Guerra Mundial y la triunfal revolución bolchevique (comunista) de 1917, los planes de Witte quizá hubieran transformado Rusia tal como lo concibió. Tal como acontecieron las cosas, los países capitalistas de Europa occidental y Estados Unidos aislaron a la Unión Soviética de los préstamos y otras formas de inversión extranjera directa de los que dependía el plan de Witte para la industrialización de Rusia. En su lugar, la Unión Soviética tuvo que iniciar una nueva vía, materializada a partir de 1920 en una sucesión de «planes quinquenales», en la que los fondos para invertir en la industria tuvieron que exprimirse de la recién colectivizada agricultura. Pese a la expropiación de la propiedad privada tanto en ciudades como en zonas rurales, la abolición de los mercados libres, y por tanto la creación de una «economía planificada» dirigida por burócratas comunistas, la Unión Soviética alcanzó un nivel notable de crecimiento industrial, sobre todo de industria pesada, hasta el momento de su implicación en la Segunda Guerra Mundial.

11. A. J. H. Latham, *The International Economy and the Underdeveloped World 1865-1914*, Rowman & Littlefield, Londres, 1978, p. 175: «El gran déficit de China [causado por el opio] fue durante estos años un rasgo importante de la economía internacional».

12. Sobre Japón, véase Mikiso Hane, *Peasants, Rebels, and Outcasts: The Underside of Modern Japan*, Pantheon, Nueva York, 1982.

13. Sobre Estados Unidos, véase Jeremy Brecher, *Strike*, Straight Arrow Books, San Francisco, 1972.

14. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Washington Square Press, Nueva York, 1964, pp. 57-59, 78-79 (hay trad. cast.: *Manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, 1998).

15. Esta definición se basa en E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, 2.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 80 (hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1995).

16. Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1983, esp. caps. 1 y 7.

17. Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, W. W. Norton, Nueva York, 1994, caps. 2 y 3 (hay trad. cast.: *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1998).

18. Hobsbawm, *Nations and Nationalism*, p. 88.

19. Véase, por ejemplo, Brian Bond, ed., *Victorian Military Campaigns*, Frederich Praeger, Nueva York, 1967.

20. La fascinante historia se relata en Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Houghton Mifflin, Boston, 1998 (hay trad. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo: una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Península, Barcelona, 2002).

21. Citado en Daniel Headrick, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, Oxford University Press, Nueva York, 1981, p. 118 (hay trad. cast.: *Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo europeo*, Alianza, Madrid, 1989).

22. El pareado refleja el equilibrio de poder en ese momento entre africanos y europeos, pero el equilibrio global de poder entre europeos y otros, sobre todo los que utilizaban tácticas de guerrilla contra los ejércitos europeos, se estaba igualando con suma rapidez y la ventaja europea desaparecería completamente en el siglo XX. Mientras que a finales del siglo XVIII el ejército británico podía derrotar a ejércitos indios seis o siete veces mayores, a principios del siglo XIX sólo podía derrotar a ejércitos el doble de grandes. Y ya en la década de 1840, los ejércitos británicos tenían que utilizar fuerzas iguales en tamaño y superiores en armamento

para poder derrotar a los ejércitos indios. Estaba claro que los futuros países del Tercer Mundo adquirirían con rapidez el más avanzado armamento europeo para eliminar la ventaja tecnológica de los europeos. En las décadas de 1950 y 1960, como descubrirían francesesy estadounidenses, un pueblo ocupado decidido a conseguir la independencia podía utilizar tácticas de guerrilla de manera muy efectiva para neutralizar incluso al más avanzado de los ejércitos. Derrotar a una población así movilizada hubiera requerido cinco o seis veces más tropas que el ejército de guerrilla, y a finales de la década de 1960 era evidente que el pueblo estadounidense no estaba dispuesto a permitir un aumento de las tropas de 500.000 a varios millones. Ante tales realidades la derrota de Estados Unidos en Vietnam era un resultado inevitable. Sobre la pérdida de la ventaja militar de los ejércitos europeos en África y Asia, véase Philip D. Curtin, *The World and the West: The European Challenge and the Overseas Response in the Age of Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, cap. 2.

23. También era independiente Liberia, el estado fundado por esclavos de Estados Unidos, y una pequeña parte de Marruecos.

24. C. A. Bayly, *Indian Society and the Making of the British Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 138-139.

25. Warren Dean, *With Broadax and Firebrand: The Destruction of the Brazilian Atlantic Forest*, Un. of California Press, Berkeley, 1995, p. 181.

26. Richard H. Grove, *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, caps. 5 y 6.

27. Sobre la historia de la deforestación global, véase Michael Williams, *Deforesting the Earth: From Prehistory to Global Crisis*, The University of Chicago Press, Chicago, 2003.

28. Mike Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Verso Press, Londres, 2001.

29. Véase Michael Adas, *Machines as the Measure of Men: Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance*, Cornell, Ithaca, 1989.

30. Eugen Weber, *A Modern History of Europe*, Norton, Nueva York, 1971, p. 1001.

31. En torno al racismo como motivación europea para la conquista véase John M. Hobson, *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Crítica, Barcelona, 2006, cap. 10.

CAPÍTULO 6

1. Este argumento se encuentra desarrollado en John M. Hobson, *The Eastern Origins of Western Civilization*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, cap. 10 (hay trad. cast.: *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Crítica, Barcelona, 2006).

2. Vaclac Smil llama a este período «Edad de la Sinergia». Véase *Creating the Twentieth Century: Technical Innovations of 1867-1914 and Their Lasting Impact*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

3. Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Pantheon, Nueva York, 1994, p. 12.

4. Salvo que se indique lo contrario, la extraordinaria historia de la importancia del nitrógeno y su síntesis como amoníaco se basa en Vaclav Smil, *Enriching the Earth: Fritz Haber, Carl Bosch, and the Transformation of World Food Production*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 2001.

5. En 1995, Timothy McVeigh voló el edificio federal de oficinas Murrah en Oklahoma City con una bomba hecha con fertilizante y queroseno.

6. Si, como predicen los demógrafos, la población del mundo alcanza su punto más alto con 9.000 millones alrededor del año 2050, el siglo XX habrá visto el mayor aumento de población de toda la historia. Véase William McNeill, «Demography and urbanization», en *The Oxford History of the Twentieth Century*, Michael Howard y Wm. Roger Louis, eds., Oxford University Press, Nueva York, 1998, pp. 10-21. La razón por la cual los demógrafos creen que la población se estabilizará es que a medida que las sociedades se urbanizan e industrializan, sus poblaciones experimentan una «transición demográfica» hacia familias más pequeñas, con un número de hijos aproximadamente igual al necesario para reemplazar a los padres (2,1).

7. Durante los tres primeros años, la primera guerra mundial «se libró predominantemente con recursos agrarios». C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World 1780-1914*, Blackwell, Oxford, 2004, p. 455.

8. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, pp. 97-98.

9. La «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» de Japón habría echado a los europeos y norteamericanos de Asia, reemplazándo-

los con Japón como núcleo industrializado de un sistema en el que el resto de Asia todavía les suministraría alimentos y materias primas.

10. En el momento de la partición en 1947, Paquistán estaba dividido en dos partes, este y oeste. En 1971, tras décadas de desatención por parte de la región oeste de Paquistán, donde estaba situado el gobierno, la rebelión en el este dio como resultado la creación de un nuevo país, Bangladesh.

11. La frase es de Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Pantheon, Nueva York, 1987 (hay trad. cast.: *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Barcelona, 1998).

12. Japón incentivó el desarrollo industrial en sus colonias de Corea y Manchuria, en parte por la accesibilidad de sus yacimientos de carbón, mineral de hierro y petróleo, y en parte porque esas colonias estaban cerca y eran relativamente más fáciles de administrar de manera directa. En cambio Taiwan, que tomó de China en 1895, fue designada como una colonia agrícola para la producción de arroz y azúcar.

13. El concepto de «invierno nuclear» y extinción humana es examinado en Jonathan Schell, *The Fate of the Earth*, Knopf, Nueva York, 1982.

14. Tal como Paul Kennedy deja bien claro en *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York, 1987 (hay trad. cast.: *Auge y caída de las potencias*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2003), esa relación entre la productividad económica y el poder militar ha sido cierta durante los últimos 500 años.

15. El término es de Judith Shapiro, *Mao's War on Nature: Politics and the Environment in Revolutionary China*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001.

16. Buena parte de lo que sigue se basa en David Reynolds, *One World Divisible: A Global History since 1945*, Norton, Nueva York, 2000, cap. 5.

17. Véase Smil, *Creating the Twentieth Century*, cap. 2, «The Age of Electricity».

18. Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man*, Beacon, Boston, 1964 (hay trad. cast.: *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Ariel, Barcelona, 2005).

19. Para una discusión extensa del automóvil, el petróleo y el medio ambiente, véase J. R. McNeill, *Something New under the Sun: An Environmental History of the Twentieth-Century World*, Norton, Nueva York, 2000, esp. cap. 7 (hay trad. cast.: *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo* XX, Alianza, Madrid, 2003).

20. Véase Hobson, *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, cap. 11.

21. El «ascenso de Asia oriental» a finales del siglo XX es tanto un fenómeno regional que implica a China y Japón como un fenómeno particular de cada uno de los estados. Véase Giovanni Arrighi, Mark Selden y Takeshi Hamashita, eds., *The Resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 Year Perspectives*, Routledge, Nueva York, 2003, especialmente la introducción y el capítulo 7.

22. *International Herald Tribune*, 19 de octubre de 2005, pp. 1, 10.

23. Peter Jay, *The Wealth of Man*, Public Affairs, Nueva York, 2000, pp. 246-247.

24. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, p. 363.

25. En 2001 en gran parte del África subsahariana, el cincuenta por cien o más de los niños no recibía la educación escolar primaria, la mortalidad infantil era de cien por mil o más y la mitad de la población subsistía con menos de un dólar por día. Éstas son las estadísticas que definen la vida de millones de personas en India, Pakistán, sureste asiático y China. Lo que significa para la vida cotidiana era ilustrado en un reciente reportaje sobre la China rural, donde cientos de millones de personas carecen de seguro médico o acceso a clínicas estatales. Al no poder pagar 25-60 céntimos a una clínica rural, los enfermos sufren en casa y mueren: «Cada año cientos de millones de chinos de las zonas rurales ... sufren el conflicto entre la salud y la pobreza, pues saben que si tratan sus enfermedades no tendrán el dinero necesario para el matrimonio, la educación y, en algunas ocasiones, la comida». Véase «Wealth Grows, but Health Care Withers in China», *New York Times*, 14 de enero de 2006, pp. A1, A7.

26. Véase http://go.worldbank.org/85B908KVE0.

27. En 2001, la comunidad internacional adoptó los «Objetivos de Desarrollo del Milenio», uno de los cuales es reducir a la mitad el número de personas extremadamente pobres (definidas como aquellas que ganan

menos de un dólar por día) para el año 2015. El Banco Mundial se muestra escéptico sobre la posibilidad de que África subsahariana alcance esos objetivos. Véase http://go.worldbank.org/VJ7PSXVTP0.

28. Véase «Promises, Promises», editorial del *New York Times* del 22 de agosto de 2005, p. A16.

29. Hobsbawm, *The Age of Extremes*.

30. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York, 1992 (hay trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992).

31. Esta idea sobre el moderno sistema mundial fue expresada por primera vez con fuerza y elegancia por Immanuel Wallerstein en su obra pionera *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York, 1974 (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, Madrid, 1998).

32. Véase Herman E. Daly, «The Perils of Free Trade», *Scientific American*, noviembre de 1993, pp. 50-57.

33. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2000 (hay trad. cast.: *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002).

34. Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the Twentieth-Century World Order*, Norton, Nueva York, 2000 (hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997).

35. Pero como Jamal Nassar advierte, la etiqueta «terrorista» es escurridiza: los estados la aplican a quienes les atacan, pero los desposeídos que buscan su propia soberanía pueden verlos como guerreros de la libertad. Nassar examina las cuestiones de cómo y por qué el último asalto de la «guerra contra el terror» ha quedado entrelazada con los procesos de globalización e islamismo radical en *Globalization and Terrorism: The Migration of Dreams and Nightmares*, Rowman & Littlefield, Lanham, M.D., 2005.

36. Condoleezza Rice, secretaria de Estado de Estados Unidos, citada en Michael T. Klare, «The Intensifying Global Struggle for Energy», *Japan Focus*, 8 de mayo de 2005 (http://japanfocus.org/products/details/1800).

37. La expresión está en la línea de Karl Polanyi. *Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1957; y Kenneth Pomeranz, *Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000).

38. La mayor parte de esta sección está basada en McNeill, *Algo nuevo bajo el sol*.

39. Daly, «The Perils of Free Trade», p. 56.

40. Millennium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and Human Well-Being: Synthesis*, Island Press, Washington, D.C., 2005, p. 1.

41. Smil, *Enriching the Earth*, cap. 7.

42. Michael Williams, *Deforesting the Earth: From Prehistory to Global Crisis*, The University of Chicago Press, Chicago, 2003, p. 420.

43. La lección de la isla de Pascua aparece en Clive Ponting, *A Green History of the World: The Environment and the Collapse of Great Civilizations*, Penguin Books, Nueva York, 1991 (hay trad. cast.: *Historia verde del mundo*, Paidós, Barcelona, 1992), y David Christian, *The Maps of Time: An Introduction to Big History*, University of California Press, Berkeley, 2004 (hay trad. cast.: *Mapas del tiempo: introducción a la «gran historia»*, Crítica, 2005). Jared Diamond indaga sobre los destinos de las civilizaciones en *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Viking, Nueva York, 2005 (hay trad. cast.: *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Barcelona, 2006).

44. Son preguntas complejas, y lo único que sabemos con certeza del futuro es que no puede predecirse. No obstante, los científicos sociales y naturales han elaborado cuatro escenarios distintos que les ayudan a examinar las presiones probables y sus resultados. Para una discusión al respecto, véase Bert de Vries y Johan Goudsblom, eds., *Mappae Mundi: Humans and Their Habitats in a Long–Term Socio-Ecological Perspective: Myths, Maps, and Models*, segunda impresión actualizada, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2003, cap. 8.

45. Véase Herman E. Daly y John B. Cobb Jr., *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment, and a Sustainable Future*, 2.ª ed., Beacon, Boston, 1994, esp. cap. 11.

46. Este argumento se debe a Hobsbawm en *The Age of Extremes*.

47. Esta frase fue utilizada por primera vez por Peter Purdue con referencia a la China imperial tardía; véase *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500-1850*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1987.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A
abonos y ciclo global del nitrógeno, 277-281
accidentes históricos, 26-31, 166-167
Aceh, 73(m. 2.1), 77, 98
Adén, 57(m. 1.1), 76-77
África, 85-89
  bienes de comercio de, 77-78, 84-88
  comercio portugués con, 94-95
  descolonización de, 244
  imperialismo europeo en, 209-214
  imperios en, 88-89, 106-108
  mundo islámico, como, 84-86
  pobreza en, 14-15, 264-267, 327(n. 25)
  situaciones políticas en, 86-88
  visión europea de, 16-17
agentes de cambio, 28-29
agricultura, 63-64, 175-178
  cultivos, 38-39; comerciales, 185-192
  efectos sobre los ecosistemas, 50-51
  industrialización de, 194-195
  mano de obra intensa, con, 159-161
  pobreza global, y, 264-267
  productividad, 21-23, 143-145, 153-155, 288-289
  (*véase también* producción de alimentos)
al-Qaeda, 272-276, 297-299
Alejandría, 57, 81-83
Alemania, 119-120, 129-131, 200-202
  industrialización, 194-197, 260-262
  posesiones en China, 214-216
  primera guerra mundial, 228-233

ÍNDICE

Agradecimientos 7
Prefacio 9

Introducción: ¿El ascenso de Occidente? 13
1. Los mundos de las materias y del comercio hacia 1400 ... 37
2. Los comienzos en China 67
3. Imperios, estados y el Nuevo Mundo, 1500-1775 101
4. La revolución industrial y sus consecuencias, 1750-1850 . 141
5. La brecha 179
6. La gran desviación 223
Conclusión. *Cambios y continuidades* 287

Notas 301
Índice alfabético 331
Índice de figuras y mapas 355